LAS AVENTURAS DEL JOVEN MERLIN III

Los Fuegos de Merlin

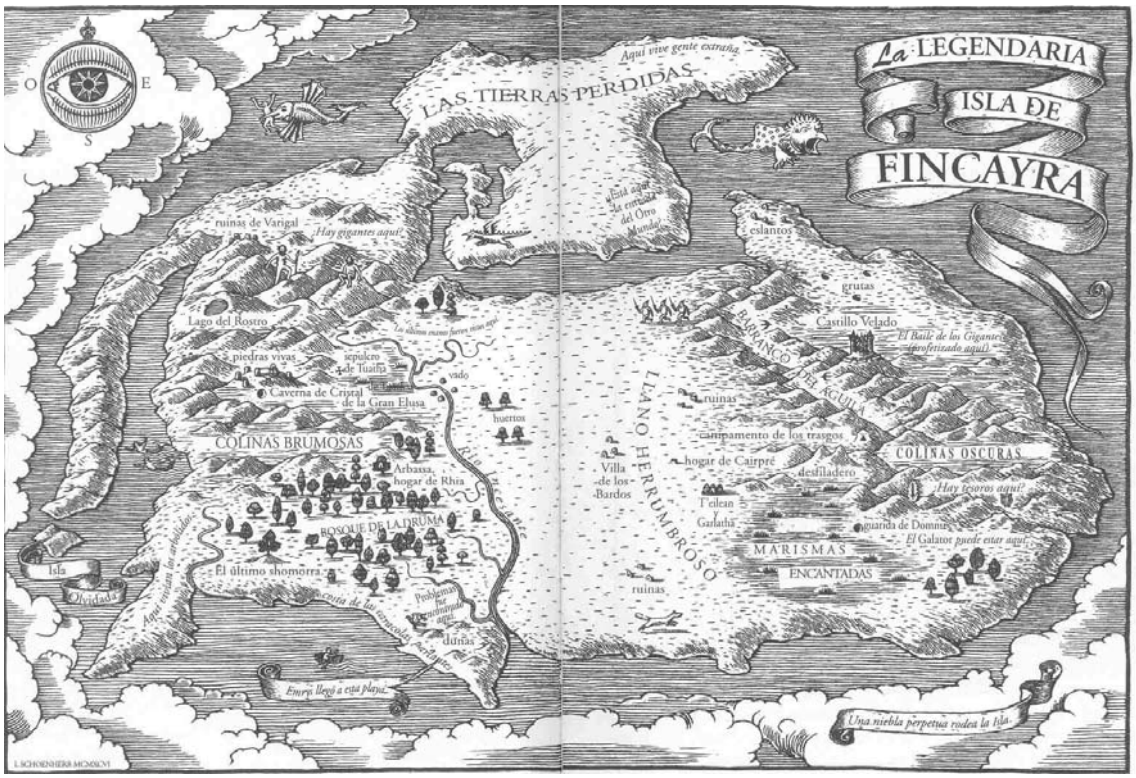
T. A. Barron



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Este libro está dedicado
a MADELEINE L'ENGLE
que ha alimentado el fuego de la inspiración en tantas personas

Con especial reconocimiento para
LARKIN
de dos años, cuyos fuegos interiores arden con tanta intensidad


La LEGENDARIA ISLA DE FINCAYRA
O
E
S
LAS TIERRAS PERDIDAS
Aquí vive gente extraña
¡Está aquí la entrada del Otro Mundo!
ruinas de Varigal
¿Hay gigantes aquí?
Lago del Rostro
piedras vivas
sepulcro de Tuatha
Caverna de Cristal de la Gran Elusa
vado
huertos
COLINAS BRUMOSAS
Arbassa, hogar de Rhia
BOSQUE DE LA BRUMA
El último shomorra
Isla Olvidada
Aquí muere la carretera
Prólogos fue encontrado aquí
dunas
Empujó llegó a esta playa
eslantos
grutas
Castillo Velado
El Baile de los Gigantes (profetizado aquí)
BARRANCO DEL AGUILA
ruinas
campamento de los trasgos
hogar de Cairpré
Villa de los Bardos
LLANO HERRUMBROSO
desfiladero
COLINAS OSCURAS
¿Hay tesoros aquí?
T'eilean
Garlatha
guarida de Domnus
El Galator puede estar aquí
MARISMAS ENCANTADAS
ruinas
Una niebla perpetua rodea la Isla
L.SCHOENHERR MCMXCVI


Detalle del sureste de FINCAYRA
COLINAS OSCURAS
¿Hay Creelix aquí?
guarida de Domnu
El Galator puede estar aquí
MARISMAS ENCANTADAS
Rueda de Wye
caverna oculta
por aquí se va al
LLANO
HERRUMBROSO
La legendadura
alfombra Caerlochlann se encontró aquí
Región de
LOS RISCOS HUMEANTES
antiguo hogar del clan Mellwyn-bri-Meath
IAN SCHOENHERR
MCMXCVIII

Nota del autor

Una vez más, este mago está lleno de sorpresas.

Como ya saben quienes han leído los dos primeros volúmenes de la épica *Trilogía del joven Merlín,* el mago me sorprendió por primera vez hace mucho tiempo. A su modo, típicamente misterioso, me hizo saber que, con todos los libros, poemas y canciones que se han escrito sobre él en el transcurso de los siglos, no se ha contado virtualmente nada sobre su juventud. Y que existiera un vacío tan enorme en la tradición popular de un personaje variado, complejo y fascinante donde los haya era, en efecto, muy extraño. Por eso, cuando Merlín me invitó a servirle de escribano mientras él revelaba por fin la historia de sus años perdidos, no pude rehusar.

Aun así, titubeé. Me preguntaba si era realmente posible añadir uno o dos hilos nuevos al tapiz de mitos tan prodigiosamente tejido que rodeaba a Merlín. Y, aunque tal cosa fuera posible, ¿se integrarían las hebras de nueva creación en el resto de la trama? ¿Darían la sensación su color, peso y textura, aun siendo originales, de formar parte del todo? ¿Serían verosímiles?

De algún modo, necesitaba oír la voz de Merlín. No la voz del encantador terrenal, omnividente y omnisciente, que el mundo ha acabado venerando. Nada más lejos. En las profundidades de ese legendario mago, enterrada bajo siglos de luchas, triunfos y tragedias, había otra voz: la voz de un muchacho. Dubitativa, insegura y definitivamente humana.

Poseedora de dones extraordinarios... y con una pasión tan grande como su destino.

Con el tiempo, esa voz se hizo finalmente audible. Pese a la vulnerabilidad que resonaba en ella, había tonos más profundos, con la riqueza mítica y espiritual de la antigua tradición celta. La voz surgía en parte de aquellas leyendas célticas, en parte del misterioso ulular de la lechuza en el álamo que crecía frente a mi ventana... y en parte de otro lugar. Y me decía que, durante los años de su juventud, Merlín no se limitó a desaparecer del mundo de los relatos y las canciones. De hecho, durante esos años, Merlín desapareció físicamente del mundo que conocemos.

¿Quién era Merlín, en realidad? ¿Dónde nació? ¿Cuáles fueron sus pasiones más intensas, sus esperanzas más sublimes, sus temores más profundos? Las respuestas a tales preguntas permanecían ocultas detrás del velo de sus años perdidos.

Para hallarlas, Merlín debía viajar a Fincayra, un lugar mítico descrito por los celtas como una isla sumergida bajo las olas, un puente entre la Tierra de los seres humanos y el Otro Mundo de los seres espirituales. La madre de Merlín, Elen, llama a Fincayra *un lugar entremedias.* Observa que la turbulenta niebla que rodea la isla no es del todo agua ni del todo aire. En cambio, es algo parecido a ambos y, sin embargo, completamente distinto. En este mismo sentido, Fincayra es a un tiempo mortal e inmortal, oscura y clara, frágil y eterna.

En la primera página del primer libro de *Los años perdidos de Merlín,* un joven es arrastrado por las olas hasta una costa desconocida. Ha estado a punto de ahogarse y no tiene recuerdos de su pasado: ni de sus padres, ni de su hogar, ni siquiera de su propio nombre. Sin duda, no sabe que un día se convertirá en Merlín, el mago más grande de su tiempo, el mentor del Rey Arturo, la sugerente figura que

recorre a grandes zancadas mil quinientos años de leyendas.

Este libro inicia la búsqueda de Merlín de su propia identidad y el secreto de sus misteriosos, y a menudo aterradores, poderes. Para ganar un poco, debe perder mucho, más de lo que puede comprender. Sin embargo, de algún modo, al final consigue resolver el acertijo del Baile de los Gigantes. A medida que su viaje transcurre por el segundo libro, el futuro mago busca el único elixir capaz de salvar la vida a su madre, siguiendo el sinuoso sendero de los Siete Cantares de la Hechicería. Por el camino, ha de superar inevitables obstáculos, aunque uno destaca por su dificultad. Merlín ha de empezar como sea a ver de un modo totalmente nuevo, propio de un mago: no con los ojos, sino con el corazón.

Todo esto nos había revelado Merlín cuando llegó la hora de empezar el tercer libro, la última entrega, o eso creía yo, de la historia. Entonces se reveló la postrera sorpresa del mago. Me explicó en términos nada ambiguos que el relato de sus años perdidos no podía contarse en sólo tres volúmenes. Cuando le recordé que al principio me había prometido que esto sería una trilogía, por sí solo un proyecto de al menos cinco años, se limitó a quitar importancia a mis preocupaciones. Después de todo, dijo con su insondable sonrisa, ¿qué es un poco más de tiempo para alguien que ya ha vivido quince siglos? Y mucho menos para alguien que ha aprendido el arte de vivir hacia atrás en el tiempo.

No pude refutar su argumentación. Ésta es, al fin y al cabo, la historia de Merlín. Y como él, los demás personajes de la historia —Elen, Rhia, Cairpré, Shim, *Problemas,* Domnu, Stangmar, Bumbelwy, Hallia, Dagda, Rhita Gawr y otros que todavía han de salir— han cobrado vida propia.

En este tercer libro, Merlín debe enfrentarse al fuego en muchas formas distintas. Conocerá el fuego de un antiguo dragón, el de una montaña de lava y, por primera vez en su vida, el de ciertas pasiones de su propia cosecha. Quizá descubra que ese fuego, como él mismo, comprende una serie de términos opuestos integrados. Puede consumir y destruir, pero también puede confortar y revivir. Por añadidura, Merlín debe investigar la naturaleza del poder. Al igual que el fuego, el poder puede emplearse con prudencia o, por el contrario, abusar terriblemente de él. Del mismo modo que el fuego, puede curar o arrasar. El joven mago tal vez necesite incluso perder su poder mágico para descubrir dónde reside verdaderamente, pues la esencia de la magia, como la música del instrumento que ha fabricado con sus propias manos, puede hallarse en un lugar distinto al que aparenta.

Cuanto más conozco de este mago, menos sé realmente. Aun así, sigue asombrándome la notable metáfora del propio Merlín. Como el muchacho al que las olas arrastraron a la orilla sin recuerdos, ni pasado, ni nombre, sin indicio alguno acerca de su prodigioso futuro, cada uno de nosotros empieza de cero en algún momento de la vida... o, de hecho, en varios momentos en el curso de una vida.

Y, no obstante, de un modo muy parecido al de aquel muchacho medio ahogado, cada uno de nosotros alberga dones ocultos, talentos por descubrir, posibilidades ocultas. Tal vez, poseemos también un poco de magia. Tal vez descubramos incluso a un mago en algún lugar de nuestro interior.

Como en los volúmenes anteriores, estoy muy agradecido, por su consejo y apoyo, a varias personas, muy especialmente a mi esposa, Currie, y a mi editora, Patricia Lee Gauch. Además, quisiera dar las gracias a Jennifer Herron por su deslumbrante vivacidad; a Kathy Montgomery, por su contagioso buen humor, y a Kylene Beers, por su inquebrantable fe. Sin ellas, a estas alturas, estoy seguro de que las sorpresas de Merlín ya me habrían desbordado.

T.A.B.

El esplendor del fuego...

La ligereza del viento...

Hoy me levanto
a través de la fuerza del cielo:
la luz del sol,
el resplandor de la luna,
el esplendor del fuego,
la celeridad del rayo,
la ligereza del viento,
la profundidad del mar,
la firmeza de la tierra,
la solidez de la roca.

De un himno del siglo VII de san Patricio llamado
La brama del ciervo

Prólogo

Las brumas del recuerdo se condensan más y más con cada año que pasa. Sin embargo, un día se conserva tan claro en mi memoria como el amanecer de esta misma mañana, aunque ocurriera hace tantos siglos.

Era un día ensombrecido por brumas naturales y por un humo denso y colérico. El destino de Fincayra pendía de un hilo, mas ninguna criatura mortal lo sospechaba. Pues las brumas de ese día lo ocultaban todo menos el miedo, y el dolor, y apenas un ínfimo hálito de esperanza.

Tras permanecer inmóvil como una montaña durante más años de los que pueden contarse, el inmenso peñasco gris se movió repentinamente.

No fueron las rápidas aguas del Río Incesante que batían contra la base del peñasco las que provocaron el cambio. Tampoco fue la nutria de liso y reluciente pelaje cuyo pasatiempo favorito desde hacía mucho tiempo era deslizarse por el hueco que quedaba entre el peñasco y la cenagosa ribera. Tampoco fue la familia de lagartos moteados que vivía desde hacía generaciones en el parche de musgo de la cara norte de la peña.

No, la agitación del peñasco aquel día tenía un origen completamente distinto. Un origen que, a diferencia de los lagartos, jamás se había visto en ese lugar, aunque de hecho su presencia era muy anterior, incluso a la llegada del primer lagarto. Pues el origen del movimiento se hallaba en el interior del propio peñasco.

A medida que la niebla se espesaba sobre las riberas, depositándose sobre el agua como una gruesa capa blanca, el aire transmitió un débil ruido de arañazos. Al cabo de un rato, el peñasco se tambaleó casi imperceptiblemente. De repente, se ladeó entre los jirones de niebla que se arremolinaban junto a su base. Siseando alarmados, tres lagartos se apartaron de un brinco y se escabulleron por su superficie.

Si los lagartos esperaban encontrar un nuevo hogar en el musgo que coronaba alguno de los demás peñascos, estaban condenados a sufrir una decepción, porque nuevos ruidos de arañazos se unieron al constante rumor de la corriente. Uno, por uno, los nueve peñascos que orillaban el río empezaron a tambalearse, después a mecerse enérgicamente, como si los sacudiera un temblor de tierra que sólo ellos acusaban. Uno, parcialmente sumergido en el impetuoso río, empezó a rodar hacia una arboleda de pinabetes que crecía en la orilla.

Cerca de la cúspide del primer peñasco que cobró vida apareció una minúscula grieta. Se abrió otra grieta, y luego otra. De pronto, se desprendió una esquirla irregular que dejó un agujero, por donde brotaba un extraño resplandor anaranjado. Lentamente, vacilando, algo empezó a salir con esfuerzo del agujero. Refulgía siniestramente mientras arañaba la superficie.

Era una garra.

Lejos de allí, hacia el norte, en las desoladas lomas de las Tierras Perdidas, una fina columna de humo se elevaba hacia el cielo, enroscándose como una ponzoñosa serpiente. Nada más se movía en aquellas laderas, ni siquiera un insecto o una brizna de hierba mecida por el viento. Estas tierras habían quedado calcinadas por el fuego,

tan intenso que había consumido árboles, evaporado ríos y demolido incluso rocas, sin dejar tras de sí otra cosa que colinas abrasadas y cubiertas de cenizas. Porque estas tierras fueron durante mucho tiempo el cubil de un dragón.

En tiempos inmemoriales, en la cima de su ira, el dragón incineró bosques completos y se tragó pueblos enteros. Valdearg—su nombre, que en la lengua más antigua de Fincayra significaba *Alas de Fuego*— era el último y más temido de una larga estirpe de emperadores de los dragones. Gran parte de Fincayra había quedado ennegrecida a causa de su aliento ígneo, y todos sus habitantes vivían aterrorizados por su sombra. Finalmente, el poderoso mago Tuatha logró conducir al dragón de regreso a su guarida. Después de un prolongado combate, Valdearg sucumbió por fin al conjuro de sueño que le arrojó el mago. Desde entonces, permanecía en su cubil abrasado por las llamas, dormitando irregularmente.

Mientras muchos fincayranos murmuraban que Tuatha debió matar al dragón cuando tuvo ocasión, otros argumentaban que el mago debió perdonarle la vida por alguna razón, aunque nadie sabía cuál podía ser esa razón. Por lo menos, dormido, *Alas de Fuego* ya no podía causar más daños. Transcurrió el tiempo, tanto que muchos empezaron a creer que nunca despertaría de nuevo. Algunos incluso pusieron en duda las viejas historias sobre sus fechorías. Otros llegaron más lejos, preguntándose si, en realidad, había existido alguna vez, aunque de hecho muy pocos estaban dispuestos a recorrer todo el camino hasta las Tierras Perdidas para averiguarlo. De los que sí emprendieron la peligrosa senda, muy pocos regresaron.

Casi nada de lo que Tuatha dijo al final de la Batalla de las Llamas Brillantes resultó comprensible, pues hablaba con enigmas. Y muchas de sus palabras habían sido olvidadas hacía ya mucho tiempo. Aun así, un puñado de bardos mantuvo vivo lo que quedaba en forma de poema, llamado *El ojo del dragón.* Si bien el poema contaba con muchas versiones, cada una tan opaca como las demás, todos coincidían en que algún oscuro día futuro, Valdearg despertaría una vez más.

Incluso ahora, estas tierras apestaban a carbonilla. Cerca del cubil, el aire reverberaba debido al incesante calor del aliento del dragón. El eco de sus guturales ronquidos retumbaba por los ennegrecidos montes, y una oscura columna de humo brotaba sin descanso por sus fosas nasales y ascendía lentamente hacia el cielo.

La garra se elevó un poco más para palpar el borde de la pétrea cáscara con la cautela que alguien, a punto de pisar un estanque helado, emplearía para comprobar la solidez del hielo. Finalmente, la punta de la garra, afilada como una daga, se clavó en la superficie y abrió una grieta que se extendió en todas direcciones. Un ruido apagado, en parte un chillido y en parte un gruñido, surgió del interior. De repente, la garra arrancó un gran pedazo de cáscara.

El enorme huevo se meció nuevamente y rodó otro trecho por la ribera. Cuando alcanzó las impetuosas aguas, se desprendieron varios trozos más de cáscara. Aunque el sol de la mañana ya había empezado a brillar entre la niebla, su luz no empañó el resplandor anaranjado que emanaba del enorme boquete.

Aparecieron a los lados nuevas grietas serpenteantes. La garra, curvada como un enorme garfio, golpeó los bordes del orificio, rociando de fragmentos de cascarón el río y la lodosa orilla. Con otro gruñido, la criatura del interior sacó completamente la garra del agujero con un último empujón, exponiendo a la vista un retorcido y larguirucho brazuelo cubierto de iridiscentes escamas moradas. A continuación, surgió una huesuda y encorvada paletilla, de la que goteaba un cieno viscoso de color malva. De la paletilla colgaba flácidamente un arrugado pliegue de piel que

podía haber sido un ala.

Acto seguido, por alguna razón, el brazuelo y la paletilla se quedaron inmóviles. Durante un largo rato, el huevo dejó de balancearse y emitir sonidos.

De improviso, toda la mitad superior del huevo salió despedida y aterrizó con un gran chapoteo en los bajíos. Unos intensos rayos de luz naranja perforaron la niebla que empezaba a desmembrarse. Torpemente, con gran inseguridad, la escamosa paletilla se elevó, seguida por un delgado cuello morado cubierto de manchas escarlata.

Colgando pesadamente del cuello, se irguió con lentitud una cabeza dos veces mayor que la de un caballo adulto. Por encima de la compacta mandíbula tachonada de hilera tras hilera de dientes relucientes, un par de inmensas fosas aletearon, olfateando el aire por primera vez.

La luz naranja brotaba como lava hirviente de los dos ojos triangulares de la criatura, que parpadeaban cada pocos segundos, observando a través de la niebla los otros huevos, que también habían empezado a cascarse. Alzando una de garras, la criatura intentó rascarse el bulto de un vivo color amarillo que sobresalía en medio de su frente, pero su coordinación de movimiento era insuficiente y en su lugar se arañó la blanda piel arrugada de la nariz.

Meneó la cabeza enérgicamente con un fuerte gemido, haciendo rodar las orejas azules, largas como estandartes, que le brotaban a los lados de la cara. Cuando cesaron las sacudidas, no obstante, la oreja derecha se negó a relajarse y descender. A diferencia de la izquierda, que pendía casi hasta la altura de su paletilla, se proyectaba de costado como un cuerno mal situado. Sólo la suave curva descendente de la punta sugería que era, de hecho, una oreja.

En las profundidades de la humeante caverna, la descomunal silueta se revolvió con inquietud. La cabeza de Valdearg, casi tan ancha como una colina, se irguió bruscamente, aplastando una pila de cráneos ennegrecidos tiempo atrás por las llamas. Su respiración se aceleró rápidamente, tronante como un millar de cascadas. Aunque sus enormes ojos permanecían cerrados, sus garras atacaban implacablemente a algún enemigo invisible.

La cola del dragón fustigaba con gran violencia el socarrado muro de piedra. La bestia gruñó, no tanto a las rocas que se desplomaban sobre las escamas verdes y anaranjadas de su dorso como a los tormentos de su sueño: un sueño que lo empujaba hasta el borde mismo del despertar. Una tras otra, sus vastas alas batieron en el aire. Cuando el borde de un ala raspó el suelo del cubil, docenas de espadas y arneses con joyas incrustadas, trompetas y arpas de oro, y perlas y gemas talladas volaron en todas direcciones. Densas nubes de humo oscurecieron el día.

La criatura del interior del huevo, con las fosas nasales todavía palpitantes, abrió los ojos bruscamente, irritada. Cediendo a un impulso ancestral, inspiró una profunda bocanada de aire que hinchó su pecho morado. Con un súbito ronquido, expulsó el aire, ensanchando las aletas de su hocico. Pero no brotaron llamas, ni siquiera una fina columna de humo, pues, en realidad, era una cría de dragón y todavía no podía arrojar fuego.

Desalentada, la cría emitió otro gemido. Levantó una pata trasera para terminar de encaramarse al cascarón y salir del huevo, pero se detuvo bruscamente. Había oído algo y ladeó la cabeza en esa dirección. Con una oreja colgando como un largo estandarte azul y la otra tiesa como un poste, escuchó atentamente, sin atreverse a respirar.

De pronto retrocedió, aterrorizada, hacia los restos del huevo. Acababa de

reparar en la oscura sombra que se formaba entre la niebla en la orilla opuesta del río. Intuyendo el peligro, se acurrucó en el fondo del cascarón, pero no pudo evitar que su oreja díscola sobresaliera por el borde.

Después de un largo rato, levantó la cabeza muy despacio. El corazón le martilleaba en el pecho. Observó que la sombra se aproximaba lentamente, vadeando las embravecidas aguas. Al acercarse, empezó a solidificarse hasta componer una extraña figura que caminaba sobre dos patas y empuñaba una hoja curva de siniestro brillo. De pronto, con un sobresalto, comprendió que la hoja se elevaba para atacar.

PRIMERA PARTE

1
La última cuerda

Sólo falta una.

Mientras pronunciaba estas palabras, me resultaba difícil creer en ellas. Pasé la mano sobre la escamosa corteza pardo-grisácea del serbal cuyas impresionantes raíces me rodeaban, palpando las suaves curvas y pendientes de la madera viva. En una oquedad profunda como un gran cuenco reposaban algunas de las herramientas de las que me servía desde hacía varios meses: una maza de piedra, una cuña de hierro, tres limas de diferentes texturas y una cuchilla no mayor que mi dedo meñique. Alargué la mano por encima de ellas, por encima de la nudosa raíz que me servía de estante para colgar las sierras más grandes, hasta la estrecha repisa de corteza que desde hacía tan poco rato sostenía las ocho cuerdas.

Ocho cuerdas. Cada cuerda curada, tensada y afinada bajo la luna llena de otoño, de acuerdo con la antigua tradición. Por suerte, mi mentor, Cairpré, se había dedicado semanas antes de esa noche a enseñarme todos los intrincados versos y melodías. Aun así, la luna casi se había puesto antes de que finalmente pudiera cantarlos todos sin errores... y en el orden correcto. Ahora, siete de las cuerdas relucían sobre el pequeño instrumento apoyado frente a mí sobre la raíz.

Cogí la cuerda restante, la más fina del juego, y la acerqué al instrumento. Mientras la hacía rodar lentamente, sus extremos se retorcían y bamboleaban, casi como si estuviera viva. Como la lengua de alguien que estuviera a punto de hablar.

La luz de media tarde se reflejaba en la cuerda, confiriéndole un brillo dorado como el de las hojas otoñales que adornaban la hierba al pie del serbal. Era sorprendentemente pesada, dada su escasa longitud, y sin embargo tan flexible como la mismísima brisa. Con suavidad, la dejé sobre un racimo de moras rojas que colgaba de una de las ramas bajas del serbal. Volviéndome hacia el instrumento, inserté las dos últimas clavijas, talladas de la misma rama de marjoleto que las demás, cuyo secado al fuego de leña había durado un mes y había concluido justo el día anterior. Al rozar la caja de resonancia de roble, las clavijas rechinaron casi imperceptiblemente.

Por fin, recogí la cuerda. Tras completar los siete lazos de un nudo de mago en cada una de ambas clavijas, empecé a retorcerlas, una hacia la derecha y la otra hacia la izquierda. La cuerda se fue tensando progresivamente, estirándose como un estandarte al viento. Antes de que se tensara demasiado, me detuve. Ahora lo único que faltaba era insertar el puente... y tocar.

Reclinado contra el tronco del serbal, contemplé mi obra. Era un salterio, un instrumento musical en forma de diminuta arpa pero con una caja de resonancia arqueada detrás de las cuerdas. Lo levanté de la raíz y lo examiné con admiración. Pese a que apenas era mayor que mi mano abierta, me parecía tan grande como una estrella recién nacida.

Mi propio instrumento. Construido con mis propias manos.

Pasé el dedo por la tira de fresno incrustada sobre la caja. Supe que iba a ser algo más que una máquina de hacer música. A menos, naturalmente, que yo hubiera marrado alguno de los pasos de su construcción. O, mucho peor, a menos que...

Inspiré lenta y entrecortadamente. A menos que me faltara lo único que Cairpré no había podido enseñarme, lo único que ni siquiera podía describir: lo que él sólo pudo llamar *el núcleo esencial de un mago.* Porque, como me recordaba con tanta insistencia, la fabricación del primer instrumento musical de un mago era una tradición sagrada, que señalaba la llegada a la edad adulta de un joven dotado de poderes. Si el proceso salía bien, cuando llegara por fin la hora de tocar el instrumento, éste emitiría una música propia. Y, a la vez, liberaría un nivel completamente nuevo de la magia del propio joven.

Y si el proceso salía mal...

Deposité el salterio sobre la raíz. Las cuerdas vibraron suavemente cuando la caja de resonancia entró en contacto otra vez con las abultadas raíces del árbol. Entre aquellas mismas raíces, los practicantes de magia más famosos de Fincayra —incluyendo a mi legendario abuelo, Tuatha— habían forjado su primer instrumento. De ahí el nombre del árbol, escrito en relatos y baladas: El Serbal del Forjador.

Con la mano apoyada sobre una protuberancia redondeada de la corteza, busqué el pulso de la vida en el interior del gran árbol. El lento ritmo palpitante de las raíces al enterrarse a mayor profundidad y las ramas al remontarse a mayores alturas, de miles de hojas diluyéndose, del verde al dorado, del propio árbol respirando. Inhalando vida y muerte, y los misteriosos lazos que conectan a ambas. El Serbal del Forjador había resistido en pie numerosas tormentas, muchos siglos... y a muchos magos. ¿Sabía, incluso ahora, me pregunté, si mi salterio funcionaría realmente?

Recorrí con la mirada las colinas del Bosque de la Druma, cada una tan redondeada como la grupa de un ciervo a la carrera. El otoño relucía con tonos escarlata, anaranjados, amarillos y pardos. Unas aves de vistoso plumaje se elevaron de las ramas entre gorjeos y arrullos, mientras la niebla ascendía en espirales de las invisibles marismas. Pude oír, transportado por el viento, el incesante rumor de una cascada. Este bosque, más salvaje que cualquier otro lugar que yo conociera, era verdaderamente el corazón de Fincayra. Era el primer lugar que yo había recorrido cuando llegué a las costas de esta isla... y el primer lugar donde había sentido que mis propias raíces se enterraban profundamente.

Sonreí, al ver mi cayado apoyado contra el tronco del serbal. También aquel objeto fue un regalo de este bosque, como me recordaba constantemente su aromático olor a marjoleto. Los elementos de magia real que yo pudiera poseer —aparte de unas cuantas habilidades simples como mi segunda visión, que me sobrevino tras perder la vista de mis ojos, y mi espada, poseedora de cierta magia propia— residían en el interior de la retorcida madera de aquel cayado.

Como tantas otras cosas. Porque mi cayado había sido tocado, de algún modo, por el poder del propio Tuatha. El mago había vuelto del remoto pasado, de la tumba, para depositar su propia magia en este cayado. Incluso en los borrosos límites de mi visión era capaz de distinguir los símbolos grabados en él, símbolos de los poderes que yo había aprendido a dominar plenamente: Saltar entre lugares y posiblemente incluso entre tiempos; Cambiar, de una forma a otra; Atar, no sólo un hueso fracturado, sino también un espíritu quebrado; y todos los demás.

Tal vez, sólo tal vez... el salterio adquiriría poderes similares. ¿Era posible? Poderes que yo podía utilizar en beneficio de todos los habitantes de Fincayra, con una sabiduría y una gracia nunca vistas desde los tiempos de mi abuelo.

Inspiré profundamente. Con cuidado, tomé el pequeño instrumento en mis manos e introduje el puente de roble bajo las cuerdas. Con una torsión de muñeca, lo

inserté en su posición. Expelí todo el aire, sabiendo que el momento, mi momento, estaba muy próximo.

2
El acorde básico

—Hecho —anuncié—. Está listo para tocarlo.

—¿Hecho, dices? —Cairpré asomó su desgreñada cabeza canosa desde el otro lado del tronco del gran serbal. Parecía frustrado, como si no encontrara la única palabra que necesitaba para completar un poema épico sobre las raíces del árbol. Cuando sus oscuros ojos se fijaron en mi pequeño instrumento, su expresión se enturbió aún más—. Mmmm. Un trabajo excelente, Merlín.

Sus enmarañadas cejas se encontraron en mitad de su frente.

—Pero no estará hecho hasta que no se toque. Como ya he dicho en alguna parte: «para la verdad hallar, no hay que ver, hay que escuchar».

A sus espaldas, sobre la cresta de la loma, se oyó una espontánea risa.

—Da igual que tu poema se refiriese a una alondra de los prados, en lugar de a un arpa.

Cairpré y yo volvimos la cabeza bruscamente en dirección a mi madre, que se acercaba con pasos ligeros sobre la hierba. Su túnica azul oscuro ondeaba con la brisa, que transmitía un penetrante olor a otoño, y el rubio cabello le caía sobre los hombros como un manto de sol. Fueron sus ojos, no obstante, lo que atrajo mi atención. Unos ojos más azules que zafiros.

Al verla aproximarse, el poeta se estiró su sucia túnica blanca.

—Elen —masculló—. Debí adivinar que volverías justo a tiempo para corregirme.

Los ojos de mi madre parecían sonreír.

—Alguien tiene que hacerlo, de vez en cuando.

—Imposible. —Cairpré se esforzó cuanto pudo por parecer enfurruñado, pero fue incapaz de reprimir una fugaz sonrisa—. Además, no es un arpa lo que ha fabricado el muchacho. Es un salterio, por pequeño que sea, que viene del griego *psaltérion.* ¿No te he enseñado nada sobre los griegos, jovencita?

—Sí. —Mi madre ahogó otra risita—. Lo hiciste.

—Entonces no tienes excusa.

—Mira —me dijo Elen, dejando caer varias moras gruesas en el hueco que formaba la raíz donde guardaba mis herramientas—. Moras de río, del riachuelo del otro lado del camino. Te he traído un puñado. —Con una mirada de reojo de Cairpré, le arrojó una única mora—. Y una para ti, por acceder a instruirme sobre música griega.

—Si tengo tiempo —refunfuñó el poeta.

Yo escuchaba su trifulca con curiosidad. Por alguna razón, últimamente su conversación siempre tomaba derroteros semejantes. Y eso me desconcertaba, ya que sus palabras no parecían ser lo importante. No, sus discusiones iban en realidad sobre otra cosa, algo que yo no lograba identificar.

Mientras los observaba, me metí unas cuantas moras en la boca y paladeé su delicioso sabor. Allí estaban, hablando como si Cairpré creyera que lo sabía todo, mejor quizá que el propio gran espíritu Dagda. Sin embargo, mi madre se daba cuenta, de eso estaba seguro, de que el poeta nunca perdía de vista lo poco que sabía

en realidad. Por mucho que me hubiera enseñado en el transcurso del último año acerca de los misterios de la magia, nunca empezaba una de sus clases sin recordarme sus propias limitaciones. Incluso había llegado a confesar que, si bien sabía que yo debía seguir una serie de complicados pasos para construir mi primer instrumento, él no estaba del todo seguro de su significado. A lo largo del proceso —desde elegir el instrumento apropiado hasta modelar la madera y preparar el horno—, se había comportado más como un compañero de estudios que como un maestro.

De pronto, algo me pinchó en la nuca. Lancé un grito de sorpresa y me froté la piel para espantar al insecto que me había tomado por su almuerzo. Pero el culpable ya había volado.

Los ojos azules de mi madre me miraron desde su posición erecta.

—¿Qué te ocurre?

Sin dejar de frotarme la nuca, me puse en pie y salí de entre las voluminosas raíces. Por el camino, casi tropecé con la vaina de mi espada, que había dejado sobre la hierba.

—No lo sé. Me ha picado algún bicho, creo.

Elen ladeó la cabeza con expresión curiosa.

—Es muy tarde para las moscas picadoras. La primera helada fue hace semanas.

—Eso me recuerda —intervino Cairpré, guiñándole un ojo— un antiguo poema abisinio sobre moscas.

En el momento en que Elen se echaba a reír, noté otro picotazo en la nuca. Girando en redondo, detecté una diminuta mora roja que rebotaba ladera abajo sobre la hierba de la loma. Entorné los párpados.

—He descubierto a la mosca picadora.

—¿De verdad? —preguntó mi madre—. ¿Dónde está?

Me volví para mirar el viejo serbal. Levanté un brazo y señalé las ramas que formaban una bóveda sobre nosotros. Allí, prácticamente invisible entre cortinas de hojas verdes y pardas, había una silueta acuclillada que se cubría con un vestido de sarmientos entretejidos.

—Rhia —gruñí—. ¿Por qué no puedes saludar diciendo hola, como las personas normales?

La silueta cubierta de hojas se movió y extendió los brazos.

—Porque así es mucho más divertido, naturalmente. —Al ver mi mueca de disgusto, añadió—: A veces, los hermanos no tienen ningún sentido del humor. —A continuación, con la agilidad de una serpiente reptando sobre una rama, se deslizó hasta el suelo por el retorcido tronco y se acercó a nosotros dando brincos.

Elen la contempló con expresión divertida.

—Eres una verdadera niña de los árboles, ¿a que sí?

Rhia le dedicó una sonrisa deslumbrante. Al divisar las moras del hueco del árbol, se apoderó de la mayoría.

—Mmmm, moras de río. Aunque están un poco agrias. —Después, volviéndose hacia mí, señaló el diminuto instrumento que tenía en la mano—. Así, ¿cuándo vas a tocarlo para nosotros?

—Cuando esté preparado. Has tenido suerte de que te permitiera bajar de ese árbol por tus propios medios.

Sorprendida, Rhia agitó sus rizos castaños.

—¿De verdad esperas que crea que podías haberme bajado del árbol por arte de magia?

Estuve tentado a responder afirmativamente, pero sabía que no era cierto. Todavía no, por lo menos. Además, notaba cómo los profundos estanques de los ojos de Cairpré me perforaban.

—No —reconocí—. Pero ya llegará el día, créeme.

—Oh, seguro. Y llegará el día en que el dragón Valdearg despertará finalmente y se nos comerá a todos de un solo bocado. Claro que eso podría ocurrir dentro de mil años.

—O podría suceder hoy.

—Por favor, los dos. —Cairpré tironeó de la manga de mi túnica—. Dejad ya este duelo de ingenio.

Rhia se encogió de hombros.

—Nunca peleo con alguien desarmado. —Con una traviesa sonrisa, añadió—: A menos que alardeen de una magia que no saben utilizar.

Aquello era demasiado. Alargué la mano libre hacia mi cayado, que estaba apoyado contra el tronco del serbal. Concentré mis pensamientos en su retorcido mango, su caña grabada, su olorosa madera que tanto poder contenía. A través de la punta de mis dedos le mandé una orden. *Ven a mí. Salta hacia mí.*

El cayado se estremeció ligeramente, acariciando la corteza. De repente, se irguió de punta sobre la hierba. Al cabo de un instante, voló por el aire, directamente hacia la mano que yo le tendía.

—No está mal. —Rhia inclinó su cuerpo envuelto en hojas en una breve reverencia—. Has estado practicando.

—Sí —confirmó mi madre—. Has aprendido mucho a controlar tu poder.

Cairpré sacudió su poblada melena.

—Y mucho menos, me temo, a controlar tu orgullo.

Lo miré tímidamente mientras introducía el cayado en mi cinturón. Pero antes de que pudiera hablar, Rhia intervino con voz melodiosa.

—Vamos, Merlín. Toca algo para nosotros con ese pequeño lo-que-sea.

Mi madre la apoyó.

—Sí, toca.

Cairpré se permitió esbozar una sonrisa.

—Tal vez podías cantar con él, Elen.

—¿Cantar? No, ahora no.

—¿Por qué no? —El viejo poeta me observó pensativamente, con expresión a un tiempo ansiosa y esperanzada—. Si de verdad puede hacer sonar el salterio, tendremos un verdadero motivo de celebración. —Por alguna razón, que no supe descifrar, su rostro se ensombreció—. Eso nadie lo sabe mejor que yo.

—Por favor —imploró Rhia—. Si hay algo que celebrar, no tenemos un modo mejor de hacerlo que con una de tus canciones.

Las mejillas de mi madre se ruborizaron. Volviéndose hacia las ondulantes hojas del serbal, meditó unos instantes.

—Bueno..., está bien. —Abrió los brazos para abarcarnos a los tres—. Cantaré. Sí, una canción alegre. —Sus ojos se clavaron en el poeta—. Por las numerosas alegrías del año pasado.

Cairpré se animó.

—Y de los años venideros —añadió en un susurro.

Mi madre se sonrojó nuevamente. La razón exacta no me importó, puesto que yo también compartía su dicha. Allí estaba yo, con mi familia, con mis amigos, cada vez más a gusto en esta isla..., todo lo cual me habría parecido definitivamente

imposible apenas un año atrás.

Ahora tenía catorce años, vivía en este bosque, un lugar tranquilo como las hojas en otoño que veía revolotear hasta el suelo. No deseaba nada más que permanecer en aquel mismo sitio, con aquellas mismas personas. Y, un día, dominar las habilidades de un mago. De un verdadero mago, como mi abuelo.

Mis dedos oprimieron la caja del salterio. ¡Ojalá no me fallara!

Inspiré profundamente el fresco aire que recorría la cima de la colina.

—Estoy listo.

Mi madre, al oír la tensión de mi voz, me rozó la mejilla con un dedo, la misma mejilla que, en un pasado lejano, sufrió las quemaduras de un fuego que yo mismo había creado.

—¿Estás bien, hijo mío?

Me costó devolverle una forzada sonrisa.

—Sólo me estaba imaginando cómo puede compararse mi rasgueo con tu canto, nada más.

Aunque vi que no me creía, su rostro se relajó ligeramente. Al cabo de un momento, preguntó:

—¿Sabes tocar al estilo jónico? Si sólo tocas el acorde dominante durante un rato, yo puedo adaptar mi canción a tu melodía.

—Puedo intentarlo.

—¡Bien! —Rhia brincó para alcanzar la rama más baja del serbal. Se balanceó de atrás hacia adelante, soltando unas carcajadas que resonaron como campanillas, mientras una lluvia de hojas doradas caía sobre nosotros—. Me encanta escuchar el sonido del arpa, incluso una pequeña como la tuya. Me recuerda el ruido de la lluvia danzando sobre la hierba en verano.

—Bueno, el verano ya pasó —declaré—. Pero si algo puede hacerlo revivir, será la voz de mi madre, no mi música. —Me volví hacia Cairpré—. ¿Es la hora, entonces? ¿De los encantamientos?

Aun mientras se aclaraba la garganta, la expresión del poeta se ensombreció de nuevo, esta vez más intensamente, como si una extraña y distorsionada sombra se cerniera ahora sobre sus pensamientos.

—Pero antes hay algo que debo decirte. —Cairpré titubeó, eligiendo las palabras con cuidado—. Desde tiempos inmemoriales, todo muchacho o muchacha de Fincayra que se muestre prometedor en magia profunda ha abandonado su hogar para someterse a un aprendizaje parecido al tuyo. Con un verdadero mago o una hechicera, preferiblemente, pero si no había nadie disponible, con un erudito o un bardo.

—Como tú. —¿Adonde quería ir a parar? Todo eso ya lo sabía.

—Sí, hijo mío. Como yo.

—Pero ¿por qué me lo cuentas ahora?

Su frente se arrugó tanto como su túnica.

—Porque hay algo más que deberías saber antes de que toques el salterio. Verás, ese aprendizaje, el tiempo de dominar los aspectos básicos del encantamiento, antes incluso de empezar a construir un instrumento musical, suele ser bastante... largo. Más de los ocho o nueve meses que has tardado tú.

Mi madre lo miró, ladeando la cabeza.

—¿Cuánto suele tardar, normalmente?

—Sí, bueno —rezongó el poeta—, suele... variar. En cada persona es, en fin, distinto.

—¿Cuánto tiempo? —insistió Elen.

Cairpré la observó con displicencia. Por fin, a regañadientes, le respondió:

—Entre cinco y diez años.

Como Elen y Rhia, me sobresalté hasta casi dejar caer el salterio.

—Incluso Tuatha, con todos sus dones, necesitó cuatro años enteros para completar su aprendizaje. Hacerlo todo en menos de un año es, bueno, extraordinario. O podríamos decir... inaudito. —Suspiró—. Hace tiempo que quería decírtelo Merlín, en serio, pero esperaba encontrar el momento y el lugar más adecuados. «El momento adecuado es algo harto buscado.»

Elen negó con un gesto.

—Tienes otro motivo.

Cairpré asintió tristemente.

—Me conoces demasiado bien.

Me miró con expresión implorante, mientras pasaba la mano sobre una raíz del Serbal del Forjador.

—Verás, Merlín, no quería decírtelo porque no estaba seguro de si tu velocidad, tu rapidez en aprenderte todas las lecciones que yo te impartía, se debía a tus propios dones... o a mis carencias como maestro. ¿Me olvidaba de algún paso? ¿Había entendido mal alguna instrucción? Eso me ha estado torturando desde hace tiempo. He repasado infinidad de textos antiguos (oh, sí, muchas veces), sólo para asegurarme de que lo has hecho todo correctamente. Y, en verdad, creo que lo has hecho, o de lo contrario no te habría permitido llegar tan lejos.

Se enderezó torpemente.

—Aun así, es conveniente que estés prevenido. Porque si el salterio no funciona, puede ser por mi culpa, no por la tuya. Es verdad. Y como sabes, Merlín, un joven sólo tiene una oportunidad de construir un instrumento mágico. Solamente una. Si no consigues invocar la magia superior, nunca tendrás otra.

Tragué saliva.

—Si mi preparación ha avanzado tan deprisa, es posible que la razón sea otra totalmente distinta. Algo que no guarda ninguna relación con lo bueno que seas tú como maestro... o yo como alumno.

El poeta enarcó las cejas.

—Puede que haya contado con ayuda. Procedente de algún lugar que ninguno de los dos sospechábamos. De dónde exactamente, no estoy seguro. —Abstraído, recorrí con el pulgar el mango de mi cayado. De pronto caí en la cuenta—. Mi cayado, por ejemplo. ¡Sí, sí, eso es! La magia de Tuatha, ya sabes. —Hice rodar su caña terminada en punta sin extraerlo de mi cinturón—. Me ha acompañado desde el principio, y ahora está a mi lado. Sin duda, volverá a ayudarme otra vez, ahora a tocar el instrumento.

—No, hijo mío. —Cairpré me aguantó la mirada—. Ese cayado puede haberte ayudado en el pasado, es cierto, pero ahora no te servirá de nada. A ese respecto, los textos son tan claros como el aire en otoño. Sólo el propio salterio, y la habilidad que hayas podido aportar a su construcción, determinarán si apruebas este examen.

La mano con que sujetaba el minúsculo instrumento me empezó a sudar.

—¿Qué hará el salterio si fracaso?

—Nada. No emitirá música alguna ni producirá ninguna magia.

—¿Y si tengo éxito?

—Tu instrumento —dijo, acariciándose el mentón— debería empezar a tocar por sí solo. Una música a un tiempo extraña, y poderosa. Al menos eso es lo que

ocurría en el pasado. Del mismo modo que has sentido la magia circular entre tu mano y tu cayado, deberías sentirla también con el salterio. Pero esta vez sería un nivel distinto de magia, diferente a todo lo que conocías hasta ahora.

Me pasé la lengua por los labios para humedecérmelos.

—El problema es... que el salterio no ha sido tocado por la mano de Tuatha. Sólo por la mía.

El poeta me oprimió el hombro con suavidad.

—Cuando un músico, no un mago, sino un simple bardo andante, toca el arpa con destreza, ¿es por la música de las cuerdas o por la mano que las pulsa?

Meneé la cabeza, confuso.

—¿Qué importa eso? Ahora estamos hablando de magia.

—No espero que conozcas la respuesta, hijo mío. Pero podría mostrarte volumen tras volumen de tratados, algunos obra de magos de inmensa sabiduría, reflexionando sobre esa misma pregunta.

—Entonces, algún día, si llego a convertirme en un mago, te daré mi respuesta. En este momento, lo único que quiero es pulsar mis propias cuerdas.

La mirada de mi madre fue de mí a Cairpré y luego regresó.

—¿Estás seguro de que es el momento? ¿Estás realmente preparado? Mi canción puede esperar, eso seguro.

—Sí —coincidió Rhia, retorciendo uno de los sarmientos que rodeaban su cintura—. Ya no estoy de humor para la música.

La estudié atentamente.

—No me crees capaz, ¿verdad?

—No es eso. —Respondió ella con calma—. Sólo que no estoy muy segura.

Di un respingo.

—Bueno, la verdad es... que yo tampoco estoy seguro. Pero sí sé una cosa. Si espero más tiempo, quizá pierda el valor para intentarlo. —Me encaré con Cairpré—. ¿Ahora?

El poeta asintió.

—Buena suerte, hijo mío. Y recuerda: los textos afirman que si la música suena, además pueden ocurrir otras cosas, cosas sorprendentes.

—Y canciones —añadió mi madre en voz baja—. Cantaré para ti, Merlín, ocurra lo que ocurra. Tanto si hay música en esas cuerdas como si no la hay.

Levanté el salterio, al tiempo que elevaba la vista hasta las ramas del vetusto serbal. Inseguro, apoyé el extremo más estrecho del instrumento en el centro de mi pecho. Cuando formé un cuenco con la mano para rodear su borde exterior, noté los latidos de mi corazón a través de la madera. La brisa se calmó; el roce de las hojas del serbal enmudeció. Incluso el escarabajo de dorso gris que recorría la puntera de mi bota se detuvo en seco.

Con una voz que era un mero susurro, entoné el antiguo encantamiento:

Que mi instrumento que en la mano empuño
lance un rayo mágico
de poder puro.
Que la melodía que mis dedos crean
nutra el alma virgen
de la primavera.
Que la nueva música que ahora interpreto
sea más profunda
tras un día completo.

Que con el poder que por fin hoy domino
puedan replantarse
los campos heridos.

Me volví con expectación hacia Cairpré. El poeta permanecía inmóvil, excepto sus ojos que estaban desmesuradamente abiertos. A su espalda, las frondosas colinas del Bosque de la Druma parecían congeladas, un lugar tan imperturbable como uno de los grabados de mi cayado. Ninguna luz se filtraba entre las ramas. Ninguna ave revoloteaba ni cantaba.

—Por favor —dije en voz alta al salterio, al serbal, al mismísimo aire—. Esto es lo único que deseo. Elevarme lo más alto que me sea posible. Aceptar cualquier don, cualquier poder que podáis ofrecerme y utilizarlo, no para mí mismo, sino para los demás. Con prudencia. Y espero que con amor. «Para replantar los campos heridos.»

No percibí nada, y mi corazón empezó a desfallecer. Aguardé, esperanzado. Nada. Con renuencia, empecé a bajar el salterio.

De pronto, casi imperceptiblemente, noté que algo se agitaba. No eran las hojas del serbal. No eran las hierbas del suelo. Ni siquiera era la brisa.

Era la cuerda más fina.

Al contemplarla, con el corazón retumbando contra el canto de madera, la punta más alejada de un extremo de la cuerda empezó a curvarse. Lenta, muy lentamente, se elevó como la cabeza de un gusano saliendo de una manzana. Más y más alto se irguió, arrastrando el resto de la cuerda. El otro extremo también despertó, enrollándose alrededor de su clavija. Pronto, las demás cuerdas empezaron también a moverse, enrollar sus extremos y tensarse en toda su longitud.

¡Se estaba afinando! El salterio se estaba afinando solo.

Al rato, las cuerdas dejaron de moverse. Levanté la vista y descubrí que Cairpré me miraba con una sonrisa cada vez más elocuente. A su señal, me preparé para tocar el acorde dominante. Apreté con más fuerza el canto con la mano izquierda, engarfié los dedos de la mano derecha y los apoyé delicadamente sobre las cuerdas.

Al instante, una oleada de calor se transmitió a las yemas de mis dedos, me subió por el brazo y recorrió todo mi cuerpo. Una nueva fuerza, en parte mágica y en parte musical, creció en mi interior. El vello del dorso de mis manos se erizó y empezó a mecerse al unísono, siguiendo un ritmo que yo aún no conseguía oír.

Se levantó el viento, más violento a cada segundo, que zarandeó las ramas del Serbal del Forjador. Desde las boscosas colinas que nos rodeaban, las hojas empezaron a elevarse, a la deriva, primero por docenas, luego por centenares y finalmente por millares. Roble y olmo, marjoleto y hayas, resplandeciendo con el brillo de los rubíes, las esmeraldas y los diamantes. Girando con lentitud sobre sí mismas, flotaron hacia nosotros como un vasto enjambre de mariposas de regreso al hogar.

Detrás llegaron otras criaturas que se arracimaron alrededor del serbal, danzando junto a las hojas. Astillas de luz.

Fragmentos de arco iris. Penachos de sombra. Materializándose de la nada, unos inesperados jirones de niebla se entretejieron y adoptaron nuevas formas: delgadas espirales, serpientes, nudos y estrellas. Aparecieron nuevas figuras; yo no podía ni intuir de dónde, hechas no de luz o sombra, o siquiera de nubes, sino de otra cosa, algo entremedias.

Todo aquello rodeaba el árbol, atraído por la música, la magia. «¿Qué produciría a continuación el poder del salterio?», me pregunté.

Sonreí, sabiendo que por fin había llegado el momento de tocar mi instrumento.

Pulsé las cuerdas.

3
El día más oscuro

En el instante en que mis dedos tocaron el acorde, sentí un repentino fogonazo de calor, lo bastante fuerte para chamuscarme la mano. Grité y la retiré vivamente, mientras las cuerdas del salterio se partían con un crujido ensordecedor. El instrumento salió despedido de mi mano y estalló en llamas.

Todos nos quedamos mirando, estupefactos, el salterio que permanecía suspendido en el aire por encima de nuestras cabezas, mientras el fuego lamía su contorno y su caja de resonancia. El puente de roble, al igual que las cuerdas antes, se encogió y se retorció como si agonizara. Las siluetas que revoloteaban alrededor del serbal se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos, exceptuando la multitud de hojas que llovía sobre nosotros.

De pronto, en el mismo centro del salterio en llamas empezó a formarse una imagen rodeada de sombras. Dejé escapar el aliento a la vez que los demás. Porque la imagen enseguida se solidificó, hasta revelar un rostro demacrado y ceñudo. Era un rostro colérico, un rostro vengativo.

Era un rostro que yo conocía bien.

Conservaba las recias quijadas, el díscolo cabello y los penetrantes ojos que jamás olvidaría. La nariz protuberante. Los pendientes hechos de conchas colgantes.

—Urnalda. —El propio nombre pareció restallar como el fuego cuando lo pronuncié en voz alta.

—¿Quién? —preguntó mi madre, boquiabierta ante el ígneo semblante.

—Cuéntanos —insistió Cairpré—. ¿Quién es?

Con la voz más seca que las hojas que yacían a nuestros pies, repetí el nombre.

—Urnalda. Hechicera y reina de los enanos. —Jugueteé con el mango de mi cayado, recordando la ayuda que ella me había prestado hacía mucho tiempo. Recordé también el dolor que me supuso. Y cómo me había arrancado una promesa, una promesa que sospechaba que me provocaría un dolor muchísimo mayor—. Es una aliada, tal vez incluso una amiga..., pero a quien hay que temer.

En cuanto lo hube dicho, del borde llameante de mi salterio brotaron infinidad de chispas que danzaron con renovada furia. Saltaron esquirlas de madera suelta que chisporrotearon y crepitaron en el aire. Una incendió un racimo de moras secas que colgaba de una rama baja, que ardió en llamas antes de consumirse y encogerse en un puño carbonizado. Otra astilla llameante voló hacia Rhia, rozando su hombro envuelto en hojas.

Urnalda, con el rostro enmarcado por el fuego, nos contempló con expresión irónica.

—Merlín —dijo finalmente con voz ronca—. Es la hora.

—¿La hora? —Intenté tragar saliva, pero no lo conseguí-—. ¿La hora de qué?

Unas lenguas de fuego se precipitaron en mi dirección.

—¡La hora de que cumplas tu promesa! Tu deuda con mi pueblo es grande, más de lo que te imaginas, pues te ayudamos aunque fuera en contra de nuestras leyes. —Sacudió su ancha cabeza, haciendo repiquetear sus pendientes de conchas en forma de abanico—. Ha llegado nuestra hora de necesidad. ¡El mal asola la tierra de

Urnalda, la tierra de los enanos! Debes venir ahora. —El volumen de su voz se redujo a un simple murmullo—. Y debes venir solo.

Mi madre me aferró del brazo.

—No puede. No irá.

—¡Silencio, mujer! —El salterio se convulsionó con tanta violencia que se partió en dos, escupiendo una fuente de chispas. Pero ambas mitades permanecieron suspendidas en el aire, justo encima de nuestras cabezas—. El muchacho sabe que no lo llamaría si no fuera la hora. Él es el único que puede salvar a mi pueblo.

Me zafé de la presa de mi madre.

—¿El único? ¿Por qué?

La burlona sonrisa de Urnalda se acentuó.

—Eso te lo diré cuando estés a mi lado. ¡Pero apresúrate! El tiempo apremia, y mucho. —La hechicera hizo una pausa, meditando sus palabras—. Sin embargo, una cosa sí te diré: mi pueblo ha sido atacado, hoy mismo, como nunca antes.

—¿Por quién?

—Por uno olvidado desde hacía mucho tiempo, hasta ahora. —Nuevas llamas brotaron del instrumento. La madera quemada crujió y chisporroteó, casi sofocando sus palabras—. ¡El dragón Valdearg ya no duerme! Su fuego se ha encendido, al igual que su ira. ¡La verdad digo, oh, sí! El día más negro de Fincayra ha caído sobre nosotros.

Mientras yo me estremecía, las llamas se desvanecieron. Los carbonizados restos de mi salterio dieron varias vueltas más en el aire y luego cayeron al suelo, sobre la hierba y las hojas, dejando tras sí convulsos rastros de humo. Todos dimos un paso atrás para esquivar una lluvia de rescoldos.

Me volví hacia Cairpré. Su rostro se había endurecido como un escarpado risco, y aun así mostraba las oscuras arrugas del miedo. Sus rebeldes cejas se elevaron mientras repetía las últimas palabras de Urnalda: *El día más negro de Fincayra ha caído sobre nosotros.*

—Hijo mío —susurró Elen con voz entrecortada—, no debes atender a su demanda. Quédate aquí, con nosotros, en el Bosque de la Druma, donde estarás seguro.

Cairpré entornó los párpados.

—Si es cierto que Valdearg ha despertado, ninguno de nosotros está seguro. —Con expresión lúgubre, añadió—: Y nuestros problemas son peores incluso de lo que Urnalda se imagina.

Aplasté con mi bota un rescoldo encendido.

—¿Qué has querido decir con eso?

—El poema *El ojo del dragón.* ¿No te he enseñado mi transcripción? Me llevó más de una década unir todas las piezas y rellenar los huecos, o al menos la mayoría. ¡Sapos y culebras! Tenía intención de mostrártela, pero no tan pronto. ¡Y menos así!

Mi mirada se posó sobre los restos de mi salterio, ahora nada más que fragmentos rotos de madera carbonizada y cuerdas ennegrecidas entre las hojas esparcidas sobre la hierba. Cerca de una de las raíces del serbal divisé un fragmento del puente de roble. Aún estaba unido a un trozo de cuerda, la más fina.

Inclinándome hasta el suelo, recogí la cuerda. Rígida, inerte. En absoluto como el flexible cable que sostenía apenas hacía unos minutos. Seguro que si intentaba doblarla ahora, se quebraría en mis manos.

Erguí la cabeza.

—¿Cairpré?

—¿Sí, hijo mío?

—Háblame de ese poema.

Dejó escapar el aliento despacio, con un ruido silbante.

—Me temo que está lleno de lagunas y ambigüedades. Pero es lo único que tenemos. Ni siquiera estoy seguro de acordarme de algo más que de los últimos versos. Y tú necesitarás saber más, mucho más, si de veras vas a enfrentarte al dragón.

Por el rabillo del ojo vi a mi madre ponerse rígida.

—Sigue —insistí.

Esmerándose por no mirar a Elen, Cairpré se aclaró la garganta. Después, con un seco gesto, señaló las distantes colinas sumidas en la niebla.

—Lejos, muy lejos, hacia el norte, más allá incluso del reino de los enanos, se extienden las tierras más remotas de esta isla, las Tierras Perdidas. Ahora están calcinadas y hieden a muerte, pero en otro tiempo florecían tan frondosas como este mismo bosque. Parras cargadas de frutos, prados verdeantes, árboles ancianos... Hasta que Valdearg, el último emperador de los dragones, descendió sobre ellas. Porque los habitantes de las Tierras Perdidas habían matado atolondradamente a su pareja y, según la mayoría de las fuentes, a su única descendencia, y cayó sobre aquellas gentes con la furia de un millar de tempestades. Torturó, arrasó y destruyó, sin dejar rastro alguno de vida a su paso. Se convirtió para siempre en *Alas de Fuego.*

Cairpré hizo una pausa, alzando la vista hacia las ramas del imponente serbal.

—Finalmente, Valdearg se llevó la devastación hacia el sur, hacia el resto de Fincayra. Fue entonces cuando tu abuelo, Tuatha, lo desafió en combate y lo obligó a retroceder a las tierras baldías. Aunque la Batalla de las Llamas Brillantes iluminó el cielo durante tres años y un día, al final se impuso Tuatha y durmió al dragón gracias a un encantamiento.

Examiné el fragmento de salterio que tenía en la mano.

—Un sueño que ya ha terminado.

—Sí, razón por la cual hablaba de *El ojo del dragón.* Verás, ese poema es el relato de su batalla. Y describe cómo Tuatha utilizó un arma mágica muy poderosa para acabar triunfando.

—¿Qué arma? —preguntó Rhia.

Cairpré titubeó.

—Dínoslo —insistió mi hermana.

El poeta habló en voz baja, pero sus palabras atronaron en mis oídos.

—El *Galator.*

Instintivamente, mi mano se dirigió a mi pecho, donde hacía ya mucho tiempo reposaba el colgante enjoyado poseedor de poderes tan misteriosos como el extraño resplandor verde que irradiaba. Los ojos de Rhia, me di cuenta, captaron mi movimiento. Y supe que también ella recordaba el *Galator* y su pérdida, entregado por mí a Domnu, aquella ladrona de las marismas que luego se negó a devolvérmelo, como habíamos quedado.

—El poema —prosiguió Cairpré— acaba con una profecía. —Estudió mi rostro con expresión grave—. Una profecía cuyo significado dista mucho de estar claro.

Se sentó en una raíz prominente, con la mirada perdida en algún punto muy lejano. Tras una larga pausa, empezó a recitar:

Si Valdearg los ojos abre,
muchos más ojos se cierran:
el día más oscuro trae,

el mal cae sobre la tierra.

Siembra a su paso el terror
transformándolo en dolor,
todo el mundo temblará
tras su nuevo despertar.

Espoleado por la ira,
de un poder inigualable,
busca venganza cumplida
por un sueño irrealizable.
Pues ya nada más le importa;
destruyeron su ilusión
y ahora su única ambición
es vengarse a toda costa.

Ya nada lo detendrá,
salvo, acaso, un enemigo
descendiente de enemigos
vencidos largo tiempo ha.
En la más cruenta batalla
lucharán hasta el final,
reviviendo allí la rabia
de la contienda inicial.

Pero ningún contendiente
se impondrá en definitiva,
su fervor a ambos rivales
lo pagarán con la vida.
Pese a su admirable arrojo,
es la muerte su destino:
el dragón cierra los ojos,
yace muerto su enemigo.

El aire se torna agua
y ésta fuego abrasador.
Porque la muerte la causa
un poder aún mayor.
Cuando varios elementos
se fundan en amalgama,
el dragón cederá al cuerpo,
será el final de la plaga.

Excepto por el rumor de las hojas del serbal, no se oía ni un ruido en la loma. Nadie se movía, nadie hablaba. Permanecimos inmóviles como los restos carbonizados de mi instrumento musical. E igualmente silenciosos. Por fin, Rhia dio un paso hacia mí y rodeó mi dedo índice con el suyo.

—Merlín —susurró—. No entiendo qué significa todo esto, pero no me gusta cómo suena. Es una sensación. ¿Estás seguro de que quieres ir? Quizás Urnalda encuentre el modo de detener al dragón sin ti.

Fruncí el ceño y me solté.

—¡Por supuesto que no quiero ir! Pero ella me ayudó una vez, cuando lo necesitaba de verdad. Y le prometí ayudarla a cambio.

—¡No a combatir a un dragón! —exclamó mi madre, con voz destemplada.

Me encaré con la mujer que, sólo un rato antes, estaba lo bastante alborozada como para cantar.

—Ya has oído a Urnalda. Ha dicho que soy el único que puede salvar a su pueblo. Por qué razón, no estoy seguro, sin embargo debe tener algo que ver con la profecía. Nadie puede derrotar al dragón excepto una persona: el *descendiente de enemigos vencidos largo tiempo ha* se refiere a mí, ¿no lo comprendes?

—¿Por qué? —imploró Elen—. ¿Por qué tienes que ser tú?

—Porque soy el único descendiente de Tuatha, el único mago..., de todos los que deben haber luchado contra él a lo largo de los tiempos, que finalmente lo superó. Que lo derrotó, al menos por un tiempo. —Di una palmadita en el mango de mi cayado—. Y, al parecer, soy el único que quizá tenga alguna posibilidad de acabar el trabajo.

Los ojos de zafiro de Elen se empañaron de lágrimas al posarse en Cairpré.

—¿Por qué no mató Tuatha al dragón cuando tuvo la oportunidad?

Lentamente, el poeta se pasó ambas manos por el cabello.

—No lo sé. Del mismo modo que tampoco sé lo que quiere decir el poema cuando se refiere al sueño irrealizable del dragón. O de que el aire se convierte en agua y el agua en fuego.

Haciendo un esfuerzo, apartó la mirada de Elen y la clavó en mí.

—No obstante, en parte parece claro. Demasiado claro. Me temo que te señala como el enemigo de Valdearg y como el único capaz de impedirle que reduzca casi toda Fincayra a cenizas. Porque, en cuanto empiece, no se conformará sólo con arrasar el reino de los enanos, o siquiera este bosque. Ansiará destruir todo lo que pueda. Y así, Merlín, tal vez sea tu misión desafiar al dragón, como hizo tu abuelo en la Batalla de las Llamas Brillantes. Pero esta vez el resultado será diferente. Esta vez... ambos moriréis.

Cairpré tragó saliva.

—Todos los bardos que conozco comprenden la importancia de este poema. Por ese motivo pasé tantos años transcribiéndolo, intentando encajar todas las piezas. Aunque hay partes discutibles, nadie, nadie en absoluto discrepa del resultado de la batalla. *El dragón cierra los ojos, yace muerto su enemigo.*

Sin dejar de enhebrar un sarmiento suelto en su manga, Rhia lo estudió con atención.

—Pero hay algo más, ¿verdad? Algo importante en lo que los demás bardos no coinciden contigo.

Las mejillas del poeta se pusieron como la grana.

—Es evidente que has heredado de tu madre la facultad de ver a través de mi piel. —Indicó la esfera que relucía suavemente con una luz anaranjada, colgando del cinturón vegetal de la joven—. Quizá por eso, Merlín, te confió a ti el *Orbe de Fuego.*

Rhia acarició el *Orbe* ensimismada.

—La verdad es que aún no estoy segura de por qué me lo dio. —Me miró fijamente—. Aunque te estoy agradecida. Pero eso ahora no importa. Cuéntanos el resto.

El viento sopló con más fuerza, sacudiendo las ramas por encima de nosotros como un guerrero hace entrechocar su espada y su escudo para amedrentar al enemigo. Las hojas se deslizaban ruidosamente a nuestros pies mientras nuevas hojas, ramitas y esquirlas de corteza caían dando vueltas. Percibí cierto frío invernal en el aire, aunque aún tenía los dedos resentidos por el calor de mi salterio al

quemarse.

Cairpré se sacudió una ramita de la oreja.

—No estoy seguro de esto, pero creo que la clave de la profecía puede ser esa oscura referencia, casi al final: «un poder aún mayor». Signifique lo que signifique, debe ser algo más fuerte que el dragón. Y más fuerte que...

—Que yo. Alguien cuyo instrumento mágico no ha llegado a tocar ni una sola nota.

—Lo sé, hijo mío. —Me escrutó ansiosamente—. Aun así, este poder quizá sea algo que todavía puedes dominar. Y si lo consiguieras, quizá podrías usarlo de algún modo para vencer al dragón.

—¿Qué es? —pregunté en tono imperioso—. ¿Qué puede ser más poderoso que un dragón?

—¡Sapos y culebras, muchacho! Ojalá lo supiera.

Rhia se dio una palmada en el muslo.

—¡Quizá sea el *Galator*! Después de todo, sabemos que resultó útil en el pasado.

Descarté la idea con un ademán.

—Aunque tuvieras razón, ya no hay tiempo para intentar recuperarlo. Está justo al otro lado de la isla. ¡Y Urnalda necesita ayuda enseguida! Se precisan varios días, desde aquí, para llegar a sus fronteras. Ojalá mi poder de Saltar fuera lo bastante fuerte para mandarme allí ahora mismo... Pero no lo es. —Hice girar la cuerda ennegrecida entre mis dedos—. Y ahora probablemente nunca lo sea.

Meneé la cabeza con desaliento.

—No, esperemos que ese poder aún mayor sea otra cosa, y no el *Galator.* Y que yo logre encontrarlo de algún modo.

Con voz débil, mi madre protestó una vez más.

—Pero si ni siquiera tienes un plan.

—Eso no es nada nuevo para él —comentó Rhia—. Tratará de trazar uno por el camino.

—Entonces yo trazaré mi propio plan —replicó Elen lúgubremente—. Rezar. Y procurar no llorar antes de tiempo.

Cairpré dejó escapar un suspiro.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo, Merlín? Nadie te culparía si decidieras quedarte con nosotros.

Mi mirada se posó en la quebradiza cuerda y el trozo de madera que sostenía en la mano. Lo único que quedaba de mi salterio. Mi fallido intento de abordar una magia más poderosa. ¿Cómo podía yo, con sólo mi cayado y mi espada por toda ayuda, esperar desafiar a un poderoso enemigo? Y menos aún al propio Valdearg. Levanté la solapa de mi talega de hierbas medicinales y tesoros, empecé a guardar los restos achicharrados... y me contuve. ¿Por qué debía guardar algo así? Era inservible para mí o para cualquiera. Los dejé caer de mi mano al suelo.

Al mismo tiempo, la yema del dedo que había introducido en la talega rozó algo blando. Una pluma. Sonreí con tristeza, recordando el irascible joven esmerejón que tanto me había dado, incluyendo mi propio nombre. Alguien que jamás había rechazado un combate, ni siquiera el último, el que acabó con su vida.

Por fin, levanté la cabeza.

—Debo ir.

4
Una campana lejana

La mano de Cairpré retiró un par de hojas posadas en mi hombro.

—Antes de que te vayas, hijo mío, deberías guardarte esto.

Se inclinó para recoger la cuerda ennegrecida de mi salterio, que yo había tirado. Con cuidado, la cogió de entre las hojas y la hierba que tenía a los pies. Sobre su palma extendida parecía el cadáver retorcido y ennegrecido de una serpiente, muerta en su más tierna infancia.

Le aparté la mano.

—¿Para qué lo quiero?

—Porque lo has hecho tú, Merlín. Lo has fabricado con tus propias manos.

—No sirve para nada —insistí despectivamente—. Sólo me recordará que no pasé la prueba.

Sus enmarañadas cejas se alzaron más aún.

—Tal vez sí y tal vez no.

—Pero ya has visto lo que ha ocurrido.

—En efecto, lo he visto. *Con estos mismísimos ojos: ¡mira la luz, no los despojos!* —Se apartó de la cara un mechón de pelo canoso-—. Y he visto que no has tenido ocasión de intentarlo. Fuiste interrumpido por Urnalda antes de que pudieras tocar —tú o las cuerdas— melodía alguna. No sabemos lo que habría ocurrido si te hubieran permitido acabar.

Eché un vistazo a las nudosas raíces del gran serbal, donde tantos meses había trabajado en mi salterio. Y a las herramientas, de múltiples formas y diversos usos, que finalmente había aprendido a empuñar.

—Pero ahora nunca lo averiguaremos. Tú mismo lo dijiste, nunca tendré otra oportunidad.

Cairpré asintió con lentitud.

—De construir un instrumento mágico, no. Pero también es posible, aunque muy improbable, que tu oportunidad de tocar éste no haya pasado aún.

—Puede ser que tenga razón, ¿sabes? —dijo Rhia, avanzando sobre las hojas caídas—. Siempre hay una posibilidad.

La miré hoscamente.

—¡No puedes emitir música con un rescoldo carbonizado!

—¿Cómo lo sabes? —replicó Cairpré—. Tienes poderes que aún no conoces.

—Poderes que nunca conseguiré utilizar, con dragón o sin él. —Le arrebaté furiosamente el salterio de la mano—. Mira esto, ¿quieres? Sabes tan bien como yo que, a menos que un joven mago logre que la música surja de su instrumento, su crecimiento, sus posibilidades de convertirse en, bueno, en lo que tenga que convertirse, serán nulas.

Los ojos del sentimental poeta me contemplaron durante un rato.

—Sí, hijo mío, eso es cierto. Y, sin embargo, aún es mucho lo que no comprendemos de todo esto, ciertamente por lo menos yo.

—¿Recuerdas todas aquellas hojas? —preguntó Rhia—. Incluso antes de que empezaras a tocar, atraías cosas que venían de todas partes. No sólo las hojas, sino

también cosas mágicas. ¡Incluso atrajiste a Urnalda! Quizás el salterio estaba empezando a revelar su poder.

—Es verdad —añadió Cairpré—. ¿Y quién sabe? Tal vez ese poder que atraía las hojas, la magia, atrajera algo más. Algo que todavía no ha llegado, que viene de camino en este mismo instante.

Estudié con escepticismo la deformada cuerda y lo que quedaba del puente.

—No creo que quede nada en esto. Simplemente no lo creo. Pero... supongo que no me hará daño conservarlo un tiempo.

Tras guardármelo en la talega, dirigí la vista hacia mi madre, que permanecía en silencio junto al tronco del serbal.

—Lo que de verdad necesito es algo fuerte, muy fuerte. Que me ayude contra Valdearg.

Cairpré me tocó el brazo.

—Te comprendo, hijo mío. Créeme, te comprendo.

De pronto, Rhia señaló hacia el cielo.

—¿Qué es eso?

El poeta levantó la vista... y luego se encogió como si le hubieran golpeado con un invisible garrote. Como el resto de nosotros, divisó un par de oscuras alas membranosas que emergían de detrás de una nube. Y la boca roja como la sangre, mostrando unos enormes dientes. O colmillos. La silueta se puso a volar en círculos sobre nosotros y todos nos arrimamos al tronco del viejo serbal.

—El dragón no —rezó mi madre, situándose sobre una corpulenta raíz. Luego, al ver que la sombra viraba de lado, meneó la cabeza—. ¡No, no, mira! No es lo bastante grande. Se parece más a un gigantesco murciélago. ¿Qué es, en nombre de Dagda?

Cairpré emitió un sonido entrecortado.

—¡No puede ser! El último de ellos murió hace mucho tiempo. —Pasó la mano sobre la rugosa corteza del serbal—. ¡No os separéis del árbol! No os mováis, que no nos vea.

—¿Qué es? —Lo aferré por el brazo—. ¿Y por qué siento tanto miedo por dentro? Por algo más que nuestra vida.

—Porque, Merlín, esa sensación no ha venido por nuestra vida, aunque fácilmente podría arrebatárnosla. Ha venido... a buscar tus poderes.

Antes de que pudiera añadir nada más, un agudo y penetrante alarido retumbó por las boscosas colinas. Se clavó en mi cuerpo, taladrando mi pecho como una espada de sonido. A continuación, cuando una racha de viento azotó el serbal, sus ramas se bambolearon entre gemidos y crujidos, mientras otras hojas y moras caían esparcidas por la loma. En ese instante, la bestia alada giró bruscamente en el aire y se lanzó en picado, directamente sobre nosotros.

Rhia jadeó.

—¡Nos ha visto!

—¿Qué es? —exigí saber.

Cairpré forzó la vista para atisbar entre las ramas bamboleantes.

—¡Un kreelix! Se alimenta de los poderes, de la magia de los demás.

Intentó colocarse delante de Elen para empujarla hacia una grieta vertical que se abría en la corteza del árbol. Pero ella lo rechazó de un empujón.

—¡Olvídate de mí! —gritó—. ¡Protégelo a él!

Los ojos de Cairpré permanecían fijos en el ser parecido a un murciélago.

—Esos colmillos...

Aturrullado, contemplé la oscura silueta que descendía, aproximándose más a cada segundo que pasaba. Ya podía ver los tres colmillos resplandecientes. Y las garras curvas que sobresalían del borde superior de las alas. Casi podía sentirlas arrancándome la carne, las costillas, el corazón enloquecido.

¡Al menos podía alejar a la bestia de los demás! Busqué mi espada con la vista y la descubrí medio enterrada por las hojas que se amontonaban al pie del árbol, pero entonces me acordé de un arma aún más poderosa. ¡Mi cayado! Lo extraje rápidamente de mi cinturón.

Cairpré me retuvo por el brazo.

—No, Merlín.

Me zafé de su presa. Empuñando el cayado, salí de un brinco de entre la maraña de raíces.

El chillido del kreelix atravesó el aire, ahogando el grito del poeta. En ese mismo instante, su enorme sombra de alas curvas cayó encima del serbal. La bestia pasó rozando la copa del árbol, desgajando docenas de ramas altas a su paso. Los fragmentos de madera llovieron sobre mí.

Blandí mi arma, invocando todos los poderes que contenía su madera. *Ahora. ¡Necesito tu ayuda ahora!*

El kreelix se inclinó para virar, hendiendo el aire con sus alas. Después se lanzó en picado sobre mí, y el tupido pelaje pardo que cubría su cabeza y su cuerpo se aplastó por la fuerza del viento. Abrió la boca aún más, proyectando los colmillos hacia afuera. Reparé en que la criatura carecía de ojos, que, como yo, su capacidad de ver tenía otro origen.

Cuando los tres colmillos apuntaron hacia mí, di un paso atrás y mi talón tropezó con una de las raíces del serbal, y aunque luché por mantener el equilibrio, al final me caí de espaldas. El cayado salió despedido de mi mano y rodó colina abajo.

Empecé a ponerme en pie... cuando mi mano rozó el cuero de la vaina de mi espada. Así el arma por la empuñadura. Cuando desenvainé la hoja, emitió un débil tañido, como una lejana campana,

Al incorporarme con dificultad, apenas tuve tiempo de levantar la espada antes de que el kreelix atacara. Voló recto hacia mí con las alas extendidas y aullando. Ahora podía verle los pliegues de las orejas, surcados de venas; las aristas de las garras, afiladas como dagas; la punta de los colmillos, de un rojo escarlata. Su sombra recorrió velozmente las copas de los árboles que crecían al pie de la loma y luego ascendió por la ladera cubierta de hierba.

Plantando las botas con firmeza en el suelo, retrocedí muy despacio. ¡No me falles, espada! Me armé de valor. Eres lo único que se interpone entre nosotros y la muerte. Lancé una estocada.

De repente, una llamarada de luz escarlata estalló en el interior de mi cabeza. En ese momento, una poderosa fuerza me derribó. Mientras me derribaba hacia atrás, me pareció que se internaba en mi pecho. Quería arrancarme la fuerza del cuerpo y la espada de las manos. Giré en el aire, incapaz de respirar. Aterricé con un seco golpetazo y seguí rodando hasta detenerme.

Me encontré tendido de espaldas. Sobre la hierba. Y las hojas. Sí, al tacto parecían hojas. Pero ¿en qué lugar me encontraba? Una breve y trabajosa inspiración. ¡Aire, por fin! Intenté ponerme en pie, pero no podía. Las nubes circulaban a gran velocidad por encima de mí. Y algo más, algo más oscuro que una sombra.

—¡Merlín, cuidado!

Aunque no supe si el grito procedía de mi interior o del exterior, me obligué a

hacerle caso. Débilmente, rodé hacia un lado. Una fracción de segundo más tarde, algo arañó el suelo a pocos centímetros de mi cabeza. Resonó suavemente, como una distante campana. Como... algo más, algo que no conseguí recordar.

Tensando los músculos, me incorporé hasta quedar sentado. Unas sombras borrosas e inconexas se agolpaban ante mí. Una rama..., una garra..., ¿o era una espada? El ancho tronco de un árbol... No, se parecía más a... No estaba seguro. Por mucho que lo intenté, no conseguía enfocar. No lograba recordar. ¿Por qué estaba tan mareado? ¿Y qué lugar era éste, a fin de cuentas?

Con gran esfuerzo, me concentré en la figura del color de la sangre que aumentaba de tamaño a marchas forzadas delante de mí. Tenía dos, no, tres puntos relucientes en su centro. Era redonda, o casi redonda. Era hueca y muy honda. Era...

¡Una boca! De repente, mis recuerdos regresaron como una riada. ¡El kreelix estaba casi encima de mí! Se hallaba sobre la loma, dando la espalda al serbal, con las alas desplegadas en toda su envergadura. Sus colmillos centelleaban, al igual que la espada que sostenía en un puño provisto de garras. ¡Mi propia espada!

Hice un esfuerzo por ponerme en pie, pero me desplomé en el suelo, exhausto. La boca continuaba acercándose. Intenté arrastrarme lejos de ella. Lo veía todo rojo. Rojo como la sangre.

Oí un crujido, como de madera al astillarse. Volvió a oírse el penetrante alarido. Después, silencio..., seguido por una oscuridad total.

5
Negatus mysterium

Al despertar, me encontré, una vez más, tendido sobre las hojas. Tenía algo quebradizo e insípido pegado a la lengua. Lo escupí en el acto. ¡Una ramita! Alguien —mi madre— apartó la cabeza de encima de mi pecho, que al parecer me estaba auscultando. Sus mejillas aparecían arrasadas de lágrimas, pero sus ojos de zafiro brillaban con alivio.

Me acarició la frente con delicadeza.

—Te has despertado, por fin. —Alzó la vista hacia las rumorosas hojas del serbal y cerró los ojos en mudo agradecimiento.

En ese momento, distinguí detrás de ella un par de enormes alas óseas. ¡El kreelix! Rodé de costado, derribando a mi madre con toda mi fuerza. Lanzó un grito y cayó dando tumbos por la ladera como una manzana que se hubiera desprendido de una rama. De un solo salto, aterricé de pie. Pese al mareo que sentía, me situé entre ella y la temida bestia.

Me detuve en seco: el kreelix colgaba inerte como un pañuelo olvidado, suspendido de las ramas del serbal. Unas gruesas ramas retorcidas rodeaban cada una de sus alas, mientras que otras mantenían el peludo cuerpo sujeto al tronco. Las garras, antes tan amenazadoras, pendían ahora nacidas, y la cabeza le caía hacia adelante, de modo que sus colmillos quedaban ocultos. Una profunda brecha, manchada de sangre oscura, se abría en toda la extensión de su cuello.

—No te preocupes. —La mano de Cairpré se cerró sobre mi hombro—. Está bien muerto.

Mi madre resopló detrás de nosotros.

—Yo también, o casi.

Me volví en redondo.

—¡Lo siento mucho! Creí...

—Sé lo que creíste. —Forzó una sonrisa, al tiempo que se frotaba una contusión del hombro—. Y me complace saber más allá de toda duda, hijo mío, que has recobrado las fuerzas.

Me volví otra vez para contemplar al kreelix, inmovilizado contra el árbol.

—¿Cómo...? —empecé a preguntar—. Pero... si estaba... ¿Cómo?

—Me encanta la gente capaz de hacer preguntas claras. —Rhia surgió de detrás del tronco, sonriéndome con insolencia. En la mano sostenía mi espada, que resplandecía bajo la dispersa luz del sol sobre la loma. Recogió la vaina del suelo, guardó el arma y me la tendió—. Me pareció que preferirías tu espada sin toda aquella sangre. Tenía un desagradable color morado. Me recordaba al pescado podrido.

Al ver mi expresión confusa, miró fugazmente a Cairpré y a Elen.

—Supongo que deberíamos contárselo. De lo contrario, se pasará todo el día acribillándonos a preguntas incompletas.

—¡Contádmelo! —rugí—. ¿Qué diablos ha ocurrido? A mí... y a esa larva voladora de ahí.

Cairpré meneó la cabeza.

—Intenté avisarte. Todo ocurrió demasiado rápido. Un kreelix vive de la magia, ¿sabes? Se la come. La absorbe directamente de su presa, como las abejas sorben el néctar de las flores. Como, al igual que cualquiera, yo creía que el último kreelix había muerto hace siglos, nunca me molesté en hablarte de ellos. «Craso error, mayor dolor.» Un maestro mejor te habría enseñado que la única manera de combatir a uno de esos monstruos, como los magos de antaño aprendieron por las malas, me temo, es con astucia. Indirectamente. Lo peor que puedes hacer es plantarle cara, exponiendo toda tu magia.

—Como hice yo. —Moví la funda de la espada y sacudí la cabeza—. No tuve tiempo de ver lo que me golpeaba. Vi un fogonazo de luz escarlata... Después, me arrancaron toda la fuerza, parecía que toda la vida. Incluso mi segunda visión se nubló.

Los ojos del poeta me miraron solemnemente desde debajo de las pobladas cejas.

—Pudo ser peor. Mucho peor.

Intenté tragar saliva, pero notaba la garganta más reseca que la corteza del serbal.

—Quieres decir que podría haber muerto. ¿Y por qué sigo vivo? ¿Por qué no me mató en el acto?

Cairpré extendió el brazo y me dio unas palmaditas en la muñeca. Al principio no noté nada. De pronto, reparé en un agujero, redondo y liso, de la manga de mi toga. Estaba rodeado por un fino círculo de carbonilla. Al parecer, algo había derretido —no desgarrado— la tela hasta traspasarla.

—El colmillo —declaró el poeta— se clavó aquí. El ancho de un dedo más a la derecha y habrías muerto. Ni lo dudes. Porque incluso el mínimo contacto con el colmillo de un kreelix destruye el poder, además de la vida, de cualquier criatura mágica. Por muy fuerte o grande que sea.

Se pasó los dedos por la melena con expresión pensativa.

—Por eso los antiguos magos y encantadoras se esforzaban tanto por evitar los combates cara a cara. Sobre todo con armas poseedoras de magia propia, que simplemente proporcionaban a los kreelix más leña para alimentar su fuego.

—Como mi espada, aquí presente.

—Sí, o como la gran espada *Cortafondo* que recuperaste hace algún tiempo. Una de las leyendas más antiguas de la isla cuenta que *Cortafondo* estuvo escondida, enterrada en alguna parte, durante más de cien años sólo para que los kreelix no la encontraran. —Se mordisqueó el labio—. Ahora comprenderás, hijo mío, por qué no quise que utilizaras tu cayado. Porque sospecho que posee más magia que una docena de *Cortafondos.*

Dirigí la mirada hacia el cayado mágico que yacía entre las hojas.

—Entonces, ¿cómo combatían a los kreelix, si no podían hacerlo a cara descubierta?

—Eso no lo sé. Pero puedo prometerte una cosa: tengo la intención de averiguarlo. —Sus párpados se entrecerraron—. Por si quedara algún otro.

Me puse blanco como el pergamino.

—¿Y cómo habéis detenido a éste?

Cairpré lanzó una agradecida mirada al Serbal del Forjador.

—Gracias a nuestro leñoso amigo. Y a tu inteligente hermana.

Lo comprendí de repente.

—¡Rhia! ¡Así que fuiste tú, utilizando el lenguaje de los árboles! Le hablaste al

árbol y él ensartó al kreelix por detrás.

La aludida se encogió de hombros con indiferencia.

—Y justo a tiempo, además. La próxima vez que quieras hacerte matar, por lo menos avísanos con un poco de antelación.

Muy a mi pesar, sonreí.

—Haré cuanto pueda. —A continuación, tras una mirada de soslayo a la gigantesca silueta vampiriforme que colgaba exánime de las ramas, mi sonrisa se evaporó—. Ni siquiera un árbol tan poderoso como éste habría podido retener a ninguna criatura capaz de defenderse con magia. ¿Por qué no lo hizo el kreelix? Seguro que, si se alimenta de la magia ajena, debe poseer alguna propia.

—¿Magia? —Cairpré se rascó la mejilla pensativamente—. No en el sentido que solemos darle a ese término. Pero sí posee algo: lo que los antiguos llamaban *negatus mysterium,* la extraña habilidad de anular, o engullir, la magia de otros. Eso fue el destello escarlata, el *negatus mysterium* desencadenado. Si te hubiera alcanzado, habría inutilizado parte de tu magia, al menos por un tiempo. Pero no te habría matado. De eso se habrían encargado los colmillos.

Recogió del suelo un puñado de hojas y luego las dejó caer ociosamente al suelo.

—Sin embargo, los poderes del kreelix acaban aquí. Saltar, Cambiar, Atar, todas las habilidades que tú has intentado desarrollar, esa bestia no podría dominarlas. Por eso no tenía poder para contraatacar, una vez atrapado por el árbol.

Señalé el cadáver.

—O para impedirte usar mi espada para rematarlo.

—No —intervino Rhia con el rostro ensombrecido—. Antes de que ninguno de nosotros pudiera llegar a la espada, el monstruo la usó contra sí mismo.

Cairpré lo corroboró con un gesto.

—Tal vez nos temía tanto que prefirió rebanarse el cuello antes de que lo hiciéramos nosotros. O tal vez —añadió lúgubremente— temía que descubriéramos algo importante si vivía.

—¿Por ejemplo?

—Quién lo ha mantenido con vida, y oculto, todos estos años.

Le lancé una mirada inquisitiva. La expresión del poeta, ya grave, se tornó más seria aún. Se frotó las yemas de los dedos en el aire, como si pasara las páginas de un libro que sólo él veía.

—En la antigüedad —casi susurró— había personas que tenían miedo a todo lo mágico, desde una simple luz voladora hasta el mago más poderoso. Consideraban que toda la magia era maligna. Y, con demasiada frecuencia, los magos y las hechiceras abusaban de sus poderes, justificando tales miedos. Esas personas crearon una sociedad (Clan Recto, se llamaban a sí mismos) que se reunía en secreto, conspirando para destruir la magia dondequiera que la encontraran. Se identificaban mediante un emblema, que casi siempre llevaban oculto: un puño estrujando un rayo.

Cerró el puño miméticamente y lo estrelló contra la palma de la otra mano.

—Transcurrido un tiempo, empezaron a criar a los kreelix, bestias tan aberrantes como sus apetitos. Y a entrenarlos también para atacar a las criaturas encantadas sin previo aviso, con el fin de erradicar por completo cualquier poder mágico. Aun cuando los propios kreelix morían para conseguirlo, también sus víctimas solían perecer.

Me miró tiernamente unos segundos.

—Sus blancos favoritos, me temo, eran los jóvenes hechiceros como tú. Aquellos cuyos poderes sólo habían empezado a florecer. Se asignaba un kreelix para espiar a cada uno de ellos, que permanecía oculto hasta el momento exacto en que esos poderes empezaran a manifestarse. Podía tratarse del primer Cambio del joven, de su primera victoria en un combate... o de su primer instrumento musical. En ese momento, la bestia arremetería desde el cielo, con la esperanza de impedir que el joven mago o hechicera alcanzaran la edad adulta.

Al reparar en la arisca expresión de Elen, Cairpré forzó una sonrisa.

—Éste es, en verdad, el día más negro de Fincayra.

Me encogí como si la sombra del kreelix hubiera pasado volando sobre mí otra vez. Ahora sabía que quien lo había mandado tenía un único propósito concreto. Destruirme. Impedir que yo utilizara cualquier poder que, acaso, poseyera. O —¿era posible algo semejante?— impedir que nunca pudiera enfrentarme a Valdearg.

6
Las dos mitades del tiempo

Incapaz de dormir, me revolví de un lado al otro en mi lecho de agujas de pino. Intenté apoyar la cabeza en un brazo flexionado, embutirme la túnica bajo las rodillas o contemplar la densa telaraña de ramas que nos guarecía. Intenté pensar en la niebla vespertina que se colaba entre los árboles al atardecer; o en el mar bañado por la luz de la luna, con sus miríadas de ojos centelleando sobre las aguas.

No sirvió de nada.

Volví a rodar sobre el costado. ¡Eh! Una piña puntiaguda se me clavó en la nuca. La aparté de un manotazo, acomodé el hombro entre la agujas de pino y traté de relajarme una vez más. De descansar, por poco que fuera. De dejar atrás las dudas, las preguntas —tan vagas que ni siquiera lograba formularlas con palabras— que me acuciaban como una piña mental.

Inspiré profundamente. La fragancia del pino, dulce y penetrante, cayó sobre mí como una invisible manta. Mas esta manta no era lo bastante cálida para protegerme del relente. Me estremecí, sabiendo que la primera nevada no tardaría mucho en cubrir este bosque.

Otra profunda inspiración. Normalmente, el olor a pino me tranquilizaba enseguida. Quizá me recordaba la época más tranquila de mi infancia, mucho antes de que las piezas del rompecabezas de mi vida empezaran a moverse como guijarros de río bajo mis pies.

En aquellos tiempos, a menudo me encaramaba a la mesa de hierbas medicinales de mi madre. A veces me limitaba a contemplarla mientras las clasificaba y enhebraba en largas ristras, dejando que las prodigiosas fragancias llenaran mis pulmones. Otras veces, sin embargo, me preparaba mi propia mezcla, incorporando los colores y texturas que me apetecían. Y todo el rato... ¡los olores! Tomillo. Raíz de haya. Alga marina. Menta (tan intenso que una sola vaharada me obligaba a abrir los ojos de par en par y sentía un hormigueo en el cuero cabelludo). Lavanda. Granos de mostaza, recién cogidos del prado. Eneldo, que siempre me hacía estornudar. Y, naturalmente, pino. Me encantaba triturar las agujas, de modo que mis dedos olían a resina de pino durante horas.

Entonces, ¿por qué, esta noche, surtían tan poco efecto en mí? Sólo servían para pincharme en los hombros, la espalda y las piernas como innumerables dagas minúsculas. Enroscándome hasta formar un ovillo, intenté relajarme por enésima vez.

Algo me hurgó en la espalda. El pie de Rhia, sin duda. Quizá también a ella le costaba dormir.

Volví a notar el empujón.

—Rhia —mascullé, sin molestarme en volver la cabeza—, ¿no te basta con haber insistido en seguirme —me interrumpí y rectifiqué yo mismo, antes de que me corrigiera ella—, quiero decir, en guiarme, sabiendo lo duro que es para nuestra madre? No tienes que venir a darme patadas además.

Otro empujón, esta vez más fuerte.

—Está bien, está bien —admití—. Sé que le prometiste que darías media vuelta

al llegar a las tierras de Urnalda. ¡Y, sí, yo estuve de acuerdo con la idea! Pero accedí porque podías ahorrarme un día o más de camino. ¡No para que me tuvieras toda la noche en vela!

Al notar un nuevo empujón, me volví rápidamente y agarré...

Un erizo. Poco mayor que mi puño, se enroscó aún más, enterrando la cara en una empalizada de púas. Azorado, sonreí. ¡Pobre criaturita! Era evidente que estaba aterrada. Probablemente, también muerta de frío.

Recogí con cuidado la bola erizada de púas. Aunque no podía verle la cara, reconocí las manchas más oscuras típicas de los machos. Lo más probable es que no tuviera más de unos pocos meses de vida. Este pequeñajo se había perdido y separado de su familia. O simplemente tenía tanto frío que había olvidado toda precaución para arrimarse al calor de mi espalda.

Lo sostuve sobre la palma de mi mano y empecé a acariciarle suavemente el dorso. En el último año había aprendido mucho sobre el lenguaje de los árboles (tras realizar grandes progresos a partir del simple roce de las hayas, ahora podía mantener una rudimentaria conversación con un olmo o incluso con un roble), pero seguía sin saber prácticamente nada de la lengua de los animales. Aun así, conseguí emitir un melodioso *yik-a-lik-a-lik,* como había oído en una ocasión a una madre erizo cantar a su camada.

Muy despacio, por la acción de mis caricias, la bola empezó a desenroscarse. Primero aparecieron las almohadillas coriáceas de las patas traseras, cada una del tamaño de la uña de mi dedo meñique. Después, las patas delanteras. Luego, el vientre, hinchado como una oscura burbuja de gas en un pozo de brea. Por fin, apareció un ojo, seguido por el otro, más negros que las sombras de la noche que nos envolvían. Por último, salió el hocico y empezó a olfatear la piel de mi pulgar. Lo acaricié con renovada energía y dejó escapar un pequeño suspiro gutural.

A Rhia le iba a encantar esta criaturita. Aunque eso implicara despertarla... y reconocer mi equivocación. Ya podía oír su cristalina risa cuando le contara que lo había confundido con su pie.

Me incorporé hasta quedarme sentado sobre el lecho de agujas de pino, dirigí mi segunda visión hacia la fronda de helechos donde mi hermana se había tumbado a dormir. De pronto, mi corazón dejó de latir. ¡Había desaparecido!

Deposité el erizo en el suelo, haciendo caso omiso de sus lastimeros quejidos, y me puse en pie apresuradamente. Forzando al máximo mi segunda visión, escruté entre las ramas y troncos secos del bosque, sumidos en sombras. ¿Adónde había ido? Después de haber viajado con ella tan a menudo, ya me había acostumbrado a sus excursiones diurnas, ya fuera a buscar comida, seguir el rastro de un ciervo o zambullirse en las frescas aguas de una poza. Pero nunca había abandonado el campamento de noche. ¿Algo había despertado su curiosidad? ¿O... le había hecho daño?

Formé una bocina con las manos y grité:

—¡Rhia!

No obtuve respuesta.

—¡Rhia!

Nada. El bosque parecía inusualmente silencioso. Las ramas no crujían ni entrechocaban; las aves no revoloteaban. Sólo los constantes gemidos del erizo interrumpían el silencio.

En ese momento, procedente de detrás de los helechos, oí una voz familiar:

—¿Es necesario que grites tanto? Despertarás a todo bicho viviente de este

bosque.

—¡Rhia! —Recogí mi cayado, mi espada y mi talega de cuero—. En nombre de Dagda, ¿dónde estabas?

—A cielo abierto, naturalmente. ¿Dónde más crees que podría contemplar las estrellas?

Tras abrocharme el cinturón de mi espada, me interné en la fronda de helechos. En el momento que me agachaba para esquivar las ramas de pino, un miembro prominente aferraba mi túnica. De repente, los árboles se separaron. Una gélida brisa me abofeteó el rostro. Me hallé en el borde de un pequeño prado muy pedregoso.

A mi izquierda, un manantial gorgoteaba al brotar directamente del suelo y formaba un estanque circundado por cañas. A su lado había una piedra plana con los bordes cubiertos de musgo. Allí, rodeándose las canillas con los brazos y el rostro elevado al cielo, se sentaba Rhia.

Cuando me acerqué, toda la frustración que albergaba se evaporó. Parecía sentirse en paz, en casa. ¿Cómo podía reprochárselo? Apoyé mi cayado en la piedra, me senté a su lado y contemplé el cielo.

Las estrellas, un inmenso enjambre de ellas, formaban una bóveda sobre nosotros. Como los componentes de un grandioso coro celestial, desfilaban por el cielo, unidos por brazos de luz extendidos. Me acordé de la frase esculpida en la pared del gran árbol en cuyo interior vivía Rhia, tan profundamente como en mi memoria: *La gloriosa y gran canción de las estrellas.*

Rhia continuaba inspeccionando el cielo y sus rizos centelleaban a la luz de las estrellas.

—¿Así que no podías dormir? Yo tampoco.

—Pero tú has encontrado una forma mejor de pasar la noche. Yo me limitaba a desperdigar agujas de pino.

—¡Mira! —gritó, señalando una estrella fugaz. El meteoro ardió vivamente unos instantes y se desvaneció enseguida—. A menudo me he preguntado —dijo con añoranza— si las estrellas como ésa caen en algún lugar de nuestro mundo o en otro.

—O en un río que hay más allá —propuse—. Un gran río circular que transporta la luz de todas las estrellas, fluyendo eternamente sobre su propio cauce.

—Sí —murmuró Rhia—. Y quizás ese río es también la costura que une las dos mitades del tiempo. ¿Recuerdas esa leyenda? Una mitad siempre empezando, la otra siempre terminando.

Apoyé los codos en la piedra y recliné más la espalda.

—¿Cómo podría olvidarla? Me la contaste la misma noche en que me enseñaste a buscar constelaciones, no en las estrellas, sino en los huecos que dejan entre ellas.

—Y tú me hablaste de aquel caballo... ¿Cómo se llamaba?

—Pegaso.

—¡Pegaso! Un corcel alado que va saltando de estrella en estrella. Contigo acurrucado sobre su lomo. —Se echó a reír, y su risa era una campana tañendo en el bosque—. ¡Cómo me gustaría volar así a mí también!

Sonreí forzadamente.

—Eso me recuerda la emoción, la libertad, de la primera vez que monté a caballo.

—¿De verdad? —Por primera vez desde mi llegada, Rhia apartó la vista del titilante espectáculo—. ¿Cuándo has montado tú a caballo?

—Hace mucho tiempo. ¡Hace tanto tiempo! Era un gran corcel negro, propiedad de nuestro... padre. —No dije el resto: antes de que Rhita Gawr lo corrompiera,

poseyéndolo con el ansia de dominar Fincayra propia del malvado espíritu. Aquellas palabras todavía me dejaban un sabor de boca demasiado amargo—. No me acuerdo mucho de aquel caballo, excepto que me chiflaba montarlo... con alguien sujetándome, naturalmente. Yo era muy pequeño, pero me encantaba oír el ruido de sus cascos debajo de mí, galopando galopando. ¡Y el calor que brotaba de sus ollares! Cada vez que iba a verlo al establo del castillo, le llevaba una manzana, sólo para sentir su cálido aliento en mi mano.

Rhia me tocó el hombro con suavidad.

—Amabas de verdad a ese caballo, ¿no?

Suspiré.

—Ahora todo está muy borroso. Creo que era demasiado pequeño. Ni siquiera me acuerdo de su nombre.

—Tal vez lo recuerdes en un sueño. A veces pasa, los sueños pueden reproducir el pasado.

Apreté los dientes, pensando en el único sueño que reproducía mi pasado. Una y otra vez. ¡Cómo detestaba ese sueño! Me atacaba en momentos inesperados, pero siempre me trasladaba al mismo lugar. Al otro lado de la remolineante niebla que rodeaba Fincayra, al otro lado del mar, a una destartalada aldea de una tierra llamada Gwynedd. Allí, un fornido muchacho —llamado Dinatius— me atacó. Presa de la rabia, invoqué mis poderes ocultos y provoqué un incendio, un fuego que se encendió de la nada. ¡Las llamas! Me abrasé toda la cara, la piel de las mejillas y la frente. Perdí los ojos entre aquellas llamas, pero me temo que Dinatius perdió la vida.

El sueño acababa siempre del mismo modo: Dinatius, aullando de dolor en plena agonía, con los brazos aplastados bajo la rama de un árbol ardiendo. Sollozando, apretándome los ojos invidentes. Sintiendo el dolor de las quemaduras. Y lo que empeoraba el sueño era que había sucedido en la realidad.

Me estremecí y, al notarlo, Rhia me rodeó un dedo con uno de los suyos.

—Lo siento, Merlín. No era mi intención preocuparte. ¿Estabas pensando en... el dragón?

—No, no. En mis propios dragones.

Me soltó el dedo y acarició con la mano la abrupta superficie de la roca.

—La peor especie.

Tragué saliva.

—Y que lo digas.

—A veces, esos dragones no son lo que parecen.

—¿Qué quieres decir?

Me miró de hito en hito.

—El *Galator.* Sabes que podría ayudarte a vencer a Valdearg. ¡Caramba, podría ser tu única posibilidad! ¿Por qué no vas a buscarlo primero, antes de que tengas que enfrentarte al monstruo?

Noté un calor en las mejillas.

—¡Porque no hay tiempo! Diantre, ya oíste...

—¿Eso es todo? —me interrumpió Rhia—. ¿Es tu única razón?

—¡Claro que sí!

—¿De verdad?

—¡Por supuesto! —Descargué un puñetazo sobre la piedra—. No creerás que hago esto porque tengo miedo de...

—¿Sí? —preguntó amablemente.

—De Domnu. —La miré boquiabierto. ¿Cómo podía saberlo? Sólo con pensar

en aquella vieja arpía traicionera me estremecía de pies a cabeza—. Cairpré tenía razón. Realmente sabes ver a través de las personas.

—Es posible —replicó—. A veces es más fácil ver los dragones de otro que los propios, nada más. Y ahora mismo, no sé si debes ir directamente a las tierras de Urnalda o no. El tiempo se acaba, como has dicho. Pero sí sé que tienes miedo de Domnu. Mucho miedo. Y necesitas saber que está afectando a tu raciocinio. Y, más que probablemente, a tu sueño.

No pude reprimir una sonrisa.

—Creas un problema tras otro, ¿lo sabes? Pero muy de vez en cuando..., casi mereces la pena.

—Gracias —dijo, devolviéndome la sonrisa.

Fruncí el entrecejo.

—Pero sigo creyendo que debería ir directamente a ver a Urnalda. Se lo prometí, y ahora necesita mi ayuda. ¿Recuerdas sus palabras? *Mi pueblo ha sido atacado, hoy mismo, como nunca antes.*

—Aunque consigas ayudarla de alguna manera, no parece de la clase de personas que luego te dan las gracias.

—Oh, seguro que sí, a su manera. Es ruda, de acuerdo. Y tiene malas pulgas. Pero por lo menos se puede confiar en ella. ¡No como Domnu! Lo único que quiere Urnalda es proteger a su pueblo. —Reflexioné unos instantes—. Aunque lograra recuperar el *Galator,* no llegaría a tiempo de ayudarla. Y encima, nunca pude descubrir cómo funciona. Así que, aunque encontrara la manera de hacer que Domnu me lo devolviera, ¿de qué me iba a servir?

Contemplé el mar de estrellas que nos cubría.

—Y hay otra cosa: quizás Urnalda sepa algo del dragón que nos sirva de ayuda. Como nos ayudó el *Galator* a ganar la última batalla. Después de todo, es una hechicera.

Mis ojos se encontraron con los de Rhia.

—Y, por último, hay una cosa más. —Tomé aliento lenta y prolongadamente—. Domnu me da miedo. Tanto como ese dragón.

Sus cabellos refulgieron cuando añadió comprensivamente:

—Su nombre, ¿qué significa?

—*Destino Oscuro.* ¡Eso es todo lo que hay que saber de ella! Domina una magia tan antigua que incluso los espíritus más poderosos, Rhita Gawr o el propio Dagda, la dejan en paz. Y por mucho que me gustaría verla humillada, eso es exactamente lo que pienso hacer yo también.

En ese momento, mi cayado resbaló de la piedra. Me incliné entre la hierba para recogerlo... y algo me pinchó en el dorso de la mano. Di un respingo, sobresaltando tanto a Rhia que ambos estuvimos a punto de caernos de espaldas.

Enseguida me eché a reír. Metí la mano entre la hierba y recogí el pequeño erizo, acariciando su espinoso lomo.

7
El círculo de piedras

A lo largo de la mayor parte del día siguiente nos dirigimos hacia el norte, atravesando el Bosque de la Druma. Gracias al conocimiento de Rhia de los senderos ocultos practicados por las zarpas de las raposas y las pezuñas de los ciervos, recorrimos un buen trecho. Sólo en dos ocasiones tuvimos que aflojar la marcha: al cruzar un tupido matorral de zarzas espinosas, que en algunos puntos nos llegaban a la cintura y nos desgarraban la ropa y arañaban las espinillas, y al trepar por un farallón de roca viva cuya cara umbría estaba ya cubierta por una resbaladiza capa de hielo.

Sin embargo, casi todo el tiempo, el implacable paso de Rhia me dejaba sin resuello. Remontaba colinas sin desmayo, cruzaba arroyuelos a saltos y corría grácilmente entre arboledas de robles, hayas y pinabetes. «Parece medio cierva», pensé mientras me esforzaba para no quedar rezagado. Cada vez que ella divisaba unas setas comestibles o unas moras dulces, me sentía doblemente agradecido, ya que mataban el hambre y, además, nos proporcionaban una excusa para descansar.

Con todo, no me quejé en ningún momento del ritmo de marcha. La apremiante súplica de Urnalda no dejaba de resonar en mis oídos. El tiempo apremiaba, abrumándome con el peso de un árbol talado. ¡Ojalá pudiera llegar antes! Y ojalá se me ocurriera algo mejor que hacer cuando llegara.

Después de comer, penetramos en un bosque de cedros que recorría el pie de una colina. De pronto, se levantó el viento. Las ramas se agitaban desenfrenadamente, azotando y arañando. Los troncos se bamboleaban y gemían. Rhia se detuvo, escuchando con atención la cacofonía que nos rodeaba, con una expresión cada vez más sombría.

Al cabo de un rato, se volvió hacia mí.

—Los árboles. Nunca los había visto tan inquietos.

—¿Qué dicen?

—¡Volved atrás! No dejan de decir, una y otra vez, que el muchacho del cayado de mago va a... —Hizo una pausa y se mordisqueó la cara interior de la mejilla—. Va a morir. Tan seguro como un retoño abrasado por las llamas.

Mi estómago se encogió y me toqué las cicatrices del rostro, todavía sensibles.

—Pero no puedo volver atrás. Si no me enfrento a Valdearg, tendréis que hacerlo tú y todos los demás, incluyendo hasta el último árbol de este bosque. La Druma será un cementerio. —El aromático olor a cedro invadió mis fosas nasales—. Pero si debo morir, mi único deseo es...

Me interrumpí para escuchar los chasquidos y crujidos de los árboles.

—Asegurarme de matarlo yo a mi vez.

Los ojos grisazulados de Rhia casi desaparecieron detrás de sus párpados, pero no dijo nada.

—La cuestión —proseguí con voz grave— es cómo... No estoy preparado para luchar contra un dragón. ¡Y mucho menos para matarlo! Probablemente, nunca lo estaré. No después de lo ocurrido... el otro día junto al serbal. No, sólo soy el muchacho del cayado de mago. No un verdadero mago.

Una rama se quebró justo encima de nosotros y se astilló al estrellarse contra el suelo a nuestros pies. Mordiéndose el labio, Rhia se dio la vuelta para alejarse. La seguí, absorto en mis pensamientos.

Al poco rato, el ruido de nuestras botas chapoteando en el embarrado suelo reemplazó al gemido de las ramas. Todos los senderos estaban encharcados. Los árboles se fueron haciendo más escasos, exceptuando los esqueletos blanqueados de aquellos cuyas raíces se habían ahogado hacía mucho tiempo. Las aves acuáticas silbaban entre la niebla que empezaba a levantarse, mientras los primeros efluvios de un olor a podrido corrompían el aire.

Me dirigí a Rhia sin dejar de caminar.

—¿Ésta es la gran ciénaga del norte, donde acaba el Bosque de la Druma, o es otra?

Mi hermana apoyó su bota de corteza tejida sobre un montículo de turba para comprobar su firmeza antes de pasar por encima.

—Forma parte de la gran ciénaga. Pero no sé decirte nada más. Estamos mucho más al este de la zona por donde suelo ir, ya que he elegido la ruta más directa. Pensé que nos ahorraría tiempo. —Bajó la voz hasta que apenas fue un murmullo—. Espero haber acertado.

El barro se adhería a la suela de mis botas.

—Yo también.

Era consciente de que la ciénaga no era el único terreno traicionero que nos aguardaba. Cuando lo atravesáramos, encontraríamos los barrancos cubiertos de niebla donde habitaban las piedras vivas. Eran demasiadas las historias que había oído contar de viajeros a quienes les habían arrancado los brazos y las piernas del cuerpo, triturados por unas mandíbulas de piedra. Ni tampoco podía borrar de mi memoria el día en que los labios de una piedra viva estuvieron a punto de tragarse mi propio brazo.

Empezamos a avanzar por un terreno inundado, sorteando troncos caídos y ramas en descomposición. Cuando llegamos a una zona cubierta por tupidas hierbas de las marismas, el sol se había ocultado detrás de un banco de nubes. Miré por encima del hombro hacia el horizonte de poniente. Rhia miró en la misma dirección y luego se volvió hacia mí.

—Se está nublando, Merlín. Esta noche no habrá estrellas que nos guíen. Si no hemos llegado al otro lado antes de que anochezca, dependeremos de tu segunda visión para no perdernos.

Inspiré profundamente, pese a que el aire hedía a putrefacción.

—No es eso lo que me preocupa, sino lo que vive en esta ciénaga. Y lo que sale cuando oscurece.

Seguimos andando en silencio, avanzando pesadamente con el agua hasta las rodillas. Bajo la menguante luz empezaron a oírse extraños burbujeos procedentes del cieno. A un lado, un débil zumbido irregular; detrás de nosotros, un repentino chapoteo..., pero cuando nos girábamos, ya no había nada. Después, un seco crujido y un chillido de dolor, como si le acabaran de partir el cráneo a alguien. Enseguida, un distante gemido resonaba en la bruma cada vez más espesa.

De improviso, algo pasó rozándome la espinilla. Pegué un brinco, por lo que me dejé las botas atrás en la operación. Fuera lo que fuese, se escabulló inmediatamente, pero perdimos varios minutos extrayendo mis botas del limo.

El sol se puso sin que se produjera ningún cambio en la escasa luminosidad. A medida que el ocaso nos envolvía, los ruidos de la naturaleza salvaje fueron

aumentando. De pronto, Rhia tropezó y cayó de bruces en un charco de agua maloliente. Cuando se levantó, vi una enorme sanguijuela, de la longitud de mi antebrazo, aferrada a las empapadas hojas de su espalda. Reptaba hacia la nuca de mi hermana. La descabalgué con un mandoble de mi cayado. La criatura lanzó un agudo silbido antes de aterrizar con un chapoteo.

La luz disminuía gradualmente. Empecé a utilizar mi cayado a modo de escandallo para evitar las arenas movedizas... y cualquier otra cosa que acechara en la espesura. Seguimos avanzando con tenacidad, procurando siempre dirigirnos hacia el norte. Pero ¿cómo podíamos orientarnos sin sol, luna ni estrellas? Cada tropiezo, cada giro en nuestra ruta, suponía un nuevo esfuerzo. Simplemente, no separarnos estaba resultando más difícil a cada minuto que transcurría.

En la oscuridad cada vez más impenetrable, extrañas formas surgían de la ciénaga, retorciéndose y contorsionándose. Al principio intenté convencerme de que no eran más que burbujas de gases que escapaban de las profundidades. O sombras, un efecto óptico de la escasa luz. Pero sus repulsivas siluetas no se movían como gases. Ni como sombras. Se movían... como seres vivos.

Las formas empezaron a suspirar, casi a llorar. Luego, oímos unos inesperados gritos de angustia, que perforaron mis oídos como carámbanos. Cuanto más apretábamos el paso, más cerca estaban las sombras. Una mano, o lo que parecía una mano, aferró mi túnica. Me zafé de una sacudida que casi me hizo tropezar.

En ese instante, en medio de una oscuridad casi total, vislumbré ante mí un vago contorno descendente. Excepto por el elevado montículo del centro, parecía tan redondo como el caparazón de una gigantesca tortuga. ¡Una isla! A pesar de que las convulsiones de las sombras entorpecían mi visión, la isla me pareció desprovista de vida.

—Rhia —grité—. ¡Una isla!

Mi hermana se detuvo.

—¿Estás seguro?

—Eso parece.

Dio un brinco de costado para esquivar una de las sombras.

—¡Pues vamos allá! Antes de que estas cosas... ¡tú, fuera de aquí!... nos entierren en el barro.

La agarré por el codo y corrimos en aquella dirección. Las siluetas se agitaron con mayor frenesí, rodeándonos como un torbellino, pero conseguimos esquivarlas. Finalmente, llegamos al borde de la isla. Salimos del agua con pasos cansados, dejando atrás las espectrales sombras, pero los lastimeros gemidos no cesaron.

La más absoluta oscuridad nos rodeó cuando ascendimos por la ladera. Pese al chapoteo de las resbaladizas enredaderas bajo nuestros pies, la tierra parecía relativamente seca. Y sólida. Inspeccioné la zona con mi segunda visión. Sólo el enorme montículo, lóbrego y misterioso, alteraba la lisa superficie de la isla.

—Aquí no vive nada —observé—. Ni siquiera un lagarto. ¿Por qué crees tú...?

Rhia enderezó la espalda fatigadamente.

—No lo sé. Sólo me alegro de que esas cosas no vengan aquí.

Me acerqué al montículo. Entonces reparé en que era un gran peñasco, de la altura de un roble joven. Me quedé petrificado.

—No hay ningún ser viviente por aquí, ¿verdad?

—No. Se quedan en las tierras más altas, en las colinas del otro lado. Aquí, en la ciénaga, tenemos otras criaturas de las que preocuparnos.

Reanudé mi aproximación al peñasco con más cautela. Le di un golpecito con

mi cayado. Se desprendió una costra de musgo, que rodó perezosamente hasta el suelo. Apoyé una mano sobre la superficie de la piedra y fui aumentando la presión hasta que empecé a notar su solidez. Su «petricidad».

—Bueno, vale —declaré—. Pero me sigue pareciendo extraño ver un gran pedrusco aquí solo, plantado en medio de una ciénaga como ésta. Es como si alguien lo hubiera colocado aquí por alguna razón.

Rhia me oprimió el brazo.

—Si está solo, al menos puedes estar seguro de que no es una piedra viva. Siempre van en grupo, cinco o seis juntas. —Reprimió un bostezo—. Merlín, estoy rendida. ¿Y si descansamos un rato? ¿Hasta que amanezca?

—Supongo que estará bien. —Fue mi turno de bostezar—. De todos modos, no volveremos al agua hasta que tengamos luz. Adelante, descansa. Yo haré la primera guardia.

—¿Estarás alerta? —Indicó con un gesto la ciénaga, cuyo corro de sonidos perturbadores continuaba—. No nos convienen más visitas.

—No te preocupes.

Nos dejamos caer al unísono al pie del peñasco. Agotado como estaba, me recosté rígidamente contra la piedra, decidido a permanecer despierto. Un saliente puntiagudo se me clavaba en el punto sensible situado entre las paletillas, pero no me moví. Era mejor contar con la seguridad de algo sólido detrás de mí. Ninguna otra criatura de la ciénaga iba a sorprendernos esta noche.

Rhia, tumbada junto a mis piernas, me oprimió el tobillo con cariño.

—Gracias por ocuparte de la primera guardia. No estoy acostumbrada a que alguien vele por mí durante un viaje.

Gruñí cansinamente.

—Eso es porque nadie puede seguir tu paso cuando viajas. —A continuación, añadí—: Me temo que es nuestra madre quien necesita que velen por ella. En este momento debe sentirse muy sola.

—¿Nuestra madre? —Rhia rodó sobre el costado—. Probablemente estará muerta de preocupación por nosotros, pero no sola. Tiene a Cairpré. Él se pegará a ella como la resina al pino.

—¿Lo crees de veras? —Deslicé los dedos por la caña de mi cayado—. Siempre está demasiado ocupado. Yo pensaba que la instalaría en algún lugar y luego seguiría su camino.

Las carcajadas de Rhia se unieron a los gorgoteos de la ciénaga.

—¿No te has dado cuenta de lo que les ha pasado? ¡Increíble! Debes de ser más duro de mollera que esta piedra para haberlo pasado por alto.

—No —le espeté—. No me ha pasado nada por alto. No me estarás diciendo que..., bueno, que sienten algún interés mutuo, ¿verdad?

—No. Ya han dejado muy atrás esa fase.

—¿Crees que se están enamorando?

—En efecto.

—¡Venga ya, Rhia! Tú sueñas, y eso que todavía estás despierta. Esas cosas no les suceden a..., bueno...

—¿Sí?

—¡A las madres! Por lo menos no a la nuestra.

Mi hermana dejó escapar una risita.

—A veces, querido hermano, me dejas de piedra. En serio, creo que en estos últimos meses has estado tan enfrascado en tus estudios que no te has enterado de

nada. Además, enamorarse es algo que puede ocurrirle a cualquiera. Incluso a ti.

—Sí, claro —me mofé—. Y ahora intentarás convencerme de que encontraremos un sabroso almuerzo en una trampa de arenas movedizas.

Por toda respuesta, suspiró con resignación.

—En este momento estoy demasiado cansada para intentar convencerte de nada. Te ilustraré cuando sea de día, si quieres.

La tentación de replicarle era muy grande, pero contuve mi lengua. Ahora necesitábamos dormir. Acomodé la espalda contra el peñasco. Ilustrarme, nada menos. ¿Cómo podía estar tan segura de sí misma?

Mientras refunfuñaba en silencio contra Rhia, dirigí mi segunda visión hacia el otro extremo de la isla. Nada se movía; nada se aproximaba. La noche transcurría, invadida por la incesante cacofonía de la ciénaga. Sin embargo, ninguna criatura vino a hacernos compañía a esa orilla. Empecé a preguntarme si el propio peñasco disuadía de algún modo a los visitantes, aunque no logré comprender por qué. Aun así, por alguna razón inexplicable, me parecía que era algo más que una piedra.

Tal vez hubiera algo en el aire de la ciénaga, o quizá mi agotamiento fuera el causante. O quizá la piedra viva poseyera alguna magia silenciosa. Por el motivo que fuera, sólo cuando noté que la mano de Rhia aferraba desesperadamente mi tobillo, comprendí que una boca de piedra me había engullido.

Y entonces ya era demasiado tarde.

8
La piedra del círculo

Al principio, silencio.

Ni el susurro del viento, ni el eco de las voces de la ciénaga, ni el burbujeo de los gases. Ni chillidos, ni siseos, ni gorjeos. Ni el latido de mi corazón vivo. Ni el silbido de mi propio aliento.

Ningún sonido. Ninguno en absoluto.

¿Qué sonido podía recordar? ¡Deprisa! ¡No debía olvidar! ¿El arroyo que habíamos cruzado esa mañana? ¡Sí! Lo oí mucho antes de verlo. Esparcía sonido además de espuma, cantaba entre las orillas. Hielo, agrietándose y quebrándose al ser acariciado por el primer dedo del alba. Agua, rezumando y goteando, vertiéndose monótonamente y gorgoteando, cantando como un coro de zarapitos.

Y no obstante, este silencio tan completo, tan insondable, ahoga lentamente los cantos.

A cada minuto que pasa, el rumor del arroyo parece más distante. En su lugar empiezo a oír el silencio, en toda su riqueza. Lo bastante suave para rodar por él, lo bastante profundo para nadar en él. No más ruidos fuera de lugar, no más disonancias. Sólo silencio. ¿Qué más se podía desear que oír el latido del vacío?

¡Yo! Debía esforzarme por recordar. Tenía que hacerlo. Sin embargo, todos los sonidos que recordaba me parecían aislados, extrañamente lejanos.

Segundo, oscuridad.

Se ha apagado la luz. ¿O nunca había existido? ¡Oh, claro que sí! Aún me acordaba de ella, veía su resplandor. Luminoso. Eterno. Primero la luz sobre las nubes, radiantes peldaños que ascendían por el cielo. Un destello en el horizonte, una llama de vela, un titilar de estrellas. Y otra clase de luz, casi demasiado brillante para la vista: la risa de Rhia, la sabiduría de mi madre, la perspicacia de Cairpré.

A pesar de todo, la oscuridad me abruma, me incita a dormir, a dejarme ir. ¿Por qué luchar por la llama vacilante? Se apaga con tanta facilidad, siempre regresa a la oscuridad... La noche siempre sigue al día con sencilla gracia. La oscuridad lo es todo; todo es oscuridad.

—¡Luz! ¿Dónde estás? Me siento perdido..., aterrado...

Tercero, inmovilidad.

Mientras pueda moverme, estoy vivo. Mientras pueda sentir el viento en mis mejillas, la tierra bajo mis pies, el pétalo entre mis dedos. Pero lo único que siento es su dureza. Por todas partes. Cerrándose a mi alrededor, aplastándome. ¡Moveos, dedos! ¡Muévete, lengua! No me responden. No existen. Mis huesos han desaparecido. Como mi sangre. Mi carne. Estrujados hasta la nada.

No puedo moverme, no siento nada, ni siquiera puedo respirar. Lo que queda de mí está comprimido y condensado. Quiero restallar como un látigo, girar como una hoja. Pero, más aún, quiero descansar. Quedarme inmóvil.

Ahora sólo oigo silencio. Sólo veo oscuridad. Sólo siento inmovilidad.

Empiezo a aceptar, a comprender, a convertirme. Soy fuerte y sólido; tengo la paciencia de una estrella. No tengo edad, soy inamovible.

Pues ahora soy de piedra.

Casi. Algo queda de mi anterior ser, aquel yo anterior. No puedo tocarlo —no puedo nombrarlo—, pero todavía está en mí. Dentro, muy adentro, en el centro de mi ser. Demasiado pequeño para verlo; demasiado grande para sostenerlo. Rabiando. Llameando. Revolviéndose. Me obliga a recordar. ¡A escapar, si puedo! Siento un deseo. Una vida. Un yo. Sí, todavía soy capaz de oír mi propia voz, al tiempo que otra voz antigua resuena a mi alrededor, apremiándome para que me deje ir y todo lo demás.

Sé de piedra, jovencito. Sé de piedra y hazte uno con el mundo.

¡No! Estoy demasiado vivo, incluso ahora, empotrado en la roca. Quiero cambiar, moverme, hacer todo lo que las piedras no pueden.

¡No sabes casi nada, jovencito! Una piedra comprende el verdadero significado del cambio. He morado en las profundidades del vientre derretido de una estrella; he sido expulsada, envuelta en llamas; he rodeado el mundo en la cola de un cometa; me he enfriado y endurecido a lo largo de eones de tiempo. He sido aplastada por glaciares, atrapada por el magma, arrastrada a través de las llanuras submarinas..., sólo para volver a ascender a la superficie sobre un río de tierra fundida. He sido despedazada, desperdigada, recogida y combinada con piedras de orígenes radicalmente distintos al mío. El rayo ha caído en mi faz, los seísmos han cuarteado mi base. Y sin embargo, sigo viva, porque soy una piedra.

Y yo respondo: Quiero conocerte. No, más que eso, ¡quiero ser tú! Pero... no puedo olvidar quién era. Quién soy. ¡Tengo cosas que hacer, piedra viva!

¿Qué extraña magia te envuelve, jovencito?¿Cómo consigues resistirte a mí? Deberías haber sucumbido a mi poder hace mucho rato.

No lo sé. Sólo sé que mi propio ser sigue aferrándose a mí, aunque el musgo que me cubre tiende sus frondas hacia ti.

Ven. Únete a mí. ¡Sé de piedra!

Ya estoy anhelando estar contigo. Sentir tu profundidad; conocer tu fuerza. Y sin embargo..., no puedo.

¡Ah, las historias que podría contarte, jovencito! Sólo con que te liberaras por completo, que te permitieras endurecerte. Así podría compartir contigo todo lo que sé. Pues una piedra, aunque esté aislada, nunca está lejos de las montañas y llanuras y mares que la vieron nacer. El poder de una piedra emana no sólo de sí misma, sino de todo lo que la rodea, de todo lo que la conecta.

Quiero aprender de ti, piedra viva. De verdad, quiero hacerlo. Pero todavía quiero más vivir la vida para la cual nací. Aunque sea fútil y efímera, a pesar de todo, es mía. ¡Tienes que dejarme libre!

Eres extraño, jovencito. Aunque he estado a punto de destruirte, no soy capaz de consumirte. Hay algo en ti que no logro alcanzar, un núcleo que no consigo aplastar. Eso sólo te deja, y me entristece decírtelo, una posibilidad.

¿Cuál?

No es lo mejor para ti, ni lo mejor para mí. Pero es mi única posibilidad.

9
Humo

Con un golpe seco, aterricé de espaldas al pie de la piedra viva. Aunque el repentino alarido de Rhia normalmente me habría helado la sangre en las venas, me alegré de oírlo. Me alegraba de oír cualquier cosa, lo que fuera.

—¡Merlín! —Me arrojó los brazos al cuello y me estrujó.

—No tan fuerte, ¿quieres? —Me escabullí de su abrazo y me palmeé el pecho. Me dolía, al igual que los brazos, las piernas y la espalda. Hasta las orejas me dolían. De hecho, me sentía como si un único cardenal inmenso cubriera todo mi cuerpo. Después, al ver el rostro de Rhia bañado en lágrimas, rebosante de alivio y agradecimiento, le indiqué por señas que volviera a abrazarme.

Aceptó la invitación de buena gana, esta vez con más suavidad.

—¿Cómo? —balbuceó—. ¿Cómo lo has hecho? Nunca había oído contar que una piedra viva liberara a alguien que tuviera atrapado.

Aunque me dolían las mejillas, sonreí.

—La mayoría de la gente no tiene tan mal sabor como yo.

Rhia me soltó y su risa resonó por toda la ciénaga. Al final, me observó atentamente durante un rato largo.

—Tiene que haber algo en ti que ni siquiera una piedra viva puede aplastar.

—Mi dura cabeza, supongo.

—Más bien tu magia.

Pese al dolor de mis costillas, inspiré profundamente.

—Por pequeño que sea, supongo que podrías decir que es mi núcleo. Esencial... e indigerible.

Rhia apartó varias esquirlas de piedra de mi hombro con un antebrazo cubierto de hojas.

—Pero ¡mírate! Tienes la túnica hecha jirones, y tanta tierra en el pelo que parece más gris que negro. —Sonrió abiertamente—. Pero estás vivo.

—¿Cuánto tiempo he pasado ahí dentro?

—Dos o tres horas, calculo. El sol acababa de salir cuando has vuelto.

Levanté la vista con aprensión hacia el descomunal peñasco que me había expulsado. Di un paso con lentitud hacia él, con el corazón desbocado. Rhia intentó detenerme, pero la disuadí con un gesto. Apoyé una insegura mano sobre una zona lisa cubierta de musgo y susurré:

—Gracias, gran piedra. Algún día, cuando sea más fuerte, me gustaría oír algunas más de tus historias.

Aunque no pude estar seguro, me pareció notar que la roca se estremecía casi imperceptiblemente bajo mis dedos. Aparté la mano y me agaché para recoger mi cayado, que aún estaba en el suelo. La sombra de la piedra viva no apagaba el lustroso brillo de la madera. Empuñé la retorcida parte superior, que, como siempre, encajó en mi mano a la perfección. Durante varios segundos, el olor de marjoleto se impuso a los hedores de la ciénaga.

Rhia jadeó.

—¡Tu espada! ¡Ha desaparecido!

Di un respingo. En efecto, mi espada, vaina y cinturón habían desaparecido. ¡Debieron de quedarse en el interior de la piedra!

Girando sobre mis talones, supliqué:

—¡Mi espada, gran piedra! ¡La necesito! Para luchar contra Valdearg.

La piedra no se inmutó.

—Por favor, ¡oh, por favor, escúchame! Esa espada es ahora parte de mí. Y tiene magia propia. ¡Sí! Me la han confiado... hasta el día, aún muy lejano, en que deba entregársela a un muchacho. Un muchacho nacido para ser rey. Un joven de gran poder. Tan grande que arrancará esa misma espada de una vaina de piedra.

El peñasco permaneció inmóvil.

—¡Es cierto! La espada será empuñada, aunque no por ti ni por una piedra viva, sino por una piedra que la custodiará, a la espera de ese mismo momento.

No hubo respuesta.

Las aletas de mi nariz empezaron a temblar.

—Devuélvemela.

Seguía sin recibir respuesta.

—¡Devuélvemela! —exigí. Asiendo mi cayado por la caña, lo alcé para golpear la piedra viva. De pronto, al pasar el pulgar por encima de la imagen tallada de una espada, el símbolo del poder Nombrar, me detuve en seco. ¡El nombre! ¡El nombre de la espada! Como todos los nombres verdaderos, poseía magia propia. Tal vez, sólo tal vez... Me incliné sobre la piedra.

Bruscamente, me reprimí. No había utilizado magia alguna desde... Desde que pincé las cuerdas de mi salterio. Si invocaba de nuevo mis poderes, ¿me atacaría otro kreelix? ¿Y éste tendría éxito donde el otro había fracasado? Me encogí al recordar la boca roja abierta, las membranosas alas, los fatídicos colmillos. Por otra parte, si permitía que el miedo primario a otro ataque rigiera mis actos, ¿qué era yo? Un cobarde. O algo peor. Tanto si aparecía otro kreelix como si no, ya me habría arrebatado mis poderes.

Hice rechinar los dientes y acerqué el rostro a la piedra. La nauseabunda neblina que emanaba de la ciénaga nos envolvió como un sudario. El fantasmagórico jadear, ulular y gemir del páramo parecía sonar cada vez más cercano. Apenas lograba oír mis propios pensamientos por culpa del ruido.

Concentrándome, formé una bocina con las manos ante la boca. Para que nadie, ni siquiera Rhia, pudiera oír el verdadero nombre de la espada, lo pronuncié en voz baja. Después, gritando a pleno pulmón, añadí:

—Ven a mí, desde las profundidades de piedra. Dondequiera que estés, yo te convoco.

Al mirar nerviosamente por encima del hombro, no vi nada más que cimbreantes jirones de niebla. De repente, oí un rumor, más fuerte a cada segundo que pasaba. El volumen aumentaba con regularidad, como una racha de viento que se aproxima, hasta que ahogó incluso los ruidos de la ciénaga.

La piedra viva se movió de su sitio. Se desprendieron esquirlas de roca, junto con parches de musgo amarillento. La piedra entera se bamboleó de lado a lado, como sacudida por un violento temblor de tierra. Al cabo de un instante, la superficie se rajó, se abrió y escupió mi espada con su vaina. Ambas cayeron al suelo con un ruido sordo.

Me abalancé sobre el arma, mientras la piedra viva rodaba para cubrirla. Rhia gritó, al tiempo que saltaba hacia un lado. Juntos corrimos por la isla. Cuando llegamos a la orilla, las ramas caídas crujieron y chapotearon al quebrarse bajo

nuestras botas. La niebla se iba desgarrando en jirones cada vez más tenues, revelando de nuevo la ciénaga.

Antes de zambullirnos en el lodazal una vez más, me abroché con rapidez el cinturón de cuero de mi espada. Después, me volví hacia la piedra viva, que se mecía hoscamente sobre su posición, y la llamé.

—¡No te enfades, gran piedra! Esta espada te habría resultado muy difícil de digerir. ¡No menos que su amo! Algún día, quizá, tú y yo volveremos a encontrarnos.

Con un profundo rumor, la piedra empezó a rodar hacia nosotros. Sin querer esperar a averiguar de qué humor estaba, Rhia y yo nos lanzamos a las aguas putrefactas de la ciénaga. Mientras el limo se colaba en mis botas, se pegaba a mis piernas y agredía mi olfato, me sentí en cierto modo agradecido, aunque también asqueado. Agradecido por ser capaz de oler y oír otra vez. Y agradecido de moverme libremente, apartando con mis botas las hierbas de las marismas, balanceando los brazos a los costados.

Durante la mayor parte de esa mañana avanzamos con dificultad hacia el norte entre marismas. Aparte de la trampa de arenas movedizas que intentó arrancarme el cayado de la mano, no sufrimos mayores percances. Aun así, el corazón nos dio un vuelco cuando llegamos por fin a tierra seca. De buena gana, nos limpiamos el barro de las botas. Un viejo manzano que crecía en la ladera de una colina baja nos ofreció los restos de su cosecha de otoño. Pequeñas y arrugadas, las manzanas eran, no obstante, increíblemente sabrosas. Comimos todas las que pudimos. No muy lejos, Rhia encontró un arroyo de agua fresca y transparente donde nos lavamos para eliminar el olor residual de la ciénaga.

Siguiendo hacia el norte, nos dirigimos rápidamente al reino de los enanos. El terreno ascendía gradualmente hasta convertirse en una serie de llanuras cubiertas de hierba, escalonadas como peldaños hasta la alta meseta donde el Río Incesante manaba a borbotones del mismo suelo. Desde allí, bien lo sabía yo, penetraríamos en el territorio de los enanos. El territorio de Valdearg. ¡Ojalá encontrase a Urnalda antes de que el dragón me encontrara a mí! Quizá pudiera ayudarla realmente, de algún modo. Y quizá... me ayudara ella a su vez.

A media tarde hicimos un alto en el camino para devorar unas cuantas setas grises gibosas que crecían entre las raíces de un olmo torcido. Y, para aprovechar, al menos por un momento, la ocasión de sentarnos. Tras secarme el sudor de la frente, extendí las piernas e inspeccioné los prados que nos rodeaban. El Río Incesante se hallaba bastante hacia el este, pero mi segunda visión logró distinguir el sinuoso pasillo de niebla que señalaba su cauce.

Yo conocía bien el curso del río: tras acumularse en estas llanuras, se ensanchaba y su caudal aumentaba inexorablemente, atravesando en línea recta el corazón de Fincayra. A lo largo de casi todo ese trayecto, sus empinadas orillas y rugientes rápidos hacían difícil cruzarlo. De hecho, entre su cabecera y la lejana desembocadura en la costa de las caracolas parlantes, al sur, yo sólo había encontrado un lugar fiable para vadearlo: unos bajíos flanqueados por nueve peñascos redondos. No podíamos estar muy lejos de aquel lugar. Por alguna inexplicable razón, sentía la imperiosa urgencia de volver allí.

Después de lanzarle otra seta a Rhia (que ella se metió entera en la boca), señalé la niebla.

—¿Y si cruzamos el río más abajo? Donde están los peñascos.

Sin dejar de masticar, mi hermana negó con la cabeza.

—¡Ya he visto bastantes peñascos por hoy! Además, el camino más corto es

seguir recto hacia el norte, a través de las mesetas, hasta que lleguemos a la cabecera del río. No será difícil cruzar por allí, y menos en esta época del año, cuando el nivel del agua está bajo.

Aunque sabía que tenía razón, seguí contemplando la serpenteante niebla.

—No sé por qué, pero me siento atraído por ese vado.

—¿Qué ganaríamos? —Me estudió con escepticismo—. Eso nos llevaría un día entero. A estas alturas del día, sólo nos queda un par de horas más de luz. —Se puso en pie de un brinco—. Vámonos.

—Tienes razón. Todo depende de que nos apresuremos. —Tras una última mirada al pasillo de niebla, seguí a mi hermana entre la alta hierba.

Una nutrida bandada de gansos pasó volando por encima de nosotros, tan cerca que pudimos oír el rítmico batir de sus alas. Como todas las demás aves que habíamos visto ese día, iban en dirección contraria a la nuestra. Detrás de ellos apareció lo que al principio recordaba un torbellino de polvo, hasta que oímos el zumbido y comprendimos que en realidad era un inmenso enjambre de abejas. Lo seguía de cerca una garza de gran envergadura, una pareja de gaviotas derrengadas, un aguzanieves, varias golondrinas y un viejo cuervo que aleteaba esforzadamente. Más tarde, casi fuimos atropellados por una familia de zorros, ocultos por la hierba. Al ver sus grandes ojos brillando de terror, Rhia me lanzó una mirada de preocupación. Aunque seguimos remontando los prados escalonados, aflojó un poco el paso.

Cuando la luz del atardecer pintaba la hierba de dorado, llegamos al límite de otra meseta. Nos detuvimos al mismo tiempo, anonadados por la misma visión. Contra todo pronóstico, el cielo estaba ominosamente oscuro ante nosotros. Un tupido velo ocultaba el horizonte... y, sin embargo, parecía más tenue y plano que cualquier nube de tormenta. ¿Podía ser una sombra proyectada por el sol poniente? En ese momento, una racha de viento hizo ondear mi túnica. Capté el primer efluvio de un olor que me golpeó como un mandoble de espadón.

Humo.

Dejé escapar un gemido. No eran nubes, ni sombras lo que oscurecía el cielo, sino Valdearg.

Rhia se volvió hacia mí. Su rostro, normalmente radiante, estaba ahora absolutamente sombrío.

—Hasta ahora, Merlín, he conseguido dejar a un lado mis dudas porque creía que estaba bien ayudarte. Pero ahora... no estoy tan segura. ¡Mira eso! La tierra arde, como el iracundo corazón de Valdearg. Parece tan..., bueno, tan descabellado meterse directamente en sus fauces de este modo...

—No pierdas la fe —repliqué valerosamente. Pero mi ronca voz delató la poca confianza que me quedaba a mí también. Meneé la cabeza—. Es descabellado, lo admito. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Cuanto más espere para enfrentarme a Valdearg, mayor será la destrucción causada, eso seguro. Mi única esperanza es llegar pronto junto a Urnalda. Quizás ella sepa algo que nos sirva de ayuda. Quizás incluso sepa lo que quería decir la profecía con «un poder aún mayor».

Con los puños crispados, Rhia puso los brazos en jarras.

—Lo único que recuerdo de esa profecía es que, aunque consigas matar a este dragón de alguna manera, ¡vas a morir con él! Así que, o bien te mata y sobrevive, o bien te mata y muere también. En cualquier caso, pierdo un hermano.

Hurgué con la punta de mi cayado en un montículo de hierba.

—¿No has pensado que eso ya lo sé? Mira. Estamos aquí, en la frontera del

reino de los enanos, ¿y con qué armas puedo contar realmente? Mi cayado, mi espada... y los posibles poderes mágicos, todavía informes y sin ejercitar, que pueda haber en mí. Todo junto no equivale a una sola escama de la cola de Valdearg.

Recorrí con la mirada el horizonte humeante.

—Y eso no es lo peor.

Rhia ladeó la cabeza inquisitivamente.

—Me refiero a que no puedo dejar de pensar que Valdearg no es lo único que tiene que preocuparme.

Mi hermana me miró con incredulidad.

—¿No te basta con *Alas de Fuego*? ¿De qué estás hablando, de los kreelix? ¿O de quienquiera que los haya estado criando en secreto?

—No. Aunque podrían estar implicados, por lo que yo sé.

—¿De quién, entonces?

Bajé la voz.

—Alguien que aspira a tener Fincayra en su mano. Para estrujarla como si fuera una joya. Para hacerla suya.

Por un instante, el rostro de mi hermana se puso blanco como la corteza de abedul.

—¿No será... Rhita Gawr? ¿Qué te hace creer que está implicado?

—Verás, yo... En realidad no estoy seguro. Es muy vago. Pero me pregunto por qué el dragón ha despertado precisamente ahora, cuando llevaba tantos años durmiendo. Y quién sabe lo bastante sobre magia, o sobre el *negatus mysterium,* para provocarlo. No sé si es Rhita Gawr u otro, o si sólo me lo estoy imaginando. Pero no puedo dejar de preguntármelo.

Rhia me miró con el ceño fruncido.

—¡No tienes remedio! Escucha, Merlín: Rhita Gawr no ha puesto el pie en esta isla desde que el Baile de los Gigantes los puso en fuga, a él y a sus fuerzas, hace más de un año. Sería mejor que te preocuparas de los enemigos que conoces, en lugar de inventarte más por tu cuenta.

Hice rodar el cayado clavado en la hierba.

—Vale, vale. Lo que dices es sensato, estoy seguro. Sólo que... Da igual, olvídalo. A ver, lo que dices es que dejemos de hablar de enemigos, de todas clases, por un momento. Vamos a cenarnos algunas de esas flores astrales.

—¿Antes de que Valdearg se te cene a ti?

Haciendo caso omiso de su comentario, arranqué un puñado de flores amarillas en forma de estrella que crecían diseminadas entre la hierba. Bajo la displicente mirada de Rhia, las enrollé hasta formar una masa compacta que desprendía un aroma acre y penetrante.

—Recuerdo cuando me enseñaste a comer estas flores. Las llamabas «alimento del viajero».

—Ahora las llamo la última cena de mi hermano.

Partí la masa por la mitad y le tendí una a mi hermana.

—Nadie cenará muchas veces más, a menos que detengamos a Valdearg.

Rhia asintió, y sus rizos parecían arder bajo la luz dorada del sol.

—Cierto —Mordió un bocado de flores astrales, lo masticó pensativamente y se lo tragó—. Por eso pienso acompañarte.

—¡De eso nada!

—Necesitarás ayuda. —Sus ojos me taladraron—. ¡Me da igual que Urnalda te quiera ver a ti solo! Ya te he salvado la piel más de una vez.

Mis dedos juguetearon con mi cayado.

—Eso es verdad. Pero esta vez hablamos de *Alas de Fuego*. Es capaz de extinguir hasta la última vida que conocemos. —Rodeando su dedo índice con el mío, añadí suavemente—: Incluyendo la de nuestra madre. Ella es quien más te necesita, Rhia. Es a ella a quien debes proteger. No a mí.

Agachó la cabeza para no mirarme.

—Acuérdate, le prometiste que regresarías. Que sólo me llevarías hasta los límites del reino de los enanos.

Rhia levantó la cabeza lentamente.

—Al menos... déjame darte algo. —Sacó el *Orbe de Fuego* y lo depositó en el suelo a su lado.

—El *Orbe* no. Es tuyo y debes guardarlo.

—¡Pero si no sé cómo utilizarlo!

Le oprimí el dedo.

—Algún día lo sabrás.

Se soltó y desenredó hábilmente un trozo de sarmiento de su manga. Acto seguido, sin pronunciar palabra, lo ató a modo de brazalete alrededor de mi muñeca.

—Toma —dijo al cabo—. Esto te recordará toda la vida que te rodea y la que hay en ti. —Me escrutó con expresión severa, aunque pude ver que sus ojos se nublaban—. Lo que no hará es evitar que te metas en líos.

Ahora me tocó a mí agachar la cabeza.

Aturdido como estaba, aun así sentí que sus brazos cubiertos de hojas me rodeaban. Después, me alejé a paso vivo sin ella, con un futuro más oscuro que el velo de humo que se alzaba en el horizonte.

SEGUNDA PARTE

10
Cazador cazado

En menos de una hora, el cielo estaba surcado por haces de resplandor carmesí, como las cuerdas de un salterio celeste. Pronto llegué a un serpenteante arroyo cuyas aguas aparecían rojas con la menguante luz: la cabecera del Río Incesante. Cruzar el estrecho canal, apenas un hilito de agua, comparado con el torrente en el que se convertiría con el deshielo primaveral, resultó muy fácil. Exactamente como había predicho Rhia.

Cuando mis botas pisaban los cantos rodados del canal, me pregunté si sus otras predicciones más temibles también serían acertadas. Y si volvería a verla algún día. Como el caballo sin nombre de mi infancia del que habíamos hablado bajo las estrellas, Rhia era más que una compañera, más que una amiga. Era parte de mí.

Al llegar a la orilla septentrional, inspeccioné el territorio de los enanos. En algún lugar de aquellas pedregosas llanuras onduladas se hallaban las entradas ocultas de su reino subterráneo. Estaba seguro de que Urnalda agradecería mi ayuda, pero no creía que hubiera adivinado lo mucho que yo necesitaba la suya. Todavía me intrigaba por qué había declarado que yo, y nadie más que yo, podía ayudar a su pueblo. Quizá también ella conocía la profecía de *El ojo del dragón:*

Ya nada lo detendrá,
salvo, acaso, un enemigo
descendiente de enemigos
vencidos largo tiempo ha.

Me estremecí, porque si bien era cierto que por mis venas corría la sangre de Tuatha, yo no poseía sus conocimientos ni sus armas. Y volví a estremecerme al pensar en el inigualable poder de Valdearg. «Todo el mundo temblará tras su nuevo despertar.» Matar al dragón ya sería bastante difícil por sí solo. Librarme de la profecía y sobrevivir de algún modo al combate sería, no me cabía duda, imposible.

Estrujando la caña de mi cayado, me planteé la mejor manera de encontrar a Urnalda. O, mejor dicho, de ayudarla a que ella me encontrara a mí. Si me exponía demasiado a la vista, Valdearg podía descubrirme antes. Si, por el contrario, me escondía demasiado bien, perdería un tiempo muy valioso. Al final, decidí salir al descubierto. Y mantenerme alerta en todo momento.

Pronto, el acre olor a humo se hizo más intenso. Me empezaron a llorar los ojos. Llegué a un tramo llano que parecía más una barbacoa abandonada que un campo de cultivo. La punta de mi cayado ya no silbaba al rozar las hierbas altas, sino que crujía entre briznas quebradizas y tierra calcinada. Las zarzas abrasadas arañaban el aire denso de humo. Las peñas esparcidas por la llanura parecían montones de carbón. ¡Y el constante olor!

Con mi segunda visión inspeccionaba varias veces el cielo cada vez más oscuro, atento a cualquier signo del dragón. Por grande que fuera, lo que me concedía la oportunidad de detectarlo desde lejos, me esperaba que fuera rápido. Aterradoramente rápido. Y mientras vigilaba por si aparecía, también atendía al terreno en sombras a mis pies, pues prefería no tropezar con uno de los túneles

astutamente disimulados de los enanos. Cada hondonada, por ligera que fuera, cada sombra sospechosa, por pequeña que fuera; lo comprobaba todo escrupulosamente.

En ese momento, una áspera voz gruñó una orden. Procedía de mi izquierda, justo de detrás de una mata de aulagas espinosas. Me acerqué ocultándome a rastras.

Acuclillado detrás de las zarzas carbonizadas, distinguí a una pareja de enanos, cuyos calzones de cuero y barbas pelirrojas reflejaban los últimos rayos de luz diurna. Aunque no me llegarían mucho más arriba de la cintura, su fornido pecho y sus musculosos brazos avisaban de su asombrosa fuerza.

Iban fuertemente armados: cada uno llevaba un hacha de doble filo, una larga daga y un carcaj de flechas. De hecho, acababan de empuñar sus arcos y montaban con rapidez las flechas.

Volví la vista y divisé una pareja de ciervos, macho y hembra, agazapados al fondo de un escarpado barranco rodeado de peñascos ennegrecidos. Sin duda, los enanos los habían acorralado hacia esta trampa, esperando cazar uno o ambos antes de que lograran escapar. La cierva, tensando sus poderosas patas traseras, intentó superar de un salto la pared del barranco, pero resbaló y cayó hacia atrás, arrastrando una avalancha de piedras que levantó una nube de cenizas. El macho, entretanto, bajó su impresionante cornamenta y se dispuso a embestir de frente a los cazadores. Las puntas de sus astas brillaban amenazadoramente, pero yo sabía que resultarían poco efectivas contra las veloces flechas.

Al ver el peligro que corría el ciervo, se me encogió el estómago. Personalmente, nunca comía venado desde el día, tanto tiempo atrás, que el propio Dagda, metamorfoseado en ciervo, me salvó de una muerte segura. Sin embargo, jamás me había permitido a mí mismo meterme con alguien porque le gustara comer carne de ciervo. Aun así, nunca antes me había tropezado con la ejecución de una de aquellas graciosas criaturas.

En el instante en que los cazadores insertaban las cuerdas de sus arcos en las flechas, el ciervo se volvió en mi dirección. No supe si me detectó o no a través de las zarzas, pero la visión de sus grandes ojos castaños, dotados de inteligencia y desorbitados por el miedo, me conmovió.

—¡Alto! —grité, levantándome de un brinco.

Sobresaltados, los enanos dieron un respingo. Ambos fallaron el tiro, y sus flechas rebotaron en las paredes del barranco cubiertas de escamas de roca. En ese mismo momento, el ciervo y su hembra cruzaron la zona de hierba al galope, antes de que los enanos pudieran echar mano de nuevas flechas. De un solo salto majestuoso, con las patas delanteras dobladas contra el pecho, los ciervos volaron por encima de sus agresores y se pusieron fuera de su alcance.

—¿Estás loco o qué? —preguntó en tono imperioso uno de los enanos, apuntando a mi pecho con la flecha que había vuelto a montar en su arco.

—Vengo en son de paz. —Saliendo de la maraña de aulagas, alcé mi cayado entre el humo de la atmósfera—. Soy Merlín, Urnalda en persona me pidió que me uniera a vosotros.

—¡Ja! —El enano me fulminó con la mirada—. ¿También te ordenó que nos estropearas la caza?

Titubeé.

—No. Pero no podía hacer otra cosa.

—¿Que no podías qué? —El otro enano dio un airado pisotón en el suelo, arrojó a un lado su arco y empuñó su hacha—. ¡Miserable patán zanquilargo! Creo que deberíamos llevar a casa carne de hombre, en lugar de ciervo.

—Buena idea —exclamó secamente el primero—. Proveerse de carne del tipo que sea está resultando difícil, últimamente. No tendrás ni de lejos tan buen sabor como el venado, el primero que encontramos en muchos días, ¿sabes?, pero servirás. ¿No te contó Urnalda que tu raza tiene prohibido entrar en estas tierras?

—Adelante —lo provocó su compañero—. Mátalo ya. Antes de que intente uno de sus trucos humanos contra nosotros.

—Esperad —protesté, devanándome los sesos en busca de una forma de escapar—. Dices que estas tierras están prohibidas, y no obstante yo ya he estado antes aquí. —Aunque me temblaban las rodillas, me erguí en toda mi estatura sobre el suelo abrasado—. Y he vuelto para ayudar a vuestro pueblo, como vosotros me ayudasteis a mí.

—¡Ja! —El primer enano tensó la cuerda de su arco. La punta de la flecha refulgía siniestramente—. Ahora sé que eres un mentiroso, además de un ladrón. ¡Nuestra ley manda que matemos a los intrusos humanos, no que los ayudemos! Ni siquiera Urnalda, cuya memoria es tan corta como sus piernezuelas regordetas, se olvidaría de eso.

—¿De veras? —inquirió enérgicamente una aguda voz surgida de entre las sombras.

Como yo, ambos enanos se giraron en redondo para encararse con una achaparrada silueta que se erguía junto a uno de los peñascos. Urnalda. Vestía una capa con capucha, encima de una túnica negra sobre la que centelleaba un bordado de runas. En el cabello rojizo, desgreñado hasta el punto de que se desbordaba de la capucha, tenía sujetos muchos pasadores, adornos y agujas enjoyadas. Lucía unos pendientes de conchas marinas, casi tan grandes como su prominente nariz. Una de sus gruesas manos rodeaba su cayado, mientras la otra señalaba al enano que empuñaba el arco. Sus ojos, brillantes como el fuego que había consumido mi salterio, llameaban de ira.

—Urnal-nalda —farfulló el primer enano, bajando el arco—. No pretendía insultarte.

—¿No? —La hechicera lo traspasó con la mirada durante unos segundos— Un insulto es un insulto, aunque la persona a quien ofende no pueda oírlo.

—P-p-pero estás equivocada.

—¿Yo? —Urnalda abandonó por completo las sombras—. Pero mucho peor que insultarme, cazador, es que amenaces a nuestro amigo, aquí presente. —Me señaló con un cabeceo que hizo bambolearse sus pendientes de conchas— Estabas a punto de atravesarlo antes de que yo llegara.

Mi pecho se relajó mientras el enano jadeaba de miedo. Se manoseó la barba con un gesto nervioso.

—Pero él...

—¡Silencio! Puede que sea un hombre, pero sigue siendo un amigo. ¡Oh, sí! Un amigo muy apreciado. Y más que eso, es nuestra única esperanza. —Urnalda lo miró coléricamente—. Al parecer, has olvidado mi orden de respetar su vida cuando llegara a nuestro reino. ¿Es así?

—S-sí, Urnalda. Lo olvidé.

Un rayo brotó de la mano de Urnalda. Al instante, el enano lanzó un gemido de sorpresa. Sus calzones no desaparecieron, pero cayeron como sacos vacíos alrededor de sus botas. Creí que se le había roto la correa, hasta que comprendí la verdad.

—¡Mis piernas! —gimoteó—. ¡Me las has acortado! —Intentó ponerse de puntillas, pero aun así sólo le llegaba a la altura del codo a su compañero—. Ahora

sólo miden la mitad que antes.

—Sí —confirmó la hechicera—. Así tu memoria no será mayor que tus piernas.

El infeliz cayó de rodillas, sobrepasando sólo un poco la caña de sus propias botas.

—Por favor, Urnalda. Devuélveme mis viejas piernas.

—No hasta que le devuelvas a Urnalda la fe en tu lealtad —Sus ojos se posaron un instante en el otro enano, que temblaba como una hoja—. A ti te haría lo mismo, pero en este momento ando escasa de cazadores.

Muy despacio, Urnalda se volvió hacia mí. Su rostro, aunque todavía colérico, me pareció una pizca más calmado.

—Siento que tu vuelta haya sido tan desagradable.

Le dediqué una respetuosa reverencia. Después, con un suspiro agradecido, me apoyé en mi cayado.

—Me alegro de que llegaras en el momento justo. Me alegro mucho.

Las conchas marinas de sus orejas se balancearon cuando Urnalda inclinó ligeramente la cabeza.

—Tu cálculo del tiempo es tan bueno como el mío, Merlín. Verás, ésta es la noche en que Valdearg regresará aquí.

Me puse rígido y levanté la vista hacia el cielo, oscurecido por el crepúsculo y por los rastros de humo que se cernían a ras del suelo. Poco a poco, mi perplejidad fue superando mi miedo y finalmente pregunté:

—¿Sabes que volverá esta noche?

—Ciertamente.

—¿Cómo puedes estar segura?

Sus mejillas se tensaron.

—Porque, mi joven amigo, hice un pacto con él. ¡Oh, sí! Un dragón es una bestia muy inteligente, que sabe lo que quiere de verdad. Y en este caso, lamento decirlo, lo que el dragón realmente quiere... es a ti.

11
El pacto

Sin darme tiempo a empezar ni siquiera a moverme, Urnalda realizó un pase de manos. Un relámpago escarlata cauterizó mi mente. El impacto me lanzó hacia atrás con gran violencia y aterricé con un fuerte golpe sobre la hierba chamuscada. Por un instante creí que me había arrancado el corazón y aplastado los pulmones por completo. ¡Cómo me dolía el pecho! El cielo cubierto de sombras y teñido de escarlata se inclinó encima de mí.

Aspiré una vacilante bocanada de aire cargado de humo. Me escoció la garganta. Me obligué a incorporar el torso. Así. El desdibujado rostro de la hechicera sonreía burlona y confiadamente. Qué mareo... No muy lejos, vi mi espada en el suelo, desenfundada. Mucho más lejos, mi cayado. Apenas conseguía diferenciar las imágenes; todo formaba un único borrón confuso. ¿No me había sentido antes así? ¿Recientemente? Conservaba un vago recuerdo, pero ¿de cuándo? No lograba acordarme bien.

«Mi espada —me dije—. Si consigo recuperarla, podré defenderme.»

Alargué una mano temblorosa y me esforcé cuanto pude por detener la vertiginosa rotación del mundo y concentrar mis pensamientos. «Vamos, espada. Vuela hasta mí.»

No ocurrió nada.

Aunque podía oír de fondo la risita disimulada de Urnalda, no dejé que mis pensamientos se apartaran de la espada. «Vuela hasta mí, digo. Vuela.»

Aún nada.

Lo intenté una vez más. Reuniendo todo mi poder, volqué hasta la última gota en la espada. «¡Vuela!»

Todavía nada.

—Lamento decirlo, Merlín, pero ahora eres un poco más liviano. —Con una amplia sonrisa, la hechicera se dirigió hacia la espada y la recogió—. Me quedo con algo que antes era tuyo.

—Mi espada. —Intenté incorporarme, pero la debilidad me lo impidió—. ¡Devuélvemela!

Los ojos de Urnalda llamearon.

—No, no me refiero a tu espada. —Se inclinó sobre mí y me susurró de una manera escalofriante—: No me quedo con tu espada, sino con tus poderes.

De pronto recordé cuándo me había sentido así antes. ¡Con el kreelix! Mi estómago se revolvió y se puso rígido como una tabla llena de nudos; empezó a darme vueltas la cabeza. Boqueando para recobrar el aliento, me obligué a ponerme en pie. Me sentía vacilante como un potrillo recién nacido, pero conseguí encararme con la hechicera.

—¡Urnalda, no puedes hacerme esto! Soy tu amigo, ¿no? ¡Tú misma lo dijiste! ¿Cómo puedes hacer algo semejante?

—Es fácil —respondió—. Lo único que se necesita es un poco de *negatus mysterium.*

Me fallaron las piernas y volví a caer al suelo cubierto de hollín.

—Pero ¿por qué? ¡Yo puedo ayudarte! Soy el único que puede derrotar a Valdearg. Lo dice la profecía de *El ojo del dragón.*

—¡Bah! —se mofó la hechicera—. Esas profecías no tienen ningún valor. Lo que importa es mi pacto con el propio Valdearg. —Jugueteó con uno de sus pendientes mientras me observaba con expresión siniestra—. Verás, el dragón despertó de su hechizo de sueño porque alguien destruyó la parte más preciada de su vida cuando estaba despierto, lo que él más quería, por encima de todo lo demás.

Sacudí la cabeza a pesar del mareo.

—¿De qué se trata?

—Creo que estás fingiendo, Merlín. Creo que ya lo sabes.

—¡No lo sé! Créeme.

—De acuerdo, te seguiré el juego. Valdearg despertó porque alguien, alguien muy listo, encontró el escondite secreto de sus huevos. ¡Su única descendencia! Después, ese sanguinario alguien mató a las crías. Hasta la última de ellas. Eso es lo más peligroso que se puede hacer.

Furiosa, cortó el aire con mi espada.

—Como los huevos del dragón estaban ocultos cerca de la tierra de los enanos, Valdearg culpó a mi pueblo de la fechoría. ¡El inocente y justo pueblo de Urnalda! Conque vuela hasta aquí, arrasa mis tierras, aporrea el suelo con la cola para que se desplomen mis túneles, abrasa vivos a docenas de mis cazadores. —Sus ademanes se tornaron más violentos—. ¡Ruina! ¡Devastación! Hasta que por fin, sí, por fin, lo convencí de que el asesino no era un enano, después de todo.

Empecé a hablar, pero su avalancha de palabras me desbordó.

—Urnalda, tan lista, tan sabia, examinó lo que quedaba de los huevos con la máxima atención. Y encontré pruebas de que el asesino no es un enano, sino un hombre. ¡Un hombre de corazón ponzoñoso! No fue tarea fácil convencer a Valdearg para que se fijara lo suficiente para ver las pruebas, ya que sólo con volar a gran altura sobre los restos lo consume la rabia. Una rabia incontrolable. —Acuchilló el aire como si se vengara del invisible asesino—. Con todo, yo insistí y finalmente me salí con la mía. Cuando Valdearg se dio cuenta de que el culpable era un hombre, decidió que sólo su antiguo enemigo Tuatha, o un descendiente suyo, si Tuatha ya no vivía, sería capaz de hacer algo tan terrible.

Me ardían las mejillas.

—¿De dónde sacó semejante idea?

—Muy fácil. —Sus tensos labios se fruncieron en una mueca burlona—. Es la verdad.

—¡No lo es! —Empecé a levantarme, pero ella me amenazó cortando el aire con la espada ante mí hasta que volví a sentarme.

—Por eso yo, Urnalda, hice un pacto con *Alas de Fuego.* ¡Vaya si lo hice! Acordamos que, si yo te entregaba, él dejaría en paz a mi pueblo. Para siempre. Pero los dragones no tienen mucha paciencia. Se negó a esperar demasiado.

Clavó la espada en la tierra cubierta de carbonilla.

—Quedamos en reunimos esta noche. Si aún no te había capturado, me prometió sólo una semana más; siete días, ni uno más. Si la noche del séptimo día, no te llevaba ante él, juró que aniquilaría hasta el último de mis súbditos. Y a cualquiera que se interpusiera en su camino hasta que te encontrara.

—¡Pero yo no maté a sus crías! ¿Cómo iba a hacerlo? Durante meses, no he hecho otra cosa que trabajar en mi instrumento.

—¡Bah! Podías haberte escabullido con bastante facilidad sin que nadie lo

advirtiera.

—Eso no es cierto.

Me miró con escepticismo, y sus ojos relucían como las llamas de un dragón.

—En muchos sentidos, fue una acción osada y con visión. ¡Librar esta tierra de los dragones! ¡Destruir su despreciable raza de una vez por todas! —Urnalda retorció la espada clavada en el suelo a mi lado—. Pero debiste pensar que acarrearía la desgracia a los enanos. Al pueblo de Urnalda.

—¡No fui yo, te lo aseguro!

Alzando el arma, la blandió por encima de mi cabeza; falló el golpe por poco.

—¡Llevas en la sangre las ansias de matar! ¿Lo niegas? Disfrutas con la sensación de poder, de fuerza. Sabes que lo que digo es verdad, Merlín. ¡Mira lo que el único hijo de Tuatha, tu padre, Stangmar, hizo a los enanos y al resto de Fincayra! Envenenó nuestras tierras. Asesinó a nuestros hijos. ¿Cómo puedes decirme que tú, su propio hijo, eres diferente?

—¡Pues lo soy! —Me impulsé hasta lograr acuclillarme. Mi segunda visión había dejado de dar vueltas y se concentró en los relampagueantes ojos de Urnalda—. ¡Fui yo quien logró derrotarlo finalmente! ¿No te habías enterado? Pregúntaselo al propio Dagda, si dudas de mí.

La hechicera rezongó por lo bajo.

—Eso no significa nada. Sólo que tienes aún menos escrúpulos que tu padre. —Rascó el filo de mi espada con una uña—. Dime la verdad. ¿Niegas que te alegrarías de ver Fincayra libre de dragones para siempre?

—N-no —admití—. Eso no puedo negarlo. Pero...

—Entonces, ¿cómo puedo creer que no eres el asesino? —Bruscamente, arrimó la espada a mi cuello, manteniendo la punta a sólo un dedo de distancia. Sus labios se curvaron en una mueca lobuna—. Bien, pero hay algo que debes entender. Que lo hicieras o no, no tiene importancia. Es totalmente irrelevante.

—¿Irrelevante? —Descargué un puñetazo en el suelo calcinado, levantando una nube de cenizas—. Estás hablando de mi vida.

—Y de la vida de mi pueblo, que me importa mucho más. —Inclinó la cabeza, y las conchas que colgaban de sus orejas repiquetearon—. Lo que cuenta es que el dragón cree que tú eres el hombre que mató a sus crías. Que lo seas o no, eso carece de interés. Lo único que él necesita son unos cuantos sorbos de sangre humana para saciar su sed de venganza. —Acercó su rostro al mío, hasta aplastar su bulbosa nariz contra la mía—. Y tú eres humano.

Desesperado, empecé a arrastrarme hacia mi cayado, pero Urnalda fue más rápida. Con un pase de manos en dirección al cayado lo levantó del suelo y lo hizo girar sobre sí mismo en el aire turbio de humo. Los dos enanos que la observaban se quedaron boquiabiertos.

—Y ahora —espetó la hechicera—, ¿crees que te he arrebatado tus poderes? ¿Piensas usar tu bastón de mago contra mí? —Sin darme tiempo a responder, entonó un extraño encantamiento. En medio de un vibrante fogonazo de luz escarlata, mi cayado desapareció sin dejar rastro.

Sentí un doloroso vacío en el pecho. Mis poderes. ¡Perdidos! Mi cayado, mi precioso cayado. ¡Perdido!

Urnalda me estudió con expresión adusta.

—Aunque no te lo mereces, voy a ser compasiva. ¡Ah, sí! Te dejaré tu segunda visión para que proporciones al dragón la satisfacción de creer que puedes defenderte, por lo menos un par de minutos. Así, cuanto te haya matado, hay más

probabilidades de que cumpla su palabra. Por la misma razón, te devuelvo esto.

Arrojó mi espada hacia lo alto, al tiempo que espetaba una orden. El arma cayó sobre mí, antes de desviarse bruscamente en pleno aire y enfundarse en la vaina que colgaba de mi cinturón.

—Pero te prevengo —gruñó—: si piensas en esgrimirla contra mí, la usaré para cortarte las piernas hasta que envidies a mi cazador, ese de ahí.

El enano recién acortado lanzó un gemido, aferrándose a sus holgadísimos calzones.

Urnalda inspiró sonoramente.

—Ya es la hora. ¡Arriba, te lo ordeno! —Apuntó con su cayado a un promontorio rocoso en forma de pirámide que se alzaba al otro lado de la meseta—. Ve hacia esa colina. El dragón llegará allí pronto.

Pese a mi debilidad, me las apañé para ponerme en pie. Me daba vueltas la cabeza y me dolía todo el cuerpo. Ya antes me temía, incluso me esperaba, que al final perdería la vida por culpa de Valdearg. Pero no así, en absoluto.

Y aunque había recuperado en parte las fuerzas, sentí más que nunca el vacío en medio del pecho. Como si me hubieran arrancado el mismísimo centro de mi ser. Mi futuro como mago ya estaba antes en entredicho, lo cual ya era bastante malo. Pero ahora los poderes que tal vez poseía, el don de la magia que apenas comprendía, se habían evaporado. Y con ellos, algo más. Algo muy cercano a mi alma.

12
Una historia circular

En ese preciso instante, uno de los cazadores lanzó un grito de alarma. Todos nos volvimos y vimos una gran cierva que cruzaba a saltos la meseta en penumbra. Con elegancia, recorrió la ondulada llanura a toda velocidad, como una sombra voladora. No podría asegurar que era la misma cierva de grandes ojos a la que había ayudado en el barranco. Sólo podía esperar que sus patas la alejaran pronto de esta tierra de cazadores implacables... y aliadas traicioneras.

—Mmmm, venado. —Urnalda hizo chasquear la lengua—. ¡Deprisa! No la dejéis escapar.

Antes de que hubiera acabado la frase, las flechas ya estaban preparadas. Los dos enanos, membrudos y fornidos, tensaron la cuerda de sus arcos. Esta vez, me convencí, como mínimo una de ellas daría en el blanco. Y esta vez yo no podía hacer nada por impedirlo.

Una fracción de segundo antes de que dispararan, la cierva dio un gran salto por el aire veteado de humo. Permaneció suspendida allí el tiempo que dura un latido de corazón, ofreciendo un blanco perfecto.

—¡Disparad! —ordenó Urnalda—. He dicho...

Una inmensa mole la embistió de improviso desde atrás. Con un chillido de terror, la hechicera salió despedida y chocó con los otros dos enanos, desviando sus flechas, que rebotaron inofensivamente en el suelo. Los cazadores, tan sorprendidos como Urnalda, se desplomaron bajo el peso de su reina. Por su parte, en apariencia aturdida, Urnalda se quedó tumbada encima de ellos, gimoteando. El enano recientemente acortado intentó liberarse y ponerse en pie pero tropezó con sus holgados calzones. Cayó de bruces justo sobre la cara de la hechicera, aplastando uno de sus pendientes de conchas.

Al mismo tiempo, una gran cornamenta me recogió del suelo y me levantó por los aires. Sin poder evitarlo, di una voltereta hacia atrás y me encontré aferrado a un enorme cuello erizado de pelo. ¡El ciervo macho! Al instante, cruzábamos la llanura a grandes saltos. Necesité toda mi fuerza para sujetarme, con las piernas enredadas entre las astas del ciervo y rodeando desesperadamente con los brazos el musculoso cuello del animal. La recia crin me raspaba las mejillas mientras el gran cuerpo brincaba debajo de mí. Al poco rato, los gritos de los enanos se apagaron y lo único que se oía era el rítmico batir de cascos de ciervo.

No tengo ni idea del tiempo que cabalgué en aquella postura, aunque me pareció la mitad de la noche. Los músculos del cuello del ciervo estaban duros como la piedra. Al galope, al galope, al galope. Me caí como mínimo una vez y me di un buen batacazo contra el suelo. Con la velocidad del rayo, las astas me recogieron nuevamente y la brutal cabalgata continuó.

Finalmente, atontado y magullado, volví a caerme. Esta vez no me recogieron unas astas. Rodé sobre mí mismo y noté el frescor de la hierba húmeda en mi nuca. Mi vapuleado cuerpo cedió por fin al agotamiento. Creí oír vagamente unas voces, casi humanas, pero no del todo. Por fin, con las sienes latiéndome con la misma insistencia que antes los cascos del ciervo, caí rendido en un profundo sueño.

Me desperté por el rumor de un arroyo. Cerca, el chapaleo de un salto de agua. Descubrí que me hallaba boca abajo sobre un lecho de hierba y me di la vuelta rígidamente. El cuello y la espalda me dolían, sobre todo entre los hombros. ¡Luz intensa! El sol brillaba muy alto, y me calentaba la cara. El aire, aunque aún olía un poco a humo, estaba menos cargado y turbio que la noche anterior.

¡La noche anterior! ¿De verdad había sucedido todo aquello? Haciendo caso omiso de la rigidez de mi espalda, me incorporé hasta quedarme sentado. De pronto, me quedé sin aliento. Allí, sentada sobre un árbol caído junto al borboteante arroyo, había una joven de aproximadamente mi edad.

Durante largo rato, ambos permanecimos sentados en silencio. Ella parecía mirar más allá de mi posición, al arroyo, quizá por timidez. Aun así, supe que sus enormes ojos castaños me observaban con cautela.

Atractiva no era el término que la describiría —al igual que, bien lo sabía yo, no me describía a mí—, pero, de todos modos, había en ella un sorprendente aire de firmeza. Tenía la barbilla, inusualmente larga y estrecha, apoyada en una mano. Parecía relajada, pero capaz de moverse en una fracción de segundo. Llevaba el cabello recogido en una trenza que reflejaba los tonos tostados de las hierbas de la ciénaga. La trenza propiamente dicha serpenteaba por su hombro y le caía por la espalda, encima de una túnica amarilla que parecía estar tejida con brotes de sauce. Iba totalmente descalza.

—Vaya, vaya —exclamó con una voz profunda y sonora—. Nuestro viajero ha despertado.

Me volví con rapidez y vi a un joven alto, de anchos pectorales, que se aproximaba entre la hierba. Vestía una sencilla túnica de color pardo que le permitía andar a grandes zancadas. Su mentón, como el de la muchacha, era notablemente prominente. Tenía los mismos ojos castaños, con infinidad de matices, aunque no tan grandes como los de la joven. Y también él iba descalzo.

En el acto supe que aquellos dos eran hermanos. Y al mismo tiempo, tuve la inquietante sensación de que eran algo más, y algo menos, de lo que parecían.

Me puse en pie y los saludé con una leve inclinación de cabeza.

—Buenos días a ambos.

El joven me devolvió el saludo.

—Que los verdes prados te encuentren. —Me tendió la mano, aunque no parecía muy acostumbrado a realizar aquel gesto. Yo también se la estreché, y sus fuertes dedos rodearon por completo los míos—. Soy Eremon, hijo de Ller. —Inclinó la cabeza para señalar a la joven—. Ella es mi hermana, Eo-Lahallia. Aunque prefiere que la llamen sólo Hallia.

La aludida no dijo nada, pero siguió observándome con cautela. El joven me soltó la mano.

—Podría decirse que somos de estos pagos. ¿Y dinos quién eres tú?

—Me llamo Merlín.

El rostro de Eremon se iluminó.

—¿Como la rapaz parecida al halcón?

Sonreí tristemente.

—Sí. Tenía un amigo, un amigo muy querido. Un esmerejón. Juntos... hicimos muchas cosas.

Los grandes ojos de Eremon relucieron comprensivamente. De algún modo, parecía saber cómo acababa mi frase.

—A diferencia de vosotros —proseguí—, yo no soy de esta región. Podríais

considerarme un viajero, como me has llamado antes.

—Bueno, joven halcón, me alegro de que tu viaje te haya traído hasta aquí. Y mi hermana también se alegra.

La miró con esperanza. Ella no abrió la boca, sino que se revolvió inquieta sobre el tronco. Y evitando en todo momento encontrarse con mis ojos, clavó los suyos en Eremon: una mirada de desconfianza.

El joven se volvió hacia mí e indicó la zona de hierba apelmazada sobre la que yo había dormido.

—Al parecer, tus viajes te han agotado. Podrías haber dormido una semana entera si tus agitados sueños no te hubieran despertado.

Una semana entera. El tiempo que quedaba... y ahora, ¡menos! Valdearg regresaría dentro de una semana menos una noche. Para devorarme. Y si no a mí, todo y a todos los que encontrara en su camino.

Viéndome repentinamente tenso, Eremon apoyó una mano en mi hombro.

—No hace mucho que te conozco, joven halcón, pero veo que estás preocupado. —Su mirada me recorrió como una ola rompiendo sobre una costa rocosa—. Tengo la sensación, no sé por qué, de que tus problemas también son los nuestros.

Hallia saltó del tronco como impulsada por un resorte.

—¡Hermano! —Hizo una pausa, titubeante, antes de decir nada más. Al fin, con voz más calmada, pero no menos sonora que la de Eremon, preguntó—: ¿No deberías... esperar? Quizá te confías con demasiada rapidez.

—Es posible —replicó él—. Pero la sensación persiste.

Aún sin dirigirme la mirada, Hallia hizo un gesto en mi dirección.

—Después de todo, acaba de despertar. Ni siquiera has... completado una historia circular con él.

Perplejo, vi que Eremon cerraba sus ojos castaños pensativamente y luego volvía a abrirlos.

—Tienes razón, hermana mía. —Se dirigió a mí—. Mi pueblo, los Mellwyn-bri-Meath, tiene muchas tradiciones, muchos ritmos, algunos heredados directamente de los Tiempos Remotos.

Con la agilidad de un gorrión al cambiar de dirección en pleno vuelo, el joven se plantó en la orilla del arroyo y se arrodilló junto a una franja de barro fresco.

—Una de nuestras tradiciones más antiguas es crear una historia circular para presentarnos. Y cuando nos encontramos con alguien de otro clan, o incluso de otro pueblo, a menudo la invocamos.

—¿Qué es una historia circular?

Eremon introdujo la mano en el arroyo y sacó una delgada piedra gris. Le sacudió el agua y trazó con ella un gran círculo en el barro.

—Cada uno de nosotros, empezando por el recién llegado, cuenta parte, pero sólo parte, de un relato. —Utilizando la piedra, dividió el círculo en tres partes iguales—. Cuando hemos terminado, las partes combinan, formando un círculo completo.

—Y una historia completa. —Fui hacia la orilla y me arrodillé a su lado—. Una tradición preciosa. Pero ¿tenemos que seguirla ahora? Veréis, se me da mucho mejor escuchar cuentos que contarlos. Y ahora mismo mi mente está... en otro lado. Me queda poco tiempo. ¡Demasiado poco! De verdad, tengo que irme. —Para mi coleto, añadí—: Aunque no estoy muy seguro de adonde.

Hallia asintió, como si mi reacción confirmara sus sospechas.

—¿Lo ves? —le dijo a su hermano con voz todavía insegura, pero igualmente

incisiva—. No le gustan las historias.

—¡Eh, claro que sí! —Me aparté el flequillo de la frente—. Siempre me han gustado las historias. Es realmente milagroso adonde pueden transportarte.

—Sí —coincidió Eremon—. Dónde pueden mantenerte. —Me estudió con atención—. Vamos, joven halcón. Únete a nuestro círculo.

Algo en el fondo de aquellos ojos castaños con infinidad de matices me dijo que quedarme un rato más en aquel lugar concreto, con aquellas personas, podía ser importante. Y que mi parte de la historia sería escuchada con gran interés... y evaluada con precaución.

—Está bien —repliqué—. ¿Cómo empiezo?

—Como quieras.

Me mordí el labio, intentando pensar en la mejor manera de empezar. Un animal... Sí, no me parecía mal. Uno que viviera como yo ahora: solo. Me llené los pulmones de aire.

—La historia empieza —declaré— con un animal de los bosques. Un lobo.

Hallia se sobresaltó al oír mi elección. Incluso su hermano, cuyos grandes ojos no se apartaban de mí, dio un respingo. Supe, más allá de toda duda, que mi elección había sido pésima. Pero no podía saber por qué.

—Este lobo —continué— se llamaba Hevydd. Y estaba perdido. No en la tierra, sino en su corazón. Vagaba entre altos montes, explorando y durmiendo y cazando donde le apetecía. Se sentaba durante horas en su roca favorita, aullando a las perlas del cielo nocturno. Sin embargo, el bosque le parecía más bien una prisión, y cada árbol, otro barrote de su celda. Porque Hevydd estaba solo, de un modo que no alcanzaba a comprender. Anhelaba respuestas, pero ni siquiera entendía las preguntas. Ansiaba compañía, pero no sabía... —La sequedad de mi garganta me hizo toser—. No sabía dónde buscarla.

Eremon frunció el ceño, aunque no supe si comprensivamente o con desaliento. Pero sí cercioré, igual que él, que mi parte del relato había terminado. Sujetando la piedra con destreza, empezó a dibujar algo dentro del tercio superior del círculo. Un símbolo, intuí, de mi aportación a la historia. Pero en lugar de la cabeza o el cuerpo de un lobo, lo que yo habría dibujado, él reprodujo una huella de zarpa. La huella del lobo.

Sin mirarnos ni a mí ni a Hallia, sino al círculo, Eremon empezó a hablar:

—Hevydd no se daba cuenta —dijo con voz melodiosa— de que el bosque no era ninguna celda con barrotes, sino un interminable laberinto de senderos superpuestos. Donde acababa uno, empezaba otro. Los ciervos saltaban hacia un lado; los castores corrían hacia el otro. Una araña se dejaba caer de una rama; una ardilla trepaba por otra. Por el suelo reptaba una serpiente recién nacida; por el cielo planeaba una pareja de águilas. Cada una de estas sendas se comunicaba con las demás, de modo que cuando el lobo trotaba solo por el monte, en realidad viajaba acompañado por todos los demás seres. Incluso cuando se desviaba de su rumbo para procurarse la siguiente comida, las sendas del cazador y de la presa acababan siendo una misma.

Bajó la voz hasta que apenas pude oírlo por culpa del chapoteo del arroyo.

—Por eso Hevydd no se inmutó cuando el último roble pereció, obligando a las ardillas a marcharse definitivamente. Tampoco se lamentó cuando la peste arrasó las madrigueras de los conejos, matando a todos y cada uno de ellos. Ni se dolió el día en que las mariposas de dorso amarillo dejaron de revolotear entre los árboles, seguidas por los grajos y los cuervos que se alimentaban de ellas.

Se detuvo y dibujó una docena de huellas en su sector del círculo: las pisadas de los animales que había mencionado... y más. Cuando acabó, Hallia se acercó un paso, evitando aún mirarme con sus ojos redondos. Por un momento contempló meditabunda el dibujo del lodo, sin dejar de juguetear con su cabello castaño rojizo.

—El silencio —empezó— se fue adueñando del bosque día a día. Un silencio casi absoluto. Pocas aves cantaban en las ramas; menos bestias merodeaban por el sotobosque. Desde su piedra del risco, sin embargo, Hevydd aullaba cada vez más. Aullaba de hambre, un hambre creciente, pues la comida era cada vez más escasa. Y aullaba también de soledad, una soledad cada vez mayor.

Inclinándose con elegancia, le quitó la delgada piedra a Eremon de la mano. Empezó a hablar de nuevo, pero se interrumpió unos instantes, hasta que finalmente encontró las palabras que buscaba:

—Hasta que un día... llegó al bosque una nueva criatura. —Con bruscos y profundos trazos, dibujó otra huella en su sector del círculo: la huella de la bota de un hombre—. Esta criatura vino... con flechas y espadas. Hábilmente, con sigilo, se aproximó a la piedra desde donde aullaba Hevydd. No quedaba ave alguna que levantara el vuelo y lo previniera. Ningún animal se escabulló a su paso. Y no quedaba nadie que llorara cuando el hombre mató a Hevydd... y le arrancó el corazón.

13
Corriendo como un ciervo

Tras concluir su parte del relato, Hallia contempló solemnemente el cantarín arroyo. Aunque me había sorprendido la brutalidad de sus palabras, más me había afectado la angustia que reflejaba su voz.

Eremon se incorporó despacio para encararse con ella.

—¿Sería justo decir, hermana mía, que Hevydd habría vivido si hubiera comprendido mejor?

—Es posible —respondió Hallia, a lo que siguió una pausa más larga de lo habitual en ella—. Sin embargo también sería justo preguntar: ¿la culpa fue suya o del hombre que lo mató?

—De ambos —declaré, poniéndome en pie una vez más—. Es lo que suele ocurrir. Con la culpa, quiero decir. Demasiado a menudo he visto cómo mis propias culpas se suman a las de otro para empeorar las cosas.

Hallia retrocedió hasta el mismo borde del agua, mientras Eremon permanecía inmóvil, observándome con curiosidad.

—¿Y cómo sabes tanto sobre culpas, joven halcón?

Respondí sin titubear:

—Tengo una hermana.

Todo su semblante se contrajo en una gran sonrisa... que se esfumó en cuanto Hallia le lanzó una acerada mirada.

—Venga, cuéntanos. ¿Qué te ha traído hasta aquí? ¿Y por qué percibo tanto del lobo solitario en ti?

Sintiendo la urgente necesidad de apoyarme en mi cayado, lo busqué entre la hierba instintivamente. De pronto, me acordé. Había perdido mi cayado. Había sido destruido, al mismo tiempo que mis poderes.

«El muchacho del cayado de mago», me habían llamado los árboles de la Druma. Me encogí al recordarlo.

—Tenía algo... extraordinario. Algo precioso. Y lo he perdido.

Las gruesas cejas de Eremon se unieron en su frente.

—¿Qué era?

Titubeé.

—Dínoslo, joven halcón.

Pronuncié la palabra con gran seriedad:

—Magia. Tanto si algún día podía haber llegado a ser un verdadero mago como si no, poseía algunos dones. Dones mágicos. —Hice una pausa al ver la incredulidad que reflejaban sus rostros—. Tenéis que creerme. Vine al reino de los enanos a petición de Urnalda, para ayudarla a luchar contra Valdearg, o *Alas de Fuego.* Pero me traicionó. Me robó mis poderes. —Me toqué el pecho—. Ahora siento, no sé, como un vacío. Mi magia, mi esencia, me la arrancó de cuajo. Si pudierais sentirlo, sabríais que digo la verdad.

Las orejas de Eremon, ligeramente puntiagudas como las de todos los hombres y mujeres de Fincayra, vibraron unos instantes.

—Yo puedo sentirlo —dijo suavemente.

Volviéndose hacia su hermana, le preguntó con una mueca si estaba de acuerdo o no. Pero el rostro de Hallia sólo mostraba desconfianza. Muy despacio, la joven meneó la cabeza, y su larga trenza centelleó a la luz del sol.

Los músculos de mi mandíbula se tensaron.

—Aunque no os creáis nada más, por lo menos atended a esto: dentro de sólo seis días y medio, todo Fincayra conocerá la furia de Valdearg. Es decir, a menos que yo encuentre la manera de evitarlo.

Los ojos de Eremon se abrieron desmesuradamente.

—¡Y no tengo ni idea de por dónde empezar! —Mi mano estrujó el aire como habría apretado mi cayado—. ¿Debo rendirme al dragón y punto? ¿Y permitir que me devore? Quizá se quedaría satisfecho con eso. Urnalda dijo que bastaría. ¡Pero quizá no! Podría continuar sin escrúpulos con su devastación, destruyendo lo que le placiera. Tengo que impedírselo.

—Esperas mucho de ti mismo —opinó Eremon.

Volví a suspirar.

—Es uno de mis defectos. —Mi atención se desvió hacia el círculo dibujado en el barro a nuestros pies—. No hay esperanza, verdaderamente. Como el lobo de nuestra historia. —Frustrado, descargué un puñetazo contra la palma de mi otra mano—. ¡Aquellos dos ciervos debieron dejarme morir!

Hallia se sobresaltó.

—¿Qué has dicho?

Me encogí de hombros.

—Si dudas de lo otro, nunca te creerás esta parte.

Por primera vez, me miró directamente a los ojos.

—Háblanos... de los ciervos.

—Bueno, baste decir que dos valientes ciervos, por la razón que fuera, arriesgaron sus vidas anoche para salvarme. Ellos me trajeron aquí. ¡Sí, es verdad! Ojalá pudiera agradecérselo, aunque todo sería más simple si no se hubieran molestado. No tengo ni idea de dónde estarán ahora.

Los profundos ojos de Hallia me sondearon. Me pareció que en ellos brillaba una nueva duda, diferente de la anterior. De pronto, al percatarse de que yo le devolvía la mirada, apartó la suya tímidamente.

Su hermano se acercó a ella.

—Di lo que quieras de sus palabras. Yo, por lo menos, creo que son ciertas.

Ella lo sujetó por el brazo.

—Lo que dice puede ser verdad en parte, pero sólo en parte. Recuerda, es un... —Se interrumpió deliberadamente—. Una criatura en la que no hay que confiar.

Su hermano se zafó con un movimiento seco.

—Una criatura no tan distinta de nosotros. —Se pasó una mano por el cabello castaño y me miró directamente a los ojos—. No es ningún secreto que *Alas de Fuego* ha despertado. Ni que recientemente ha hecho mucho daño para castigar a los enanos. Como los enanos tienen muy pocos amigos en otras regiones de Fincayra, la mayoría de los que vivimos en sus fronteras hemos dado por supuesto que ellos mismos se buscaron este problema. Pero no, si tu historia es verídica, la ira de Valdearg debe tener una causa completamente distinta.

Asentí con la expresión lúgubre.

—Así es. —Se levantó un frío viento que empezó a rizar la hierba—. Sus huevos, su única descendencia, fueron aniquilados.

Hallia se echó la trenza hacia atrás.

—No siento la menor lástima por él. Ha destruido demasiadas tierras, demasiadas vidas. Pero no puedo evitar sentir compasión por sus retoños, asesinados de ese modo. Sin concederles una oportunidad de escapar.

Fruncí el ceño.

—Yo no siento la menor simpatía por ellos. Seguro que cuando crecieran serían como... —Dejé la frase en suspenso al reparar en lo que iba a decir: como su padre. ¿Qué diferencia había entre eso y lo que Urnalda había dicho de mí?

La voz de Eremon resonó con nitidez.

—Por mi parte, siento simpatía por todos. Ellos no eligieron ser dragones al nacer, simplemente nacieron así. —Hizo una pausa para observarme—. ¿Sabes quién los mató?

—Un hombre.

Sus orejas se estremecieron de nuevo.

—¿Y quién era ese hombre?

Tragué saliva.

—Valdearg cree que fui yo. Porque desciendo de su mayor enemigo, Tuatha. Pero no fui yo. Juro que no fui yo.

La frente de Eremon se pobló de arrugas mientras me estudiaba con atención. Al cabo, anunció:

—Te creo, joven halcón. —Inspiró profundamente—. Y te ayudaré.

—¡Eremon! —gritó su hermana, olvidando toda vacilación—. ¡No puedes!

—Si lo que dice es verdad, todo Fincayra debería levantarse para ayudarlo.

—¡Pero no lo sabes!

—Sé lo suficiente. —Se rascó la prominente mandíbula—. Pero quisiera saber una cosa más: dónde han estado ocultos esos huevos todos estos años. Si encontramos lo que queda de ellos, quizá descubramos alguna pista. Algo que nos indique quién es el verdadero asesino.

—Yo también había pensado en eso —repliqué—. ¡Pero los restos de los huevos pueden estar en cualquier parte! No tenemos tiempo de buscarlos. Además, lo que más necesitamos encontrar no es al asesino, sino alguna manera de detener a Valdearg.

En cuanto lo hube dicho, una nueva idea surgió en mi mente. Una idea desesperada, absurda. Y con ella, una abrumadora sensación de miedo.

—¡Eremon! Ya sé lo que debo hacer en el poco tiempo que me queda. Es una esperanza imposible, lo sé, pero no se me ocurre nada más. —Lo miré de hito en hito—. Y es demasiado peligroso para pedirle a nadie que me acompañe.

La sombría expresión de Hallia se iluminó. Eremon, por su parte, me miró con seriedad.

—Una de las pocas cosas que sé del combate de mi abuelo contra Valdearg, hace una eternidad, es que lo venció sólo con la ayuda de un objeto de gran poder. Un colgante mágico conocido como *Galator.*

Ambos pares de ojos permanecían clavados en mí.

—Durante un tiempo, yo mismo lo llevé alrededor del cuello. Pero aprendí muy poco sobre sus secretos. —El desánimo empezó a apoderarse de mí cuando comprendí que, sin mis poderes, la magia del *Galator* me habría resultado inútil. Y sin embargo..., por lo menos había una posibilidad. Intenté reponerme—. ¡Tengo que recuperarlo como sea! Si lo tuviera, tal vez podría derrotar otra vez al dragón.

—¿Dónde está ahora? —inquirió Eremon.

Me mordí el labio.

—Lo tiene la arpía Domnu, llamada también *Destino Oscuro.* Vive en los confines más remotos de las Marismas Encantadas.

Hallia sorbió el aire rápidamente por la nariz.

—Pues será mejor que pienses en otro plan. No puedes ir andando hasta allí y volver en sólo seis días y medio.

Me encogí al oírla.

—Tienes razón. Sería muy difícil aunque pudiera correr como un ciervo.

Eremon echó la cabeza hacia atrás.

—Pero sí que puedes.

Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, se volvió y empezó a correr por la hierba, moviendo los pies sin aparente esfuerzo. Sus zancadas eran cada vez más rápidas, hasta que sus piernas se convirtieron en un borrón en movimiento. Inclinó el torso hasta que su ancha espalda estaba casi horizontal y sus brazos casi tocaban el suelo. Los músculos de su cuello se tensaron mientras proyectaba la mandíbula hacia adelante. De pronto, para mi estupefacción, sus brazos se transformaron en patas que empezaron a correr sobre la hierba. Su túnica se disolvió, para ser sustituida por pelo, al tiempo que sus pies y sus manos se convertían en cascos. De su cabeza brotó una gran cornamenta con cinco astas a cada lado.

Giró en redondo, flexionando sus potentes cuartos traseros mientras regresaba a saltos por el campo. En un instante, estaba de nuevo junto a nosotros convertido en todo un ciervo, hasta el último detalle.

14
El regalo de Eremon

Desconcertado, escruté los profundos ojos castaños del ciervo.

—Así que fuiste tú quien me salvó.

La astada cabeza de Eremon se inclinó.

—En efecto —declaró con una voz más llena de matices que antes—. Mi hermana y yo sólo queríamos acudir en tu ayuda, como tú acudiste en la nuestra.

Con la frente surcada de arrugas de preocupación, Hallia se situó a su lado y, con su delgada mano, acarició el grueso pelaje del cuello del animal.

—Con una vez debería bastar, hermano mío —dijo en voz baja—. Le hemos devuelto el favor. ¿De verdad tienes que hacer más? —Me miró de reojo y su expresión se endureció—. ¿Y por el bien de un hombre? ¿Necesito recordarte que los hombres arrebataron la vida a nuestros padres? ¿Que cortaron las paletillas de nuestro padre y de nuestra madre para comérselas... y dejaron el resto de su cuerpo para que se pudriese?

Sus miradas se encontraron. Al final, Eremon habló con una nueva ternura.

—Eo-Lahallia, tu dolor, como todo lo que sientes, es grande. Pero me temo que, en lugar de sumergirte en tu dolor, como tú y yo nos hemos sumergido en más de una ciénaga, deberías permitir que se adhiriera a ti, como la garrapata sedienta de sangre que cabalga sobre nuestros lomos durante meses seguidos.

Hallia parpadeó para contener las lágrimas.

—Esta garrapata no desmontará. —Engulló con dificultad—. Y... hay algo más. Anoche, cuando recuperamos nuestra forma bípeda, tuve un sueño. ¡Un sueño terrible! Entraba... en un lugar oscuro y peligroso. Había un río, creo, de rápida corriente. Y justo delante de mí, el cadáver de un ciervo. ¡Sangre por todas partes! Se estremecía, al borde de la muerte. ¡La mera visión me hizo llorar! Justo cuando me acercaba lo suficiente para mirarlo a los ojos, desperté.

Eremon piafó ansiosamente con los cascos sobre la banda hierba.

—¿Quién era ese ciervo?

—Yo... no estoy segura. —Le rodeó el cuello firmemente con los brazos—. ¡Pero no quiero que te mueras!

Mientras la escuchaba, mi corazón se llenó de angustia. Demasiado bien recordaba el abrazo de despedida que me había dado Rhia en la cabecera del Río Incesante, y mi anhelo por volver a su lado.

—Escucha su advertencia —insistí—. Por mucho que deseo tu ayuda, Eremon, ese precio sería demasiado alto. No, lo que tengo que hacer, debo hacerlo solo.

Los ojos de Hallia reflejaron su alivio.

Eremon me observó.

—¿Te resultó difícil separarte de tu hermana?

Su puntería me pilló por sorpresa, pero conseguí asentir.

Inclinó las astas de modo que una de las puntas rozara ligeramente la mejilla de Hallia.

—¿Puede una raza cuyos hermanos y hermanas se preocupan tanto por el otro ser enteramente mala?

Ella no respondió.

El ciervo alzó su majestuosa cabeza y se dirigió a mí.

—Mi propia raza, los hombres ciervo, ha vivido demasiado tiempo temiendo y odiando a la tuya. No sé si ayudándote, contribuiré también a encadenarnos a la raza de los hombres y las mujeres. Pero sí sé una cosa: está bien ayudar a otra criatura, sin importar la huella de su pisada. Y eso haré.

Hallia se quedó sin aliento.

—¿Está tu camino decidido en firme?

—Sí.

—Entonces —declaró, mientras un escalofrío sacudía todo su torso— te acompañaré.

Alzó una mano cuando Eremon empezó a protestar.

—¿Hay que respetar tu decisión pero no la mía? —Percibiendo la angustia de su hermano, le acarició la oreja con suavidad—. Si tengo que llorar, prefiero hacerlo a tu lado que en cualquier otro lugar, lejos de ti.

El húmedo hocico del ciervo le tocó la nariz con delicadeza.

—No tendrás que llorar. —Al cabo de una pausa, añadió—: Ni yo, espero.

Acto seguido, Hallia se apartó un paso de su hermano. Se miró las manos, extendiendo los dedos a la luz del sol. Por fin, se volvió hacia el campo abierto, salpicado de flores de los prados aromáticas bajo el sol del mediodía. En un abrir y cerrar de ojos estaba corriendo, luego saltando y finalmente brincando entre las verdes briznas con la agilidad de un ciervo. Se volvió y caracoleó, correteando sobre la hierba con sus livianos cascos.

Eremon agitó con entusiasmo las orejas y luego me miró a la cara.

—Ahora te toca a ti.

Di un paso atrás, sorprendido, y resbalé en la lodosa orilla. Aterricé blandamente en el arroyo. Empapado y con un rastro de limo rodando por mi mejilla, subí penosamente otra vez a la hierba.

Los ojos de Hallia me evitaron, pero no pude pasar por alto su risita disimulada.

—Puede que sea un mago, pero le vendría bien practicar un poco más con dos piernas, antes de intentarlo con cuatro.

—Aprenderá enseguida —predijo Eremon.

—P-pero, un momento —tartamudeé, escurriéndome las mangas—. ¡Ya no tengo magia! Y aunque la tuviera, el arte de Cambiar todavía era muy nuevo para mí. No podría convertirme en ciervo más que en ráfaga de viento.

—Hay una manera. Aunque la magia será mía, no tuya, todavía puedes aprovecharte. —Bajó su gran cornamenta—. Saca tu espada.

—¡No! —gritó Hallia, golpeando el suelo con sus patas delanteras—. No puedes hacer eso.

—¿Prefieres que lo llevemos a cuestas todo el día? Me costó demasiado traerlo desde la tierra de los enanos a este lugar, y la guarida de Domnu está mucho más lejos. —Dirigiéndose a mí otra vez, ordenó—: Corta una de mis astas. Bastará con un corte seco.

Así la empuñadura de mi espada y la desenvainé. Resonó levemente, como una campanada distante. Apuntando al asta más alejada de la cabeza de Eremon, descargué un golpe con todas mis fuerzas.

Se produjo un repentino fogonazo; la punta del asta se desprendió y cayó al suelo. Un fresco y penetrante aroma, como a claro de bosque, vivificó el aire. Respiré

a pleno pulmón, recordando la arboleda de marjoletos que me proporcionó mi cayado tanto tiempo atrás. Eremon alzó un casco trasero y pisoteó con fuerza la punta rota. Una y otra vez. Cuando finalmente se detuvo, sólo quedaba un montoncito de polvo plateado.

Envainé mi espada y me arrodillé para mirarlo más de cerca. Los minúsculos cristales centelleaban con reflejos de luz.

La pata delantera de Eremon me empujó suavemente el hombro.

—Frotándote el polvo en las manos y en los pies, joven halcón, adquirirás durante un tiempo el poder de mi pueblo. Puedes cambiar de hombre a ciervo y al revés, simplemente con desearlo. —Su voz incorporó un matiz de advertencia—. Pero recuerda que, para sobrevivir como un ciervo, no sólo debes parecerte a él, sino que también debes pensar como tal.

Meditando sobre el sentido de sus palabras, tragué saliva con dificultad.

—Además —prosiguió—, existe un peligro que debes conocer. El poder puede durar tres meses... o tres días. No hay manera de predecirlo.

—¿Y si se acaba mientras tengo forma de ciervo?

—Seguirás siendo un ciervo para siempre. Y no podrás recibir de nuevo este don, así que no tendré posibilidad de ayudarte a recuperar tu forma humana.

Por un momento, contemplé el interior de sus inmensos ojos.

—Acepto el regalo. Y también el riesgo. —Me despojé de las botas, me froté las palmas de las manos con el polvo y luego el resto de las manos y los pies.

La cornamenta del ciervo me hurgó en el muslo.

—No te dejes ni una falange de un dedo del pie.

Finalmente, en cuanto hube acabado, me puse en pie.

—Cuando me transforme en ciervo, si es que ocurre, ¿qué será de mi talega? ¿Y de mi espada?

—La magia los disimulará mientras seas un ciervo y te los devolverá cuando seas un hombre.

—Entonces estoy preparado.

Hallia resolló con fuerza.

—¡Todavía no! Será mejor que vuelvas a ponerte las botas. De lo contrario, cuando recuperes tu forma humana, estarás descalzo. Y, no mucho después, lleno de ampollas.

Aunque su tono me irritó sobremanera, no repliqué. Eremon emitió una grave risa gutural.

—¡Ahora corre, joven halcón! Disfruta de tus movimientos. Sé fluido como ese arroyo y ligero como la brisa.

Troté por la hierba, batiendo pesadamente el suelo con mis botas empapadas. Notaba cómo el agua se escurría entre los dedos de mis pies. No necesitaba ver a Hallia para confirmar que me miraba con expresión crítica.

Aceleré el paso, cada vez más. Fluido como el arroyo. Incliné el torso y dejé colgar los brazos. Ligero como la brisa. Mis rodillas se doblaron hacia atrás. Mis zancadas eran cada vez más firmes, más seguras. Mi mentón se prolongó. Mis manos —no, otra cosa— tocaron la hierba. Mi espalda se alargó, al igual que mi cuello. De repente, me encontré saltando por el campo.

Era un ciervo.

Mi esbelta sombra volaba sobre la hierba. En lo alto de la cabeza lucía una modesta cornamenta de dos astas a un lado y tres al otro. «No es tan difícil», me dije. Al mirar por encima del hombro, vi a la atractiva pareja de ciervos, macho y hembra,

junto al tumultuoso arroyo. Decidí volver junto a ellos y giré sobre mis pasos bruscamente. Mi casco posterior izquierdo tropezó contra mi pata delantera derecha. Desequilibrado, me retorcí en el aire y caí al suelo dando volteretas.

Apenas había tenido tiempo de enderezarme, con las rodillas temblorosas, cuando Eremon y Hallia llegaron a mi lado. El macho me tanteó con el hocico, preocupado. Me dolía menos el flanco izquierdo que el orgullo, de modo que di unos cuantos pasos al trote para demostrarle que no me había lastimado seriamente. En cuanto a Hallia..., bueno, en realidad no me importaba lo que pensara.

—Vamos —tronó Eremon, frunciendo sus largos labios—. Debemos dirigirnos al vado del río. Con suerte, podemos estar en las llanuras antes de que oscurezca.

Dio un brinco en dirección al reluciente arroyo, con las orejas inclinadas hacia adelante, y superó el canal de un solo salto. Hallia lo siguió, era el vivo retrato de la gracia. Yo salté tras ellos, con mucha menos elegancia. Aunque intenté rebasar el arroyo con la misma facilidad que ellos, mis cuartos traseros aterrizaron en la fría agua, salpicándome el vientre. Me encaramé a la orilla como pude y tuve que esforzarme para dar alcance a mis nuevos compañeros.

Eremon nos condujo en línea recta hacia el sur durante un buen rato, desandando el camino por los prados escalonados que Rhia y yo habíamos atravesado justo el día anterior. Con el tiempo, el ritmo del galope entre la alta hierba y los altramuces tardíos empezó a impregnar mis músculos y huesos. De un modo tan gradual que no advertí qué sucedía, empecé a moverme con menos rigidez, menos como un cuerpo y más como el propio aire.

Mientras brincaba entre la hierba, teñida de orín por la llegada del otoño, caí en la cuenta de que mi vista era muy buena. Excelente. Ya no dependía de mi segunda visión, que durante el día no podía compararse a la vista de unos ojos de verdad, y disfrutaba con los detalles, los contornos, las texturas. A veces, incluso frenaba mi carrera sólo para ver con más claridad. Unas gotas de rocío colgando de una telaraña, unos penachos de hierba arqueándose con la gracia del arco iris, unas semillas aéreas flotando a merced del viento. No sabía si mis ojos seguían siendo negros como el carbón o castaños como los de mis compañeros. Pero no me importaba en absoluto, puesto que eran, por fin, ventanas abiertas al mundo.

Y si buena era ahora mi vista, mi sentido del olfato había mejorado aún más. De todas partes me llegaban aromas íntimos. Percibí con alivio que el olor a humo disminuía a medida que nos alejábamos del territorio de los enanos. Y aspiré desenfrenadamente los sutiles efluvios de aquel radiante día de otoño. Un riachuelo saltarín. Una vieja colmena de abejas construida en el tronco de un álamo. Una zorrera oculta entre raíces de aulaga.

Sin embargo, el oído me parecía el más nuevo de mis sentidos. Sonidos que jamás había imaginado que existieran llegaban hasta mí en constantes oleadas. No sólo era consciente del continuo batir de mis propios cascos y del peso y la cadencia diferenciados de los cascos de los ciervos que me precedían, sino que, además, captaba las vibraciones de nuestros pasos en el suelo. Sin dejar de correr, capté el zumbido de las alas de una libélula y el roce de las patas de un ratón de campo a la carrera.

Cuando el sol se aproximaba a las colinas por el oeste, comprendí que mi capacidad de oír funcionaba sin necesidad de orejas sensibles. Por alguna misteriosa razón, escuchaba no sólo ruidos, sino a la propia tierra. Podía oír, no con las orejas, sino con los huesos, la tensión y distensión del terreno bajo mis cascos, la dirección cambiante del viento, las secretas conexiones establecidas entre las criaturas que

compartían estos prados, tanto si correteaban, reptaban, volaban o caminaban. No sólo los oía; los comprendía, pues todos estábamos unidos con la misma firmeza que una brizna de hierba al suelo.

15
El significado de las huellas

El sol casi acariciaba el horizonte cuando Eremon volvió su gran cornamenta hacia el pasillo de niebla que yo sabía que surgía de las orillas del Río Incesante. Lo seguí entre el creciente bramido de los rápidos. Unos brazos de niebla me rodearon. Al aminorar el paso, descubrí que el ciervo nos había guiado hasta el vado que tan bien conocía yo. La misma extraña sensación de añoranza que experimenté con Rhia al ver los grandes peñascos de la orilla del río formó de nuevo un nudo en mi garganta.

Aunque podía oír el rumor de las aguas con claridad, no veía el río a través de la intrincada niebla. Eremon y Hallia, con su broncíneo pelaje reluciente de sudor, trotaron hasta un grupo de cañas verde oscuro. Hallia arrimó cariñosamente el hombro al de su hermano. Después, bajando la cabeza, empezaron a pastar entre los brotes.

Cuando llegué a su lado, el macho alzó su cornamenta y me recibió con un gesto de aprobación.

—Estás aprendiendo a correr, joven halcón.

—Estoy aprendiendo a escuchar.

Hallia, aparentando desinterés, desgajó un manojo de cañas. Sus mandíbulas trabajaban ruidosamente.

Yo también empecé a mordisquear las cañas. Aunque su sabor era bastante amargo, casi al instante pude notar que una nueva fuerza recargaba mis miembros. Incluso sentí un cosquilleo en la capa aterciopelada que cubría mis astas. Comí otro gran bocado.

Mientras masticaba, cabeceé con satisfacción.

—¿Qué es, *crunch, crunch,* esta caña?

—Hierba de anguila —respondió Eremon entre dos bocados—. La conocemos desde los tiempos en que mi clan de los hombres ciervo vivía cerca del mar. ¿Notas su textura en la lengua? Es como la piel seca de una anguila.

Arrancó varias cañas más y siguió mascando reflexivamente un buen rato.

—Aunque ya no vivimos junto al mar, hemos mantenido el nombre de estas cañas y muchos de sus usos. Con ellas tejemos nuestras cestas, nuestras cortinas y nuestra ropa. Trituradas, machacadas y mezcladas con aceite de avellana, encienden nuestras hogueras en las noches de invierno. En forma de manta, reciben a nuestras crías cuando nacen y las acompañan al Largo Viaje en forma de sudario cuando mueren. —Su negro hocico se internó en otra mata de hierba—. Su mejor uso, no obstante, es simplemente como pasto.

De pronto, Hallia bramó de dolor. Dio un prodigioso salto, sacudiendo la cabeza con furia. En cuanto aterrizó, Eremon estaba a su lado, acariciándole el cuello con el morro. Ella siguió meneando la cabeza sin ton ni son, gimoteando.

—¿Qué ha pasado, hermana mía?

—Debo haber mordido... ¡Oh, cómo duele! Una piedra, o algo parecido. Creo que... me he roto un diente. —Temblando, abrió la boca. Una de sus muelas posteriores estaba cubierta de sangre; un hilito descendía por su labio—. Oh, me

duele mucho. El dolor va y viene. —Dio un fuerte pisotón—. ¿Por qué ahora?

Eremon me miró con inquietud.

—No sé cómo curar una herida así.

Hallia, sin dejar de sacudir la cabeza, lanzó una coz a las cañas.

—Iré a ver... ¡eh!... a Miach el Instruido. Él podrá...

—Demasiado lejos —la interrumpió el ciervo—. El pueblo de Miach está a más de un día de camino.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la hembra.

—Entonces espero que... ¡oh! se cure solo, con el tiempo.

—No, de ningún modo —protestó Eremon—. Tienes que buscar ayuda.

—Pero ¿dónde? ¿Empiezo a dar vueltas? —Hallia cerró los ojos con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, había lágrimas adheridas a sus pestañas—. Yo quería... quedarme contigo.

—Espera —intervine—. Quizá ya no me quede magia, pero sí sé algo sobre curar.

—¡No! —aulló Hallia—. No quiero que me cure... él.

La mirada de Eremon se trabó con la suya.

—Déjale intentarlo.

—Pero podría... —Se estremeció de nuevo—. Es... un hombre. —Con cautela, dobló la lengua hacia atrás para tocarse la muela rota—. ¡Oh, Eremon! —Inclinó la cabeza y permaneció muda durante un rato. Por fin, preguntó débilmente—: ¿De verdad... confías en él?

—Sí.

—De acuerdo, pues —susurró—. Déjale... intentarlo.

El golpe de mi casco en el suelo resonó con fuerza.

—Manos. Necesito manos. ¿Qué hago para cambiar?

—Simplemente empieza a andar —respondió Eremon—. Y desea cambiar otra vez.

Aunque se me partía el corazón al renunciar a mis recién descubiertos sentidos, me volví hacia las tierras que acabábamos de cruzar al galope. Me interné en la cortina de niebla, intentando recordar dónde exactamente había visto antes un matorral de onduladas hojas amarillas, la planta que mi madre llamaba «manta del herido». Muchas veces la había visto utilizarla para apaciguar el dolor, aunque nunca en un diente. Sólo podía intentarlo... y esperar.

Tras dar unos pasos, mis cascos empezaron a aplanarse, mi espalda a arquearse y mi cuello a acortarse. Mis movimientos eran de repente bruscos, descoordinados. Y mi respiración... menos profunda. Pronto mis botas, todavía húmedas por la zambullida en el arroyo, aplastaban de nuevo la hierba.

Aprovechando que la niebla se había aclarado un poco, empecé a buscar la mata amarilla que recordaba. Durante varios minutos miré por todas partes, sin éxito. ¿Era mi visión demasiado débil para distinguirla? ¿Se la habría tragado por completo la niebla? Finalmente, la encontré. Me apresuré a recoger una de las hojas onduladas cubiertas de vello. Volví junto a los otros corriendo torpemente.

—Toma —dije entre jadeos, sosteniendo la hoja en la palma de la mano—. Tengo que envolverte la muela con esto.

Hallia gimoteó, y todo su cuerpo temblaba.

—Te ayudará —la animé—. Al menos es lo que se supone.

Lanzó un gemido de miedo. A continuación, mientras Eremon le acariciaba suavemente el cuello con el hocico, Hallia abrió la boca y levantó la lengua, dejando

al descubierto la muela sanguinolenta. Con la mayor delicadeza posible, pasé la yema de un dedo por su superficie. De pronto, mi dedo tropezó con una piedrecita que se había incrustado en una rendija. La extraje de un tirón. Aunque Hallia soltó un bramido, mantuvo la boca abierta el tiempo suficiente para que yo envolviera con la hoja la muela y la encía. Justo cuando terminaba, ella apartó la cabeza con un gesto brusco.

—Esto debería calmarte —dije, pero mi voz sonó menos segura de lo que me habría gustado.

Lentamente, Hallia tensó los labios. Se estremeció, inclinando la cabeza a un lado y a otro. Me convencí de que iba a escupir la hoja.

Pero no lo hizo. En su lugar, sus ojos castaños se posaron en mí.

—Tiene un sabor horrible. Como la corteza de roble podrida, o algo peor. —Hizo una pausa, titubeando—. Pero... me siento un poco... mejor.

La gran cabeza de Eremon subió y bajó repetidamente.

—Te estamos agradecidos, joven halcón.

Sintiéndome de repente tan tímido como la cierva, me volví de lado.

—No tanto como yo, por haber sido un ciervo, al menos durante un rato.

—Pronto volverás a correr sobre cascos. Y a menudo, si la magia dura. —Contempló a su hermana, cuya lengua lamía superficialmente la hoja arrugada—. Por ahora, sin embargo, nos alegramos de que tengas dedos.

Hallia se acercó un paso.

—Y... —empezó a decir, inspirando lentamente— conocimientos. Verdaderos conocimientos. Yo creía que los hombres y mujeres habían olvidado el lenguaje de la tierra, de las plantas, las estaciones, las piedras, a cambio del lenguaje de las palabras escritas.

—No todos los hombres y mujeres —repliqué. Dando unas palmaditas a la empuñadura de mi espada, esbocé una sonrisa—. Créeme, algo he aprendido de las piedras. —Mis pensamientos volaron hacia Cairpré, que siempre encontraba tesoros entre las cubiertas de los libros—. Aunque la palabra también tiene sus virtudes.

Hallia me miró con escepticismo.

—Es verdad —expliqué—. Leer un párrafo de un libro es como..., bueno, como seguir un rastro. No, no, no es eso. Se parece más a encontrar el significado de las huellas. Adonde van, por qué corren o cojean, en qué se diferencian de las del día anterior.

Hallia no dijo nada más, pero meneó las orejas en círculos, como si estuviera intrigada. En ese momento, el viento cambió. Se abrió un hueco en la niebla que nos rodeaba, lo que permitió que penetrasen tímidamente unos cuantos rayos de luz solar. La luz se derramó sobre los brotes de hierba de anguila, que de pronto parecían brillar por dentro.

La cierva suspiró.

—¡Qué bonito!

Asentí.

—¿No es adorable —preguntó en voz baja— cómo se mueve la niebla? Como una sombra hecha de agua.

Dejé de asentir.

—Por mi parte, estaba mirando la luz, no la niebla. Cómo pinta las cañas y todo lo que toca.

—Mmmm. —Sus orejas bascularon de nuevo—. ¿Así que tú ves luz cuando yo veo movimiento?

—Eso parece. Dos caras distintas de un mismo momento.

Eremon emitió un sonido gutural, casi una risita. La niebla se deshacía en jirones entre sus astas. De improviso, el viento cambió otra vez. El ciervo se puso rígido, y sus ollares temblaban.

Hallia mascó nerviosamente la hoja.

—Ese olor... ¿Qué es?

Durante un rato, nadie respondió, ni se movió. Por fin, Eremon bajó la cabeza.

—Es el olor —declaró— de la muerte.

16
Sueños irrealizables

Avanzando cautelosamente, nos aproximamos a la orilla del impetuoso río. El agua se precipitaba por los rápidos con estruendo. La niebla se enredaba en nuestras piernas en jirones teñidos de rojo por el sol poniente que se retorcían como vaporosas cuerdas. El suelo se volvió blando y resbaladizo bajo mis pies... y bajo los cascos de los otros.

Al llegar a la orilla, me detuve a contemplar el descenso de Eremon y Hallia. Pese a lo abrupto del terreno, se movían con la gracia de un par de gotas de rocío rodando por el pétalo de una flor. A diferencia de ellos, yo me mantenía erguido: un joven, medio humano y medio fincayrano. Dos piernas parecían una base insuficiente, demasiado inestable. Incluso cuando flexionaba los dedos, sintiendo su delicadeza, añoraba mis cascos. Y aún añoraba más mi magia. Gracias al regalo de Eremon, había olvidado, por lo menos durante un rato, el vacío de mi pecho.

¡Vuelve a cambiar! Sí. Ahora. Me volví para correr a lo largo de la orilla..., cuando vi que Eremon se detenía en seco, con la astada cabeza en alto. También Hallia se quedó petrificada, con el pelo del lomo erizado.

Imitándolos, me quedé inmóvil. Pues entre los jirones de niebla veía ahora la orilla opuesta. Y la devastación que imperaba allí.

Los peñascos que yo recordaba ya no señalaban el lugar. Sólo cascarones rotos con su putrefacto contenido cubierto de sangre coagulada. Como en una revelación, comprendí que nunca habían sido peñascos. Eran huevos.

Huevos de dragón.

Los fragmentos de huevo estaban esparcidos por la lodosa orilla en macabros montones. Distinguí un trozo de cuello, brutalmente seccionado. Y un ala desgarrada, con franjas escarlata y verdes. Exceptuando los escasos jirones de carne que se mecían con la débil corriente de la orilla, todo parecía congelado en el momento de la muerte.

Ningún lobo se había llevado estos cadáveres. Ningún buitre se había atrevido con los restos carnosos donde aún relucían las escamas nonatas. De repente supe por qué. Por encima de toda la escena planeaba algo tan intenso como el fétido olor de la carne en descomposición: la posibilidad de que Valdearg se presentara en cualquier momento.

Descendí con precaución por la orilla para unirme a los demás. El barro se pegaba a mis botas, mientras un miedo creciente me oprimía el corazón. Cuando nos internamos en el vado, las gélidas aguas nos dejaron las piernas entumecidas de frío. Pero nada podía dejarnos tan helados como la desolación que veíamos ante nosotros. Por lo menos, me dije, sólo eran dragones. Destruidos antes de que pudieran hacerle lo mismo a otros seres. Aun así, la palabras de Eremon seguían atosigándome.

El ciervo saltó a la orilla opuesta y luego giró bruscamente hacia la izquierda. Alzó uno de sus cascos delanteros y se inclinó sobre algo para estudiarlo con gran atención.

Subí detrás de él tan aprisa como pude. Bajo su casco distinguí una pequeña muesca en el suelo manchado de sangre naranja oscuro. De repente, comprendí que

era una pisada. La huella de un hombre. Aquí, no me cabía duda, estaba la prueba que Urnalda había empleado para desviar de los enanos la cólera del dragón... hacia mí.

Con cautela, Hallia se aproximó. Agachó la cabeza para olfatear la huella, casi tocándola con el hocico. Me miró, y la antigua desconfianza afloró de nuevo a sus ojos. Buscó con la lengua la hoja que yo le había dado y la escupió. Después, con una voz apenas audible por el ruido del agua, dijo:

—Este hombre, quienquiera que sea, ha hecho mucho daño.

—Y Valdearg hará mucho más —añadió lúgubremente Eremon—. A menos que tengamos éxito. Pero el tiempo apremia. El sol ya se está poniendo.

Asentí con tristeza.

—Esta huella se parece mucho a las mías.

Hallia resopló.

—Las huellas de todos los hombres se parecen. Son pesados y torpes.

Eremon golpeó el barro con un casco.

—No es verdad, hermana mía. ¿Ves esto? El borde del tacón está desgastado, pero tiene un canto recto. No es la forma normal redondeada de caminar por la hierba, ni siquiera por suelos duros.

Hallia se volvió hacia una de mis pisadas. Tras una larga pausa, se retractó.

—Supongo que hay diferencias. —Vacilante, me miró una vez más—. Lo siento. Yo sólo...

—No pasa nada —repliqué—. No digas nada más. —Encarándome con Eremon, pregunté—: ¿Y qué te dice la forma de ese tacón?

—Que recibió un corte, hace tiempo, con algo irregular. Quizás esta persona vive en una especie de caverna, con el suelo sembrado de piedras afiladas. O en un laberinto de túneles subterráneos.

—Urnalda vive en un reino de túneles —reflexioné—. Pero no usa botas de hombre. Además, ¿por qué iba a atacar a las crías de Valdearg, sabiendo que podía atraer la ira del dragón sobre su pueblo? —Expulsé el aire lentamente—. No tiene sentido.

Las orejas de Hallia caracolearon.

—Existe otra posibilidad. Esta persona, este hombre, puede haber dejado la huella a propósito, para engañarnos.

—Es posible —reconoció el ciervo—. A veces, los hombres pueden ser...

—Engañosos —concluyó ella.

Las astas del macho se inclinaron hacia un lado.

—¿Estás diciendo que un ciervo nunca engaña? ¿Tú jamás intentarías despistar a un enemigo?

La cierva enderezó el cuello.

—Sólo para protegerme. —Desvió la mirada hacia el más cercano de los montones de carroña, semioculto por la niebla—. O, algún día, a mis pequeños.

Me dirigí a paso vivo hacia el huevo destrozado. Al apartar de un puntapié un fragmento de cascarón, me quedé petrificado. Ante mí había un brazo cercenado, con unas garras extendidas como dedos. Aunque el brazo no tenía una forma muy distinta al mío, era por lo menos el doble de grande. Su cara inferior lucía una cresta de iridiscentes escamas moradas; su muñeca parecía tan frágil como el cuello de un cisne. Las garras parecían intentar desesperadamente asir algo que estaba justo fuera de su alcance.

Algo de este brazo inerte me hizo desear tocarlo. Con mis propias manos, mis

propios dedos.

Me arrodillé y lo acaricié en toda su longitud. El brazo era suave al tacto, a pesar de las hileras de escamas. Casi como la regordeta pierna de un bebé recién nacido. No hacía tanto tiempo, estaba vivo. Y era joven. E inocente.

Por fin comprendía todo el horror de esta tragedia. Ninguna vida, ninguna criatura, ningún futuro merecía ser desperdiciado de esta manera. Asesinado así. No era de extrañar que la furia de Valdearg no tuviera límites.

Recité para mí mismo los versos de la profecía de Tuatha:

Espoleado por la ira,
de un poder inigualable,
busca venganza cumplida
por un sueño irrealizable.
Pues ya nada más le importa,
destruyeron su ilusión
y ahora su única ambición
es vengarse a toda costa.

De pronto, Eremon sacudió la cabeza y sus astas despidieron gotas de agua en todas direcciones. Su cuerpo y el de Hallia se inmovilizaron como un solo ser. Percibían algo, intuían algo que a mí se me escapaba por completo.

Entonces oí un ruido, profundo y discordante, como la lejana erupción de un volcán. Procedía de algún punto situado mucho más allá del río, pero era cada vez más audible. El viento arreció; el aire parecía casi imperceptiblemente más cálido. Capté un débil olor a humo. De repente, una enorme sombra oscureció la niebla enrojecida.

—¡El dragón! —gritó Eremon—. ¡Corred!

Los dos ciervos se dispersaron y se internaron a saltos en la niebla, mientras yo corría dando traspiés hacia la resbaladiza orilla. El fragor del trueno rasgó el aire cuando la sombra volvió a pasar volando. Aterrorizado, pensé en volver a convertirme en ciervo, pero de pronto resbalé en el lodo y perdí el equilibrio. Caí dando tumbos hacia el borde del río. Las gélidas aguas cubrieron mis piernas y mi espada. Sin resuello, me puse en pie y atravesé precipitadamente los bajíos.

En un empinado tramo de la orilla opuesta, distinguí un saliente. Una tupida cortina de hierba, empapada por las salpicaduras de la corriente, se balanceaba suspendida de la cornisa. Detrás de la hierba se vislumbraba un lugar oscuro donde el río se había llevado toda la tierra. ¡Una cueva!

Mientras el estruendo procedente de las alturas aumentaba hasta convertirse en un rugido, me arrojé al interior de la cueva y rodé sobre mí mismo varias veces, hasta que choqué contra la curvada pared de la orilla. Permanecí tumbado unos instantes en medio de la oscuridad, respirando aceleradamente. La frialdad del río se hacía notar, allí dentro, por lo que me incorporé hasta quedarme sentado y encogí las piernas apoyando las rodillas contra el pecho. Al espiar a través de la goteante cortina de hierba, sentí una oleada de satisfacción. Había despistado a Valdearg. Sólo temporalmente, por supuesto. Pero incluso retrasar lo inevitable unos cuantos días me parecía motivo de orgullo suficiente.

Desde mi posición oía el rumor de la impetuosa corriente y agradecí la seguridad que me proporcionaba esta cueva. El espacio era muy reducido y apestaba... a algo rancio. Pero ¿qué mejor escondite se podía pedir? De pronto, sin previo aviso, algo me rozó la pierna.

17
Impotente

Retrocedí, presa del pánico. Aferré la empuñadura de mi espada y forcejeé para desenvainarla. Pero la abertura de la vaina estaba tan cubierta de barro seco que la hoja se negó a salir. Acurrucado debajo de un techo tan próximo, por mucho que tiré, no conseguí liberarla.

«¡Sal corriendo de la cueva! Ahora, mientras puedes. Antes de que lo que se ha movido vuelva a hacerlo.» Sin embargo, titubeé. Al otro lado de la cortina de hierba podía estar esperándome Valdearg. Intenté desenvainar la espada una vez más. Una vez más, no cedió ni un ápice.

De pronto, un ruido como jamás había oído resonó en la oscuridad. En parte un gemido, en parte un ladrido, en parte un lloriqueo, fue aumentando de volumen hasta que al fin se interrumpió bruscamente. Me aplasté contra la pared de tierra. El lodo me resbalaba por el cuello, pero no me moví. Apenas respiraba, pero el rancio olor estaba por todas partes, más fuerte que nunca. Mi única esperanza era que esta criatura, fuera lo que fuese, se desentendiera de mí y se marchase.

Al poco, muy gradualmente, un débil resplandor anaranjado empezó a iluminar la cueva. Al principio no supe localizar su procedencia, pues vacilaba como la llama de una vela expuesta a una corriente de aire, creando extrañas sombras desproporcionadas que crecían y menguaban sobre las paredes: gigantes caminando, serpientes arrastrándose, árboles desplomándose. Finalmente, pese a todo, identifiqué el origen: un triángulo de luz naranja, no muy lejos del suelo, en el extremo opuesto de la caverna.

Aunque el miedo me atenazaba, hice lo único que se me ocurrió. Con ambas manos, recogí un trozo de barro del suelo, lo amasé hasta formar una bola y la lancé contra el triángulo luminoso. Se oyó un ruido blando y al instante se apagó la luz. Al mismo tiempo volvieron a oírse los gemidos y el lloriqueo, esta vez tan violentos que tuve que taparme los oídos. Me escabullí hacia la pared del fondo.

De improviso, la pared entera se movió detrás de mí. El barro cayó a raudales sobre mi cabeza. Por un momento pensé que la ribera estaba a punto de desplomarse sobre mí. Pero la pared de tierra no se vino abajo. Por el contrario, hizo lo que menos me esperaba.

Respiró. Temblando por el esfuerzo, toda la superficie inspiró lenta y vacilantemente. Un viento hediondo sopló sobre mí y recorrió la cámara como un torbellino. Sin pensar en Valdearg, rodé hasta la cortina de hierba empapada, con la esperanza de escapar a tiempo.

Justo cuando estaba a punto de salir a gatas de la cueva para caer en las agitadas aguas del río, la larga espiración se cortó en seco. Cesó con la misma brusquedad con que se había iniciado. Tuve la seguridad de que era el último aliento de un ser al borde de la muerte, cuando no la muerte misma, al fin. Me detuve a la entrada y estudié la trayectoria de un rayo de luz, carmesí como el sol poniente, que penetraba en la cueva por el lugar donde mi hombro había apartado la hierba. Llegaba hasta el punto donde yo había visto el triángulo reluciente.

Mi corazón se detuvo. Pues allí, de costado sobre el negro lodo, yacía una

enorme cabeza que doblaría en tamaño a la de un caballo. La cabeza de un dragón.

Uno de sus ojos, cuya espectral luz había iluminado la cueva apenas un momento antes, estaba ahora cerrado. Unas largas pestañas bordeaban el párpado. Adheridos a las pestañas pude ver unos cuantos fragmentos de cascarón roto. Un bulto amarillo mate sobresalía de su frente y unas escamas malva recorrían el arrugado hocico en toda su longitud. Docenas de dientes, afilados como dagas, brillaban entre las mandíbulas medio abiertas. Curiosamente, sólo la oreja izquierda yacía flácida sobre el barro. La derecha, de color azul plateado, se mantenía tiesa hacia un lado, como un cuerno fuera de lugar.

Una repentina oleada de compasión recorrió mi cuerpo. ¿Qué visión de terror, me pregunté, había apartado a esta cría de su huevo para esconderse en este agujero? Sentí un hormigueo en la piel al recordar el movimiento del gran cuerpo contra mi espalda, un movimiento que probablemente era el último estertor de la agonía. Un instinto inexplicable me hizo intuir que este dragón era una hembra. En tal caso, nunca tendría la oportunidad de poner huevos por su cuenta.

Extendí el brazo y arranqué varios puñados de la hierba que colgaba sobre la entrada. Más luz carmesí penetró en la cueva. Forzando mi segunda visión, localicé un par de afiladas garras, con motas moradas, que sobresalían del barro. No lejos del lugar donde yo había descansado momentáneamente, había una cola enroscada con dos púas ganchudas. Volviéndome hacia la cabeza, sonreí tristemente al ver la incontrolable oreja. Nada, ni siquiera la muerte, podía obligarla a agacharse.

Me pregunté por las heridas del dragón. ¿Había muerto de hambre? ¿Desangrado por unas heridas fatales que yo no veía? ¿O, como cualquier bebé abandonado, simplemente sucumbió al miedo y la tristeza?

En ese momento, otro profundo gemido, más débil que el anterior, resonó en la caverna. ¡Aún estaba vivo! La inmensa mole del dragón se estremeció, haciendo temblar el suelo de tierra. Del techo cayeron pedazos de barro que me pringaron la cabeza y los hombros. El ojo de la hembra se abrió sólo una rendija, parpadeó y volvió a cerrarse, pero me dio tiempo a reconocer su mirada de angustia.

Me mordí el labio, indeciso. Después, lenta, muy lentamente, me acerqué gateando. Con renuencia apoyé la mano abierta sobre su ojo para acariciar las delicadas pestañas. No volvió a abrirse. Con mucha suavidad, pasé la mano por las escamas malva del morro, deteniéndome en los enormes ollares. Mi mano entera no conseguía taparlos por completo. Un débil hálito me calentó los dedos, recordándome al caballo de mi infancia cuyo nombre había olvidado, aunque no su vaporoso aliento, que estaba grabado para siempre en mi memoria. El aliento de esta criatura, era evidente, se extinguía con rapidez.

Pero ¿y si le quedaba una diminuta chispa de vida? Tal vez yo pudiera... ¡No! Ya no me quedaba magia. Apreté los dientes, maldiciendo la traición de Urnalda. Si no me hubiera robado mis poderes, quizás habría podido invocar al cielo y al suelo, las fuentes del poder de Atar, que permiten tejer los hilos del cosmos y curar incluso la herida más profunda.

Mi mano resbaló lánguidamente por el hocico del dragón. No podía recurrir a ese poder, ni a ningún otro. Tampoco podía hacer nada por esta infortunada bestia. ¡Estaba impotente! Suspiré, sintiendo más que nunca aquel doloroso vacío en mi pecho.

Algo tiró de mi mano. Una de las escamas del dragón se había enredado con el brazalete de sarmientos que me había dado Rhia cuando nos separamos. Pese a la mortecina luz, el brazalete relucía con un lustroso tono verde. ¿Qué había dicho ella

cuando me lo ataba a la muñeca? «Esto te recordará toda la vida que te rodea y la que hay en ti.» Cerré los ojos, escuchando de nuevo su voz: «La vida que hay en mí».

Y aun así, ¿de qué le servía a nadie más?

Por un reflejo casi automático, metí la mano en mi talega de cuero y saqué un puñado de hierbas. Las trituré lo mejor que pude entre las palmas de mis manos. Al instante, el aroma de corteza de serbal, raíz de haya y bálsamo de plata perfumaron el rancio aire de la cueva. A continuación, con gran esfuerzo, me despojé de una de mis botas. Utilizándola como recipiente, eché dentro todas las hierbas, acumulándolas en el talón. Escurrí mi túnica empapada encima de la bota para obtener un poco de agua, revolví concienzudamente la mezcla con el dedo y me incliné sobre la hembra de dragón. Como tenía la cabeza de lado, conseguí verter unas cuantas gotas verdes y centelleantes en su boca parcialmente abierta.

Cuando el líquido cayó sobre su lengua, esperé que tragara. Pero no hizo nada.

Una vez más, vertí un poco de la poción de mi bota. Y esperé, confiando en ver algún signo —cualquier signo— de vida. Pero la hembra no tragó. Ni se movió. Ni gimió.

—¡Traga! —ordené, y el eco de mi voz se apagó en las rezumantes paredes. Le di otras pocas gotas, que resbalaron por su lengua y cayeron al suelo.

Mucho después de que desaparecieran los últimos rayos del crepúsculo, y a lo largo de la implacable noche, seguí intentándolo. Me dolía la espalda, tenía el pie descalzo amoratado de frío y me daba vueltas la cabeza por la falta de sueño. No obstante, me negaba a detenerme, sin apenas atreverme a esperar que el párpado se agitara, que el resplandor naranja iluminara de nuevo la cueva. O que el dragón tragara algo. Pero mis esperanzas eran vanas.

Cuando mi poción de hierbas se agotó por fin, lo intenté frotando el cuello del dragón en lentos círculos, como mi madre me hizo a mí en cierta ocasión, hacía mucho tiempo, cuando la fiebre me consumía. No sirvió de nada. Aparte de las contadas veces que respiró entrecortadamente, más débil a cada hora que pasaba, no mostraba signo de vida alguno.

Cuando las primeras tímidas luces del amanecer se arrastraron hasta el interior de la cueva, supe que todos mis esfuerzos habían sido inútiles. Estudié la figura inerte y apreció la sutil belleza de las escamas, la feroz curva de las garras. La cría yacía definitivamente inmóvil, silenciosa para siempre.

Apesadumbrado, desvié la mirada. La sensación de aquel agujero me revolvía ahora las entrañas. Como la desolación de la otra orilla del río, apestaba a muerte prematura. Sin pensar en los peligros que podían aguardarme en el exterior, salí a rastras bajo la cortina de hierba.

18
Un velo de niebla

Caí rodando por el lodo de la resbaladiza orilla, hasta que finalmente me detuve al borde del agua. La impetuosa corriente me ensordeció. La espuma me empapó el rostro. Una vez más, la niebla se enredó en gruesos jirones a mi alrededor.

Con precaución, inspeccioné la orilla opuesta en busca de algún signo de Valdearg. O de mis compañeros. No descubrí nada más que los restos de los huevos: cascarones rotos, coágulos de vísceras y trozos dispersos de carne putrefacta. El río y las inestables columnas de niebla eran lo único que se movía.

Apesadumbrado, dirigí la vista hacia la cueva donde estaba enterrada la última de las crías. El último descendiente de Valdearg. ¿Pretendía quienquiera que hubiese ejecutado a estas criaturas despertar al dragón durmiente de las Tierras Perdidas, además de su cólera? ¿Y quería el asesino que un hombre —fuera yo u otra persona— cargara con las culpas? Era imposible saberlo. Tal vez simplemente el asesinato de la prole de Valdearg bastaba para cumplir los objetivos de su autor.

Pero ¿cuáles podían ser esos objetivos? ¿Eliminar a las crías? ¿O despertar a *Alas de Fuego* e iniciar una enloquecida campaña de destrucción? Eso carecía de sentido. A menos que... Quizás el asesino era un enemigo de los enanos, alguien que confiaba en que Valdearg les haría conocer el peso de su ira. O un enemigo de la raza de mi padre, los hombres y mujeres de Fincayra. Y esos enemigos eran numerosos, demasiado bien lo sabía yo. ¡Qué cicatriz había dejado en la isla el tiempo que Stangmar ocupó el trono! Una cicatriz que rehusaba sanar.

Me arrodillé al borde del agua. Formando un cuenco con las manos, las sumergí en el gélido torrente y luego me lavé la cara sucia de barro. Finalmente, limpié el lodo de la vaina de mi espada. Después de desprender varios terrones endurecidos, la hoja salió con facilidad.

Recorrí con el dedo la empuñadura de plata, sobre la que centelleaban las gotas de agua que salpicaban del río. Quizás el asesino no fuera enemigo sólo de los enanos, o de los hombres y mujeres, sino de toda la vida de Fincayra. Alguien que se beneficiaría realmente con el terror que sembraba Valdearg. Alguien como... Rhita Gawr.

Me sequé la cara en una manga y fruncí el ceño. No, no, eso era imposible. Como me había aconsejado severamente el propio Rhita Gawr, no tenía sentido crearse nuevos enemigos. Yo ya tenía bastantes problemas por el momento. Y sin embargo, ¿quién más, aparte de Rhita Gawr, sería lo bastante astuto para encontrar los huevos del dragón y lo bastante despiadado para destruirlos cuando se estaban abriendo?

Algo pasó volando por encima de mi cabeza, oscureciendo la niebla. ¡Valdearg! ¡Había vuelto!

En ese instante, un agudo y penetrante chillido atravesó el húmedo aire. Supe en el acto que no era el sonido de un dragón. Porque ya había oído antes ese ruido. Para mí, era inconfundible.

Era el grito de un kreelix.

Alcé la vista en el momento en que las alas de murciélago surgían de la niebla.

El kreelix se lanzó en picado sobre mí, con los mortíferos colmillos a la vista. Mi mano se dirigió a la empuñadura de la espada... y se quedó inmóvil.

¿De qué me servía mi arma? No podía olvidar la última vez que me había enfrentado a aquellos colmillos, bajo el Serbal del Forjador. La conmoción. El increíble dolor. Aunque ya no me quedaba magia, aún tenía el miedo.

En su vertiginoso descenso, el kreelix abrió su boca del color de la sangre. Tres letales colmillos apuntaron hacia mí. Otro alarido perforó la agitada niebla. Las garras se extendieron para hacerme trizas.

De pronto, una silueta oscura apareció entre la bruma de la otra orilla del río. ¡Eremon! Superando la corriente de agua de un gran salto, el ciervo se plantó justo en el camino del kreelix. Chocaron en pleno aire con un estampido colosal. Yo me aparté de su camino de un brinco justo cuando se estrellaban contra la orilla. El barro salió despedido en todas direcciones.

Ambos cayeron al río dando tumbos. Eremon se puso en pie primero y bajó su cornamenta para atacar. Pero el kreelix, aullando vengativamente, disparó un zarpazo que desgarró un flanco del ciervo. Aun así, Eremon embistió directamente a la bestia, empalando una de sus alas. La sangre, tanto roja como morada, se arremolinó en las agitadas aguas.

Desenvainé mi espada, en el momento en que estallaba un fogonazo de luz escarlata. Además del tenue campanilleo de mi espada, oí claramente el agudo grito de Eremon cuando el kreelix golpeó de nuevo. El gran ciervo trastabilló y se desplomó en medio del río. Salté al agua, blandiendo mi espada mientras corría entre las olas.

El kreelix se volvió en redondo. Como un enorme murciélago, con los colmillos al descubierto, intentó golpearme con el ala sana. La esquivé, pero una arista ósea me abrió una brecha en la mejilla. Le lanzaba una estocada al pecho, pero un canto rodado se desplazó bajo mi peso y me obligó a recular dando traspiés. La espada se me cayó de la mano. Las frías aguas me envolvieron.

Antes de que pudiera incorporarme, algo muy pesado cayó sobre mí, hundiéndome en el agua. Mis costillas cedieron. Abrí la boca para respirar y tragué agua, mientras forcejeaba para escapar de la masa de pelo que me aplastaba la cara y el pecho. Mis pulmones aullaban, mi mente se nublaba.

De repente, una fuerte mano me sujetó por el brazo y me levantó. El aire llenó mis pulmones, al fin, aunque me puse a toser incontrolablemente, vomitando agua como un surtidor. Al cabo de un rato, los espasmos se calmaron lo suficiente para permitirme distinguir a Hallia, en su forma humana, sacándome a rastras del río. Me dejó caer al borde del agua, todavía escupiendo, y se marchó enseguida.

En unos instantes me incorporé, apoyándome sobre un codo. Corriente abajo vi el cuerpo del kreelix medio sumergido, con la punta rota de un asta clavada en la espalda. Entonces, un descubrimiento repentino me dejó más frío que las gélidas aguas que me rodeaban. Al otro lado del kreelix yacía otro cuerpo, desmadejado sobre la lodosa ribera. El cuerpo de Eremon.

Me puse en pie y me acerqué con pasos inseguros. Hallia, sentada en el barro, acunaba la cabeza del ciervo sobre su regazo. Su alargado rostro estaba surcado de arrugas de pesar y parecía no darse cuenta de que su vestido se estaba manchando con la sangre que brotaba del boquete que su hermano presentaba en el cuello. Sin pronunciar palabra ni dejar de mirarlo a los profundos ojos castaños, le acariciaba la frente y el asta rota.

—Hermano mío —dijo suavemente—. No debes morir, no. No puedes dejarme.

El pecho de Eremon se estremeció cuando intentó tomar aliento.

—Quizá me esté muriendo, Eo-Lahallia mía. Pero ¿dejarte? Eso no ocurrirá jamás.

Los inmensos ojos de la joven escudriñaron los de su hermano.

—¡Aún nos queda mucho por hacer, a ti y a mí! Todavía no hemos recorrido al galope las colinas de Collwyn en plena primavera.

El rostro del ciervo se tensó y uno de sus cascos se apoyó en el muslo de Hallia.

—Sabes cuánto me gusta correr a tu lado como un ciervo. Y estar a tu lado como un hombre. Pero ahora..., me faltan las fuerzas incluso para cambiar a mi forma humana.

—¡Oh, Eremon! Esto es peor, mucho peor que mi sueño.

—Espera —propuse, empezando a levantarme—. Puedo preparar un emplasto que quizá te ayude.

Eremon alzó un casco en mi dirección. Su mirada, severa pero amable, parecía abarcarme por completo.

—No, joven halcón. Es demasiado tarde para esas cosas. O para tus poderes, si aún los tuvieras.

Me mordí el labio.

—Los poderes que acaso tuve una vez son ahora un martirio.

—El kreelix... —empezó a decir, antes de inspirar trabajosamente—. Era un kreelix, ¿verdad? ¿Un devorador de magia? Creí que los habían destruido a todos. Hace mucho tiempo.

—Lo mismo creía mi tutor, Cairpré.

Eremon parpadeó.

—¿El bardo Cairpré es tu tutor? Eres muy afortunado.

Mi frente se pobló de arrugas.

—La única fortuna que quiero es hacer algo por ayudarte. Ahora, Eremon.

—Pero ¿de dónde salió ese kreelix? —preguntó, haciendo caso omiso de mi comentario—. ¿Por qué te atacó?

—No lo sé. Cairpré cree que alguien los está criando, entrenándolos para matar.

El ciervo tragó saliva con dificultad.

—El kreelix creía que aún posees magia. De lo contrario, no te habría atacado.

Negué con la cabeza.

—La única magia que poseo es la que tú me diste. Eso debe ser lo que captó.

Eremon se crispó. Se volvió hacia su hermana.

—Perdóname.

Parpadeando para contener las lágrimas, ella respondió amargamente:

—Lo intentaré.

Una oleada de espuma saltó del agua y cayó sobre el ciervo con la suavidad de la luz de una vela, acariciando su cuerpo manchado de sangre. Llegó una segunda ola, luego una tercera. Casi como si también el río se lamentara, no menos que Hallia y yo. Entonces reparé en que el aire había empezado a vibrar a nuestro alrededor, a reverberar como el velo de niebla que separaba este mundo del Otro Mundo. En ese momento percibí que otra presencia, más esquiva que la propia niebla, se había unido a nosotros.

Hallia inclinó la cabeza, primero con desconfianza, después sorprendida, al notar que algo cambiaba en el cuerpo de su hermano. Los relucientes músculos del ciervo se relajaron. Su rostro, de nuevo en calma, se ladeó ligeramente, como si escuchara a alguien que le hablaba en susurros. Cuando por fin habló, su voz estaba

teñida de pesar. Pero había recuperado su anterior sonoridad, junto con un matiz distinto, algo que no supe identificar.

—Hermana mía, han llegado los espíritus para llevarme para guiarme en el Largo Viaje. Sin embargo, antes de partir, debes saber que yo también tuve un sueño. Un sueño... sobre un tiempo en el que la dicha te desbordará, como el agua del río se desborda en primavera.

La cabeza de Hallia descendió hasta casi tocar la del ciervo.

—No puedo imaginarme un tiempo así sin ti.

La respiración de Eremon se hizo más lenta y al ciervo le costó un mayor esfuerzo hablar.

—Ese tiempo... te llegará, Eo-Lahallia. Y en los días que lo precedan, en tus momentos de terror y en tus momentos de sosiego... acudiré a tu lado.

Cerrando los ojos, Hallia apartó el rostro.

El casco de Eremon se movió hasta rozar mi mano.

—Sé... valiente, joven halcón. Encuentra el *Galator.* Tienes más poder... de lo que crees.

—Por favor —supliqué—, no te mueras.

Sus profundos ojos castaños se cerraron y luego parpadearon brevemente.

—Que los verdes prados... te encuentren.

Exhaló por última vez y luego se quedó inmóvil.

19
El torbellino

Rodeados por la niebla, con la sangre de Eremon corriendo por nuestros brazos, Hallia y yo nos esforzamos por arrastrar el pesado cuerpo del ciervo hasta un recodo resguardado de la orilla del río. Encontramos un tramo de hierba de un vivo color verde y allí cavamos su tumba en la húmeda y fértil tierra. Hallia se rodeó el cuello escrupulosamente con un chal funerario tejido con brotes de hierba de anguila. Cuando acabamos de rellenar la fosa, me encargué de garantizar que nada la profanaría. Olvidando la fatiga, acarreé más de una docena de piedras hasta la tumba. Pesadas. Pero por mucho que me doliera la espalda, el dolor de mi corazón era mucho mayor.

Mientras yo trabajaba, Hallia permaneció silenciosa, en pie junto al sepulcro, y una lágrima ocasional resbalaba por su barbilla. Aunque no decía nada, a veces retorcía una punta de su túnica amarilla o pisoteaba la hierba, mudo testimonio de las furiosas tormentas desatadas en su interior. Cuando terminé de reunir piedras, me situé a su lado, sin apenas atreverme a mirarla, y menos aún a consolarla.

Al cabo de un rato, sin levantar la vista de la tumba de su hermano, Hallia habló:

—Te llamaba joven halcón.

Asentí en silencio.

—Para mi pueblo, ese nombre tiene un significado.

No dije nada.

Sin mirarme todavía, siguió hablando con una voz que sonaba muy, muy lejana.

—Se cuenta una historia, vieja como la primera huella del primer casco, sobre un joven halcón. Era amigo de un cervatillo. Le llevó comida cuando se rompió una pata y lo condujo a su casa cuando se perdió.

Meneé la cabeza.

—Tu hermano tenía fe en mí. Más que yo mismo.

Sus redondos ojos se volvieron fugazmente en mi dirección.

—También en mí. —Suspiró pesadamente—. Te marcharás pronto, supongo.

—En efecto.

Se echó la trenza hacia atrás.

—Bueno, si crees que voy a acompañarte, estás equivocado.

—Nunca te he pedido...

—Bien. Porque si así lo hicieras, mi respuesta sería no. —Propinó un puntapié a un canto rodado del río—. He dicho que no.

La estudié durante largo rato.

—No te lo he pedido, Hallia.

—No, pero él sí. —Contempló ceñudamente las piedras que yo había arrastrado hasta allí—. Él me lo pidió. No con palabras, sino con la mirada.

—No tienes que venir. Ya has sufrido demasiado.

Agachó la cabeza.

—Eso sí.

Divisé mi espada en la orilla y me acuclillé junto al agua para lavar el barro de su hoja. Volví a enfundármela sumido en lóbregos pensamientos. A continuación, sintiendo los pies más pesados que las piedras que había colocado sobre la tumba de Eremon, me acerqué lentamente a Hallia. No se movió, se limitó a observarme con sus ojos rebosantes de inteligencia y pesar. Me detuve a un paso de ella.

Sentí el impulso de cogerle la mano, pero me reprimí.

—Lo siento. De veras lo siento.

No me respondió.

Permanecimos allí varios minutos, rígidos y silenciosos. Excepto por los remolinos de niebla que se perseguían entre nuestras piernas y las rumorosas aguas del Río Incesante, nada se movía, nada cambiaba. Volví a sentir la profunda calma que había percibido dentro de la piedra viva. Y, en lo más profundo de mi ser, la callada magia de un ciervo.

Una racha de viento surgida de la nada arremetió contra nosotros. La túnica de Hallia aleteó contra sus piernas. Se levantó una lluvia de espuma del río que nos dejó empapados; la niebla se disolvió hasta desaparecer. El viento se aceleró, aullando, empujándonos hacia atrás. Hallia gritó cuando su trenza se elevó por encima de su cabeza. Por mucho que me esforcé por mantener el equilibrio, el viento me derribó dando tumbos por el viscoso lodo. Resbalé en dirección al río, estaba a punto de caer al agua, cuando...

No llegué a tocarla.

De pronto volaba por los aires, transportado por fieros vientos huracanados. Mi túnica revoloteaba y se hinchaba, a veces tapándome la cara. Un pie de Hallia me golpeó cuando ella dio una vuelta sobre sí misma junto a mí, pero cuando la llamé, el viento impidió que las palabras salieran de mi boca. Girando locamente, nos elevamos por los aires.

En un momento, a través de la niebla en espiral, mi segunda visión vislumbró el tramo de hierba verde donde habíamos enterrado a Eremon. Los restos de los huevos de Valdearg yacían desperdigados corriente arriba. Enseguida, unas gruesas nubes lo engulleron todo, como el viento nos había engullido a nosotros. Las turbulentas corrientes de aire aullaban en mis oídos.

Implacablemente vapuleado y mareado, vuelto de costado y del revés, perdí todo sentido de la orientación que pudiera conservar. Me sentía como si me estirasen el cuerpo, lo aporreasen y lo volviesen del revés. Agredido desde todos los ángulos al mismo tiempo. Con los ojos llenos de lágrimas, apenas podía respirar entre las violentas ráfagas. ¿Le iba mejor a Hallia? No sabía adonde nos conducía aquella endiablada tormenta, sólo esperaba que llegásemos vivos. Al poco rato, caí inconsciente.

Cuando desperté, me encontré tendido de bruces sobre un suelo de lisas baldosas. La cabeza todavía me daba vueltas y me dolía intermitentemente, con un rugido ensordecedor, inagotable como las olas del mar. Me aferré a las piedras —¡parecían tan sólidas!— unos segundos más, antes de obligarme a rodar sobre mí mismo. Por fin conseguí reunir las fuerzas necesarias para tenderme de espaldas. Débil y todavía mareado, me impulsé hasta quedarme sentado.

Advertí que Hallia estaba tendida a mi lado. Estaba pálida; su respiración era inquieta. Su cabello del color del bronce, ahora suelto y no anudado en una trenza, estaba extendido sobre la piedra. Alargué una mano insegura hacia ella, pero me contuve en el último momento.

Aquel rugido... No era mi cabeza, no era el mar, sino voces. Cientos y cientos de

voces. A nuestro alrededor, por todas partes, todas gritando.

Nos hallábamos en el centro de un gran círculo de asientos, ocupados por un público vociferante. ¡Un anfiteatro! Aunque era el primero que veía en toda mi vida, recordaba bien las descripciones de los anfiteatros romanos que me daba mi madre durante mi infancia en Gwynedd. Eran, me explicó, colosales recintos para practicar deportes... y, a veces, para ofrecer sacrificios.

Ebriamente, me sacudí la bruma de mi segunda visión, intentando asimilar la situación. El suelo de baldosas se extendía, más ancho que cualquier patio que yo hubiera visto antes, hasta las sucesivas filas de personas que nos rodeaban. Muchas agitaban un puño en nuestra dirección, creándome la impresión de que sus gritos eran más de escarnio que de júbilo.

Sin previo aviso, unas enormes puertas se abrieron de par en par en el extremo opuesto del anfiteatro. De la oscuridad salió al galope un inmenso corcel negro, tirando de un carro de combate. Sentado en el carro, un musculoso guerrero alzó sus fornidos brazos hacia la multitud. Mientras todos bramaban para animarlo, él hizo restallar su látigo por encima de la exuberante crin del caballo y enfiló directamente hacia nosotros.

«¡Nos va a atropellar!» Comprenderlo fue como si me abatiera un rayo.

Me levanté con dificultad y sujeté a Hallia por las axilas. Desesperado, intenté incorporarla para cargármela a la espalda, mientras, imponiéndose a la rugiente multitud, oía el batir de los cascos del corcel sobre las baldosas. El carro estaba cada vez más cerca, más cerca.

Por fin, temblando por el peso, conseguí levantar del suelo a Hallia. Al mirar atrás, vi los enloquecidos ojos del caballo y la triunfal sonrisa del guerrero que se abalanzaba sobre nosotros. Mi corazón aporreaba violentamente mis costillas. Di un paso vacilante, seguido por otro. La multitud clamó enfurecida.

Mis piernas cedieron y caí de rodillas. Tuve que soltar a Hallia, que se desplomó al suelo con un fuerte gemido. Volví la cabeza un instante antes de que el carro nos aplastara bajo sus ruedas. Instintivamente, me arrojé delante de ella.

Al momento, el carro desapareció en pleno aire. Lo mismo ocurrió con el anfiteatro, el público y sus gritos atronadores. Lo único que quedó fueron las piedras, el corcel negro y el guerrero. Unas espectrales luces azules titilaban por los confines de la habitación, si realmente era una habitación, ya que fui incapaz de ver nada más. Ni paredes, ni techo. Sólo oscuridad, mitigada por las luces azules que danzaban en el horizonte.

Con una mano engarfiada sobre su reluciente peto y la otra empuñando el látigo, el guerrero avanzó hacia nosotros. Sonriendo desde su impresionante estatura, soltó una risotada de evidente satisfacción. A continuación, milagrosamente, también él empezó a cambiar. Su rostro barbudo se ensanchó y alisó, y todo el pelo desapareció. Brotaron dos orejas triangulares, junto con una mustia verruga en el centro de su despejada frente. A lo largo del calvo cuero cabelludo corrían las arrugas como surcos de un arado. Dos ancianos ojos, más negros que los míos, me escrutaron con intensidad. Del guerrero sólo se conservó la sonrisa, aunque estaba tachonada de dientes torcidos y deformados.

—¡Domnu! —exclamé con voz ronca, con la garganta repentinamente seca.

—Es un placer volver a verte, amorcito. —Palmeó su túnica de tela de saco, o algo parecido, y empezó a dar vueltas a nuestro alrededor, arrastrando los pies desnudos por la fría piedra—. ¡Y me has brindado una ocasión espléndida de conducir ese carro! Los humanos, en general, no tienen grandes ideas. Pero esos

romanos tuvieron una muy buena, con esto.

Hizo una pausa para rascarse la verruga del centro de la frente.

—¿O fueron los galos? ¿O los pictos? No importa, humanos de la especie que fuera. Tuvieron una idea excepcional. Aunque carecieran de la imaginación necesaria para hacerla más emocionante.

El corcel negro piafó y relinchó sonoramente. Domnu dejó de dar vueltas y contempló al formidable animal. Mostró las puntas de sus dientes al ensanchar su sonrisa. Bajó la voz, que adoptó un tono aún más amenazador.

—¿No estás de acuerdo conmigo, amorcito? ¿La emoción ha sido demasiado fuerte para ti? —Se acercó un poco y pasó lentamente la mano por los ollares del corcel. Aunque se estremeció, el animal mantuvo la cabeza bien alta—. ¿Prefieres volver a ser una pieza de ajedrez?

En el acto recordé el caballo negro de ajedrez que vi la primera vez que visité la guarida de Domnu. Entonces demostró tener carácter, igual que ahora. Y me recordó vagamente al otro caballo, aquel semental. ¿Cuál era su nombre? Me mordisqueé el labio, rememorando aquellos tiempos, tantos años atrás, cuando notaba los fuertes brazos de mi padre rodeándome y el lomo del caballo incluso más fuerte sosteniéndonos mientras cabalgábamos por los terrenos que rodeaban el castillo. Por muchas cosas que hubiera olvidado, siempre recordaría el porte del corcel cuando corveteaba, su aire de dignidad. Y su modo de comer manzanas de mi mano.

Mientras Domnu seguía hablándole al caballo, Hallia se agitó a mi lado y abrió los ojos. Al ver a la lampiña arpía, se puso rígida. Aunque recuperó enseguida un poco de color en las mejillas, supe que probablemente seguía estando muy débil.

—¿Puedes incorporarte?

—Yo... no lo sé. —Me miró con preocupación—. Ese viento... ¿Dónde estamos? ¿Quién es esa... vieja? ¿Qué me he perdido?

—Mucho. —Torcí el gesto—. Si te lo contara, no me creerías.

Hallia frunció el entrecejo. Apoyándose en mí, consiguió ponerse de rodillas. Sus ojos se clavaron una vez más en Domnu.

—Me produce escalofríos. ¿Quién es?

—Domnu. Creo que estamos en su guarida.

—Vaya, vaya —interrumpió Domnu—. Nuestra segunda invitada está despierta. —Lanzó una aguda mirada al corcel y luego se deslizó hacia nosotros. Inclinándose sobre Hallia, se pasó una mano por la arrugada calva—. Una mujer ciervo, ¿verdad? —Hizo chasquear la lengua con aires de suficiencia—. Siempre os distingo por la barbilla. ¡Mandíbula prominente, conozco esa forma! Adorablemente acabada en punta.

Aunque Hallia estaba rígida de miedo, hizo cuanto pudo por mantener la voz firme.

—En efecto, soy una mujer ciervo... del clan Mellwyn-bri-Meath. —Apartó la mirada—. Y suplico, no, exijo, que nos dejes en libertad. Inm... inmediatamente.

—¿Lo exiges? ¿Has dicho que me lo exiges? —Una vez más, la arpía empezó a andar en círculos, examinándonos como un lobo hambriento—. Será mejor que no plantees más exigencias, amorcito. Malos modales, muy malos. Ya decidiré qué hacer contigo a su debido tiempo, como decidiré cómo dar una lección a cierto caballo.

Al oírlo, el corcel piafó nuevamente sobre el suelo de piedra y resolló con altivez.

Domnu dejó de dar vueltas. Sus oscuros ojos se estrecharon hasta formar una rendija. En los límites de la habitación, la luz azul creció de una forma extraña,

crepitando como las llamas de un fuego que no desprendía calor.

—Comprendo, amorcito. —Su voz sonaba tranquilizadora y al mismo tiempo amenazadora—. Simplemente, necesitas un cambio. Una perspectiva distinta de la vida.

Extendió un dedo índice. Lo estudió un momento, observando la luz azul que se reflejaba en su piel. Después, se lo lamió, muy despacio, pensativamente. Por fin, mantuvo el dedo húmedo ante sus labios y sopló con gran suavidad.

El corcel reculó, relinchando con fuerza, y coceó el aire con sus enormes cascos. De pronto, se encogió hasta el tamaño de un pequeño animal de hocico afilado, delgado como una culebra, con el pelo marrón ceniza y minúsculos ojos negros. Una comadreja. El animalito nos dirigió una mirada funesta y se escabulló por el suelo hasta desaparecer entre las llamas azules.

Hallia dejó escapar el aliento y aferró mi muñeca.

Los deformes dientes de Domnu relampaguearon.

—Pobre amorcito. Ya no tendrá ocasión de descansar —Sus ojos se clavaron de nuevo en nosotros—. Naturalmente, me he asegurado de que no tenga dientes. Así no caerá en la tentación de utilizarlos, digamos, inadecuadamente.

—¡Eres un monstruo! —exclamé—. ¡Lo que has hecho es terrible! Ese caballo sólo estaba siendo...

—Irrespetuoso. —El rostro de Domnu reflejaba las sombras de la cada vez más intensa luz azul—. Y confío en que tú no harás lo mismo. —Se rascó la prominente verruga— Sobre todo porque tengo intención de ofrecerte una suntuosa cena.

Dio una palmada con sus arrugadas manos. Al instante, apareció en medio de la estancia un banquete regio sobre una mesa de roble. Ante nosotros había humeantes panecillos, pudín de leche, manzanas asadas, verduras con mantequilla, trucha de río, jarras de agua y vino y una enorme tarta que olía a nueces tostadas.

Se me hizo la boca agua. Mi estómago empezó a dar vueltas como un molino. Casi podía saborear aquella tarta. Pero una mirada a Hallia me indicó que su desconfianza era tan grande como la mía. Negamos con la cabeza al unísono. Me puse en pie con esfuerzo y la ayudé a hacer lo propio, aunque se tambaleaba con inseguridad. Mientras Hallia miraba en la dirección que había seguido la comadreja al partir, mi mirada tropezó con la de Domnu.

—No queremos tu comida.

—¿En serio? —Se rascó la calva—. ¿Quizá preferiríais venado?

La miré ceñudamente.

—Yo prefiero arpía.

La luz azul de los confines de la habitación llameó, pero Domnu nos contempló impasible.

—Es sorprendente, amorcitos, que no tengáis hambre. A fin de cuentas, lleváis aquí bastante rato.

—¿Bastante rato? —La fulminé con la mirada—. ¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí?

Domnu empezó a andar en círculos otra vez, aporreando las baldosas con sus pies.

—¡Ah, qué adorable puede ser tu especie cuando se obstina! Como las crías de gorrión, que se incomodan porque aún no saben volar. Pero sí, amorcito, hace ya un tiempo que mi remolino fue a buscaros. Empezaba a preocuparme que no despertarais, al menos mientras estaba de humor para montar en carro.

Se rascó un grupo de arrugas próximo a una de sus orejas.

—Incluso hice una apuesta contra mí misma, ya que no había nadie más cerca en ese momento, a que ya no despertaríais jamás. He perdido esa apuesta, pero también la he ganado. ¿Entiendes lo que quiero decir? Un resultado admirable. —Soltó una suave risita cascada—. Es que me entusiasma ganar.

—¿Cuánto tiempo? —insistí.

Sin dejar de pasearse en círculos, Domnu bostezó, descubriendo todos sus dientes torcidos.

—A ver, yo diría que han sido por lo menos dos días.

—¡Dos días! —exclamé—. ¡Entonces sólo me quedan otros tres!

—¿Te quedan, amorcito? ¿Tienes una cita de alguna clase?

Me situé ante ella, obligándola a detener su paseo.

—Sí. Una cita con... —Me contuve, sin atreverme a revelar nada más—. Con alguien importante.

—¿De verdad? —preguntó la arpía con una mirada que helaba la sangre en las venas—. Qué lástima. Una verdadera lástima. Creía que ibas de camino a ver a Valdearg.

Me encogí.

—Sí, eso es cierto. Y por eso te buscaba, Domnu. —Enderecé la espalda—. Pues finalmente he venido a recuperar... el *Galator.*

Un extraño esbozo de sonrisa distendió todo su rostro.

—Qué interesante. Yo te buscaba a ti por la misma razón.

—¿A qué te refieres?

La luz azul bailó sobre su frente.

—Verás, amorcito, me han robado el *Galator*.

20
Ionn

Mis rodillas estuvieron a punto de ceder.

—¿Robado?

Las llamas azules iluminaron un instante la habitación entera. Espigadas sombras, finas como árboles muertos, danzaban por el suelo de baldosas.

—En efecto, amorcito. Me han robado el *Galator.* ¡Huesos! ¡Huesos empanados! A mí, a su legítima dueña.

—No. —Puse los brazos en jarras—. Su legítimo dueño soy yo. No tú.

Domnu hizo un ademán despreocupado.

—Bueno, técnicamente, supongo que tienes algún derecho sobre él.

—¡Algún derecho!

—Puedes decir incluso que eres su propietario. Pero lo más importante es que se halla en mi poder. O al menos se hallaba en mi poder. Quienquiera que lo robara, tendrá que devolvérmelo a mí. —Se retorció las manos con fuerza. Oí un inconfundible ruido de huesos crujiendo y astillándose, como si le acabara de estrujar el cráneo a alguien—. Y —añadió con un gruñido gutural— me aseguraré de que no vuelva a ocurrir.

Hallia, sin levantar sus ojos de cierva de los pies de Domnu, preguntó con inseguridad:

—¿Quién querría robártelo?

Domnu abrió la mano derecha, con la palma hacia arriba, y pestañeó. Apareció un cáliz de plata, rebosante de vino tinto. Unas serpientes entrelazadas decoraban su canto. Domnu bebió un lento sorbo, rematado por un chasquido de sus labios.

—La cuestión, amorcito, no es quién lo ha hecho, sino quién ha podido hacerlo. Mi hogar, aunque humilde, está razonablemente bien fortificado.

Mi mirada recorrió ociosamente la mesa con el festín servido. Después, la dirigí hacia el horizonte, por donde había aparecido el carro tirado por el corcel. Sólo el anillo de fuego azul indicaba ahora el lugar exacto. Apenas podía creer que me hubiera convencido de que estaba a punto de ser atropellado. Pero la visión me había parecido definitivamente real. Sin duda, morir aplastado bajo aquellas ruedas me habría dolido de una manera muy real.

—No puedo imaginar que alguien robara en tu guarida. Tu magia es demasiado poderosa.

La arpía se detuvo en mitad de un sorbo. Miró hoscamente el cáliz, que empezó a derretirse en un charco de plata fundida, burbujeante y humeante, en la palma de su mano. En un abrir y cerrar de ojos, los restos desaparecieron. Domnu volvió hacia mí sus negros ojos, más oscuros que la noche misma.

—Ésa es la cuestión, amorcito. Quienquiera que haya robado el *Galator* no se dejó impresionar por mi magia. No, él o ella disponía de un arma que hace una eternidad que no me encontraba. Un arma que borra la magia.

Contuve el aliento.

—¿Te refieres al *negatus mysterium*?

Asintió entre reflejos de las titilantes luces azules.

—Yo vivía confiada, demasiado confiada, de que ya no quedaba ni pizca en Fincayra y no estaba prevenida. ¡No volverá a ocurrir! La persona que se llevó el *Galator* se limitó a esperar hasta que salí de la guarida, algo que hago cada pocas décadas, luego arrancó varias hebras de mis tejidos mágicos... y entró sin más impedimentos. El *negatus mysterium* borró cualquier huella.

Sus dientes torcidos se revelaron en una siniestra mueca.

—Sin embargo, ha cometido un fallo. —Se inclinó aún más y dijo, con una voz que era un quedo susurro—: Quizá recuerdes que el *Galator* sólo actúa si su dueño lo ha recibido de buena fe, lo que es evidente que no es el caso ahora.

Medité sus palabras, mientras recorría con la mano el cordón de cuero de mi talega.

—Así, quienquiera que lo haya robado, no puede usarlo.

—Precisamente, amorcito. Ese fallo también es muy revelador. Me indica que el ladrón es alguien que sabe mucho de magia, pero también es codicioso, arrogante e impulsivo.

Busqué en el interior de mi talega y palpé la única cuerda de mi salterio que se había salvado. La noté rígida y quebradiza.

—Sé quién es el ladrón.

Domnu me examinó con escepticismo.

—¿En serio?

—Sí —insistí, notando aquel vacío en mi pecho—. La misma persona que me arrebató mis poderes.

—Explícate, amorcito.

Intercambié una mirada con Hallia.

—Antes necesito que te comprometas. Esta vez no habrá traiciones.

Mostró una ristra de dientes rotos, iluminados por las fluctuantes llamas.

—¿Qué sucede, amorcito? ¿No confías en mí?

—¡No! Y nunca confiaré. —La observé con cautela—. Sin embargo podría acceder a colaborar contigo... durante un tiempo.

Domnu gruñó suavemente.

—¿Me propones una alianza?

—Sí, una alianza.

—¿En qué condiciones?

Mis puños se crisparon.

—Si juntos recuperamos el *Galator,* yo podré utilizarlo para combatir a Valdearg durante tres días a partir de ahora. Si sobrevivo, el *Galator* es tuyo. Renuncio a cualquier derecho sobre él.

Sus oscuros ojos se agrandaron.

—¿Y si no sobrevives?

—Entonces también será tuyo. Quizá tengas que pelearte con Valdearg por él, pero yo ya no estaré presente para importunarte.

—Mmmm. Es tentador. —Me estudió gravemente—. No obstante, habría que añadirle otra condición. Si, con mi ayuda, logras recuperar el *Galator,* debes enseñarme algo.

Desconcertado, ladeé la cabeza.

—¿Qué podría enseñarte yo, que tú no sepas?

La arpía titubeó y se acarició la calva cabeza durante unos segundos.

—Oh, nada serio, en realidad. Es una nadería.

—¿Qué?

Se inclinó tanto que nuestras respectivas narices estuvieron a punto de tocarse.

—Q-Quiero que me enseñes cómo funciona el colgante, en especial la joya verde de su centro.

Di un paso atrás y casi tropecé con Hallia.

—¿Tú... no lo sabes? ¿Con todos tus poderes?

Domnu siseó.

—¿Te lo pediría si lo supiera? Sólo sé lo que cualquier bardo errante puede contarte. Que sus poderes son verdaderamente grandes. Y definitivamente misteriosos.

Recordando la descripción de Cairpré, lo cité:

—«Mayores de lo imaginable.»

—Así es. No cabe duda de que podría adivinar todos sus secretos en poco tiempo. Digamos uno o dos milenios. Pero alguien que te conoce me hizo pensar que podrías ayudarme a descubrirlos más deprisa. ¡Huesos! ¡Huesos hervidos! ¿Cómo se llamaba? Ese tipejo que siempre está jugando con Rhita Gawr.

—Dagda. —Enrojecí violentamente. ¡Tipejo!—. Sus luchas con Rhita Gawr no son ningún juego.

La arpía soltó una seca risotada.

—¡Qué ingenuidad! Eres un encanto, amorcito, un encanto. —Impasible a mi despreció, prosiguió—: Algún día, tal vez, descubrirás que todo es un juego. Un juego muy serio, quizá, como conducir un carro de combate. O un juego sin sentido, una absoluta frivolidad..., como la vida.

Planté mis botas firmemente en el suelo, haciendo rechinar los tacones contra el suelo de piedra.

—Nunca me convencerás de eso.

Describió un amplio gesto con la mano bañada en luz azul.

—No importa. No creo que vivas lo suficiente para aprender nada más. Aun así, me arriesgaré a que la observación de Dagda sea cierta. Me dijo que, un día, el medio humano llamado Merlín dominaría realmente el poder del *Galator*.

Sorprendido, contuve el aliento.

—Vale, aceptaré tus condiciones, aunque dudo de que esa predicción se haga realidad. ¿Cómo iba a conseguirlo? En todo el tiempo que llevé el colgante, sintiendo su peso contra mi pecho, sólo aprendí una cosa: sea cual sea realmente su magia, tiene que ver con... una emoción.

Repentinamente inquieta, Domnu se tironeó de los pliegues del cuello.

—¿Qué emoción?

—El amor.

Compuso una mueca como si acabara de tragar leche cuajada.

—¡Huesos! ¿Estás seguro?

Asentí.

—Bueno... Como he dicho, asumo el riesgo. Sólo necesito encontrar otra manera de desencadenar su poder. De modo que aquí estamos, amorcito. Somos aliados, por el momento.

—Espera. —Alcé la vista hacia las luces parpadeantes—. Yo también tengo una condición adicional.

La arpía me miró de reojo, con renovada suspicacia.

—¿De qué se trata?

—Antes de que sigamos adelante, debes devolver al corcel su forma original.

Hallia se sobresaltó. Sus ojos castaños me miraron estupefactos y, aunque no

podía estar seguro, me pareció que despedían un destello de gratitud.

—¿El caballo? —preguntó Domnu—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

Tomé aliento, recordando la sensación de correr sobre mis propios cascos, mis cuatro robustas patas.

—Porque necesitas mi ayuda.

La arpía rezongó.

—Supongo que sí. De acuerdo. Aunque no creo que esa estúpida bestia haya aprendido la lección.

Agitó un dedo en dirección al fondo de la estancia. De pronto se oyó un fuerte relincho, seguido por el galope de unos cascos. El corcel negro llegó corriendo, pero se mantuvo a distancia de Domnu. Con precaución, se aproximó a Hallia y frotó su hocico contra la mano tendida de la joven, después, fustigando con la cola como un látigo, dio un paso lateral hacia mí. Apoyé una mano con delicadeza sobre su reluciente pelo y palpé su sedosa superficie. Su reacción fue relinchar suavemente.

—Te conoce —observó Hallia.

Acaricié la negra crin, inspirando el familiar olor del caballo. Lentamente, las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba.

—Y lo conozco a él. Se llama... Ionn. Ionn-y-Morwyn. Era el caballo de mi padre, y el primer amigo que tuve.

Domnu se encogió de hombros.

—Qué conmovedor. Pues muy bien. Puedo plantearme incluir el caballo en el trato. Es un animal robusto, pero no ha hecho otra cosa que crearme problemas desde el día en que, bueno, lo rescaté de aquel viejo establo lleno de corrientes de aire.

Ionn emitió un fuerte resoplido, pero la arpía no le prestó atención.

—Lo que realmente necesito es algo más dócil y obediente, un trasgo, quizá, para mi tablero de ajedrez. Está bien, si accedes a nuestra pequeña alianza, el corcel es tuyo.

Asentí, notando el cálido aliento de Ionn en mi cuello.

—Excepto que no es mío. Ni de nadie más, para el caso. Este caballo se pertenece a sí mismo. Y sólo a sí mismo.

Ionn apoyó el morro en mi hombro. Yo seguí acariciándole la crin, recordando las veces que me había aferrado a ella de niño. A continuación, guiado por un impulso, cogí una manzana de la fuente que había sobre la mesa. El corcel la empujó suavemente con el hocico, exhalando una vez más aire caliente sobre mi mano. Rodeó la fruta con sus labios y dio el primer mordisco, que crujió audiblemente. Hallia observaba con un amago de sonrisa en el rostro.

—Que así sea, amorcito. Dejaré en libertad al caballo.

Contemplé a Ionn comerse otro bocado y luego me volví hacia la arpía.

—Entonces, somos aliados.

Domnu fue a buscar uno de los panecillos todavía humeantes de la mesa. Arrancó un pedazo y me dio la mitad a mí y la otra a Hallia, que lo aceptó con renuencia.

—Tomad. Si vamos a ser aliados, aunque sólo sea temporalmente, necesitaréis todas vuestras fuerzas. —Arrancó otro pedazo y se lo metió en la boca—. Mmmm. No está mal aunque lo diga yo.

Ionn se terminó la manzana, frotando su blando hocico contra mi muñeca mientras mascaba. Por mi parte, mordí el trozo de pan. Al instante, mi boca se llenó con su rico sabor asado. Antes de que me lo hubiera tragado, Ionn me golpeó el hombro con el morro. Sonriendo, alargué la mano hasta la fuente y le di otra

manzana. Mientras él comía, yo hice lo mismo. Finalmente, también Hallia empezó a mordisquear su pan.

Juntos nos dirigimos hacia la mesa de roble. A una palmada de Domnu, aparecieron tres sillas de madera. Hallia y yo nos abalanzamos sobre los manjares y empezamos a comer y beber vorazmente, hasta que no pudimos más. Por su parte, Domnu se comió la tarta entera en escasos segundos, manchándose de salsa de castaña. Después, viendo mi mirada de decepción, hizo otro pase de manos. Una nueva tarta, salpicada de arándanos, llenó repentinamente la bandeja. De algún modo, Hallia y yo encontramos un hueco para varias gruesas tajadas.

Por fin, Domnu retiró su silla de la mesa.

—Ahora háblame de esa persona que te robó tus poderes. Y por qué crees que es el mismo gusano que se llevó el *Galator*.

Con el dorso de la mano me limpié la mantecosa salsa de la punta del mentón.

—Hablo de Urnalda, la hechicera de los enanos.

Domnu me dedicó una mueca burlona.

—¿Esa vieja maga de los túneles? Tiene suficiente arrogancia y codicia, eso seguro. Pero carece de la paciencia, la astucia y sobre todo del conocimiento de la magia. No creo que pudiera operar el *negatus mysterium,* una fuerza peligrosa donde las haya, sin destruir su propia magia en el proceso.

—¡Lo utilizó contra mí! —Me puse en pie oprimiéndome las costillas con las manos—. Toda mi magia, todo mi poder ha desaparecido. —Tragué saliva— Incluso se quedó con mi cayado.

Los ancianos ojos de la hechicera me examinaron con atención.

—No es verdad. Percibo magia en ti, incluso ahora.

Tristemente, intercambié una mirada con Hallia.

—Debes captar la magia que me dio... un amigo. Pero esa magia sólo me permite hacer una cosa.

—¿Cuál, amorcito?

Hallia abrió los ojos desmesuradamente en señal de aviso.

—Conocer... cierto tipo de gloria. —Inspiré muy despacio—. Aunque ni siquiera eso durará mucho.

El cuero cabelludo de Domnu se arrugó más incluso. Detrás de ella, las llamas azules se contorsionaban y retorcían, proyectando sombras sobre las gruesas manos de la arpía.

—Ni tú tampoco, calculo. Estás decidido a enfrentarte a tu dragón, para mí está muy claro. Bien, pues dime una cosa. ¿Recuerdas la predicción sobre ti que hice la última vez que nos vimos?

Me estremecí, oyendo todavía la mordacidad de sus palabras.

—Dijiste que yo traería la ruina más absoluta a Fincayra.

—Es cierto, amorcito. No te lo tomes a mal. Además, ahora creo que mi predicción era un poco exagerada.

—¿De verdad?

—Sí. —Las sombras corretearon como espíritus encima del tablero de la mesa—. No porque la noción propiamente dicha tuviera algún fallo, entiéndeme, sino porque ahora dudo sinceramente de que vivas el tiempo suficiente para causar muchos problemas más.

Sólo pude sonreír forzadamente.

—En cualquier caso —prosiguió—, debemos plantearnos cómo aprovechar el tiempo que te queda de la manera más provechosa. —Las llamas que nos rodeaban

chisporrotearon—. No, no, creo que sólo desperdiciarías el poco que te queda buscando a Urnalda.

—Pero ¿por qué? Estoy seguro de que fue ella.

La arpía meneó la cabeza, haciendo que las ondas de luz azul recorrieran su calva como si fueran olas.

—Supongo que existe una posibilidad de que tengas razón. Pero, sinceramente, lo dudo. A pesar de todo, me has dado una idea. ¡Huesos! Debí pensar antes en eso. Hay un lugar, una especie de oráculo. Puede responder a cualquier pregunta, la que sea, planteada por un ser mortal. Me temo que eso me excluye a mí. Pero debería funcionar contigo.

Inseguro, me aparté los cabellos rebeldes de la frente.

—¿Dónde está ese lugar? ¿Es difícil llegar hasta allí? No tengo mucho tiempo.

—No es en absoluto difícil, amorcito. ¡Y esta vez no habrá ningún torbellino! Podría mandarte allí. Saltando. —Una grave risotada llenó su garganta—. O, si lo prefieres, puedo usar un carro de combate. Tardaremos más, pero será mucho más emocionante. —Al ver mi expresión, frunció el ceño—. De acuerdo. Que sea Saltando.

—Aún no estoy seguro. Si Urnalda tiene efectivamente el *Galator,* podría tardar todo el tiempo que me queda en recuperarlo.

Domnu cogió la jarra de vino, abrió la boca y vertió todo el líquido por su gaznate.

—Ah, amorcito, ¿no lo entiendes? Si Urnalda no lo tiene, habrás agotado todo tu tiempo en vano. Sin embargo, si lo tiene, el oráculo te lo dirá sin tapujos. Así puedes estar seguro de quién es el verdadero ladrón. —Aplastó la jarra en su puño, desperdigando esquirlas de vidrio por el suelo—. Y eso es algo. ¡Huesos empanados! Es algo que me gustaría muchísimo saber.

Asentí lentamente.

—De acuerdo, pues. Háblame de ese oráculo. ¿Qué clase de persona vive allí?

—No es una persona. No exactamente. El oráculo está muy lejos, hacia el sur, cerca del mar, en un lugar rodeado por acantilados, escarpados riscos humeantes.

Al oírlo, Hallia se puso rígida. Empezó a decir algo, pero la arpía la interrumpió.

—¡Es muy sencillo, amorcito! Lo único que tienes que hacer es formular tu pregunta. —Dirigió la vista hacia las titilantes luces—. Es decir, después de superar un obstáculo menor.

Me encogí interiormente.

—¿Qué clase de obstáculo?

La luz azul estalló en la habitación, engulléndolo todo.

TERCERA PARTE

21
El nacimiento de la niebla

Sal. En mis labios. En el aire.

De pronto caí en la cuenta de que tenía la espalda y las piernas mojadas. Completamente empapadas. Cambié de posición, cuando algo rugoso me pinchó en un lado del cuello. Sobresaltado, me incorporé de golpe, con lo que una estrella de mar de un vivo color púrpura cayó de mi hombro y aterrizó a mi lado con un chapoteo.

¡Una charca de la marea! Estaba sentado en una de esas charcas que se forman en las rocas costeras al bajar la marea. Tenía un trozo de alga pegado al brazo; un pepino de mar, hinchado y viscoso, rodeaba mi cadera. Y allí, sonriéndome burlonamente, estaba Hallia, también sentada. Se apoyaba contra un nudoso trozo de madera arrastrada por las corrientes, dando la espalda a las olas que rompían en la orilla de gruesa arena negra. Intentando ahogar una carcajada, se volvió rápidamente hacia un lado.

—¡En el nombre de Dagda! —blasfemé, levantándome de la poco profunda charca. Cuando me puse en pie, el agua que impregnaba mi túnica goteó sobre mis botas—. De todos los lugares donde aterrizar...

Los ojos de Hallia se posaron en mí... y después se apartaron.

—Ya te secarás —dijo con calma, deteniéndose un momento para contemplar la ondulante pared de niebla que se erguía detrás de las olas—. Este lugar es más cálido de lo que imaginas.

Inseguro del significado de sus palabras, me froté el punto dolorido del cuello. Aunque la picadura de la estrella de mar estaba desapareciendo, su olor no. Y, al frotar, empeoró. Se parecía mucho al ajo, pero más fuerte; el olor me embriagó hasta hacerme olvidar incluso el aliento salobre del océano. Con la esperanza de librarme de él, me incliné sobre la charca y me remojé un poco la piel.

—Espera un momento —dijo Hallia, sin dejar de mirar la niebla—. El olor de la estrella de mar morada no dura mucho. Has tenido suerte de que no fuera una amarilla. Su olor tarda días en desaparecer. Y esta playa está repleta de ellas.

Molesto, la miré con desconfianza.

—¿Cómo es que sabes tanto de estrellas de mar? ¿Y de este lugar?

Hallia dirigió hacia mí sus ojos, más suaves que la propia niebla.

—Porque aquí pasé mi infancia. Antes de que mi clan, los Mellwyn-bri-Meath, se trasladara a los bosques del oeste.

—¿Tu... infancia? —Di un paso hacia ella con mis botas chorreantes—. ¿Estás segura? En esta isla hay muchísimas playas.

—No con arena como ésta. —Pasó los dedos por los oscuros cristales. Después, alzó la vista hacia algo situado detrás de mí—. Ni con acantilados como esos.

Giré sobre mis talones y vi una fila de escarpados riscos, negros como la arena que teníamos a nuestros pies. Se erguían siniestros como un bosque de árboles muertos. A pesar de la intensa luz del sol, que todavía se hallaba muy por encima del horizonte, los acantilados sólo proyectaban sombras y más sombras. Desde varios puntos de entre sus grietas, unas finas columnas de humo se elevaban hacia el cielo.

Me puse a temblar, por algo más que la humedad de la espalda de mi túnica.

—Los riscos humeantes. Los que mencionó Domnu.

—Donde se encuentra el oráculo, entre otras cosas.

Hallia empujó una caracola con el dedo gordo del pie para darle la vuelta sobre la arena. Al instante, emergió un largo tentáculo gris y empezó a impulsarse de lado. En escasos segundos, la concha se dio la vuelta de nuevo, escupiendo un chorro de agua de mar. Al verlo, Hallia sonrió con añoranza.

—Era un buen sitio para vivir. Lleno de... compañía. Incluso ahora.

—¿Compañía? —Miré de reojo una vez más los formidables acantilados y luego el oscuro tramo de costa—. Aparte de las caracolas y las estrellas de mar, sólo estamos nosotros.

—Oh, no. —Vaciló durante un rato. Finalmente sacudió la cabeza, con lo que su cabello suelto reflejó la luz del sol—. Mi pueblo está aquí.

—Pero creí que habías dicho que se trasladaron.

—Lo hicieron, excepto aquellos cuyos rastros ya se han fundido con la arena.

Inspiré una profunda bocanada de aire salado, más confuso que nunca.

—No comprendo.

Hallia señaló los acantilados.

—Debes utilizar tus ojos de ciervo, Merlín. No tus ojos humanos.

Me volví y permití que mi segunda visión recorriera los acantilados para sondear sus sombras. Para seguir sus aristas. El ruido de las olas a mi espalda se desvaneció lentamente, transformándose en un sonido distinto, en cierto modo más próximo, en cierto modo más lejano. Como el rasgueo de una guitarra. Como un redoble de tambor. Como un corazón latiendo incesante o un casco que no deja de batir.

Al cabo de un rato, empecé a distinguir una débil trama de líneas interconectadas en las pendientes verticales. Las líneas corrían en todas direcciones, curvándose con cada prominencia y depresión de los riscos. ¿Podían ser antiguas sendas, desgastadas por infinidad de cascos a lo largo de incontables años?

Y... huecos. Cuevas. Más oscuras que las sombras. Llenas de misterio, además de otras cosas.

Asentí, comprendiendo al fin.

—Tus antepasados todavía están aquí.

Con la gracia de una gacela, Hallia se puso en pie.

—Así es, enterrados en las cuevas, y una parte de mí está con ellos. —Suspiró—. En el fondo de mi corazón, todavía me aferro a esta costa, tanto como esos mejillones azules se adhieren a esas rocas. En mis sueños, me veo flotando en esta niebla como una delicada medusa plateada que nada por los bajíos, siempre respirando el agua que se convierte en su mismísimo cuerpo.

Sus palabras me envolvían como la propia niebla, aislándome de todo lo demás.

—¿Por qué te fuiste, entonces?

—Por los acantilados. La vieja montaña de lava que rodean empezó a desmoronarse y luego a echar humo. —Sus ojos recorrieron veloces la línea de costa como chillonas gaviotas—. Aunque no llegó a vomitar fuego, como ocurrió en tiempos remotos, la montaña liberó otras cosas. Cosas malignas.

La tierna piel de mi párpado inferior empezó a palpitar. Lo más probable era que se debiese a la mención de la montaña de fuego, que me recordaba las llamas que había encendido yo, unas llamas que desfiguraron mi rostro para siempre. Alcé una mano para acariciarme la piel, pero me detuve en seco. La cicatriz de debajo de mi

ojo no la dejaron aquellas llamas. ¡No! Eran consecuencia de otra herida, de años antes.

¿Cómo podía haberlo olvidado? Aquel día tan lejano, en una playa desierta muy parecida a ésta, un jabalí salvaje atacó... y yo era su presa. Aún podía oír sus gruñidos, ver sus afilados colmillos, sentir su cálido aliento. Y, con cada latido de la tierna carne del párpado, todavía recordaba mi conmoción al descubrir que, en realidad, no era en absoluto un jabalí, sino el perverso señor de la guerra del mundo espiritual: Rhita Gawr.

Hallia me dio un golpecito en el hombro con el suyo, como le había visto hacer en otra ocasión, en forma de cierva, a Eremon.

—Estás preocupado, se te nota.

Pese a la humedad del aire, sentía la garganta abrasada.

—Esas cosas malignas... de la montaña, ¿qué eran?

Ella frunció el entrecejo y luego se encorvó para recoger de la arena un caracol de luna. Abstraída, pasó el dedo por la redonda caracola en espiral del color de la crema.

—Algo me dice que ya lo sabes. Espíritus, de los más peligrosos. Buscaban la muerte, no la vida, de cualquiera que viviese aquí.

Mientras yo asentía, su frente se pobló de arrugas.

—Parecían salir de los acantilados, de las cuevas, del mismísimo mar. Nadie sabía por qué. Sólo sabíamos que la enfermedad y el dolor seguían sus pasos. —Dio un respingo al acordarse de algo—. Y que sólo habían aparecido una vez anteriormente.

—¿Cuándo fue eso?

Con mucha suavidad, depositó la caracola en el borde de una roca recubierta de percebes. Antes de incorporarse, se entretuvo acariciando la flor de una anémona de mar rosada que aguardaba lánguidamente a que volviera a subir la marea. Por fin, se puso en pie y se encaró conmigo, y ahora sus ojos revelaban menos miedo que tristeza.

—Eremon te lo podría haber dicho. Él conocía todas las historias antiguas.

Me abracé el torso con la esperanza de entrar en calor.

—Lo echo de menos.

—Yo también —susurró ella—. Yo también.

Se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—¿Cómo va esa muela?

—Todavía me duele un poco —dijo tristemente—. Pero no tanto como otras partes.

—No tienes que contarme esa historia, si no quieres. Sólo me daba la sensación...

—Lo intentaré.

Dirigiendo su alargada barbilla hacia las olas y la niebla que se acumulaba más allá, empezó a hablar con una cadencia lenta y solemne.

—En el tiempo anterior al tiempo, todas las palabras pronunciadas podían verse, tocarse y palparse. Cada historia, una vez contada, se convertía en un único hilo reluciente, un hilo que se tejía en un tapiz vivo e infinito. Se extendía desde esos mismos acantilados hasta el mar, atravesando esta costa, y se sumergía bajo las olas, donde yacía fuera de alcance, ignorado. El tapiz, animado con colores y formas, lugares umbríos y brillantes, recibía muchos nombres, pero el pueblo ciervo lo conocía como la alfombra Caerlochlann.

Contempló un cangrejo, adornado con una raída sarta de algas, que se pavoneaba sobre la madera mojada al lado de su pie.

—A cada estación del año que pasaba, la alfombra era más luminosa, de una textura cada vez más rica. Hasta que.. se volvió tan adorable que atrajo el interés de alguien que la quería para sí. No para saborear sus historias, para sentir sus capas superpuestas de anhelos, pasiones, pesares y deleites entretejidos, sino para quedársela. Para poseerla. Para controlarla.

—Rhita Gawr.

—Sí. Rhita Gawr. Mandó a sus guerreros fantasmas a apostarse en los riscos, a perseguir al pueblo ciervo y a envenenar a cualquiera que osara quedarse allí. Luego, se apoderó de la alfombra Caerlochlann. Se dice que ese día, cuando el sol empezaba a salir, se quedó tan apenado que fue incapaz de proseguir su ascenso. Desde aquel momento, todo Fincayra se vio sumido en tinieblas.

Las olas rompían en la costa, una tras otra, casi lamiendo nuestros pies. Una pareja de cormoranes salió volando de la niebla, aleteando ruidosamente antes de zambullirse en los bajíos. Uno de ellos introdujo todo el cuello en el agua y lo sacó con un pez verde contorsionándose en su pico. Bañado por la luz del sol, el pez brillaba como una esmeralda viva.

—Ahora hay sol —dije con suavidad.

—Sí. Porque el gran espíritu Dagda se enfrentó a Rhita Gawr y recuperó el tapiz de relatos. Nadie sabe cómo ocurrió exactamente, pero se dice que tuvo que darle algo terriblemente valioso, alguno de sus preciados poderes, para conseguirlo.

Una nueva clase de frío me atenazó, adentrándose bajo mi piel fría por la empapada túnica.

—¿Y qué hizo Dagda con el tapiz después de pagar un precio tan alto?

Los redondos ojos de Hallia se clavaron en mí.

—Lo regaló.

—¿Qué?

—Lo regaló. —Volvió la vista hacia el indolente mar, oculto por la cortina de vapor—. Primero, usando el rastro de una estrella fugaz como aguja, soltó todos los hilos de historia. Luego, volvió a tejerlos junto con otros hilos suyos, hechos en parte de aire y en parte de agua. Cuando hubo terminado, el nuevo tejido contenía toda la magia de las palabras habladas y más. No era del todo aire, ni del todo agua, sino algo situado entre ambos. Algo *entremedias.* Algo llamado...

—Niebla —concluí.

Ella asintió.

—Después, regaló la niebla mágica a los habitantes de esta isla. Rodeó con ella toda la costa, de modo que cada playa, cada cala, cada ensenada estuviera en contacto con sus misteriosos vapores. Y para que cada aliento respirado en estas costas se mezclara con su magia.

Se encogió de hombros tímidamente.

—Así es como, según los relatos de mi pueblo, nació la niebla eterna de Fincayra.

Durante un minuto, ninguno de los dos habló. Una gaviota chilló en lo alto, mientras las almejas escupían chorros de agua junto a las charcas de la marea. Más allá, sólo se oían las olas batiendo contra la costa y arrastrando la negra arena cuando se retiraban hasta el mar. Después, el sol poniente se ocultó detrás de una nube y yo me estremecí.

Hallia me miró con aprensión.

—Estás helado.

Otro estremecimiento.

—Y mojado. Lo que de verdad necesito es una hoguera. Una pequeñita. Oye, si recogemos un poco de esta madera varada en la arena...

—No. —Hallia meneó la cabeza, sacudiendo su cabello castaño rojizo—. Eso los atraería.

Abrí los ojos desmesuradamente.

—¿A los espíritus?

Miró de reojo los acantilados, que se erguían más siniestros que antes.

—Quizá se marcharon. Han pasado muchos años. Igualmente..., me da pavor.

—Una pequeña hoguera, nada más. —Manoteé enérgicamente—. Sólo para poder secarme.

—Bueno, si no hay más remedio...

Sin añadir nada más, empezamos a recoger pedazos de madera por la costa. En unas rocas más altas que los bancos de mejillones encontré una vieja maraña de algas que se había secado hasta formar una masa de tallos quebradizos. Separándolas con los dedos, sin dejar de temblar de frío en ningún momento, confeccioné un basto nido. A continuación, hice chocar dos piedras sobre la leña para intentar producir una chispa. Las primeras que conseguí no cayeron sobre el nido, sino sobre la húmeda arena. Finalmente, una prendió en un alga seca. Con suavidad, soplé encima, animándola a arder. Al poco rato, una fina columna de humo se elevaba hacia el cielo.

No mucho después, Hallia y yo nos calentábamos ante las crepitantes llamas.

—Echo de menos tener cascos —comenté—, pero las manos resultan muy útiles.

Me respondió asintiendo melancólicamente.

—A Eremon le gustaba decir que los cascos nos dan velocidad, mientras que las manos nos dan música.

Recordando mi desastroso intento con la música —ahora me parecía un tiempo muy lejano—, hice una mueca.

—Algunas manos, en todo caso.

—¿Lo has intentado?

Partí un trozo de madera sobre mi rodilla y añadí las astillas al fuego.

—Sí, lo intenté.

Hallia me miró como si esperase que yo agregara algo más. Como no lo hice, recogió un poco de arena con la mano.

—Música, la verdadera música, es una clase de magia. Tan esquiva como la niebla.

Lentamente, saqué de mi talega lo que quedaba de mi salterio. Sujetando los restos del puente de roble, hice girar la cuerda, ennegrecida y rígida, entre mis dedos. Intenté imaginármela como parte de un instrumento otra vez entero, acunado por mi mano, con todas las cuerdas relucientes e intactas. Pero la visión estalló en llamas, desmigajándose en carbonilla. Cualquier magia que en un tiempo pudiera poseer esta cuerda estaba perdida. Igual que la magia que en otro tiempo había en mis dedos.

—Cairpré me preguntó una vez —reflexioné en voz alta— si la música reside en las cuerdas...

—¿O en la mano que las pulsa? —Hallia me sonrió forzadamente—. Mi propia madre, que me enseñó a tocar el arpa de sauce, me hizo la misma pregunta.

—¿Y la contestaste?

—No.

—¿Y ella?

—Tampoco. —Arrancó un percebe de un trozo de madera y arrojó el leño a las llamas—. Pero sí me dijo, sentadas en una roca de esta misma playa, que un instrumento, por sí mismo, no emite música. Sólo sonido.

Su frente se arrugó.

—No recuerdo sus palabras exactas, pero dijo más cosas. Que los instrumentos musicales necesitan derivar hacia algo más... algo superior. Eso es. Lo llamaba «un poder aún mayor».

Salté al oír la frase.

Hallia me miró, intrigada.

—¿Qué pasa?

—Eso es lo que voy a necesitar si intento detener a Valdearg. Un poder aún mayor. Podía referirse al *Galator.* O a algo completamente distinto. —Utilizando el último de los leños, empujé las ascuas para reunirlas—. Sea lo que sea, no creo tenerlo.

Hallia me estudió con la mitad de la cara iluminada por las llamas.

—Quizá no eso, pero sí tienes algo.

La miré con escepticismo.

—Tienes lo que hacía falta para que Domnu devolviera a aquel caballo su forma natural. Y además, igualmente importante, que le diera la libertad. —Se giró hacia las rítmicas olas—. Fue un gesto noble, por tu parte..., digno de un ciervo.

Levanté el pliegue de mi talega y volví a guardar la cuerda de salterio.

—Entonces quizás al menos he hecho una cosa bien. Sólo espero que esa arpía cumpla su palabra y deje libre a Ionn.

La larga melena de Hallia se agitó con su brusco gesto.

—¡No me fío de ella más que tú, créeme! No obstante, necesita tu ayuda si quiere recuperar ese colgante. Por eso te habló de la Rueda.

—¿La Rueda?

—El oráculo. El que está en los riscos humeantes. —Su rostro se tensó—. Se llama... la Rueda de Wye.

Le oprimí el brazo.

—¿Sabes algo de ella?

—No mucho. Sólo que está oculta en algún lugar, allí arriba. —Hizo una pausa—. Y que se trata de un lugar temible, desde mucho antes de que los espíritus llegaran a la montaña.

—¿Sabes a qué se refería Domnu cuando dijo «un obstáculo menor»?

—No. Y no quiero averiguarlo. —Tomó aliento con inseguridad—. Pero hay un pueblo cerca de los acantilados donde podrías informarte mejor. Es un lugar brutal. Lleno de hom... —Se contuvo—. De esa clase de hombres que ni siquiera se fijan en sus propias huellas, que matarían a un ciervo por puro deporte. No como... Bueno, no como otro hombre que conozco.

Por un instante, sus mejillas se pusieron como la grana... y me pareció que las mías también. De pronto, Hallia frunció el ceño.

—Ese pueblo... Nunca he estado allí. ¡Y nunca querré ir! Aunque para ti es diferente. Era el lugar, al menos en mi infancia, donde casi todos los que querían consultar el oráculo iniciaban la escalada de los riscos. Alguno de sus habitantes quizá sepa algo útil.

Intuyendo que se disponía a despedirse, me entristecí, aunque al mismo tiempo le estaba agradecido por su sugerencia.

—Supongo que yendo allí me ahorraré tiempo.

—Pero es un lugar desagradable y al final podría hacerte perder tiempo. —Suspiró—. El mayor peligro para tu tiempo, sin embargo, es simplemente encontrarlo encajado en su valle escondido. A menos que conozcas los senderos adecuados, podrías pasarte días buscando entre los pliegues de los acantilados y el laberinto de altozanos de su vertiente occidental.

Se detuvo, y el labio inferior le temblaba.

—Razón por la cual... te acompañaré hasta allí.

Mi corazón dio un vuelco.

—Pero el viaje durará bastante. Más aún porque no podemos adoptar nuestra forma de ciervo. Es demasiado arriesgado, por culpa de los cazadores del pueblo.

La miré directamente a la cara.

—Gracias, Hallia.

—No es más... de lo que habría hecho mi hermano.

—Pues vámonos —declaré—. Mientras haya luz de día. Sólo déjame apagar la hoguera.

Aplasté con la bota los últimos rescoldos. Pero en cuanto levanté el pie, volvieron a encenderse. Desconcertado, me miré la bota. Intenté apagar el fuego otra vez pisoteándolo; una vez más, volvió a reavivarse. Di un puntapié a la brasa encendida más grande y la mandé a una cercana charca de la marea. Chisporroteó y siseó, pero siguió ardiendo. De la charca se elevó una columna de vapor que se fusionó con la niebla.

—Debemos irnos —dijo Hallia con voz apremiante—. Sólo espero que nos marchemos solos.

22
Un viento glacial

Hallia me guió por las resbaladizas rocas cubiertas de mejillones hasta una abrupta hendidura que se abría al pie del risco más próximo. Allí encontramos una estrecha y sinuosa senda cubierta de polvo tan negro como los acantilados. Sin pronunciar palabra, la seguimos tierra adentro un buen rato, antes de girar a la izquierda por otro sendero, y luego a la derecha por otro. Pronto habíamos dado tantas vueltas que me habrían desorientado por completo, de no haber sido por la constante presencia de los riscos que se erguían a nuestro alrededor.

En todo ese tiempo, mientras avanzamos con desesperante lentitud entre escarpadas estribaciones y montones de roca negra, nos manteníamos alerta por si descubríamos señales de los espíritus de la montaña. Con el tiempo, los ruidos y olores del mar empezaron a desvanecerse. El sendero que seguíamos se fue ensanchando progresivamente. A nuestra izquierda, apareció una hilera de campos cubiertos de rastrojos, mientras que a nuestra derecha se alzaban los oscuros riscos, separados de nosotros por una hilera de altozanos rocosos. El sol, oculto en parte por una larga fila de nubes, estaba ya descendiendo hacia el oeste, proyectando rayos dorados sobre la hierba veteada con otoñales tonos rojos y pardos.

Hallia se detuvo junto a un campo en el que pastaban cuatro o cinco ovejas que no mostraron la menor preocupación por nuestra presencia. Con cautela, inspeccionó las sombras alargadas.

—No sé qué me preocupa más —confesó, lanzando rápidas miradas en todas direcciones—, la ausencia de espíritus o la presencia de hombres.

—A mí me preocupa otra cosa —dije con aprensión—. ¡El tiempo! Sólo nos quedan tres días para que deba enfrentarme a Valdearg, con o sin el *Galator*. Aun en el caso de que ese oráculo me ayude a encontrarlo, todavía tengo que recuperarlo como sea. Y aprender a usarlo.

Hallia sacudió su larga melena y empezó a desenredársela con los dedos.

—Y una cosa más, Merlín.

Enarqué las cejas inquisitivamente.

—Todavía tienes que volver al territorio de los enanos, que está a una distancia nada despreciable desde aquí. Aunque puedes correr como un ciervo, si quieres, necesitarás por lo menos dos días para recorrerla. Lo que sólo te deja un día para encontrar el *Galator*.

Sopesando sus palabras, arañé el suelo con mi bota, la misma que había utilizado para intentar salvar a la cría de dragón. Entonces fracasé en mi intento. ¿También fracasaría ahora?

Una roca se cayó súbitamente rebotando por los riscos, encima de nosotros. Hallia se sobresaltó y se tiró ansiosamente del cabello.

—Los espíritus...

Sostuve su mirada.

—No tienes que seguir adelante, ya lo sabes. Ya has hecho más de lo que yo te habría pedido.

—Lo sé. —Enderezó la espalda—. Aun así, me quedaré contigo un rato más.

Hasta el pueblo. Pero allí debo dejarte. —Contempló los sombríos acantilados—. Y desearte toda la suerte que haya en esta tierra.

Quería agradecérselo con todas mis fuerzas. Y algo más, algo que no podía expresar con palabras. Pues mi garganta estaba tan cerrada como un puño.

Mientras las manos de Hallia volvían a desenredar su pelo enmarañado, ella se volvió y empezó a descender por el sendero a paso lento. Miré hacia los pedregosos altozanos y los humeantes despeñaderos de detrás. Los rayos del sol que atravesaban las nubes, cada vez más numerosas, habían pasado del dorado al naranja, pero los riscos parecían más oscuros que nunca. Más oscuros de lo que mi segunda visión podía penetrar.

Caminamos en silencio. La sinuosa senda se internaba directamente entre los altozanos, que se erguían tan cerca de nosotros por ambos lados que a veces la montaña desaparecía de la vista. Los pies desnudos de Hallia sólo producían un rumor apagado sobre los guijarros y la tierra, pero mis botas crujían a cada paso. Aunque la senda continuaba ensanchándose, hasta convertirse en una tosco camino, los umbríos montones de rocas parecían estar más cerca cada vez.

Mientras maniobraba hábilmente para esquivar a una serpiente de manchas amarillas, Hallia me dirigió una mirada de preocupación.

—La Rueda de Wye, como oráculo, debe de tener una magia muy poderosa. Pero quizá no sea más fuerte que los espíritus de Rhita Gawr. Tal vez los mandó aquí por esa razón, para destruirla o someterla a su voluntad.

No aflojé el paso. Las sombras eran cada vez más intensas a nuestro alrededor. En voz apenas audible, repliqué:

—Mi única esperanza es que él mismo no se encuentre entre ellos.

Hallia inspiró rápidamente.

—¿De verdad lo crees posible?

—No lo sé. Sólo que... Bueno, no puedo librarme de la sensación de que está mucho más implicado de lo que imaginamos. No sólo en el regreso de los espíritus, sino en más cosas. Los kreelix, por ejemplo. ¿Por qué han vuelto precisamente ahora? Y la aparición del *negatus mysterium,* algo bastante poderoso para robarle el *Galator* a Domnu delante de sus verrugosas narices. Quizás incluso, aunque no puedo explicar la razón, el asesinato de todas aquellas crías de dragón.

Me estudió con expresión de duda.

—Eso es como decir que el grito de un cervatillo está relacionado con el rumor de las hojas de roble en invierno.

—Exactamente —declaré—. ¡Porque están relacionados! No entiendo por qué o cómo. Sólo sé que, de alguna manera, lo están.

Hallia siguió andando pensativamente por el camino sembrado de rocas.

—Hablas casi como... otra persona.

Al cabo de un rato, al tomar una curva, nos detuvimos en seco. Ante nosotros, iluminadas por los rayos del sol, cada vez más rojos, se elevaban tres columnas de humo. No humo de los acantilados, sino de chimeneas. El pueblo.

Hallia se tensó y removió ansiosamente las piedras con el pie.

—Estoy... aterrada.

La cogí del brazo.

—No tienes que ir más allá.

Se zafó de una sacudida.

—Lo sé. Pero yo decidiré cuándo volverme atrás. No tú.

Juntos proseguimos la marcha. Los altozanos de altas paredes a ambos lados

retrocedieron, dejando espacio a un compacto valle. Allí, tachonado de sombras, había un destartalado asentamiento, construido con las mismas losas que moteaban su pedregoso campo. Las cabañas, siete u ocho en total, no parecían más que simples montones cuadrados de rocas. El tejado de una de ellas se había desplomado, pero a nadie parecía importarle lo suficiente como para repararlo. Excepto por el humo que brotaba de las chimeneas, las ovejas que pastaban entre los escasos montículos de hierba y las dos siluetas apoyadas contra el muro del edificio más grande, el pueblo entero podía confundirse con los afloramientos de rocas de los alrededores. Elevándose nítidamente por encima del extremo más alejado del valle, la montaña se descomponía en desfiladeros humeantes, oscuros y siniestros.

Hallia giró la cabeza a ambos lados, olfateando el aire.

—¿Ves lo que te decía de este lugar? ¡Fíjate! Las personas que viven aquí no se han unido a la tierra. Nunca lo hicieron. ¿Lo ves? Ni un solo jardín, ni una maceta, ni siquiera un banco para sentarse. La mayor parte de esas cabañas no tienen ventanas.

Asentí.

—Es esa clase de lugar adonde va la gente que huye de problemas. O quizá quien los causa.

Varias gotas de lluvia cayeron sobre nosotros. Miré la gruesa capa de nubes que ahora ocultaba el horizonte. Brazos de nubes, retorciéndose como oscuras culebras, se extendían en dirección a los acantilados. El frío viento soplaba con fuerza por el oeste, prometiendo más lluvia. Esta tarde no habría puesta de sol, ni probablemente estrellas durante un tiempo.

Desmoralizado, reflexioné sobre los acantilados.

—Es impensable escalar hasta allí en medio de una tormenta. Tanto si me entero de algo útil como si no, necesito esperar en el pueblo a que pase lo peor. En cuanto empiece a escampar y salgan las estrellas, me marcharé. Hasta entonces, sólo diré que soy un viajero que va de paso.

—Dos viajeros —declaró Hallia. Expelió el aliento lentamente—. Aunque preferiría encontrar refugio entre las rocas, créeme. No me importa lo mucho que llueva.

—¿Estás segura?

Su barbilla subió un poco más.

—No, pero iré de todos modos.

El gélido viento nos empujó por el camino que rodeaba el pueblo antes de proseguir por el estrecho valle. Las nubes no dejaban de llegar, tapándolo todo excepto las cabañas más cercanas. Con mayor rapidez de la que me esperaba, la lluvia arreció hasta convertirse en un chubasco y luego en un verdadero chaparrón. Los truenos retumbaban en los desfiladeros como batientes cascos celestes. Cuando llegamos al edificio mayor, una cortina de agua aporreaba el tejado de piedra. Las dos figuras acurrucadas que habíamos visto desde lejos ya habían entrado, dejando la basta puerta de tablas entornada.

Tras sacudirme el agua del cabello y escurrir las mangas de mi túnica, atisbé el interior. No había mucho que ver. Sólo un fuego de turba chisporroteando en la chimenea, unas cuantas mesas y sillas y un personaje encorvado y de cabello blanco que salía de otra habitación. Al parecer, se trataba de una especie de taberna. El anciano, que llevaba un mandil de camarero, tenía en las manos un cuenco de arcilla. En la habitación que abandonaba, alguien le gritó tan fuerte que estuvo a punto de caérsele la escudilla. Asintió dócilmente, sumergiendo las guías de su bigote caído en su humeante contenido.

—¡Mi caldo! —rugió un hombre sentado a una mesa próxima a la chimenea—. ¡Tráeme mi maldito caldo!

Apresuradamente, el camarero le llevó la escudilla. El hombre se la arrancó de las manos, apoyó los pies en la pared contigua al fuego y apuró el caldo en tres tragos. Arrojó el cuenco al suelo, donde se hizo añicos. Mientras el anciano se encorvaba para recoger el estropicio, el hombre volvió a gritarle.

—Ve a buscar más turba para el fuego, ¿quieres? Estoy mojado y tengo frío, ¿no lo ves? ¿Qué clase de albergue de ratas es éste, donde los huéspedes se hielan como cadáveres?

El anciano, con el blanco cabello alborotado, reunió los fragmentos de vajilla sobre su mandil y se dirigió a la habitación contigua. Tropezó al pasar junto a otro hombre que había entrado a resguardarse de la lluvia y que ahora se sentaba en un rincón escasamente iluminado, devorando sin contemplaciones un pedazo de carne ahumada. Aunque la capucha de su capa negra ocultaba su rostro por completo, sus modales transmitían la misma displicencia que el hombre sentado junto al fuego.

Miré ceñudamente a Hallia y abrí la puerta. Su chirrido quedó ahogado por la cacofonía de la lluvia sobre el tejado, pero los dos hombres volvieron la cabeza inmediatamente en nuestra dirección. Aunque el rostro del hombre encapuchado permanecía en sombras, casi pude sentir la dureza de su mirada. Hallia, justo detrás de mí, titubeó en el umbral.

—Por la muerte del cadáver —gruñó el hombre sentado junto al fuego—. ¡Cerrad esa condenada puerta! —Sus ojos, como su recia barba, resplandecían con el color rojo del hogar—. Conseguiréis que me suba la maldita fiebre, eso haréis.

Por un momento, me pareció que Hallia estaba a punto de estallar, pero acabó de entrar y cerró la puerta. Indiqué con un cabeceo una mesa toscamente tallada, en el extremo opuesto de la estancia. Aunque no se hallaba lejos del otro hombre, cuya capucha negra seguía goteando por la lluvia, éste parecía un vecino más agradable que el energúmeno sentado junto al fuego. Cuando nos encaminamos hacia la mesa, el camarero de cabello blanco volvió, más encorvado que antes, si cabe, por el peso de varios terrones de turba. Apenas nos dirigió una mirada al pasar por nuestro lado.

De pronto, el encapuchado se puso en pie de un brinco.

En su mano brillaba una daga oxidada. Antes de que yo pudiera desenvainar mi arma, me lanzó una patada por encima de la mesa que me derribó de espaldas sobre Hallia. Caímos al suelo en un confuso amasijo.

El hombre, envuelto en su pesada capa, se escabulló por nuestro lado. Mientras recuperábamos la vertical, la chirriante puerta se cerró de golpe. Corrí tras él, abrí la puerta rápidamente e inspeccioné el camino encharcado por la lluvia, las cabañas de piedra, el lóbrego campo. Ni rastro del hombre en ningún sitio.

Apartándome de la cara los mechones de pelo empapados, me volví hacia Hallia.

—Ha desaparecido.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó ella, conmocionada—. No éramos una amenaza para él.

—Os habéis acercado demasiado, querida. —Era el camarero de cabello blanco, que ya se había desembarazado del pesado cargamento de turba. Aun así, seguía tan encorvado que su arrugada frente no superaba la altura del pecho de Hallia—. Habéis invadido su intimidad, ¿sabéis?

Ella frunció el ceño.

—Qué pueblo tan hospitalario.

El anciano emitió una tensa risa jadeante.

—Tan amistoso, querida, que ni siquiera tiene nombre propio. Ni residentes permanentes, aparte del maestro Lugaid, el dueño de este local público, y de mi persona, el viejo Bachod. Y un puñado de ovejas renqueantes. —Lanzó una hosca mirada al hombre sentado junto al fuego—. Es un lugar mezquino, querida, eso puedo asegurártelo. Un lugar que es mejor evitar, si puedes.

Enderecé la mesa de un tirón.

—¿Te importa si nos sentamos aquí un ratito? Sólo para secarnos.

Los blancos cabellos de Bachod, que le cubrían las orejas, se balancearon de lado a lado, junto con su grasiento bigote.

—Siempre que paguéis antes de comer, el maestro Lugaid no tendría nada que objetar. —Cogió un trapo y empezó a limpiar la mesa—. Pero fijaos al lado de quién os sentáis, si queréis seguir sanos y salvos.

—Lo haremos. —Barrí con la mano unas migajas de queso mohoso de encima de una silla y luego me senté al lado de Hallia—. Por cierto —pregunté con la mayor despreocupación que pude fingir—, ¿adónde lleva ese viejo camino de ahí fuera? Seguro que no a la cima de los acantilados.

El anciano siguió limpiando.

—Ah, ese caminito es más viejo que yo, más que las rocas, tal vez. Rodea este valle como una serpiente enrollada, pero no lleva a ninguna parte. —Bajó una pizca su estridente voz—. Algunos dicen que lo construyeron los fantasmas.

—¿Fantasmas?

—De la cima de la montaña. ¿No has oído hablar de ellos, mozalbete? Vaya, tienes que saberlo, eso seguro, ya que viajas por estos andurriales. —Dejó de limpiar y lanzó una temerosa mirada a su alrededor, como si las sillas y las mesas pudieran oírlo. Por fin, dijo con voz ronca—: Están enfadados. Y son muy vengativos. En este pequeño valle, vuestra vida quizás esté a salvo. Pero en el resto de la montaña... Bueno, preferiríais que os atravesaran mil lanzas antes de dejar que os atrapen.

Se tironeó nerviosamente del bigote. Después, se volvió hacia Hallia y bajó la voz hasta adoptar un tono lúgubre:

—La muerte sería una bendición, comparada con lo que le harían a tu corazón, a tus entrañas y, peor aún, a tu alma inmortal, si descubren que eres... una mujer ciervo.

Los ojos de Hallia se abrieron al máximo. En un abrir y cerrar de ojos, se precipitó hacia la puerta, la abrió y se desvaneció bajo la lluvia.

Fulminé a Bachod con la mirada.

—¡Viejo estúpido!

Se encogió y se apartó de mí.

—Yo sólo quería ayudar, nada más.

Tentado estuve de darle un susto, pero me volví y corrí en pos de Hallia. Justo cuando salía por la puerta, la divisé doblando la esquina de la cabaña del tejado hundido. Al fondo, más oscuro incluso que el propio cielo, vislumbré el irregular contorno de los riscos que se alzaban por encima del valle.

—¡Hallia! —grité, iniciando la persecución. Mis botas levantaban grumos de barro a cada paso, y por mi cuello y mis brazos corrían ríos de agua. Un trueno restalló en la ladera.

Deteniéndome junto a la cabaña en ruinas, espié el torrente. Nada. Nada más que lluvia.

En ese instante, oí un susurro justo detrás de mí.

—M-e-e-erlín.

Giré en redondo. Allí, bajo una losa de roca voladiza lo único que quedaba del techo desplomado, se agazapaba Hallia. Me agaché para pasar por debajo de la losa y me uní a ella en el hueco. Rodeé sus brazos empapados con los míos, apretando su cuerpo tembloroso contra el mío.

Transcurrieron varios minutos. El aguacero no remitía. Por fin, sin embargo, los escalofríos de Hallia sí. Empezó a respirar con más normalidad. Noté que se relajaba y apoyaba la cabeza en mi hombro. La lluvia tamborileaba a nuestro alrededor, mientras soplaba un viento glacial que traspasaba nuestras ropas. Pero, por alguna razón, yo no tenía frío.

De improviso, Hallia se puso rígida. Antes de que pudiera moverme, la punta de una daga me pinchó entre las paletillas.

23
A punta de daga

—Tranquilo, ¿eh? —gruñó una voz detrás de mí. La daga se hundía unos milímetros en mi espalda.

Advertí que Hallia se ponía en pie, tan alerta como si se enfrentara a una manada de lobos. El agua chorreaba desde la losa voladiza que nos resguardaba y caía sobre mi brazo izquierdo. Intentando conservar la calma, tomé aliento.

—No tenemos intención de hacerle daño, buen señor. Déjenos ir en paz.

—¡Bonitas palabras! Debes de haber tenido a un bardo por mentor.

A pesar del cuchillo, di un respingo. Algo en la construcción de la frase, si no la voz, me resultaba vagamente familiar. Pero no lograba identificarlo.

—Dime la verdad —exigió el hombre sumido en sombras—. ¿También has aprendido a tocar el salterio?

Olvidándome del peligro que corría, giré sobre mis talones.

—¡Cairpré! —Le arrojé los brazos al cuello.

—Bienvenido —declaró el poeta, echando hacia atrás su capucha negra.

Hallia jadeó.

—¿Conoces a este... rufián?

La gris melena se meció rítmicamente cuando Cairpré asintió.

—Lo bastante para saber que no me gusta utilizar una daga para nada más peligroso que cortar pan. —Guardó la hoja en su funda—. Espero no haberos asustado.

—Oh, no —le espetó Hallia, con ojos llameantes, desde la umbría oquedad. Para mi desazón, se apartó enérgicamente de mi lado—. Sólo que por un momento había olvidado lo traicioneros que son los hombres.

Los ojos de Cairpré, más profundos que estanques, la contemplaron pensativamente.

—Veo que eres una mujer ciervo. Del clan Mellwyn-bri-Meath, si no me equivoco.

Hallia se encrespó, pero no dijo nada.

—Soy Cairpré, un humilde bardo. —Le dedicó una leve inclinación de cabeza—. Me alegro de conocerte. Y mi corazón sufre, pues veo que mi raza ha provocado mucho sufrimiento a la tuya.

Los ojos cervales se entrecerraron.

—Más del que imaginas.

—Lo siento. —Cairpré la observó varios segundos más y luego se volvió hacia mí—. Mi disfraz era necesario. Igual que la escenita de la taberna, porque temía que te acercaras lo suficiente para reconocerme. Bachod, el viejo camarero es...

—Un idiota —declaré.

—Es posible. —Se secó una gota de lluvia de la punta de la nariz, afilada como el pico de un águila—. Pero sabe más de lo que dice, amigo mío. Sus conocimientos no proceden de los libros, pero en realidad es, creo yo, un bardo de corazón. «Aunque los libros no lee, su sabiduría posee.»

Volvió a escrutar los negros acantilados.

—Ya me ha ayudado más de lo que cree, contándome viejas historias de esta tierra. Pero, para no levantar sospechas, he mantenido en secreto mi identidad. Así Bachod cree que sólo soy un bardo errante. No tiene ni idea de quién soy en realidad, o qué me ha traído hasta aquí.

El frío viento arreció y, con él, el chaparrón. Los truenos resonaban una y otra vez entre los escarpados riscos. Mientras Hallia y yo nos acurrucábamos en el fondo del hueco, intentando evitar las rachas oblicuas de lluvia, procuré encontrar su mirada. Pero ella la evitaba.

Protegiéndose los ojos de la lluvia, Cairpré atisbo desde el saliente las densas nubes que convergían en el valle.

—Me temo que la tormenta empeora. Podemos estar aquí atascados un buen rato.

Sin creer todavía que estuviéramos otra vez juntos, sacudí la cabeza.

—¿Y qué te ha traído hasta aquí, viejo amigo? ¿Tú también andas buscando el *Galator*?

La expresión del poeta se ensombreció. Se apartó para esquivar un nuevo hilito de agua que caía de la losa que nos protegía.

—No, hijo mío. El *Galator* no.

—¿Qué, entonces?

—Busco al responsable del regreso de los kreelix.

Hallia se tensó, lo mismo que yo.

—¿Los kreelix? ¿Qué has averiguado?

—Muy poco, me temo. —Se recogió la capa y se sentó sobre las húmedas piedras, indicándonos por señas que nos acercáramos. Yo obedecí, pero Hallia permaneció en su sitio—. Baste decir que poco después de que tú y Rhia partierais, me puse en camino con la intención de descubrir cuanto pudiera. ¡Los kreelix desaparecieron hace una eternidad! Su vuelta amenaza la vida, no sólo la tuya, hijo mío, aunque eso ha pesado como una losa sobre mis pensamientos, sino la de todas las criaturas mágicas. De hecho, la de toda esta isla.

Sus pobladas cejas se unieron.

—¡Sapos y culebras, si fue duro dejar a Elen! Pero yo sabía que mi rumbo podía ser peligroso, casi tanto como el tuyo. Aun así, ella estaba ansiosa por acompañarme. Si no hubiera prometido antes esperar a Rhia en el bosque, yo no habría podido detenerla.

Sonreí tristemente.

—La promesa de Rhia de volver fue también lo único que le impidió acompañarme.

—No lo dudo. Vosotros dos, como hermano y hermana, no podríais estar más unidos. «Unidos con gran anhelo, como las raíces al suelo.»

Hallia se acomodó entre las sombras. Y, aunque no podría asegurarlo, me pareció que se acercaba unos milímetros.

Cairpré alzó un puño.

—¡Devoradores de magia! He dedicado muchas horas a preguntarme quién o qué pudo traer de vuelta a uno solo de ellos. —Un refulgente rayo se abatió sobre la montaña, seguido por el retumbar del trueno—. Y he llegado a la conclusión de que sólo puede haber un ser tan perverso, tan cruel, para hacer una cosa así.

Antes de que pronunciara el nombre, lo hice yo:

—Rhita Gawr.

Me observó con expresión grave.

—Sí, Merlín. El fin catastrófico de cualquiera, y de cualquier tierra, que no pueda dominar. —Giró la cabeza de grises cabellos empapados hacia Hallia—. Por eso lanzó sobre este lugar sus terribles conjuros. Y por eso atormentó a tu clan hasta que abandonasteis vuestro hogar ancestral.

—Pero... ¿por qué? —murmuró ella desde las sombras—. Ésta era nuestra tierra. Nuestro hogar.

El poeta aguardó a que se apagara el estruendo de otro trueno.

—Porque necesitaba que nadie interfiriera en mucho tiempo, el suficiente para criar y entrenar a sus kreelix. Y tu pueblo sabía demasiados secretos de esta montaña. Quizás os hayáis interpuesto en su camino. Pues, para traer de nuevo a esas bestias, necesitaba despertar el poder volcánico de la montaña. Liberar el *negatus mysterium* que encierra su lava. Siempre ha sido así. El Clan Recto, los primeros en criar kreelix, hace muchísimo tiempo, a menudo convertía las montañas de lava en escondite por la misma razón.

Otro rayo descargó sobre los acantilados, iluminando nuestras caras. Recordé con un súbito escalofrío el emblema del Clan Recto que Cairpré me había descrito en una ocasión: un puño estrujando un rayo.

—Así, ¿crees que Rhita Gawr ha regresado?

—No lo sé. Quizá siga demasiado enfrascado en sus batallas con Dagda y dependa de sus aliados mortales. O bien —añadió muy serio—, esté más cerca de lo que creemos. —Los profundos estanques de debajo de sus cejas me inspeccionaron—. Bueno, hijo mío. ¿Decías que buscas el *Galator*?

Asentí lentamente.

—Como hizo tu abuelo, tanto tiempo atrás. Sin embargo, ¿por qué aquí? ¿Está oculto en estos riscos?

—No. Pero un oráculo sí: la Rueda de Wye.

—¡La Rueda! ¡Sapos y culebras, hijo mío! Si la Rueda de Wye existe, y no estoy seguro de que así sea, podría ser exactamente tan peligrosa como el dragón mismo. ¿Por qué ibas a arriesgarte a una cosa así?

—No tengo elección.

—Siempre hay elección. Incluso cuando parece que no. —Apoyó una mano en mi hombro—. Dime dónde has estado desde que nos separamos.

Mientras la lluvia martilleaba sobre la losa que nos guarecía, inspiré profundamente e inicié mi relato. Le conté mi viaje con Rhia y mi escapada por los pelos de la piedra viva. Mi confrontación con Urnalda... y su traición. La mano del poeta oprimió mi hombro con fuerza mientras le describía mi conmoción cuando me despojó de mis poderes. Y de mi cayado. Continué con mi huida, el prodigioso regalo de Eremon y nuestro descubrimiento de los huevos mutilados, los nauseabundos restos de la descendencia de Valdearg.

A continuación, para sorpresa tanto de Cairpré como de Hallia, expliqué cómo había encontrado a la última cría superviviente y traté de salvar su vida. Durante toda aquella larga noche. Y cómo, desprovisto de toda magia, había fracasado.

Hallia se sentó a mi lado con la gracia de una hoja al caer al suelo.

—¿De verdad hiciste eso? No me lo habías contado.

—No hice nada que mereciera la pena contar.

—Lo intentaste. —Sus ojos centellearon bajo la menguante luz—. Salvar una vida que no necesitabas salvar. No es la clase de cosas que haría la mayor parte de... los hombres.

—Quizá no —comentó Cairpré—, pero es la clase de cosa que haría un mago.

Me mordí el labio. Después, tanto para cambiar de tema como para concluir mi relato, proseguí. Brevemente, comenté el ataque del segundo kreelix y el sacrificio de Eremon. Describí (aunque me hizo sentir mareado) el horrendo torbellino. Y, por fin, nuestro encuentro con Domnu. Notaba el aliento de Hallia en mi cuello mientras contaba la desaparición del mágico colgante y la esperanza, por débil que fuera, de que el oráculo me ayudara a encontrarlo a tiempo.

Cuando hube terminado, el bardo de enredada barba me miró con expresión solemne durante unos momentos. Las últimas luces del atardecer recorrían los bordes de su húmeda frente cuando volvió a hablar.

—¡Sapos y culebras, hijo mío! Pareces atraer dosis de problemas —exclamó.

Hallia consiguió esbozar una escueta sonrisa.

—Puedo confirmarlo.

Me palmeé el muslo.

—¡Debería partir hacia los acantilados ahora mismo! ¡Con tormenta o sin ella! Las horas que pase aquí se habrán desperdiciado.

Hallia empezó a hablar, pero un repentino trueno la cortó en seco. Cuando calló, la joven me preguntó:

—¿Te arriesgarías a escalar una pared de roca desnuda, resbaladiza por la lluvia, en plena noche? ¿Y con espíritus del mal en las proximidades? Eres más optimista que valiente.

Empecé a incorporarme.

—Pero debo...

—Ella tiene razón, Merlín. —De nuevo, la mano del poeta me oprimió el hombro, invitándome a sentarme otra vez—. Escucha. En el tiempo que pasemos juntos, al menos déjame contarte lo que sé sobre la Rueda de Wye.

Aunque a regañadientes, accedí.

Con la vista fija en el crepúsculo, más allá del borde del saliente, Cairpré se pasó una mano por el cabello mojado.

—Si de verdad existe la Rueda de Wye y logras encontrarla, dice la leyenda que te enfrentarás a una elección. Una elección difícil.

Impaciente, me revolví sobre las piedras y me sequé las gotas de agua de la barbilla.

—¿Qué elección?

—Descubrirás que la Rueda no habla con una sola voz, sino con varias. Una de ellas es la voz de la verdad absoluta. Todas las demás son falsas hasta cierto punto. Si consigues identificar la voz correcta, te permitirá preguntar cualquier cosa y conocer la respuesta. Sin embargo, si eliges una de las falsas..., morirás.

Lancé un gemido y meneé la cabeza.

—¿Eso es todo?

—No. —Cairpré hizo una pausa, escuchando el silbido del viento en los desfiladeros—. Según la leyenda, la Rueda de Wye responderá sólo a una pregunta de cualquier mortal. Así, si llegas tan lejos, te enfrentarás a una elección exactamente tan difícil como la primera: deberás decidir tu pregunta. Elige bien, hijo mío. Pues cuando la Rueda haya contestado, nunca más volverá a revelarte nada.

Hallia acercó los labios a mi oreja.

—¿Qué preguntarás, si tienes la ocasión?

Por un momento, reflexioné en la oscuridad.

—La pregunta que quiero hacer, que ansío hacer. La pregunta que me preocupa más que los espíritus de ahí fuera: ¿existe algún modo de recuperar mis poderes?

Incluso si nunca consigo seguir el camino de Tuatha. Incluso si aún estoy destinado a morir en las fauces de ese dragón. Aquellos poderes eran... yo. —Hundí la barbilla en mi pecho—. Pero no puedo hacer esa pregunta, pues el destino de Fincayra, al parecer, depende de que yo pregunte otra cosa: ¿dónde está el *Galator*?

Respiré pesadamente.

—Así que la verdad es... que en realidad no sé qué preguntar.

Pude notar, más que ver, la mirada de Cairpré.

—Busca la respuesta en tu interior, hijo mío. Pues la opción es diferente para cada persona. Piensa, por ejemplo, en tu hermana, a quien le gustaría volar como un águila de las cañadas. Sin duda, preguntaría cómo perdieron las alas los fincayranos en tiempos remotos y cómo podrían recuperarlas.

Asentí y empecé a mover en círculos mis entumecidos hombros.

—¿Y tú, qué? —lo reté.

—No preguntaría dónde se esconden los kreelix, porque creo que puedo averiguarlo por mí mismo. Gracias al viejo Bachod, que todavía tiene que enseñarme más sobre este lugar; es decir, si esta tormenta se acaba algún día. Estoy más cerca que nunca. «En el próximo recodo está la respuesta a todo.» No, la pregunta que más me atormenta, la que formularía al oráculo, es cómo vencerlos.

Las arrugas de su ceño se hicieron más pronunciadas.

—No encontraría nada de eso en los textos. Lo único que sé es que las armas de la magia, aplicadas directamente, son inútiles. Los antiguos magos que lucharon contra ellos debieron encontrar algo, algo tan corriente, y a la vez tan poderoso, como el propio aire. El problema es que nada más que la magia parece ser lo bastante fuerte para derrotar a toda una horda de ellos. Y una horda, me temo, es lo que tendremos que combatir antes de que esto termine.

Escuché un nuevo trueno que retumbaba por la ladera de la montaña.

—Ojalá comprendiera esa frase, la del final de la profecía.

—No será la que predice que, si luchas contra Valdearg, ambos...

—No, ésa no. La de «un poder aún mayor».

Asintió, acariciándose el mentón.

—Podría referirse al *Galator.* O al *negatus mysterium.* O... a algo completamente distinto.

Me dirigí a Hallia pausadamente.

—Antes de que me vaya, dime: ¿qué le preguntarías tú a la Rueda?

Me respondió con una voz tan queda que apenas pude oírla con aquella tormenta:

—Si, en este mundo o en otro, encontraré alguna vez... la dicha que profetizaba el sueño de Eremon. ¿Cómo podría ser, sin sus cascos galopando junto a los míos?

La mención del nombre de su hermano me dio una repentina idea.

—Me resultaría mucho más fácil escalar los riscos —dije lentamente— con cuatro patas en lugar de dos.

Ella se puso rígida.

—Es verdad. —Una oleada de lluvia llegó hasta nosotros—. Y sería más fácil si te acompañara alguien, alguien que conozca las sendas.

—No, Hallia.

—¿Y por qué no? —A pesar de la valentía que evidenciaban sus palabras, le temblaba la voz—. ¿Prefieres ir sin mí?

—Prefiero saber que estás a salvo.

—Merlín. Te acompaño.

—Pero tú...

—¡Soy tu única esperanza! Escúchame. Esta montaña tiene muchos senderos, muchas cuevas. Pero sólo una es la buena.

Consciente de que decía la verdad, sólo pude asentir. Muy despacio, los tres nos pusimos en pie y permanecimos allí, silenciosos como piedras.

Por fin, Cairpré nos cogió de la mano. Con un ronco susurro, dijo:

—Que Dagda esté con vosotros. Y en Fincayra, también.

24
La escalada

Cualquiera que pudiera ver a través de las sucesivas capas de lluvia aquella noche habría vislumbrado dos siluetas que corrían desde las ruinas de la cabaña abandonada, primero sobre dos piernas, luego a cuatro patas. Al principio, sólo noté el agua que me caía, el peso de mi túnica y mis botas empapadas. Segundos más tarde, el peso empezó a disminuir. Me sentí más caliente y seco que en todo lo que llevábamos de día. Mi flácida túnica se disolvió, reemplazada por un grueso y terso pelaje. Mis botas desaparecieron, transformadas en sólidos cascos. Mi espalda se alargó, al igual que mi cuello. Un nuevo rumor más profundo se unió a la torrencial lluvia.

Corriendo a través del campo encharcado, divisé un par de ovejas más adelante. No las rodeé, como habría hecho sólo un momento antes. Por el contrario, salté por encima de ellas con la facilidad de una nube pasajera.

Pues, una vez más, podía correr como un ciervo.

Hallia y yo ascendimos a saltos por el camino en dirección al fondo del valle, chapoteando en los charcos y brincando por encima de barrancos que se habían convertido en torrentes. ¡Ah, la nueva fuerza de mis hombros y caderas! ¡La nueva elasticidad de mi cuerpo! Mientras corría, la torrencial lluvia no parecía tanto mojarme como separarse y caer a mi alrededor. A mi nariz llegaban los sugerentes aromas del agua marina, los nidos de gaviota y los líquenes de los acantilados. Y lo mejor de todo era que podía oír de verdad otra vez, no con las orejas, sino con los mismísimos huesos.

Al cabo de un rato, el camino se estrechaba hasta convertirse en un mero barranco serpenteante. Las rocas que se amontonaban a los lados parecían siluetas en cuclillas; el agua nos cubría los cascos. Hallia, de paso más seguro que yo, encabezaba la marcha. Sus orejas se movían constantemente en todas direcciones, siempre alerta. Juntos iniciamos el penoso ascenso por la ladera cada vez más empinada.

El viento soplaba sin cesar y la lluvia se me metía por la nariz y los ojos. Saltando por encima de algunas rocas y sorteando otras, fuimos escalando el risco, rodeados por una verdadera cascada de agua. Ahora que yo ya no corría, el agua me caía a raudales por encima, deslizándose por mis orejas, espalda y rodillas flexionables hacia atrás. Me sentía como si me hubiera situado debajo de una cascada. Mi cola, pese a ser compacta, se movía constantemente, desplazando mi peso justo lo suficiente para equilibrarme sobre las resbaladizas rocas.

A pesar de la oscuridad, veía mejor de lo que me esperaba. Mis ojos discernían los bordes prominentes de los afloramientos rocosos, la tenue sombra de lo que podían ser cuevas. Aun así, agradecía los frecuentes relámpagos que me permitían ver el camino por el que ascendíamos con lentitud. A menudo, el viento soplaba inesperadamente a rachas que estaban a punto de derribarme. En varias ocasiones, unas rocas cedieron de repente bajo mis cascos y cayeron rebotando por la ladera. Sólo los rápidos instintos y las robustas patas de mi cuerpo de ciervo me salvaron de despeñarme.

En todo este tiempo, no conseguía librarme de la sensación de que no estábamos solos en esta tormentosa ladera. Alguien nos observaba, podía presentirlo. Desde aquellas cuevas, quizá.

Hallia, que trepaba delante de mí, saltó desde una losa larga y estrecha a una cornisa plana. Sin previo aviso, la losa se quebró. Rechinando contra la ladera rocosa, se deslizó directamente hacia mis cuartos traseros. No tuve tiempo de hacer otra cosa que saltar. La losa me rozó ligeramente, pero aterricé en una zona más sólida, con los cascos al lado de los de Hallia.

Su negro hocico me empujó suavemente el hombro.

—Cada vez eres más ciervo.

Me sentí como si acabara de brotar una nueva asta en mi cornamenta.

—He estado fijándome en ti, eso es todo.

Otra tanda de truenos retumbó por los acantilados.

Hallia se quedó inmóvil, con las orejas tiesas.

—Están aquí. Muy cerca. ¿No los sientes? —Antes de que yo pudiera asentir, se alejó de un brinco, martilleando con los cascos sobre las rocas.

Proseguimos nuestro laborioso ascenso por un terreno cada vez más escarpado. El viento soplaba más frío y nos raspaba la piel, mientras que a la lluvia se añadían las afiladas aristas del granizo. Pronto hizo acto de presencia el hielo, debajo de las cornisas y en las grietas, convirtiendo nuestro avance en una tarea aún más peligrosa que antes. Lentamente, seguimos subiendo, un casco después de otro, una roca después de otra.

Hallia torció a la derecha, siguiendo una senda apenas visible. Yo la seguí por el tacto, más que con la vista, haciendo encajar mis cascos en sutiles ranuras desgastadas por innumerables cascos anteriores. Entretanto, la temperatura bajó todavía más. A pesar de que estábamos sudando por el esfuerzo, el gélido aire nos hacía estremecer.

Llegamos a un alto montón de rocas, inclinado como un árbol moribundo, justo cuando las primeras piedras de granizo se estrellaban contra la ladera. Y contra nuestros lomos. En cuestión de segundos, el granizo —mayor que las bellotas— empezó a caer en tromba. Las piedras nos acribillaron como centenares de mazas. Yo aullé cuando una me laceró la punta del hocico. Hallia se arrimó a mí y ambos nos acurrucamos al pie del montón de rocas.

De repente, todo el montón cedió. Las rocas rodaron ladera abajo y por poco no nos arrastran con ellas. Aturdidos por el bombardeo de granizo, seguimos trepando a la carrera. El viento aullaba. Pero no era el único. Había algo más, parecido a una aguda y estridente risa.

Ante nosotros emergió una cueva, oscura en contraste con la ladera cada vez más blanca. Instintivamente nos precipitamos hacia ella, cuando en su boca aparecieron varios pares de ojos brillantes como antorchas. ¡Más risas! Nos desviamos en el acto, enfilando directos hacia el viento, mientras nuestros cascos resbalaban sobre las heladas rocas. Se escuchó otro trueno que sólo ahogó momentáneamente las ásperas risas que surgían de la cueva.

¡Granizo! Machacándonos, perforando nuestros costados. Los hombros me dolían de frío; mis orejas sólo oían aquel pavoroso sonido.

Justo delante de mí, Hallia se desvió junto al borde de una profunda grieta que se abría en la ladera como un tajo sin cicatrizar, cortándonos el paso. Desde el reborde mismo, me miró con ojos aterrados. Al instante, supe que no esperaba encontrar aquella grieta y no sabía por dónde cruzarla.

Hombro con hombro, intentamos recorrer el contorno. Pero la grieta se ensanchaba cada vez más. Sólo en el instante en que un relámpago nos iluminaba, podíamos ver el otro lado. Más adelante... ¡sí! Se cerraba al pie de un afloramiento vertical. Tensando los músculos, reanudamos el ascenso. Las rocas sueltas se desprendían bajo nuestros cascos. Expulsábamos blancas nubes de escarcha cada vez que respirábamos. Finalmente llegamos a la cima..., sólo para encontrarnos mirando hacia abajo la misma grieta de antes.

Desandamos el camino a duras penas, intentando mantener el equilibrio sobre la pared azotada por el viento. En mis pestañas empezaron a formarse minúsculos carámbanos que nublaban mi visión. Los pulmones me dolían cada vez más, a medida que descendía la temperatura. La nieve empezó a mezclarse con el granizo, recubriendo las traicioneras rocas.

Al llegar al pie del afloramiento, Hallia saltó por encima de una losa partida. Cuando aterrizó, sus cascos resbalaron en la nieve. Sin poder evitarlo, cayó dando tumbos por la ladera, rodando por encima de las rocas. Justo al borde de la grieta, consiguió clavar los cascos en el suelo y detener una caída segura. A la luz del relámpago que siguió, la vi saltar hacia atrás, con un hilito de sangre resbalando por su muslo.

Un segundo después, llegué a su lado.

—¿Te has hecho daño?

—N-n-no mucho —respondió, mientras un brutal estremecimiento recorría todo su cuerpo—. ¡Pero me he perdido, Merlín! Esta grieta... ¡no la recuerdo! Y tenemos que encontrar pronto una manera de llegar al otro lado, o volver por donde hemos venido.

—¡No podemos hacer eso!

—Entonces moriremos —gritó, haciéndose oír por encima del aullante viento—. No hay forma de...

Otro trueno ahogó su voz. Después, oímos más risas estridentes, que nos taladraron como flechas. La piel de mi párpado inferior empezó a latir, pero no supe si era por la metralla de granizo o por la presencia de Rhita Gawr.

La granizada iba remitiendo, pero sobre nosotros caía más nieve, densa y húmeda. Las rocas, y los huecos que dejaban entre ellas, desaparecían con rapidez bajo la sábana blanca. En pocos minutos, toda la ladera, y cualquier esperanza de encontrar la cueva del oráculo, quedarían enterradas definitivamente.

De pronto, un intenso fogonazo iluminó la ladera de la montaña, revelando nítidamente una corpulenta silueta, en pie junto a la grieta. Hallia y yo contuvimos el aliento. Aunque resultaba difícil ver a través de los remolinos de nieve, se parecía a alguien que conocíamos bien. Casi como... ¡un ciervo! Pero no podía asegurarlo. ¿Eran astas lo que había encima de su cabeza, o cuernos, o algo completamente distinto? Antes de que el relámpago se extinguiera, la silueta dio media vuelta y se alejó siguiendo el borde de la grieta.

—¡Eremon! —gritó Hallia, brincando tras la sombra.

—¡Espera! —grité—. ¡Puede ser una trampa!

Pero no me hizo caso. Se alejó a grandes saltos, atravesando los ventisqueros cada vez más nutridos. Corrí tras ella, siguiendo sus huellas, con la única esperanza de que no estuviéramos persiguiendo a la propia muerte.

Galopamos a lo largo de la grieta. A veces girábamos con tan estrecho margen que oíamos cómo rebotaban las piedras que desprendían nuestros cascos en el abismo. La grieta, incluso en pleno relámpago, sólo mostraba sombras, ningún lugar

lo bastante estrecho para cruzar por allí. Y, a medida que la nieve aumentaba, lo mismo ocurría con mis temores. Si los espíritus malignos pretendían tendernos una trampa, desorientarnos hasta que perdiéramos toda esperanza de encontrar el camino, ésta era la manera perfecta.

Bruscamente, Hallia se detuvo. Mis cascos patinaron y casi me estrellé contra su grupa. Estábamos jadeantes en una losa que se proyectaba por encima de la grieta. Sólo las tinieblas se extendían ante nosotros. La silueta, fuera quien fuese, había desaparecido.

—¿Por dónde ha ido? —resollé.

—Eremon. Estoy segura de que era él. Ha saltado desde aquí. Luego... se ha desvanecido.

Me sacudí la nieve de las astas y me asomé al oscuro abismo.

—Es una trampa, hazme caso. No podemos saltar ahí.

Sus ojos redondos se encontraron con los míos.

—Hay una cornisa al otro lado, estoy segura. ¡Por eso ha saltado él cuando lo ha hecho! Ven, es nuestra única posibilidad.

—¡No! —Me planté sobre mis cascos—. ¡Es una locura!

Sin prestarme atención, se encogió, se estremeció una vez... y saltó. Sus patas se extendieron, su largo cuello se estiró hacia adelante. La nieve me golpeó la cara mientras ella desaparecía en la oscuridad. Oí un ruido sordo y luego nada.

—¡Hallia!

—Tu turno —me llegó por fin su grito, con la voz casi ahogada por la tormenta—. ¡Vamos, Merlín!

Me encogí, con el corazón martilleando contra mis costillas. Intenté no mirar hacia abajo, pero no pude contenerme. Las sombras del interior de la grieta parecieron alargarse para agarrarme.

—Yo... no puedo. Está demasiado lejos.

—¡Sí puedes! Eres un ciervo.

Un escalofrío recorrió mi costado.

—Pero no puedo ver el otro lado.

Otra ráfaga de nieve me abofeteó, casi derribándome del borde. Bajo mis cascos, la losa se tambaleó, dispuesta a desplomarse en cualquier momento. Sin pensar, me impulsé con todas mis fuerzas. Volé por el aire, suspendido por nada excepto la cegadora ventisca, y aterricé con una sacudida en una cornisa, al lado de Hallia.

Frotó su hombro contra el mío.

—¡Has volado! ¡Realmente has volado! Como el joven halcón que te da nombre.

Un nuevo relámpago abrasó el cielo. Levanté la vista hacia los acantilados. Por primera vez desde que se inició la tormenta, podía ver sus contornos, proyectándose hacia el cielo como enormes carámbanos.

—¿De verdad crees que era Eremon? ¿O quizás el propio Dagda, en forma de ciervo?

Agachó las orejas, una hacia adelante y la otra hacia atrás.

—Esperemos que fuera Eremon. Porque si Dagda está aquí, eso quiere decir que también estará Rhita Gawr. —Expelió el aliento casi congelado—. Además, lo siento cerca. Más cerca de lo que sabría explicar.

Suspiré, acercando mi cabeza a la suya.

—Entonces debió de ser él.

Más relámpagos. Me volví hacia los riscos, que relucían bajo el destello. Estaban completamente cubiertos de blanco, excepto en los puntos oscuros de las cuevas.

—La tormenta —observé— quizás esté pasando.

—Puede que tengas razón. —Escrutó a través del velo cada vez más tenue de nieve las laderas más elevadas—. ¡Ven! Creo que ya sé dónde estamos.

Emprendió la marcha siguiendo una ligera depresión en la nieve. Ascendiendo con precaución por los ventisqueros, apartando a coces los montones de nieve, nos internamos en los desfiladeros. En algún punto situado más arriba oí el débil grito de las gaviotas. Con la siguiente descarga de relámpagos, creí ver una de esas aves planeando bajo las nubes justo encima de nosotros.

En ese instante, el viento cambió. Ahora venía en nuestra dirección y transportaba un nuevo olor. A humo, humo sulfuroso. Y también un nuevo sonido. Un macabro ruido gorgoteante. Medio suspiro, medio gemido. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. ¡Más espíritus!

Hallia se quedó inmóvil, rígida como las rocas. Sus orejas se irguieron y luego giraron ligeramente.

—Ese ruido... es muy distinto de aquella horrenda risa.

—También podrían ser... ellos.

—O podría ser el oráculo.

De improviso, saltó a un punto más elevado de la ladera y siguió subiendo. Deprisa. Tanto que apenas podía seguir su ritmo. Bajo nuestros cascos saltaban esquirlas de hielo y a nuestro paso levantábamos una cortina de nieve. Trepamos sin descanso por los acantilados. Todo el rato, el espectral sonido nos llegaba en oleadas, ahora más fuerte, ahora menos.

Un banco de niebla que olía a azufre descendió de la montaña. Como un alud fantasma cayó sobre nosotros, enterrándonos por completo. Aunque podía seguir escalando, ya no veía a Hallia. Se había desvanecido, caí en la cuenta, igual que el tétrico gemido. Empecé a llamarla, cuando de pronto choqué con su flanco.

Se volvió abruptamente.

—Nos hemos pasado de largo, tiene que ser eso.

Rápidamente, me precedió ladera abajo, deteniéndose sólo para olfatear el aire o menear las orejas en una dirección u otra. El ruido iba aumentando progresivamente. De pronto, Hallia se paró. La niebla se abrió ante nosotros y dejó al descubierto un mortecino resplandor entre las rocas blanqueadas.

¡Una cueva! A diferencia de las otras que habíamos visto hasta ahora, ésta parecía iluminada desde dentro. ¿O sólo era una ilusión óptica? Lo que me inquietaba más, sin embargo, era el constante gimoteo que brotaba de sus entrañas. Durante un buen rato permanecimos inmóviles, escuchando. No podía haber duda, lo supe con un estremecimiento. El ruido no procedía del viento, ni de las rocas que caían, sino de voces. Voces atormentadas por el dolor.

25
Una voz entre muchas

Nos plantamos en las rocas cubiertas por una costra de hielo a la entrada de la cueva. En sus profundidades, unas voces suspiraban y llamaban, gemían y suplicaban. Aunque no logré distinguir las palabras, el tono de angustia y desconsuelo resultaba inconfundible. Hallia y yo intercambiamos miradas de ansiedad. ¿Era éste, de hecho, el camino a la Rueda de Wye? ¿O era una especie de trampa preparada por los espíritus de la montaña? ¿Y, aparte de entrar en él, existía alguna manera de averiguarlo?

En los ojos de Hallia pude ver que había llegado a la misma conclusión que yo. Dimos un paso al unísono hacia la cueva. Obedeciendo nuestra silenciosa orden, nuestros respectivos cuerpos se transformaron. Donde sólo un instante antes había dos ciervos, ahora se erguían una joven descalza y un joven con botas. Mi suspiro se unió a los de las voces, pues de pronto me sentía demasiado vertical, demasiado rígido, demasiado semejante a la madera y no lo bastante al viento.

Sin hablar, nos internamos en la cueva, agachándonos para pasar por debajo de una fila de carámbanos que colgaban como barrotes a la entrada. El suelo de la cueva no descendía, sino que se adentraba horizontalmente en la cara del risco. El aire era denso y húmedo, como si camináramos por dentro de una nube. Una nube de humo sulfuroso. Al mismo tiempo, se estaba más caliente de lo que me esperaba, recordándonos que la lava que formó estos despeñaderos hacía tanto tiempo todavía circulaba bajo la superficie.

Mientras continuábamos internándonos a mayor profundidad en la montaña, la vacilante luz fue aumentando en intensidad; procedía de algún lugar situado más adelante. ¿Cuál era su fuente?, me pregunté. Sin duda nos enteraríamos muy pronto. Miles y miles de cristales negros recubrían el suelo, las paredes y el techo. Me maravillé de la habilidad de Hallia para caminar sobre ellos descalza con tanta ligereza. Su grácil paso era el de un ciervo al cruzar un lecho de musgo, con los dedos de los pies curvados delicadamente sobre las facetas.

A cada paso que dábamos, más relucían los cristales negros. Sus facetas destellaban como otros tantos ojos que nos observaran y se guiñaran unos a otros a nuestro paso. Incluso sin mi magia percibí que esos cristales poseían alguna extraña magia propia.

Siempre me habían gustado las cuevas. Sobre todo las que contenían cristales. Sus tranquilas profundidades, sus misteriosas sombras, sus relucientes facetas. Cuanto más profundizábamos, más intrincadas eran las figuras que componían los cristales. Círculos, olas, espirales, además de diseños aleatorios. Si bien la mayoría eran negros, unos cuantos emitían destellos amarillos, rosas y morados. Por encima de nuestras cabezas colgaba una hilera de estalactitas de color malva. ¡Y con tantos años a cuestas! Pendían como los bigotes del mismísimo tiempo.

Me detuve para examinarlas más de cerca... y di un brinco. Allí, pegado a la base de una de las estalactitas, había una criatura oscura y correosa. Aunque supe al instante que se trataba de un simple murciélago, se parecía demasiado a un ser de otra especie a la que deseaba no volver a ver jamás.

A medida que la luz del interior de la caverna se intensificaba, también lo hacían las voces. Y su tormento aumentaba al mismo tiempo. Tanto si gemían, como si imploraban o trataban de persuadir, todas compartían una nota de tortura. Pero no conseguía entender ninguna de las palabras. Sólo sus emociones. Si, en efecto, eran las numerosas voces de la Rueda de Wye, se me revolvía el estómago ante la perspectiva de tener que elegir una —y sólo una— entre todas ellas.

La luz plateada titiló sobre el rostro de Hallia.

—¿Tú las entiendes?

Negué con la cabeza.

—En absoluto. Sólo... el dolor. —Un frágil cristal se partió bajo mi tacón—. ¿Cómo sé cuál he de elegir?

Ella redujo la marcha para tocar un curvo brazo de cristal que sobresalía de la pared.

—¿Recuerdas lo que te dijo Eremon justo antes de... que nos dejara?

—Sí—respondí tristemente—. «Encuentra el *Galator.*»

—No, no. Después de eso. Dijo: «Tienes más poder de lo que crees».

Desalentado, arrastré una bota por encima de un saliente de cristales refulgentes.

—Se refería al regalo que me hizo, el polvo de ciervo.

Hallia me miró ceñudamente.

—Se refería a más que eso, Merlín. Tienes..., bueno, una clase de magia. Y poder. Sí, incluso ahora.

La miré con escepticismo.

—¿Qué clase?

Dedicó unos segundos a estudiarme.

—No estoy segura de cómo llamarlo. Pero sea cual sea su nombre, bastó para inspirar su regalo y para que quisieras ayudar a aquel dragón recién nacido, aunque fuera imposible salvarlo. Y quizá baste para ayudarte a saber qué hacer ante el oráculo.

Expulsé lentamente todo el aire de mis pulmones.

—Quiero creerte. Lo digo en serio.

Paso a paso, nos adentramos en la caverna. El pasillo fue torciendo progresivamente hacia la izquierda, luego se ensanchó y el techo se fue distanciando. Cuando doblamos la esquina, el techo ascendió bruscamente hasta formar una bóveda a gran altura. Las relucientes paredes de piedra se curvaban para sostenerlo. La luz brillaba en esta inmensa cámara con cruda intensidad, reflejándose en los cristales. Aun así, no logré encontrar su fuente.

De pronto, lo comprendí. ¡Eran los propios cristales! Centelleaban y chispeaban con una luz plateada propia.

Frente a nosotros, en el otro extremo de la cámara, colgaba una enorme rueda refulgente que ocupaba casi toda esa pared. Despacio, muy despacio giraba, y su constante chirriar se unía al coro de voces que ahora clamaba en nuestros oídos. Las voces seguían resultando ininteligibles, pero claramente procedían de un lugar muy cercano. Me era imposible localizar el punto exacto. Como ranas croando en una charca oculta por la noche, las voces formaban un enjambre a nuestro alrededor, subiendo y bajando de volumen, sin revelar nunca su origen.

Permanecimos allí, anonadados, contemplando cómo la rueda giraba eternamente sobre su eje. Parecía hecha de algún tipo de madera, aunque era de un color más oscuro que el de ninguna madera que yo hubiera visto nunca. Cada uno de

sus cinco anchos radios, además de las pinas, presentaba innumerables facetas, como si la mano que les había dado forma hubiera tallado también los cristales circundantes.

Cinco radios en el interior de un círculo..., idéntico a la estrella inscrita en el círculo que se grabó en mi cayado. ¡Mi cayado perdido! Con qué claridad recordaba aquella noche, hacía tanto tiempo, cuando Gwri la del Cabello Dorado había descendido del cielo estrellado para reunirse conmigo en una loma expuesta al viento.

El símbolo, dijo, me recordaría que todo está conectado de algún modo. Que todas las palabras, todas las canciones, forman parte de lo que ella llamó «la gloriosa y gran canción de las estrellas».

Meneé la cabeza. Aquella forma me recordaba ahora todo lo que había perdido. Mi cayado. Mis poderes. Mi esencia.

En ese instante, reparé en tres o cuatro manchas oscuras del suelo de la cámara. Allí no brillaba ningún cristal, ni emitía luz alguna. Intrigado, me acerqué al más próximo. De pronto, la sangre se me heló en las venas. ¡Un amasijo de huesos! Astillados y abrasados por una potente fuerza. Por su tamaño y forma, supuse que eran los únicos restos de un hombre o una mujer, alguien que, sin duda, había elegido prestar oídos a una voz equivocada.

Cuando me detuve para recoger un fragmento del cráneo, Hallia me sujetó por el brazo.

—¡Los radios! —gritó, más fuerte que las reverberantes voces—. Están cambiando.

Jadeé y dejé caer el cráneo. Las facetas del centro de cada uno de los cinco radios estaban cambiando, efectivamente. Poco a poco, empezaron a estirarse, a alargarse y a ensancharse, agrupándose en extraños cúmulos. Algunos se arracimaron en gibosos terrones, mientras que otros se encogieron para formar surcos o zanjas. La sección media de los radios empezó a abombarse, mientras los cúmulos se aglutinaban y se reordenaban, ramificándose en formas mayores. Formas con sentido. Formas con...

Caras. Hallia y yo intercambiamos sendas miradas de asombro. Pues en el centro de cada radio había aparecido una cara, distorsionada como un nudo de la madera. La rueda seguía girando y las caras se fueron definiendo mejor. Una a una, abrieron sus ojos de color amarillo mate, tensaron los labios y fijaron los ojos en nosotros. Cuando abrieron la boca por primera vez, cada uno adoptó una de las incorpóreas voces de la cámara. Al mismo tiempo, las voces cambiaron a la lengua de Fincayra.

—¡Libérame! —gimió una ancha cara cuadrada que acababa de surgir en la parte superior de la rueda—. Libérame y la verdad será tuya. —Mientras la rueda giraba lentamente, la cara se deformó, ensanchándose más que antes. Soltó un profundo y prolongado gemido—. ¡Libérame! ¿No conoces la piedad? Libéeeeerame.

—No hagas caso, que vergüenza, qué vergüenza, de esa voz —espetó una segunda cara que se retorcía en un radio más bajo—. Te conducirá, qué lástima, qué lástima, a la ruina. La verdadera voz, qué desgracia, qué desgracia, no es ésa, soy yo.

—Libérame, por favor. ¡Libérame!

—Oh, cállate, qué delito, qué delito, de una vez.

La afilada nariz de una tercera cara se adelantó hacia nosotros. De los tensos labios surgió un colérico siseo.

—¡No esssscuchesssss a essssasssss vocesssss! Esssscú-chame a mí y quizá

sssssobrevivasssss.

Hallia empezó a susurrarme algo, cuando una cuarta voz la interrumpió.

—Salve, tú que quieres vivir; salve, yo que quiero servir —gimió la angustiada voz de una cara asimétrica de ojos hundidos—. Elige la correcta y me reconocerás; elige la incorrecta y enseguida morirás.

—¡Cuántasssss tonteríasssss!

—Libérame, te lo suplico...

—Deténte, por faaaaavor —chilló una quinta voz, gimoteando como un perro con una pata rota—. ¡Yo soy la úuuuunica voz de la verdad! Tienes que creeeeeerme.

Abrumado por las dudas, me aproximé un paso a la rueda giratoria. Mi mirada recorrió la cámara de cristales, desde las caras que giraban a los preocupados ojos de Hallia, hasta los montones de huesos que yacían a mis pies. Después, inspirando lentamente, me dirigí a las cinco caras a la vez:

—He venido a descubrir la verdad.

—Por favoooor, elíiiiiigeme a míiiiii.

—¡Elígeme a mí! ¡Libérame!

—¡Sssssilencio! Debes elegirme a mí o morirás.

—Una de las cinco te dará la vida, pero con las otras pierdes la partida.

—¡Tienes que elegirme, qué dilema, qué dilema, a mí!

Todas las voces clamaban a un tiempo y la luz plateada de los cristales brillaba con mayor intensidad por momentos. Levantando la voz para hacerme oír con aquella cacofonía, me dirigí nuevamente a la rueda:

—Decidme, cada una de vosotras, por qué debo elegiros.

Durante unos segundos, las caras de los radios guardaron silencio. Sólo el chirrido de la rueda al girar resonaba en la cámara. Pero la luz de los cristales seguía brillando, hasta que las paredes resultaron casi deslumbrantes. Intuí que debía decidirme pronto o el creciente poder de los cristales explotaría de algún modo, como un rayo, y me reduciría a un nuevo montón de huesos. Hice una seña a Hallia para que retrocediera por el pasillo, donde quizás estuviera más segura, pero permaneció firme en su posición, bizqueando para soportar la luz.

—¡Libérame! —gritó una voz, interrumpiendo el sonsonete—. Libérame y siempre te amaré. Pues yo, y sólo yo, soy la verdad del corazón.

—Esssssscógeme a mí y te daré —prometió otra— muchasssss mássssss cosssssasssss. Todasssss lasssss riquezasssss que bussssscasssss, todo el poder que merecesssss. Puesssss yo sssssoy la verdad mássssss fuerte de todasssss, ¡sssssí! La verdad de la mano.

—¡Elígeme, qué alegría, qué alegría, a mí! —La voz rompió a reír, y de pronto empezó a gemir lastimeramente—. Yo soy, qué pena, qué pena, la verdad de la mente. Todo lo que conozco, sea felicidad o desdicha, calmante o doloroso, puede ser tuyo, todo tuyo.

—Por favoooor —empezó a decir la siguiente voz—. ¡Yo puedo regalarte prodigios, misteeeeerio! Pues yo siempre seréeeeee la verdad de lo desconocido.

La última voz, un mero susurro, sólo ofreció una cosa:

—Verdad del espíritu es lo que soy, conocimiento y paz es lo que doy.

Para entonces, la luz se había vuelto tan brillante que yo ya no podía mirar ni a las caras giratorias, y mucho menos las cristalinas paredes. Los propios cristales habían empezado a emitir un zumbido, como si a duras penas pudieran contener su poder en aumento. En pocos segundos, la cámara entera había empezado a vibrar. Y supe que mi tiempo casi se había agotado.

Concentrándome, me obligué a pensar. Las voces hablaban de distintos tipos de verdad, todas importantes, todas preciosas. Como las partes independientes de la historia circular que habíamos creado entre Hallia, Eremon y yo el día en que nos conocimos...

La verdad del corazón, de la mente, de la mano, del espíritu, de lo desconocido. ¿Cómo podía elegir sólo una? ¿Qué era la verdad del espíritu sin la del corazón? ¿Y ésta sin la de la mente?

Mis pensamientos se aceleraron, al tiempo que las voces, las paredes, la rueda, todos me gritaban y rugían. El suelo temblaba bajo mis pies. ¿Qué me había dicho Cairpré? «Una es la voz de la verdad absoluta.»

Pero ¿cuál?

El corazón... La mano... Lo desconocido... La mente... El espíritu... ¿Cuál tenía que elegir? Las paredes se alabearon y ondularon. Yo apenas podía mantener el equilibrio. Los cristales ardían como estrellas.

¡Estrellas! La frase volvió a recorrer mi mente: el glorioso y gran canto de las estrellas. Todas las palabras, me había dicho Gwri, intervenían en la canción. Todas las palabras, todas las voces... ¿Podía ser ésa la respuesta? ¡Quizá la voz de la verdad no era una de las voces que yo oía, después de todo! Quizás era otra voz, la única que podía llamarse la voz de la verdad absoluta.

—¡Todas las voces! —grité. Alcé las manos hacia la rueda giratoria, aullando con toda la fuerza de mis pulmones—: ¡Todas las voces son verdad!

Al instante, las paredes y el suelo dejaron de temblar. La luz de los cristales se amortiguó; el zumbido cesó. La Rueda de Wye, sin embargo, siguió girando más deprisa que antes. Pronto se convirtió en un borrón, luego en una sombra. Al mismo tiempo, las clamorosas voces se fueron volviendo confusas. Cuanto más rápido giraban, más se mezclaban todas a la vez. Cuando, por fin, la rueda era casi invisible, las voces se habían fusionado en una única voz sonora. Entonces habló el oráculo, con una voz unificada.

—Preguuunta lo que quieeeras.

Hallia se situó a mi lado.

—¡Lo has conseguido, Merlín! Pero ahora recuerda: sólo puedes hacer una pregunta.

Me aparté de la cara un mechón de pelo rebelde.

—Lo sé, lo sé.

Pero ¿qué preguntar? En un principio había venido para encontrar el *Galator.* Y, sin embargo, deseaba con todo mi corazón recuperar mis poderes. Con ellos quizá tuviera una oportunidad contra Valdearg. Tal vez ni siquiera necesitaría el colgante mágico.

Me mordisqueé el labio. Tuatha, tanto tiempo atrás, contaba a la vez con sus poderes y con los del *Galator* cuando se enfrentó al dragón. El problema era ¿cuál de ellos necesitó más? O, quizá, ¿cuál necesitaba más Fincayra?

—Preguuunta ahooora.

Moviendo nerviosamente la lengua por dentro de mi boca, me volví hacia la Rueda de Wye que giraba sin cesar. Esta decisión me atormentaba más que la primera. ¿Cómo podía salir victorioso sin el colgante? ¿Y cómo podía ser yo mismo sin mis poderes?

—Preguuunta ahooora.

—Gran rueda —empecé a decir con la garganta repentinamente seca—, busco... los poderes del *Galator.* ¿Dónde puedo encontrarlos?

—Eeesos podeeeres estáaan muy ceeerca. —La rueda aumentó la velocidad—. Los encontraráaas en...

Algo más veloz que el rayo surgió del pasillo que se abría a nuestra espalda y se estrelló contra el eje de la rueda. Una luz escarlata explotó en la caverna, o quizá sólo en mi cabeza. Mientras el eje se astillaba, un crujido ensordecedor sacudió la cámara y se fue apagando hasta convertirse en un distante retumbar que parecía surgir de muy lejos bajo nuestros pies. Las voces callaron y la rueda se detuvo. Las cinco caras de los radios se quedaron inmóviles e inexpresivas. Estupefactos, Hallia y yo contemplamos la negra silueta que se había clavado como una flecha en el centro del eje.

Un kreelix.

26
El fin de toda la magia

—¿Buscabais algo, queridos?

Nos giramos en redondo y vimos a un anciano ante nosotros, a la entrada de la cámara. ¡Bachod! Los relucientes cristales de su alrededor no brillaban más que sus ojos. Pues este Bachod no se parecía en absoluto al servil camarero de la taberna. Éste se mantenía perfectamente erguido, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplándonos del mismo modo que una lechuza observa a su presa antes de lanzarse en picado para aplastarle el cráneo. Sin embargo, su voz cascada, su flácido bigote y el cabello blanco que rozaba las hombreras de su túnica eran inconfundibles.

Acuclillado junto a él, preparado para saltar al menor aviso, descansaba otro kreelix. Incluso con las alas plegadas a la espalda, su voluminoso cuerpo ocupaba gran parte del pasillo. Cuando abrió su boca roja como la sangre, mostrando sus tres mortíferos colmillos, Hallia y yo reculamos involuntariamente. Casi tropecé con uno de los montones de huesos.

Bachod sonrió.

—Lamento mucho que no pudierais acabar vuestra pequeña conversación con la rueda giratoria, queridos. Mi peludo acompañante, como veis, no supo frenar a tiempo. Pero no tenéis que preocuparos. Ya no os molestará más.

—¡La has detenido! —grité—. ¡Has destruido su magia! Justo cuando iba a decirme dónde encontrar... —Me contuve antes de decir nada más.

Bachod meneó la cabeza, balanceando sus blancos mechones.

—Es posible que pueda ayudarte, muchacho. Ahorrarte tiempo y problemas. —Introdujo la mano entre los pliegues de su túnica. Con una floritura, sacó un colgante sujeto por un cordel de cuero. Su centro enjoyado relampagueó con una asombrosa radiación verde.

—¡El *Galator*! —Me abalancé sobre él, pero el malévolo gruñido del kreelix me detuvo—. ¿Cómo..., cómo lo has conseguido?

—Lo robé —respondió con orgullo Bachod—. Con un poco de ayuda de un astuto amigo mío.

Sentí que me ardían las mejillas.

—¡Te refieres a Rhita Gawr!

Sus oscuros ojos relucieron de satisfacción.

—Él me enseñó el *negatus mysterium,* ¿sabes? Y cómo criar y entrenar a los kreelix para que nos hagan el trabajo.

—¿Y de qué trabajo se trata? —exigió saber Hallia con voz temblorosa de rabia.

—¡El trabajo de destruir la magia! —Bachod lanzó al aire el resplandeciente colgante. La joya giró sobre sí misma, centelleando, y luego volvió a caer en la palma del anciano. Oprimiéndola con firmeza, sonrió maliciosamente—. La magia es la plaga de esta isla. ¡Siempre lo ha sido! Ya proceda de magos, de colgantes o de oráculos como esta rueda giratoria. Siempre es mala, y peligrosa, y lo peor de todo, contra natura.

Se volvió hacia el kreelix acurrucado a sus pies.

—Por eso resultan tan útiles estas bestias. Para destruir la plaga. —Mirándome,

añadió con un cloqueo—: O a quienes la propagan, como los jóvenes magos.

Estuve a punto de agarrar un hueso del suelo y arrojárselo.

—De modo que fuiste tú quien intentó matarme.

—Dos veces, sí. Nuestras bestias localizaron tu rastro. Puede que escapases entonces, pero nunca más. —Se tironeó del lánguido bigote—. Al parecer, mi amigo, cuyo nombre has mencionado, está un poco enojado contigo.

Mi bota trituró varios cristales del suelo.

—Pues yo también con él.

—Eso es asunto tuyo, no mío. Mi único interés es la magia. Nada menos que el fin de toda la magia, queridos, puede traer una paz duradera a esta isla. Y ésa es la labor de los que comprendemos.

—Los que comprendemos —repetí con desdén.

Con la mano libre, Bachod extrajo una espada curva de su cinturón. La hoja centelleó con la luz de los cristales. Al verla, mi corazón se aceleró. Porque en la base de la hoja, grabada a fuego en negro, había un emblema: un puño estrujando un rayo.

—¿El Clan Recto?

—¡Sí, muchacho! Sólo quedamos tres, y dos están ahora mismo en los acantilados, cuidando de los kreelix, pero puedes esperar más muy pronto. —Sonrió siniestramente—. Muy pronto. Cuando se propague el rumor de que estamos librando a esta tierra de la magia, la mayoría de Fincayra se alzará para unirse a nuestra causa.

—Te equivocas —declaré—. Respecto a Fincayra y respecto a la magia. La magia es un instrumento. No es distinta de una espada, o un martillo, o una cacerola, excepto en que sus poderes son mayores. Y como cualquier otro instrumento, se puede usar mal. Pero que en definitiva sea bueno o malo, eso depende de la persona que lo emplee.

Hallia asintió.

—Y no creas que los magos son los únicos que poseen magia. ¡No! También vive en lugares tranquilos, desde el tronco hueco de una diminuta luz voladora hasta el prado donde pasta el pueblo ciervo. —Sus ojos parecían bullir—. No tenéis derecho a destruir todo eso... y tantas cosas más.

Bachod le respondió con una mueca.

—Tengo todo el derecho. ¡Todo el derecho, entérate! Y cuando Rhita Gawr y yo hayamos acabado, en Fincayra no quedará magia.

—¡No! —Lo fulminé con la mirada—. No le quedarán defensores. ¿No lo entiendes? ¡Te han engañado, viejo! Rhita Gawr te está utilizando, simplemente. Es verdad. Para ayudarle a aniquilar a todos aquellos que tuvieran algún poder para hacerle frente.

Hizo un despectivo gesto con la mano.

—La magia te ha retorcido la mente.

—Es cierto —protesté—. ¡Escucha! Rhita Gawr podría plantarse aquí y declarar que este mundo es suyo si no hubiera magos, ni *Galators,* ni... —Me contuve—. Ni dragones. —Bajé la vista hasta las botas de Bachod, sabiendo que sus tacones presentarían cortes de las afiladas piedras de este suelo, exactamente como había predicho Eremon.

—Fuiste tú, ¿verdad?, quien mató a las crías de dragón.

Bachod sonrió burlonamente.

—Por supuesto, queridos. No tenía previsto despertar a su padre tan pronto,

pero no me viene mal. Que queme unos cuantos pueblos le recordará a la gente que existe una plaga.

Estudió su espada, que relumbraba a la luz de los cristales.

—El momento de Valdearg llegará muy pronto. ¡Igual que el vuestro! Y el de tu amigo, el bardo, dentro de unos minutos, cuando me reúna con él para dar un, ¡ah!, un paseíto por los acantilados. —Su sonrisa se ensanchó—. Cree que se ha informado sobre los kreelix a través de mí, ¿sabes? Es verdad, queridos, pero sólo un poquito. Mientras tanto, yo he aprendido más de él. Mucho más. Me ha contado muchas cosas sobre los lugares donde se esconde la magia.

Dicho esto, sujetó el cordón del *Galator*, dejando que el colgante se balanceara libremente. Radiantes chispas verdes se reflejaron en las paredes de la cámara, que danzaron con el resplandor plateado de los cristales. La sonrisa de Bachod era ya una mueca.

—Pero antes, queridos, tenéis que verme destruir este objeto maligno. —Soltó una risita—. He tenido mucha paciencia, esperando el momento adecuado, y creo que es ahora. Vosotros dos seréis mi público.

—¡No! —grité—. ¡No puedes!

—El *Galator* es tan viejo como la propia Fincayra —imploró Hallia.

Bachod ya había empezado a dar una orden al kreelix. Las puntiagudas orejas de la bestia se pusieron tiesas y sus hombros se tensaron. Sus colmillos afilados como dagas arañaron el suelo de la caverna. Se volvió hacia el *Galator,* luminoso y misterioso, y desnudó los colmillos.

—Ahora seréis testigos de su verdadero poder —prometió el hombre de cabellos blancos, balanceando el colgante—. El poder del *negatus mysterium.* —Soltó una queda risita—. Observad, queridos, cómo muere para siempre este resplandor verde.

Justo en el momento en que empezaba a pronunciar la orden final para el kreelix, salté sobre él. El kreelix chilló, proyectando una llamarada de luz escarlata que rebotó en las paredes de mi mente, y no sólo en las de la caverna. Simultáneamente, Bachod cayó hacia atrás. El *Galator* salió volando por los aires y aterrizó en algún lugar cercano a la rueda ahora inmóvil. Mientras yo caía al suelo, Hallia ya corría como un ciervo para situarse a mi lado. Sin embargo, antes de que pudiéramos reanudar el ataque, el kreelix nos atizó con una enorme ala de murciélago.

Fuimos empujados violentamente contra la pared cubierta de cristales. Las afiladas aristas nos cortaron en las piernas y la espalda antes de que nuestra caída se detuviera. Apenas habíamos conseguido ponernos en pie cuando un repentino temblor sacudió la cámara y volvió a derribarnos.

Varios cristales del techo parpadearon y luego explotaron, rociando la rueda de ascuas candentes. Al mismo tiempo, un segundo temblor zarandeó la cámara. Se desprendió del techo un gran pedazo de roca negra que se estrelló contra el cristalino suelo, sólo a la distancia de un brazo de mi cabeza. La rueda se tambaleó y crujió cuando el eje se partió por completo. Toda la estructura se inclinó hacia adelante, basculando precariamente sobre su canto.

Bachod forcejeó para ponerse en pie y luego pateó al kreelix en un costado. La criatura gruñó, pero no se revolvió.

—¡Bestia estúpida! ¡Tu poder ha destruido los cristales en lugar de acabar con ellos! Y quién sabe lo que eso podría...

La Rueda de Wye se vino abajo. Los radios y las pinas se hicieron pedazos

contra el suelo, que se esparcieron en todas direcciones. Más cristales explotaron en lo alto. Se abrieron sinuosas grietas irregulares en las paredes de la cámara. Después brotaron chorros de vapor, siseando y restallando. El aire se fue calentando rápidamente.

Con una taimada sonrisa en el rostro, Bachod montó a lomos del kreelix.

—¿De modo que queréis el *Galator*, queridos? ¡Bien, es vuestro para siempre jamás! A ver cuánto tiempo os mantiene vivos ahora su magia.

El kreelix desplegó las alas, las agitó y salió volando a toda velocidad por el pasillo. En ese instante se desplomó otra sección del techo. Con una lluvia de chispas, aterrizó sobre los restos de la rueda. Se elevaron llamas, que ardían con una furia que yo no había visto desde el incendio que me costó los ojos. Me volví hacia Hallia, a tiempo de ver que la pared situada detrás de nosotros se agrietaba y abombaba, rociándonos de esquirlas de piedra. Después, ante mi horror, un líquido naranja hirviendo más brillante que las llamas que nos rodeaban empezó a salir burbujeando por las rendijas. Lava.

—¡Vete! —ordené—. Aún puedes escapar a tiempo para prevenir a Cairpré. ¡Corre como un ciervo!

Hallia levantó la vista hacia las paredes que se desmoronaban.

—¿Y tú, qué?

—¡El *Galator*! Tengo que encontrarlo antes de que... —La pared se arqueó por encima de nosotros, gimiendo como un animal moribundo. Un chorro de lava brotó de una grieta—. Antes de que se pierda para siempre.

Hallia me cogió por el brazo.

—¡Tú estarás perdido para siempre si no escapas ahora!

Me zafé bruscamente.

—Yo también puedo correr como un ciervo, ¿te acuerdas? Por favor, Hallia. Iré detrás de ti.

Sus ojos castaños, en los que brillaba una luz tan variada e insondable como la del *Galator*, me estudiaron atentamente.

—¡Está bien, pero date prisa! Ni siquiera un ciervo puede correr por la lava.

—Entonces, si es necesario, volaré. Sí, como un joven halcón.

Me dedicó una vacilante sonrisa, mientras se ponía en pie de un brinco. Esquivando una zona de cristales en llamas que chisporroteaban, echó a correr hacia la entrada y se difuminó en un pardo borrón que saltaba, con un batir de cascos, pasillo abajo.

Apresuradamente, me precipité hacia el lugar donde había caído el *Galator.* Me cayó una chispa en el cuello y me quemó la piel. Me la sacudí de un manotazo..., justo en el momento en que una lengua de fuego brotaba junto a mi bota, abrasándome la pierna. De mi antebrazo goteaba sangre por los arañazos de los cristales. Pero nada de eso importaba. Sólo importaba el *Galator*.

Abalanzándome entre los cascotes, salté sobre un cristal humeante. Como un poseso, volteé cada piedra caída que encontré, buscando el colgante. Entonces reparé en que una de las pinas de la rueda cubría ahora el lugar donde había caído. Afiancé mis botas y traté con todas mis fuerzas de levantar el fragmento.

No cedió ni un milímetro. Volví a reunir fuerzas; volví a tirar. El pedazo sólo se movió un poco antes de resbalárseme de las manos. Se desplomó un nuevo sector del techo que se estrelló en el punto exacto donde nos hallábamos Hallia y yo apenas un minuto antes. Los añicos de cristal se desparramaron por el suelo. Un nuevo temblor sacudió las paredes agrietadas. El calor era tan asfixiante que apenas me permitía

respirar.

Clavé los pies formando un ángulo, con la esperanza de apuntalarme mejor. Rodeando con los dedos el pesado fragmento, tiré una vez más. Y tiré. Me temblaban las piernas. Me dolía la espalda. Mi cabeza estaba a punto de estallar. Por fin, el trozo de rueda se elevó ligeramente. Con un último gruñido, lo empujé hacia un lado.

¡No estaba debajo! Alcé los brazos en una muda maldición. ¿Dónde más podía estar el *Galator*?

En ese instante, una enorme grieta rajó el suelo bajo mis pies. Brotó un humo sulfuroso. Mientras saltaba de costado, el techo explotó con una nueva lluvia de chispas. Acto seguido, ante mi horror, divisé una descomunal losa de roca que empezaba a desprenderse justo encima de la entrada del pasillo. Titubeé, inspeccionando el suelo por última vez, y luego me abalancé hacia el pasillo.

Rodando sobre los cristales, me volví para mirar por última vez las paredes que se desmoronaban. De pronto vi un destello verde al fondo de la cámara. ¡El *Galator*! Empecé a retroceder a la carrera, cuando la enorme losa se soltó por fin. Se estrelló contra el suelo, bloqueando la entrada. Una cortina de lava empezó a fluir y a cubrirla.

La cabeza me daba vueltas como si la losa me hubiera caído encima. Perdido. El *Galator* se había perdido.

Con los ojos nublados, empecé a recorrer a trompicones el pasillo lleno de humo. Otra sacudida, más violenta que las anteriores, zarandeó los riscos. Se abrieron numerosas grietas por donde brotaron sendos chorros de vapor sobrecalentado. Me precipité hacia un lado y me estampé contra la pared. Un ciervo. Tenía que correr como un ciervo. Con las últimas fuerzas que me quedaban, intenté correr, convertirme en un ciervo antes de que fuera demasiado tarde.

No ocurrió nada. Corrí con más ímpetu, pese a la dolorosa protesta de mis pulmones. No ocurrió nada.

¡El poder! ¡Se había agotado! Por la nueva profundidad del vacío que sentía en el pecho supe que el regalo de Eremon me había abandonado por fin. Él ya me previno de que se acabaría inesperadamente. Pero ¿por qué ahora?

Una hilera de llameantes cristales del techo del pasillo se rajó, proyectando una lluvia de chispas y esquirlas irregulares sobre mí. Otra sección de pared entró en erupción a mi paso. Avancé tambaleándome. Mi cabeza no traqueteaba menos que las rocas. Repentinamente, el suelo cedió bajo mis pies y caí de bruces.

Permanecí tumbado allí, con la cara pegada a los cristales. Aunque me cortaron y abrasaron la piel, me sentía demasiado débil para levantarme. Ya no podía correr como un ciervo. Ni siquiera podía correr como un hombre. Aquí moriría, enterrado en lava junto con el *Galator*.

27
Muy cerca

Algo duro me golpeó en la espalda. Un trozo de roca, sin duda. O cascotes de los cristales que estallaban. No rodé sobre mí mismo.

El golpe se repitió. Y con él, un ruido, mezclándose con el estrépito y los chirridos del pasillo que se desmoronaba. Un sonido que había oído antes, me pareció que hacía una eternidad. Un sonido como... el relincho de un caballo.

Volví la cabeza. Los ojos de un corcel, negros como el carbón igual que los míos, me saludaron. ¡Ionn!

Un gran casco, levantado para golpearme de nuevo, bajó hasta el suelo de cristales. Ionn sacudió la crin y gimió. Medio aturdido, conseguí ponerme en cuclillas. El animal me empujó con el hocico, animándome a ponerme en pie. Le pasé un brazo alrededor del musculoso cuello, me enderecé y me encaramé a su lomo. En un instante, corríamos por el pasillo.

Las paredes de piedra se desmenuzaban, fundiéndose en lava a nuestro paso. El pasillo entero relucía ahora con un vivo color naranja, el color de los fuegos más profundos de la montaña. Acurrucado sobre el lomo del corcel, me sujeté con toda la fuerza que pude, hundiendo los dedos en su carne. Los cristales llameaban y hervían a nuestro alrededor. El vapor que brotaba a chorros nos pasaba rozando. Pero Ionn no flaqueó en ningún momento. Sus cascos batían incesantemente el tembloroso suelo.

En pocos segundos salimos bruscamente del pasillo a la luz del día. El sol —y no lava— proyectó su luz sobre mí.

Ionn empezó a descender con precaución por la traicionera cara del risco cubierto de nieve. Detrás de nosotros oí un rumor que fue aumentando hasta convertirse en un rugido atronador. Al volver la cabeza, vi un torrente de roca fundida que manaba a borbotones por la entrada de la resplandeciente cueva.

Por encima de mí, los riscos se estaban desintegrando. Cuando la lava fluía sobre ellos, los peñascos mayores explotaban en una nube de ceniza o simplemente se derretían. Los ventisqueros humeaban al convertirse en vapor. Se abrían grietas que rajaban los despeñaderos. Las cuevas, tanto las habitadas por espíritus como las demás, se hundían envueltas en llamas. Oscuras columnas de humo se elevaban hacia el cielo como eructos, al tiempo que unos temblores enfurecidos sacudían la montaña hasta sus mismísimas raíces.

Ionn seguía descendiendo a toda prisa, conservando a duras penas la delantera que le llevaba a la hirviente lava. Las rocas congeladas que arrancaban sus cascos se estrellaban contra su cara. Superando los promontorios y las inestables losas, seguía una senda de su propia invención. Consiguió esquivar la amplia grieta que habíamos atravesado durante el ascenso, bordeando el abismo durante un trecho hasta que se fue estrechando y finalmente desapareció. A menudo giraba bruscamente para esquivar una reluciente masa de lava que burbujeaba sobre las rocas, o saltaba de costado para encontrar un punto de apoyo más seguro. Sin embargo, poco a poco fue avanzando, alejándose cada vez más de la montaña.

A la larga, la pendiente se fue haciendo menos pronunciada. El suelo no

temblaba con tanta violencia bajo nuestros pies. Entre las grietas asomaban musgos y hierbas; unos escuálidos pinos se aferraban a la ladera. Aunque yo sabía que pronto estarían cubiertos de roca fundida, la fugaz visión del verde fue como un aliento de esperanza de que aún lograríamos escapar.

¿Hacia dónde? ¿Hacia el valle y los campos que ahora veía más abajo, calentados por los dorados matices del sol? Sabía que no. Mi destino estaba mucho más lejos, en la tierra de los enanos. Y las últimas luces del atardecer indicaban que apenas me quedaban dos días para llegar hasta allí.

La simple idea me produjo un nudo en el estómago. ¿Qué importancia tenía ahora el tiempo, de todos modos? Ya no tenía el *Galator*, ni mis poderes. Únicamente la perspectiva de enfrentarme solo a un dragón enfurecido. Y no obstante, para mi propia sorpresa, seguía convencido de que debía intentarlo.

Imponiéndose al continuo retumbar, oí un grito. Me volví, pero sólo era el estrecho borde sobresaliente de una grieta, señalado por un par de pinos retorcidos. El grito se repitió. De pronto reparé, justo detrás de los pinos, en un par de manos y una cabeza coronada por una desmelenada mata de pelo gris. ¡Cairpré!

—¡Ionn! —grité—. ¡Párate aquí!

El corcel se detuvo abruptamente. Aun así, miró los ríos de lava que se acercaban y relinchó, muy excitado. Me deslicé al suelo desde su lomo. A la mayor velocidad que pude, corrí hasta los pinos y me encaramé a la prominente cornisa. Cairpré estaba colgado más abajo, esforzándose por mantenerse sujeto. Le rodeé la cintura con ambos brazos y tiré con todas mis fuerzas. Advertí que el rumor de la montaña aumentaba bruscamente. Por fin, una pierna alcanzó el reborde de roca y luego la otra.

Con el rostro blanco por la extenuación, el poeta me miró débilmente.

—No puedo... levantarme.

—Tienes que hacerlo —lo apremié, tirando de él para que se incorporara. Se desplomó encima de mí, incapaz de mantenerse erguido.

Sin previo aviso, una bola de lava cayó del cielo y se estrelló contra el tronco de uno de los pinos. Su resinosa madera estalló en llamas y la mitad superior del árbol se quebró, desplomándose sobre la cornisa. Una muralla de fuego se elevó en el aire, rugiendo con furia y cortándonos el paso irremediablemente.

Mientras contemplaba aturdido las abrasadoras llamas, otra muralla de fuego desgarró mi mente. El fuego... ¡Mi cara, mis ojos! No puedo pasar por ahí. ¡No puedo!

Trastabillé y estuve a punto de caerme de la cornisa.

—Merlín —exclamó Cairpré, jadeando—. Déjame... Sálvate tú.

Se me doblaron las piernas. Forcejeé para ponerme en pie. Al otro lado del árbol en llamas, oí el rugido de la lava que descendía, cada vez más cerca. Y la entrecortada respiración de mi amigo junto a mi oreja.

No supe de dónde extraje las fuerzas para cargarme a la espalda su cuerpo inerte. Con un gemido, lo levanté y me interné en las llamas dando traspiés. El fuego me abofeteó el rostro, me chamuscó el pelo y prendió en mi túnica. Una rama se trabó en mi brazo, pero me zafé de una sacudida. Tropecé y caí de bruces.

Sobre roca maciza. Ionn gimió y piafó con impaciencia. La lava llegó, salpicándonos de fuego. Icé a Cairpré hasta el ancho lomo del caballo y luego monté en la grupa.

Ionn reaccionó en el acto, ampliando la distancia que nos separaba del río de roca fundida. La pendiente era cada vez menos acusada, lo que facilitaba su paso. Por mi parte, lo único que podía hacer era intentar mantenerme sobre su lomo junto

con el poeta inconsciente. Siguió descendiendo hasta que, por fin, la ladera se acabó entre los altozanos de roca. Al rato, llegamos al borde del estrecho valle. Ionn esquivó instintivamente el pueblo de Bachod y se dirigió al terreno más elevado de la cara opuesta del valle.

A nuestras espaldas, en los acantilados seguía reluciendo la lava naranja. Encima, el cielo estaba oscuro por las nubes, el humo y la ceniza. Una inmensa columna de vapor se elevaba a lo lejos, quizá porque la lava estaba alcanzando el mar. Sin embargo, los temblores de la montaña habían cesado casi por completo. Al parecer, la erupción había agotado sus fuerzas. La tierra se fue calmando progresivamente.

Nos detuvimos junto a un pequeño manantial que burbujeaba a través de un anillo de hielo. Le remojé la cabeza a Cairpré en la fuente, lo cual al principio le hizo toser, pero pronto lo animó a beber. Al cabo de un rato se había reanimado lo suficiente para hablar y compartir su carne salada, aunque su rostro no perdía la palidez. No muy lejos, Ionn mordisqueaba unas briznas de hierba.

El poeta me miró con gratitud.

—Ha sido una prueba de fuego, hijo mío. Para la montaña y también para ti.

Corté una rodaja de carne.

—La mayor prueba todavía está por llegar. —Titubeé, casi temeroso de preguntar lo que más me preocupaba—. ¿Has visto a Hallia?

El poeta vaciló antes de responder finalmente:

—Sí. Yo... la vi.

—¿Está bien?

Con expresión lúgubre, sacudió su cabellera gris.

—No, Merlín. No está bien.

Tragué saliva.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, cuando empezó la erupción, yo estaba a bastante altura de la ladera, esperando a Bachod. —Hizo una pausa y se pasó una débil mano por la frente—. Habíamos quedado en encontrarnos allí. Se estaba retrasando y yo estaba cada vez más preocupado. La montaña de lava parecía estar despertando. De repente, llegó a lomos de una de esas criaturas infernales. ¡Sapos y culebras, fui un necio al confiar en él!

Hizo una mueca.

—Intenté escapar como pude, pero al final me acorraló al borde de ese precipicio. Torpe de mí, caí al vacío y apenas tuve tiempo de sujetarme al árbol. «La visión se debilita aunque la inquietud suscita.» Desmontó, desenvainó su espada y avanzó hacia mí..., cuando, de improviso, Hallia saltó desde el otro lado de la grieta. Al verla, Bachod soltó una imprecación y montó otra vez sobre el kreelix. Salieron volando, persiguiéndola ladera arriba.

Me quedé boquiabierto.

—¿Ladera arriba? Pero la lava...

—Ella sabía exactamente lo que hacía. Si lo hubiera conducido a un terreno más llano, habría encontrado menos lugares donde esconderse. Subiendo por la montaña, podía esquivarlo durante más tiempo, con lo que me proporcionaba un tiempo precioso.

—Salvaba tu vida a cambio de la suya —añadí amargamente—. Entonces, o Bachod la alcanzó, o lo hizo la lava.

—Eso me temo. Ninguno de ellos ha descendido. Pero supongo que Bachod ha

sobrevivido. Probablemente, me dejó por muerto y se dedicó a intentar salvar cuantos más de sus kreelix pudiera. Su escondite, estoy seguro, estaba en algún lugar de esos riscos.

Retorció un brote de sauce con los dedos.

—Lo siento, hijo mío. Lo siento muchísimo. No me sentía tan mal desde... que me separé de Elen.

El dolor de su voz pareció despertar un eco en mi interior. Permanecimos varios minutos sentados, en silencio, oyendo solamente nuestros pensamientos y las cantarinas aguas de la fuente. Más tarde, Cairpré me ofreció unas rodajas de manzana seca. Cuando me tragué el último bocado, le conté que había descubierto la verdadera voz de la Rueda de Wye, la pregunta que había decidido hacerle... y la respuesta incompleta. Su puño se crispó cuando le narré la destrucción del oráculo y también del *Galator*.

Al concluir mi relato, una ligera brisa sopló sobre nosotros, e hizo aletear mi túnica chamuscada.

—Si voy a enfrentarme a Valdearg, debo partir pronto.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo, hijo mío?

Me remojé la cara con un poco de agua fría.

—Sí. Aunque ojalá supiera qué hacer cuando llegue allí. Es decir, si consigo dejar atrás a Urnalda. Después de la manera como escapé de ella, probablemente querrá castigarme personalmente, antes de entregarme a Valdearg.

El poeta partió en dos una rodaja de manzana.

—He estado pensando en tu último enfrentamiento con ella. No tiene sentido que, siendo también ella un ser dotado de magia, utilizase el *negatus mysterium* contra ti.

—¡Me considera un archienemigo de su pueblo! O, por lo menos, su única defensa contra el dragón. Y le sobra arrogancia para utilizar contra mí cualquier arma que tenga.

Cairpré frunció el entrecejo, pero no dijo nada.

—Ojalá hubiera algún modo de convencer a Valdearg de que no debería luchar conmigo, sino con Bachod, el hombre que mató a sus crías, y con Rhita Gawr, quien lo hizo posible.

El poeta mordisqueó el fruto desecado.

—Los dragones son difíciles de convencer, hijo mío.

—Lo sé, lo sé. Pero podría ser mi única posibilidad de impedir que lo arrase todo. Está claro que no puedo derrotarlo en un combate. No sin el *Galator*.

—Es posible que la rueda, como la mayoría de los oráculos, quisiera decir más de una cosa con lo que dijo.

Me incliné hacia él, interesado.

—¿A qué te refieres?

La mirada del poeta remontó los acantilados, donde ahora relucían combinados los ríos de lava y la luz del sol poniente.

—Lo que dijo —respondió lentamente— fue que los poderes del *Galator* estaban muy cerca. Eso podía significar que el *Galator* propiamente dicho estaba cerca, como en efecto lo estaba. Pero también que *sus poderes* estaban muy cerca. Más de lo que imaginas.

Se acarició el mentón.

—¿Crees que eran mayores que el poder que volvió a reuniros a ti y a Ionn después de tantos años? ¿Más que el poder que te confirió la fuerza para cargarme a

través de aquellas llamas?

—No lo sé. Sólo sé que voy a necesitar hasta el último poder que encuentre. —Tras inspirar pesadamente, monté sobre el lomo del corcel. Ionn sacudió enérgicamente la cabeza, como si adivinara mi orden—. Cabalguemos, amigo mío. ¡A la tierra de los enanos!

28
Al galope

Recorrimos al galope el estrecho valle y nos internamos en la noche. Los enormes cascos de Ionn retumbaban en mis oídos, recordándome la montaña en erupción de la que habíamos huido. Mientras batían sobre las piedras, serpenteando entre los altozanos, la negra crin ya no relucía con el reflejo de la lava. Cuántas veces, de niño, me había agarrado a esa misma crin... Me pregunté si este viaje, en el que salimos de un incendio para meternos en otro, sería el último para nosotros.

El aire, frío como el primer aliento del invierno, se precipitó sobre mí. Brotaron lágrimas de mis ojos inútiles y bañaron mis mejillas. Aunque me dije que eran por el viento, sabía que también eran por el recuerdo de las numerosas caras que nunca volvería a ver. Cairpré. Rhia. Mi madre. Y otra cara, llena de inteligencia y sentimiento, con unos ojos castaños que brillaban como estanques de luz líquida.

Mientras Ionn galopaba, volví la vista atrás, hacia los riscos verticales, veteados de franjas de luz anaranjada. Me estremecí al pensar que, en algún lugar de aquella cima, yacía el cuerpo sin vida de una cierva. Nunca sabría si Hallia había sido destruida por el kreelix o por la erupción de lava. No proporcionaba consuelo alguno imaginarme que ella ahora, al menos, se había reunido con su hermano.

Ante nosotros, los últimos rayos del crepúsculo se desvanecieron, y aparecieron varias escenas temblorosas: un árbol retorcido aquí, un par de peñascos ladeados allá. Más allá, pesadas nubes de ceniza, más oscuras que la noche misma, se elevaban hacia el cielo. Los retumbantes acantilados pronto desaparecieron de la vista, ocultos por los altozanos, que también empezaron a escasear a medida que el valle se ensanchaba. Al cabo de un tiempo, unos pequeños prados de recia hierba sustituían a los mezquinos montículos de hierba que hasta ahora se intercalaban con las piedras. El valle desembocaba en una extensión de praderas ondulantes que, como yo sabía, constituían los límites orientales del Llano Herrumbroso.

Mis brazos rodeaban el ancho cuello de Ionn, mientras mis piernas presionaban su jadeante pecho. Galopando, galopando, atravesamos la llanura. La noche se cerró sobre nosotros. Aparte de algún ocasional aullido de lobo a lo lejos, los únicos sonidos eran el incesante batir de los cascos del corcel y el continuo fuelle de su respiración. En un par de ocasiones estuve a punto de quedarme dormido, pero desperté con un sobresalto justo antes de caerme del caballo.

Cuando las primeras luces del alba salpicaron las hierbas, Ionn relinchó y torció hacia el norte. Minutos después, divisé la centelleante superficie de un arroyo con varios brazos, más adelante. Ionn redujo la marcha al trote y luego se detuvo caracoleando junto a la orilla del agua. Entumecido, desmonté. Me acerqué al río con pasos inseguros y hundí la cabeza entera en el agua. A pesar de la gélida agua que circulaba sobre mis orejas, aún podía oír el ruido de cascos.

Bebimos hasta saciarnos. Al final, levantamos la cabeza al unísono. Mientras yo me estiraba para relajar el cuello y la espalda, Ionn se puso a retozar un poco, como si se sacudiera el cansancio de los huesos. Lo conduje hasta unas hierbas altas, pero sólo me siguió a regañadientes. Me di cuenta de que, igual que yo, sabía que se nos acababa el tiempo. Sólo después de verme arrancar unas moras mustias de las zarzas

de la orilla se tomó él también tiempo para comer. Al poco rato, me empujaba suavemente el hombro con el hocico para que volviera a montar.

Proseguimos la marcha. La llanura ascendía y descendía en suaves ondas, teñida por los tonos amarillos y pardos del otoño. Siguiendo la trayectoria del sol por el cielo, nos dirigimos hacia el oeste. Cuando las crestas de los montes envueltos en niebla aparecieron por el horizonte, la luz del atardecer pintaba la hierba. La llanura se extendía ante nosotros y yo seguía escrutando el panorama, en busca de las orillas cubiertas por la bruma del Río Incesante. Allí se encontraba la frontera del reino de los enanos.

Pese al golpeteo constante del lomo de Ionn contra mí, en todo momento era consciente del vacío que ocupaba mi pecho. ¡Lo que daría por volver a sentir mis viejos poderes circulando por mis venas! Por volver a empuñar la caña de mi cayado.

¿Existía alguna posibilidad de convencer a Urnalda para que me devolviera los poderes perdidos? Hice una mueca, pues conocía la respuesta. Si ya no me creía antes de que la humillara —escapando de entre sus garras—, seguro que ahora tampoco me creería. Su ira hacia mí rivalizaría sin duda con la del dragón. Además, no creía que ella fuera capaz de revertir la situación en ningún caso. Al margen de las dudas de Cairpré, sentía en mi interior que los poderes habían sido destruidos para siempre, no menos que el propio *Galator*.

La pradera parecía prolongarse eternamente. Finalizó otro día, señalado por otra puesta de sol. Seguimos cabalgando hasta bien entrada la noche, sin una luna que nos alumbrara el camino. Notaba la tensión de los músculos de Ionn, forzados a seguir corriendo. A mí también me dolían los hombros y la espalda; la cabeza me daba bandazos por la extenuación y el mareo.

En algún momento, pasada la medianoche, un nuevo ruido de movimiento se unió al del viento. El terreno descendió bruscamente. De pronto, el corcel relinchó y giró sin previo aviso. El pánico se apoderó de mí, al mismo tiempo que el temor a que Ionn hubiera tropezado. Después, una fría ola azotó mi pierna derecha y me salpicó el mismo lado de la cara.

¡El Río Incesante! Con su imponente corpachón oponiéndose a la corriente, Ionn se internó en el cauce. Volví la cabeza y vi con mi segunda visión los irregulares montículos que se alineaban en la orilla detrás de nosotros. Aunque apenas pude captar una vaharada del hedor de la carne podrida, me bastó para revivir el recuerdo de los huevos aniquilados... y de la última de las crías. En algún lugar próximo, lo sabía, su inmenso cuerpo yacía descomponiéndose. Y no muy lejos yacía el cuerpo de Eremon, debajo de un túmulo de piedras del río. Ionn seguía avanzando por las impetuosas aguas entre oleadas de espuma, pero no lo bastante rápido para mí.

Por fin, el corcel llegó a la orilla opuesta y sus cascos se hundieron en el barro. Su pelaje cubierto de espuma refulgía intensamente a la luz de las estrellas. Le acaricié el cuello.

—Descansemos, viejo amigo. Lo necesitas tanto como yo. Pero no aquí. Busquemos un lugar apartado río abajo, donde no sea probable que nos molesten ni enanos ni dragones.

Momentos más tarde llegamos a una mata de olorosos helechos. Desmonté y me dejé caer al suelo. Vi unas setas comestibles, pero estaba demasiado cansado para comérmelas. Con la espalda encorvada y la cabeza entre las piernas, me quedé dormido con un sueño inquieto. Soñé que corría por un interminable campo en llamas, sin posibilidad alguna de descansar, ni de escapar.

El sol ya estaba alto en el cielo cuando el hocico de Ionn me humedeció la

mejilla. Me desperté sobresaltado. Fuera por haber sudado en mi sueño o por la humedad del aire, mi túnica estaba empapada. Y era casi mediodía. Nos esperaba casi medio día de viaje, lo recordaba bien de mi primera carrera como ciervo. Tras un breve almuerzo de setas para mí y tallos de helecho para Ionn, nos pusimos en marcha una vez más.

Cabalgamos a través de prados y bosques de cedros, siguiendo la escalinata de mesetas hasta el corazón del reino de los enanos. A medida que el sol empezó a descender, el aire se fue cargando de humo y las señales de incendios recientes eran cada vez más frecuentes. Alerta por si aparecían enanos, escudriñé los campos achicharrados y las piedras calcinadas que habían sustituido a las verdes tierras que bordeaban el río. Ni rastro de ellos. Y sin embargo...

El sol poniente derramó su luz carmesí sobre el terreno en el momento en que una alta colina en forma de pirámide aparecía ante nosotros. El lugar donde se posaría Valdearg.

—Allí —le señalé a Ionn—. Ahí es donde debemos ir. Pero mira por dónde pisas. Los enanos pueden...

En ese instante, el aire se llenó de gritos tumultuosos. De detrás de peñascos y arbustos, de dentro de trincheras y gargantas saltó un ejército de achaparrados guerreros. Empuñando sus lanzas y blandiendo sus espadas, formaron una línea entre nosotros y la colina. Ionn inclinó las orejas hacia adelante. Acelerando su galope, se precipitó directamente hacia ellos.

Cuando nos acercábamos, más enanos se incorporaron a la barrera, y sus barbas y yelmos relucían en rojo a la luz del atardecer. Ahora formaban de cuatro en fondo. Por bajitos que fueran, se mantenían firmes como robles plantados en nuestro camino. Mas el corcel no redujo la velocidad.

Del centro de la fila saltó una enana barriguda que llevaba un sombrero cónico y una capa negra.

—¡Alto! —gritó Urnalda, con su capa formando un remolino a su alrededor—. ¡Yo te lo ordeno!

Ionn se limitó a galopar con más energía. Me incliné sobre su cuello, taladrando con la mirada los ojos de la hechicera que me había robado mi única esperanza.

Segundos antes de que los grandes cascos la pisotearan, Urnalda alzó su cayado, como si se dispusiera a detenernos por arte de magia. Pero antes de que se decidiera, Ionn cambió bruscamente de dirección, y giró a la derecha. No sé cómo conseguí mantenerme montado. Se abalanzó hacia la parte menos nutrida de la fila y, con un poderoso salto, pasó volando sobre las cabezas de los estupefactos enanos.

Pronto sus airados gritos se desvanecieron a nuestras espaldas. La colina en forma de pirámide estaba cada vez más cerca. De repente, sin previo aviso, un violento fragor hizo vibrar el aire.

29
Lucha hasta el final

Como un corrimiento de tierra celeste, el fragor retumbó en las alturas, dejándonos a Ionn y a mí aturdidos, y haciendo temblar la tierra bajo nuestros pies. Un afloramiento de roca que se erguía en la cúspide de la colina piramidal se desprendió y rodó estrepitosamente por la ladera. Ionn interrumpió su galope y retrocedió, mientras ambos volvíamos la cabeza en dirección al origen del ruido.

Valdearg, con las alas desplegadas, se lanzó en picado sobre nosotros a una velocidad increíble. Su cuerpo reflejaba los rayos del sol poniente y, al principio, parecía un coágulo carmesí recortándose contra el cielo cargado de humo, pero pronto fueron visibles las escamas blindadas, verde y naranja, a lo largo de su cola y de sus alas. Después, cuando se ladeó para virar, sus terribles garras centellearon vivamente. Cada vez estaba más cerca, hasta que pudimos verle las amarillas ascuas de sus ojos.

Unas sinuosas columnas de humo brotaban de sus ollares dilatados. Debajo del hocico, las escamas estaban tan ennegrecidas que parecían un grueso bigote. Unas inmensas losas de carbón colgaban de los bordes de sus orejas anaranjadas, y se desprendían escamas cada vez que las orejas giraban. En varias de sus garras había unos bultos negros que parecían nudillos. «Más trozos de carbón», pensé al principio. Hasta que la verdad me golpeó como un mazazo: eran cráneos, calcinados por el fuego de la ira del dragón, que lucían como sendos anillos decorativos.

Como inmersos en un trance, no nos movimos mientras el dragón descendía. El fragor nos envolvió a oleadas. «Si el propio cielo se hubiera rasgado, —pensé—, el ruido no podría ser mayor.» Estaba equivocado. Planeando directamente hacia nosotros, el monstruo abrió sus cavernosas fauces. Una hilera tras otra de dientes afilados como dagas destellaron bajo la luz rojiza. El colosal pecho se onduló y se contrajo, liberando un rugido explosivo tan fuerte que casi me derribó del lomo de Ionn.

El rugido rompió el trance; por suerte, pues lo acompañaba una enorme y fluctuante lengua de fuego. Ionn relinchó y brincó para apartarse de allí. El fuego achicharró el suelo justo detrás de nosotros, agrietando hasta las rocas con su calor. La llamarada chamuscó mi espalda y el flanco de Ionn, que se alejaba al galope.

—¡Deprisa! —grité—. ¡Detrás de la colina!

El corcel enfiló hacia la colina piramidal en el momento en que otro rugido ensordecedor atronaba nuestros oídos. Ionn apenas tuvo tiempo de cubrirse detrás de un peñasco en forma de inmenso puño, antes de que nuevas lenguas ardientes nos rodearan como un torrente desbordado. Mientras nos arrimábamos a la seguridad de la muralla de piedra, unos dedos de fuego se curvaron por arriba y por los lados, abrasando todo lo que tocaban. Sólo el grosor del peñasco nos salvó de quedar reducidos a montoncitos de ceniza.

Las llamas apenas se habían disipado cuando asomé cautelosamente la cabeza para averiguar el paradero del dragón. ¡Acababa de posarse! Plegó las alas sobre la espalda y reptó por el suelo con su titánica mole, casi tan grande como la propia colina. Extrañamente, no se volvía hacia nosotros, sino hacia un lado. Como en una

revelación, comprendí por qué.

Di una palmada en el cuello a Ionn y el corcel emprendió el galope hacia el extremo de la colina. En ese instante, la monumental cola del dragón se desenrolló. Como un pavoroso látigo, con la punta erizada de púas restallando, la cola hendió el aire y se estrelló contra el peñasco en forma de puño, lanzando pedazos de roca en todas direcciones. Sobre nosotros, cayó una lluvia de esquirlas cuando alcanzábamos el borde de la colina.

—¡Nieto de Tuatha! —La voz del dragón, más profunda que el trueno, tronó sobre la colina—. ¡Has matado a mis hijos!

Cuando Ionn se disponía a rodear la colina, me incliné sobre su cuello.

—Espera. Tengo que contestarle.

Aunque redujo la marcha hasta el trote, el corcel lanzó un fuerte relincho, sacudiendo la cabeza con energía.

—Tengo que hacerlo, Ionn.

Volvió a protestar.

Le acaricié el cuello tristemente.

—Tienes razón, es una locura que ambos retrocedamos. Espera, voy a desmontar, así por lo menos tú podrás ponerte a salvo.

Antes de que pudiera levantar la pierna, Ionn reculó, y me obligó a aferrarme con más fuerza a su crin. Giró sobre sus cuartos traseros, volvió el morro hacia mí y me inspeccionó con un oscuro ojo. Tras resollar con desesperación, regresó trotando al borde de la colina.

A horcajadas sobre su lomo, me asomé furtivamente por las abrasadas piedras. Inspiré con profundidad y llamé a Valdearg con toda la potencia de mis pulmones.

—¡Valdearg! ¡Tu rabia arde profunda, gran dragón! Pero tienes que escucharme. ¡Yo no maté a tu descendencia! —Esperé que cesara la oleada de temblores—. Fue otro hombre... que sirve a Rhita Gawr. Fue él quien trajo a los kreelix, devoradores de magia, otra vez a nuestra tierra. Su nombre es...

Un chorro de llamas me cortó en seco y me obligó a protegerme detrás de las rocas.

—¿Cómo osas negar tu crimen? —La voz de Valdearg hacía vibrar el aire, mientras su cola golpeaba pesadamente el suelo—. ¡Tu malvado abuelo no intentó en ningún momento esconderse de sus fechorías! No mereces llamarte mago.

El vacío de mi pecho se hizo casi palpable. Sumido en lúgubres pensamientos, conduje a Ionn hasta el borde de la colina.

—Lo que dices es verdad. No lo merezco. Pero yo no maté, no maté a tus hijos.

Los ojos amarillos del dragón relampaguearon. El humo brotó de sus fosas nasales.

—Y yo no he venido a oír tus discursos sobre kreelix y Rhita Gawr. Acabé hace una eternidad con el último de los kreelix, fue combate a muerte. ¡Su muerte, no la mía! Ahora haré lo mismo contigo. Y tú morirás nueve veces, una por cada uno de mis hijos asesinados.

—¡Te aseguro que yo no los maté!

—¡Mentiroso! ¡Deben ser vengados!

Dicho esto, otro rugido sacudió los cielos cargados de humo, el suelo calcinado y todo lo que había entre ambos. La mastodóntica cola subió y descendió sobre mí. Ionn no necesitó mi orden para echar a correr. La cola se estrelló de lleno contra la ladera de la colina, levantando una nube de rocas desmenuzadas. Me volví justo a tiempo para ver que una enorme roca, lo bastante pesada para aplastar a una docena

de personas, se desplomaba sobre la sección media de la cola. Golpeó las verdes escamas y cayó inofensivamente a un lado.

Ionn galopaba con toda la fuerza de sus músculos, intentando interponer la máxima distancia posible entre nosotros y Valdearg. Cuando nos aproximábamos al otro extremo de la colina, miré de reojo por encima del hombro en el momento que la enorme cabeza se hacía visible. Los ojos del dragón, brillantes como soles bajo la menguante luz, me atravesaron con su odio. Brotaron nuevas llamas. El fuego impactó en los cascos de Ionn en el momento que nos ocultábamos detrás de la loma.

Utilizando la colina como escudo, esquivamos un ataque tras otro. Ionn corría de un lado a otro, moviendo las patas sin parar, con las orejas orientadas hacia el menor ruido. Pues, aunque no podíamos ver a nuestro agresor detrás de la colina, sí oíamos cómo maniobraba, rugía o golpeaba las rocas con su enorme cola. Si su vasta mole reptaba hacia un lado, nosotros nos precipitábamos hacia el otro. Nos deteníamos, sin resuello, cuando dejábamos de oírlo, y reanudábamos el galope en cuanto daba señales de vida.

La persecución se prolongó hasta bien entrada la noche. En una ocasión, Valdearg intentó remontar el vuelo, con la esperanza de sorprendernos en la oscuridad, pero incluso entonces lo delató el ruido de sus alas. Pese a todo, yo sabía que, con tiempo suficiente, nos alcanzaría con toda seguridad. Era inevitable que Ionn acabara cometiendo un error, tropezando o interpretando mal los ruidos. Y un error era cuanto necesitaba el dragón. ¿O simplemente estaba jugando con nosotros, prolongando el momento de su venganza?

Cuando los primeros rayos del amanecer acariciaron la ladera, bañando las rocas con una capa de oro, advertí que Ionn se estaba agotando. De sus labios y su crin colgaban burbujas de sudor; los músculos de sus hombros temblaban incontrolablemente. Corría con gran esfuerzo, sin apenas levantar los cascos del suelo.

¡Ojalá pudiera hacer yo algo más que aferrarme al cuello de este bravo corcel! Pero ¿qué? La profecía había pronosticado un combate terrible, librado hasta el fin. Mas, ¿qué clase de combate era éste? Era una simple persecución... con un desenlace inevitable.

Durante un rato, mientras el sol se elevaba por encima del horizonte, Valdearg no se movió. Después, repentinamente, empezó a reptar por encima de las piedras, aplastándolas con su peso. Enseguida, Ionn brincó en dirección contraria. Rodeó la esquina al galope y luego se detuvo tan bruscamente que me estrellé contra su cuello erguido y casi salí despedido por las orejas. ¡Nos encontramos frente a frente con Valdearg! El ruido que habíamos oído debió de proceder de un desprendimiento de rocas al rebotar por la ladera.

Ionn reculó, coceando salvajemente. Pero en el mismo instante, la monstruosa cola nos alcanzó. Las púas de la punta rodearon mi pecho en el acto, aplastándome las costillas, y luego me levantó en el aire. En un abrir y cerrar de ojos, me encontré suspendido ante el hocico de Valdearg.

Una vaharada de aire caliente me abrasó cuando el dragón lanzó un gruñido de desagrado. Con una voz tan potente como sus fauces abiertas, preguntó en tono imperioso:

—¿Por qué no luchas conmigo, joven mago? ¿Por qué sólo huyes?

Casi incapaz de respirar, y mucho menos de hablar, dije con voz ronca:

—No tengo... poderes.

—¡Tienes poderes suficientes para asesinar a crías cuando aún están dentro del

huevo! —Los ojos amarillos parecían ascuas—. Bien, nieto de Tuatha, ya no escaparás más.

—Debes... creerme —protesté—. Yo no... lo hice.

—¿Empiezo arrancándote a mordiscos un miembro tras otro? —Sus labios morados se separaron, mientras extraía uno de los cráneos de sus garras alzadas. Cerró las mandíbulas y trituró la calavera hasta reducirla a polvo—. No, tengo una idea mejor. Primero te asaré.

El gruñido creció, acumulándose en las profundidades de su pecho. Se fue haciendo cada vez más audible, mientras las llamas empezaban a lamer sus ollares. Al mismo tiempo, la presión de la cola a mi alrededor se intensificó. El oxígeno ya no llegaba a mis pulmones. La sangre ya no llegaba a mi corazón. Las mandíbulas se abrieron de par en par y una avalancha de fuego se precipitó hacia mí.

De repente, Valdearg irguió las orejas y ladeó la cabeza ligeramente. Las llamas me pasaron rozando, chamuscándome las botas pero nada más. Valdearg soltó un inesperado grito de sorpresa y su cola me soltó. Caí al suelo con un golpe seco. Ionn corrió a mi lado mientras yo boqueaba en busca de aire. Rodeé con un brazo el cuello del corcel, luchando por incorporarme... y por ver qué había distraído al dragón.

Aproximándose por el terreno calcinado, medio a saltitos, medio revoloteando, vimos una criatura realmente extraña. Al principio, lo único que vi fue una figura desgarbada, tambaleándose como un plantón flagelado por la tormenta. Luego, distinguí un iridiscente destello morado, un arrugado pliegue de piel correosa y un par de huesudos hombros. Y, encima de la cabeza sostenida por un larguirucho cuello bamboleante, un par de orejas, una de ellas inclinada y tiesa como un cuerno mal situado.

¡La cría de dragón! ¡Había sobrevivido!

Su padre se volvió como una exhalación, casi barriéndonos a Ionn y a mí con la huesuda punta de su ala. Avanzó pesadamente hasta la cría y se detuvo justo delante de ella. Su vientre retumbaba con un murmullo continuo, casi como el ronroneo de un gato descomunal, cuando apoyó el morro en el suelo.

Con cautela al principio, luego gimoteando excitadamente, la cría de dragón dejó que el cálido aliento de su progenitor recorriera sus escamas. Durante un momento se miraron mutuamente, y el resplandor amarillo de los ojos de adulto se fusionaba con el brillo anaranjado de los de la cría. Finalmente, él desplegó sus inmensas alas para que ella pudiera encaramarse. Luego, dobló los pliegues para rodearla como una manta y se acercó la cría a la cara. La pequeña lanzó un gritito contenido y se acurrucó contra él.

El dragón estiró el cuello y levantó la colosal cabeza. A los cielos se elevó un sonido distinto a cualquier otro que se hubiera oído en Fincayra desde los tiempos más remotos, desde el nacimiento del propio *Alas de Fuego.* Era una mezcla de notas graves y retumbantes con tonos agudos, resonantes y escalonados que volaron hacia el cielo con la gracia de unas flechas. Era una melodía compleja, un tapiz mágico tejido con el conocimiento ancestral de generaciones de dragones. Era, más que nada, un canto de celebración.

Ionn y yo escuchamos extasiados la canción de Valdearg, que se prolongó durante más de una hora. La cría, acurrucada en una apretada bola en el ala de su padre, asomaba el morro de vez en cuando. Su oreja, tan aguerrida como siempre, seguía tiesa y ladeada. Parecía escuchar la canción con la misma atención que nosotros, pero con una comprensión innata muy superior.

Al cabo, el gran dragón bajó la cabeza. Moviéndose con la potencia de una

enorme ola elevándose por encima del mar, su cuello se volvió hacia mí. En cuanto su mirada se encontró con la mía, el hechizo de su canción desapareció. El miedo recorrió mi cuerpo como una riada. ¡Volvía a buscarme! Salté sobre el lomo de Ionn y me agarré a su crin, dispuesto a huir de nuevo.

En ese momento, la cría de dragón lanzó un chillido. El penetrante grito me detuvo, lo mismo que a su padre. Las orejas anaranjadas del adulto giraron sobre su eje; sus labios se curvaron por el desconcierto. La cría volvió a chillar, esta vez aleteando frenéticamente con sus pequeños apéndices. El padre gruñó y luego guardó silencio, mientras la pequeña emitía una serie de gorjeos agudos.

Al final, los ojos amarillos de Valdearg se volvieron hacia mí.

—Al parecer, joven mago, parte de lo que me has dicho era verdad. —Una oscura nube de humo brotó de sus ollares—. Tú no eres el hombre que asesinó a mis hijos.

Ionn agachó la cabeza y empezó a piafar con alivio. Le di una palmadita en un lado del cuello.

—Pero parte de lo que me has dicho era mentira: que no tienes poderes. Mi hija dice lo contrario. —Me miró con evidente afecto—. Dice que la salvaste con tu magia.

Negué con la cabeza.

—No con mi magia. Con mis hierbas, que es distinto.

—No tan distinto como crees. —Su enorme cola se alzó y rodeó su cuerpo, formando un nudo de escamas naranja y verdes que centelleaba bajo la luz del sol—. Pues se llame como se llame, esa magia me ha devuelto a mi hija.

30
Cuando los elementos se funden

Un agudo chillido atravesó el aire. Como Valdearg, la cría e Ionn, miré hacia arriba. Y en ese instante, mi sangre se heló en las venas.

No un kreelix, sino muchos —por lo menos una docena— se precipitaban sobre nosotros, surgiendo de las cenicientas nubes. Sus fauces abiertas dejaban al descubierto sus mortíferos colmillos. Y sobre el lomo del cabecilla montaba la encorvada figura de Bachod, con su cabello blanco ondeando al viento.

Bachod hizo una seña a los kreelix. Flexionando sus alas de murciélago, se desplegaron inmediatamente en un amplio abanico. Con una serie de alaridos capaces de reventar los tímpanos, se lanzaron en picado. Ionn relinchó y resolló, golpeando enfurecido el suelo con sus cascos. Mi espada resonó valientemente cuando la desenvainé, aunque conocía bien sus limitaciones frente al *negatus mysterium.* En un instante, los kreelix caerían sobre nosotros.

De pronto, la cola de Valdearg se desenrolló y subió como un rayo. El monstruoso látigo restalló cuando alcanzó a uno de los kreelix. La bestia lanzó un alarido y cayó del cielo sin vida.

Como un furioso enjambre de avispones, los kreelix restantes convergieron sobre el dragón, se lanzaron en picado y planeando, con los colmillos desnudos, intentando acercarse lo suficiente para morder. Pese a su gran tamaño, el dragón se movía con vertiginosa rapidez; giraba, rodaba sobre sí mismo y flagelaba con su cola. Pero mientras permaneciera en el suelo, los kreelix jugarían con ventaja. Al principio me pregunté por qué no remontaba el vuelo, ya que entonces tendría la misma movilidad que ellos.

Luego me acordé: la cría. ¡La estaba protegiendo! Se acurrucaba entre los pliegues del ala, a salvo por el momento. Pero mientras la cubriera con un ala doblada, el dragón no podría volar. Y en el suelo era mucho más vulnerable.

Ionn avanzó unos pasos, relinchando nerviosamente, mientras contemplábamos la visión. Aunque blandí mi espada y grité para llamar la atención de Bachod y los kreelix, no me hicieron el menor caso. Nada de lo que hice los distrajo del dragón y de los latigazos de su cola. La sensación de vacío de mi pecho era más poderosa que nunca.

Las palabras de la profecía de *El ojo del dragón* resonaron en mi mente: «Ya nada lo detendrá salvo, acaso, un enemigo descendiente de enemigos vencidos largo tiempo ha.» Una nueva comprensión se abrió paso en mi mente. ¡Tal vez, la profecía nunca se refirió a mí! ¡Tal vez, el antiguo enemigo del dragón, el que lo mataría o moriría intentándolo, era un kreelix!

Pero, en ese caso, ¿qué significaba el resto de la profecía? ¿Perecerían todos los kreelix o sólo unos cuantos? ¿Y qué sentido tenía la frase «un poder aún mayor»? Algo capaz de fusionar elementos bruscamente: aire con agua, agua con fuego...

Rugiendo y escupiendo llamas, Valdearg seguía repeliendo a sus atacantes. Sus ojos, prácticamente ardiendo, parecían estar en todas partes a la vez. La tierra se estremecía bajo nuestros pies con cada bandazo de su cola. El polvo y el humo se elevaban hacia el cielo. Su ala libre batía constantemente el aire por encima de la otra

doblada sobre la cría acurrucada. En todos sus días de terror, lo supe con seguridad, *Alas de Fuego* nunca había sido más digno de su nombre.

Ahora tres kreelix humeantes yacían en el suelo en sendos amasijos de carne quemada. Los restos de otros dos, alcanzados por la cola, habían sido pisoteados durante la refriega. Aun así, todavía quedaban vivos siete kreelix, incluyendo el que montaba Bachod. Descendían y se elevaban, buscando siempre una ocasión de clavar sus colmillos en alguna parte, cualquier parte que no estuviera protegida por escamas. El objetivo más expuesto, advertí de pronto, era el ala. Doblada y tensa sobre su hija, los correosos pliegues del ala quedaban al descubierto.

Quizá, con la inmensa masa del dragón, se necesitaba más de una herida para destruirlo. La idea encendió una chispa de esperanza en mí. Después, me mordí el labio, recordando la advertencia de Cairpré, que incluso el menor contacto con el colmillo de un kreelix acabaría con el poder —además de con la vida— de cualquier criatura mágica, por grande que fuera.

A una orden de Bachod, todos los kreelix se retiraron de golpe y se elevaron hasta que sólo eran diminutos puntos negros entre jirones de humo. A duras penas logré verlos adoptando una nueva disposición en forma de punta de lanza. Segundos después, bramaron al unísono y se lanzaron en picado sobre su enemigo. En lo más profundo de mi ser, supe que apuntaban al ala de Valdearg. Y bastaba con que uno solo de ellos diera en el blanco. La cría de dragón, intuyendo lo mismo, gimoteó y se acurrucó aún más entre los pliegues del ala.

Mientras los kreelix se precipitaban sobre Valdearg, que ahora no parecía tanto un monarca colérico como un padre protector, lanzó un rugido desafiante. Preparándose para el ataque, volvió su enorme cabeza hacia mí. Durante una fracción de lo que dura el latido de un corazón, nos escrutamos mutuamente. Mas, ni por la brevedad del instante, podría haberme perdido la expresión que jamás había visto en aquellos ojos llameantes: el reflejo del miedo.

Retorciendo la crin de Ionn con las manos, me estrujé los sesos para pensar en algo, en lo que fuera, que me permitiera ayudarlo. Pero ¿qué? En cuestión de segundos, los kreelix llegarían a su objetivo.

La cría de dragón gimoteó, y se encogió aún más debajo del ala. ¿Cómo había revivido?, me pregunté. ¿Era posible que yo le hubiera dado realmente algo más potente que las hierbas de mi talega?

Sin pensar, metí la mano en la talega. Me pinché un dedo con algo puntiagudo. ¡La cuerda de mi salterio! ¿Qué había dicho Cairpré que podría hacer algún día? «Una magia superior, como nada que hayas conocido antes.» Saqué la cuerda, deformada y ennegrecida por los ígneos conjuros de Urnalda. ¿Podía producir magia incluso así? ¿De unas manos que no poseían magia propia?

Alcé la vista. Con las alas comprimidas contra el dorso, los kreelix caían a plomo. Ahora pude ver a Bachod montado sobre el cabecilla, la punta de la lanza. Y a su alrededor divisé siete bocas que ladraban, siete juegos de colmillos.

Con desesperación, pulsé la cuerda. Emitió un tañido, desprendiendo una nubecilla de hollín... y regresó al silencio. No oí música. No percibí magia.

Después, procedente del mismo aire que me rodeaba, oí una voz.

Era Rhia, evocándome: *Recuerda toda la vida que te rodea y toda la vida que hay en ti.* Después, uniéndose a ella, oí la antigua voz chirriante de la piedra viva: *¿Qué extraña magia es esta que hay en ti, jovencito?¿Cómo puedes resistirte a mí? El poder de una piedra brota de todo lo que la rodea, todo lo que conecta.* La arpía Domnu intervino: *Amorcito* —declaró—, *percibo magia en ti incluso en este*

momento. Finalmente, la sonora voz de Eremon me llamó: *Tienes poder, Merlín. Más poder del que imaginas*.

Toda la vida que hay en ti... Esta extraña magia que hay en ti... La siento incluso ahora... Más poder del que imaginas...

Los kreelix aullaron, a un segundo de su blanco. Vi que Bachod sonreía maliciosamente, con los ojos fijos en la abombada ala de Valdearg que protegía a la cría. La gran criatura rugió por última vez.

La voz de Cairpré se unió a las anteriores. *Busca la respuesta en tu interior, hijo mío.* Entonces oí las innumerables voces, fusionadas en una sola, de la Rueda de Wye: *Eeeeesos podeeeeeres estáaaaan muy ceeeeerca.*

Se me ocurrió una idea demoledora. ¡Tal vez nunca perdí mis poderes! ¡Tal vez Urnalda se limitó a hacerme creer que sí! Y sin embargo..., aunque todavía tuviera mi magia, ¿cómo podía utilizarla ahora? Los kreelix se limitarían a consumirla, a destruirla. Cairpré había dicho que la magia, aplicada directamente, era inútil. Que la mejor arma era algo indirecto. ¿Cómo era la frase? «Algo tan corriente, y a la vez tan poderoso, como el mismo aire.»

¡El mismo aire! En el momento en que Valdearg flexionaba la cola para golpear a todos los kreelix que pudiera, mi mente repasó como una exhalación las numerosas virtudes del aire: portador del aliento, del viento, de los ruidos, de los olores y del agua.

¡Agua! ¿Había algún modo...?

La cola del dragón alcanzó a dos kreelix y los repelió dando vueltas por los aires. Pero falló con Bachod, quien ya sólo estaba a una fracción de segundo de golpear. Valdearg, incapaz de blandir su cola otra vez a tiempo, estaba indefenso.

Con todas mis fuerzas, deseé que el aire que rodeaba a los kreelix se enfriara. Que se helara. La cuerda de salterio que aún tenía en la mano resonó de improviso como una campana que tañera en mi pecho. El antiguo vacío se rellenó, sustituido por una creciente sensación de poder que supe que sólo podía ser el mío.

Concentrando todos mis pensamientos en el aire, intenté extraerle el calor. Al instante, el aire reverberó a mi alrededor y al de Ionn con una nueva calidez. Empecé a sudar, no tanto por el calor como por la tensión.

En el momento mismo del choque, el aire se transformó en una masa de hielo encima de Valdearg, encerrando a Bachod y al resto de los kreelix. No tuvieron tiempo ni de chillar, aunque la cabeza me dio vueltas durante un rato por la explosión escarlata de *negatus mysterium* liberado. El enorme bloque de hielo cayó directamente sobre el lomo del dragón, justo debajo de su ala plegada.

Cuando el hielo se estrelló contra el suelo calcinado, Valdearg bramó de ira y de dolor. Lanzó un chorro de llamas, tan calientes que el bloque helado estalló en una deflagración de siseante vapor y cuerpos achicharrándose. Segundos después, lo único que quedaba de los atacantes incinerados era un charco de agua, sangre y pelo, lamido por llamas chisporroteantes.

Ionn relinchó triunfalmente. Proyectando la cabeza hacia adelante, piafó y corveteó con alborozo. Por mi parte, desmonté y me acerqué al humeante charco. Mi mente estaba repleta de imágenes de elementos fusionados bruscamente. Pues el mismo aire se había convertido en agua, y el agua en fuego.

Un agudo chillido interrumpió mis pensamientos. Di un respingo, ya que sonó casi como un kreelix. En el acto comprendí que había sido la cría de dragón. Había salido de debajo del ala protectora, con la testaruda oreja todavía tiesa hacia un lado. Pero se me revolvió el estómago al ver su expresión de dolor. Y de nuevo al ver por

qué.

Valdearg, el emperador de los dragones, yacía inmóvil, con la cabeza apoyada en las patas delanteras. De sus fosas nasales no brotaba humo en sinuosas columnas y el retumbar de sus entrañas sonaba más débil, frágil y lejano que antes. Aunque sus escamas verdes y naranja seguían reflejando la luz, parecían haber perdido algo de su lustre. Pero lo más revelador eran sus ojos empañados. Seguían brillando, mas su luz parecía tan inestable como las temblorosas llamas que lamían el borde del charco humeante.

Ionn se situó a mi lado cuando me acerqué al dragón. Allí, al pie del ala que había protegido a la cría, vi un revelador rastro de sangre que manaba de una pequeña punción. Normalmente, un dragón no habría ni reparado en una herida de ese tamaño, pero ésta la había infligido el colmillo de un kreelix. La cría, lloriqueando suavemente, acarició el punto con una de sus flexibles alitas.

—Está agonizando —declaró una voz familiar.

Ionn y yo nos volvimos como el rayo. Allí, ante nosotros, vimos una cierva de grandes ojos. Su pelaje pardo estaba manchado de barro y sus patas presentaban varios arañazos y rozaduras. Sus orejas cubiertas de lodo se inclinaron hacia mí.

—Hallia —susurré a través del nudo que se había formado en mi garganta—. Creí que... Supuse que habías muerto.

—Me subestimas. —Lanzó un leve bufido, fingiendo sentirse ofendida—. Los ciervos conocen unos cuantos trucos para esquivar perseguidores, ¿lo sabías? Incluso a los kreelix. —Sus profundos ojos castaños me observaron—. Tú también conoces unos cuantos trucos, Merlín. Acabo de llegar, pero tuve tiempo de ver lo que has conseguido.

Me encogí.

—Y lo que no he conseguido. —Volviéndome hacia Valdearg, lo vi acariciando débilmente a su cría, que ahora yacía enroscada junto a su barriga— He recuperado mis poderes, pero demasiado tarde.

Me aproximé al dragón con paso solemne. El aire cálido me envolvía al ritmo de su entrecortada respiración. Sus ojos amarillos, ahora medio cerrados, giraron en mi dirección.

—Nieto de Tuatha —murmuró la gran criatura—, yo estaba equivocado. Mereces llamarte... mago.

Apoyé la lengua, reseca como la madera, en la cara interior de la mejilla.

Valdearg intentó levantar la cabeza, pero volvió a desplomarse.

—Ni los kreelix ni yo... hemos sobrevivido a esta batalla. Por lo menos, yo he tenido la alegría... de asarlos al final. —Una angustiada tos sacudió todo su cuerpo—. Pero ¿y mi hija? ¿Quién le enseñará... a alimentarse, a volar, a dominar su magia? ¿Quién... le indicará cómo encontrar mi cubil, nuestro hogar ancestral? ¿Quién la ayudará a conocer... el elevado destino de un dragón?

Deseando tener mi cayado para apoyarme en él, me revolví incómodamente antes de responder.

—Sé muy poco sobre dragones. Y menos sobre su magia, pero sí conozco el camino hasta tu cubil, y mi corazón se alegraría de conducirla hasta allí.

Miré de reojo a Hallia, que se había situado en la ennegrecida hierba, no muy lejos de la cría. Sus ojos, un par de radiantes círculos castaños y otro par de relucientes triángulos naranja, se miraban mutuamente, hechizados. Tal vez fuera la magia que compartían, o la experiencia común de pérdida, pero estuve seguro de que estos dos seres se estaban comunicando, hablando en alguna lengua silenciosa.

—A tu hija no le faltarán cuidados —prometí.

Los ojos del dragón brillaron con mayor intensidad y se apagaron rápidamente.

—Nunca he temido nada ni a nadie —declaró con voz ronca— hasta el día de hoy. Pero lo que temía durante la batalla no era un ataque de los kreelix, sino la muerte de mi pequeña. —Otro ataque de tos recorrió su cuerpo hasta las púas de la cola—. Y ahora..., ahora me descubro temiendo algo más.

—¿Qué?

—La muerte. ¡Mi propia muerte! Un dragón anhela la vida, la devora. ¡Se la traga a grandes bocados! No es fácil matarlo... y no muere tranquilamente. Se resiste... —Hizo una pausa, intentando ahogar la tos—. Hasta el fin. —Sus maliciosos ojos, ahora de color amarillo mate, me escrutaron con intensidad—. Pero ya no puedo seguir resistiéndome. Y ahora, joven mago, tengo... miedo.

Lentamente, me acerqué a la enorme cara. Extendí la mano para tocar la prominente ceja de aquel lado. Sin saber de dónde salían las palabras, dije:

—Sólo sigue la luz, *Alas de Fuego...* Ve hacia allí. Vuela hasta allí. Tu hija estará contigo. Y yo también.

Al oírlo, Valdearg exhaló el último aliento, acompañado por una última bocanada de humo. La luz de sus ojos se extinguió. Se cerraron para siempre.

31
Un poder aún mayor

Transcurrió un momento interminable. Permanecimos tan silenciosos como las abrasadas tierras que nos rodeaban, inmóviles como el dragón muerto. Sólo la cría se agitaba de vez en cuando, empujando con el morro el cuerpo sin vida de su padre.

Finalmente, Hallia se acercó a la cría de dragón. Mientras caminaba, su forma de ciervo se disolvió, sustituida por la de una robusta joven humana. Entretanto, sus apenados ojos permanecieron fijos en la cría. La cola de color malva de la criatura se desenroscó y golpeó ansiosamente el suelo. Hallia empezó a cantar una melodía lenta y tranquilizadora, llena de imágenes de verdes prados y arroyos bañados por el sol. Cuando llegó al lado de la cría, la cola ya no se movía. Con un único y grácil movimiento, la joven se sentó, sin dejar de cantar.

Sin perder un instante, Ionn y yo nos unimos a ellas. El corcel, con el negro pelaje resplandeciente bajo el sol de mediodía, inclinó la cabeza a modo de saludo. La cría de dragón —de la mitad de la altura de Ionn, aunque mucho más flaca— titubeó al principio, pero luego respondió del mismo modo. Mas cuando inclinó la cabeza, unas gotitas de color naranja nos rociaron a todos. Hallia y yo intercambiamos miradas, sabiendo que eran lágrimas.

Hallia dejó de cantar. Ladeó la cabeza y estudió a la criatura con simpatía.

—Tu pérdida es aún mayor que la mía, pequeña. Por lo menos, yo conocí bien a mi hermano. Tan bien que todavía escucho su aliento y sus pensamientos, casi antes de oír los míos.

Con cuidado, extendí la mano y acaricié la rebelde oreja de la cría. Aunque sobresalía, tiesa como una rama, más larga que mi antebrazo, era sorprendentemente blanda al tacto. El dragón gimoteó con suavidad y luego bajó el hocico hasta mis pies. Sin previo aviso, sujetó una de mis botas con las mandíbulas y tiró hacia sí, derribándome de espaldas cuan largo era.

Hallia sonrió.

—Te ha reconocido.

A pesar del dolor en la espalda, no pude evitar sonreír también.

—Creo que lo que mejor reconoce es mi bota. La utilicé para darle de comer el día en que nos conocimos.

La cría de dragón volvió a tirar de mi bota hasta descalzarme. Confirmé que se trataba de la bota que a mí también me había mantenido ocupado hacía mucho tiempo, cuando fui al cubil de su padre. Antes de que pudiera recuperarla, la cría echó la cabeza hacia atrás y se la tragó entera. Proferí un grito, pero era demasiado tarde. La bota desapareció.

Ionn lanzó un relincho que parecía una espontánea carcajada. De pronto, se puso rígido y echó las orejas hacia adelante. Después, giró la cabeza y golpeó el suelo repetidamente con los cascos. Hallia se puso en pie de un brinco. Ambos seguimos la mirada del corcel.

Un grupo de siluetas achaparradas se aproximaba a la esquina del borde de la colina piramidal. Sus escudos y petos centelleaban bajo el sol. En el centro del grupo avanzaba una enana que empuñaba un cayado y se cubría la mata de díscolo cabello

pelirrojo con un gorro picudo. Urnalda.

La ira me hizo hervir la sangre, pero contuve mi lengua. A pesar de haber perdido una bota, eché los hombros hacia atrás y me erguí en toda mi estatura.

Los pendientes de conchas de Urnalda emitían destellos cada vez más próximos. No pude interpretar la expresión de sus ojos, pero la tensión de su mandíbula indicaba a la vez muchos pensamientos siniestros y nada de arrepentimiento. Cuando el grupo se hallaba a pocos metros de nuestra posición, la hechicera se paró y alzó una regordeta mano. Los demás enanos se detuvieron y empuñaron sus hachas y arcos.

Urnalda dio un paso al frente para examinar el cuerpo del dragón caído. Se encogió ligeramente al ver a la cría de dragón acurrucada a su lado, pero no dijo nada. Su mirada se posó en el humeante charco, lleno de sangre coagulada y pelos de Bachod y de los kreelix.

Por fin, se volvió hacia mí.

—Veo que has recuperado tus poderes.

Entorné los párpados.

—Nunca los perdí, como bien sabes. Sólo me hechizaste para que creyera que ya no los tenía.

—Eso es verdad. —Los pendientes tintinearon cuando asintió—. La única manera de que funcione un conjuro para robar magia es que la víctima crea a pies juntillas que sus poderes han sido destruidos. Entonces él y todos los que lo rodean se engañan. Todo forma parte del plan de Urnalda.

La mano con la que sostenía la cuerda de mi salterio se cerró en un puño.

—¿Y también formaba parte de tu plan acabar con todas las crías de Valdearg excepto una?

—No —respondió fríamente, haciendo rodar la punta de su cayado sobre la tierra ennegrecida—. Pero no es un resultado tan malo.

—¿Qué me dices de los kreelix? ¿Tu plan también los incluía? Gracias a tu ayuda, han matado a este dragón... y habrían seguido matándote a ti y a cualquier otra criatura con magia de Fincayra. —Bajé el tono de voz hasta que se convirtió en un gruñido gutural—. ¡Con tu arrogancia, Urnalda, has estado a punto de abrirle la puerta a Rhita Gawr! Era su plan, no el tuyo, lo que guiaba tus actos. Creo que lo has hecho sin querer, pero le has servido de instrumento.

El rostro de Urnalda, normalmente pálido, se ruborizó como la grana.

—¡Bah! Yo nunca me equivoco —declaró. Bajó la vista unos instantes—. Aunque es posible que me haya engañado temporalmente.

Extendió la mano con la palma hacia arriba. Un fogonazo hendió el aire, e hizo saltar hacia un lado a varios enanos, que tropezaron unos con otros y cayeron desordenadamente al suelo. Allí, en su mano, reposaba mi cayado. Espetó varias palabras y el cayado flotó en el aire, girando grácilmente sobre sí mismo, en dirección a mí.

Lo aferré con avidez, como si fuera la mano tendida de un viejo amigo. Mi segunda visión recorrió todas las marcas familiares: la piedra agrietada, la espada, la estrella inscrita en un círculo y todas las demás. Toda la sabiduría de los Siete Cantares. Ahora, por fin, me sentía completamente restablecido.

Urnalda me observó, jugueteando con uno de sus pendientes.

—Eso es por hacer lo que has hecho para ayudar a mi pueblo.

Sabiendo que aquello era lo más cercano a una disculpa que jamás obtendría de ella, blandí mi cayado.

—Considero haber cumplido mi promesa.

Inclinó la cabeza hacia la acurrucada silueta de la cría de dragón.

—Ahora sólo nos queda una cosa por hacer. Destruyamos juntos a la última de esas despreciables bestias.

—Espera un momento —declaré—. La muerte del viejo dragón podría ser una oportunidad para tender un puente sobre el antiguo abismo que nos separa de los dragones. Por difícil que sea, ¡no podríamos intentar tratarla como un ser vivo afín a nosotros? ¿Quizás incluso como a un amigo? Es posible, por lo menos, que acabe haciendo lo mismo por nosotros.

—¿Un ser afín a nosotros? —se mofó—. ¡Jamás! ¡He visto demasiadas veces la cólera de los dragones para creer en eso! Tal vez hayas recuperado tus poderes, pero has perdido el juicio. —Dio una fuerte palmada—. ¡Guardias! Preparad vuestras armas.

Al instante, los enanos que la flanqueaban montaron sus flechas y alzaron sus hachas de doble filo. Permanecieron en posición, esperando la orden.

Clavé mi cayado en el suelo, arrancando una esquirla de carbón.

—¡Escuchad mis palabras, todos vosotros! Este dragón vivirá. —Fulminando a Urnalda con la mirada, di un paso hacia ella y acerqué el rostro al suyo—. Si tú o cualquiera de tu pueblo intenta alguna vez hacer daño a este dragón, por los medios que sea, por las razones que sea, sabrás cómo es mi cólera. La cólera... de un mago. Lo que les ocurrió a esos kreelix achicharrados no será nada comparado con lo que te sucederá a ti.

Durante largo rato, la hechicera me miró hoscamente. El aire pareció crepitar y chisporrotear entre nosotros. Después, sin añadir palabra, la enana dio media vuelta y se marchó por donde había venido. Su grupo de achaparrados guerreros guardó sus armas apresuradamente y la siguió a la mayor velocidad posible para mantener su mismo paso. Los vigilé hasta que doblaron la esquina de la colina y desaparecieron de mi vista.

Ionn me empujó el hombro con el morro. Le acaricié el cuello, sin dejar de vigilar el lugar donde había visto por última vez la punta del gorro picudo de Urnalda. De pronto, Hallia lanzó un grito. El corcel y yo giramos en redondo y vimos que señalaba el humeante lugar donde burbujeaban los restos de los kreelix.

Los vapores empezaban a formar una silueta. Un rostro, sin pelo, con los dientes torcidos y una verruga en mitad de la frente. Me preparé para lo peor, pues sabía que era la imagen de Domnu. Cuando la boca de la arpía se abrió en una espeluznante sonrisa, unas llamas azules lamieron las orillas del charco.

—Muy bien, amorcitos, habéis sobrevivido. No lo había previsto. —Las llamas crecieron y se agolparon alrededor de sus ojos—. Incluso mi pequeño poni ha sobrevivido.

Los cascos de Ionn aporrearon el suelo. Lanzó un relincho de desafío.

La vaporosa forma, vibrando con el vapor ascendente, arrugó el calvo cuero cabelludo.

—Y ahora, ¿qué hay de nuestro trato?

Negué con la cabeza.

—El *Galator* se ha perdido. Está enterrado debajo de una montaña de lava.

De sus ojos brotaron más llamas azules.

—No se te ocurriría traicionarme, ¿verdad?

—No —respondí—. A diferencia de algunas personas, yo siempre cumplo mi palabra. —Señalé el hirviente charco sobre el que flotaba la cara—. Pero el ladrón que

te lo robó de tu guarida no volverá a molestarte.

Domnu frunció el ceño, con lo que se le arrugó toda la cara.

—Huesos. ¡Huesos hirviendo! ¡Se ha perdido, antes de que tuviera ocasión de jugar con él! Bueno..., que así sea. En realidad, no me gustaba el color de ese maldito trasto. Hasta la vista, amorcitos.

Al instante, el charco estalló en un remolino de llamas azules. Cuando, segundos más tarde, se desvanecieron entre el vapor ascendente, la cara de la arpía también desapareció. Seguí contemplando el charco, apoyado en mi cayado.

La sonora voz de Hallia quebró el silencio.

—¿Merlín?

Me volví hacia ella. ¡Cómo me alegraba de volver a ver aquellos ojos! Sentí una nueva oleada de gratitud al saber que había escapado de todos los peligros. Y, para mi sorpresa, algo más profundo que la gratitud.

—¿Recuerdas —me preguntó suavemente— el momento en la cueva del oráculo cuando te dije que poseías una especie de poder?

—Sí. Y también recuerdo que no supiste darle un nombre.

Asintió lentamente.

—Bueno, pues ahora sí puedo. Lo llamo el poder de la comprensión. De saltar barreras, encontrar sentido a las huellas. Y por fuerte que sea un dragón, un kreelix o incluso un *Galator*, eso es incluso más fuerte; esto es, en realidad, «un poder aún mayor».

Haciendo girar la cuerda de mi salterio, estuve a punto de sonreír.

—Pero no te olvides —añadió dándome un codazo— que incluso un gran mago necesita un par de botas, no sólo una.

Meneé los dedos de mis pies descalzos.

—A menos, está claro, que pueda correr como un ciervo.

Me miró pensativamente.

—O volar... como un halcón.